



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

EL JUAN QUE GRUÑE Y EL JUAN QUE RIE



Traducción del francés por Moisés Chávez

DEDICATORIA

A mi nietecita,
Marie-Thérèse de Ségur

Querida pequeña, por mucho tiempo tú has esperado tu libro, porque había muchos hermanos, primos y primas de una edad más respetable que la tuya. Pero por fin ha llegado tu turno. *El Juan que ríe* te hará reír, así lo espero. Yo no me temo que *El Juan que gruñe* te haga gruñir.

Tu abuela que te ama mucho,

La Condesa de Ségur
Nacida como Rostopchine (su apellido ruso)
1931

INTRODUCCION

Por Moisés Chávez



Unos pocos capítulos de la novela, *El Juan que gruñe y el Juan que ríe*, de la Condesa de Ségur, que ahora presentamos al lector traducida en su totalidad del francés, han sido enfocados en el curso sobre el Movimiento Sapiencial con la metodología del Estudio de Casos en el Aula Magna de la Santa Sede de la CBUP. Hicimos esto juntamente con otro libro de la Condesa de Ségur: *Un diablito bueno*, también incluido en la Biblioteca Inteligente.

La razón para recurrir a estas dos novelas de la Condesa de Ségur en dicho curso fue que ambas tienen un enfoque sapiencial sobresaliente: En *Un diablito bueno* tenemos el prototipo del joven sabio, del SABIO en los términos del movimiento sapiencial bíblico y post bíblico. Y en la presente novela tenemos un conmovedor contraste entre el SABIO y el IMBECIL, que son los tipos de personas más contrastados en la literatura sapiencial.

* * *

Nuestro objetivo al diseñar el curso sobre el Movimiento Sapiencial fue implantar en el seno de la comunidad evangélica a nivel mundial los postulados y las metas del movimiento sapiencial a partir de su enfoque de la SABIDURIA —la sabiduría práctica que emana de la Biblia y que en términos modernos se denomina INTELIGENCIA EMOCIONAL o EQ—, que constituye el resorte del éxito y del progreso sustentable.

Nuestro objetivo de implantar en nuestro tiempo el Movimiento Sapiencial, el mismo que bien podría salvar la Iglesia Evangélica de su actual proceso de desintegración espiritual, surgió del mismo debate en el aula. Los participantes en el curso sobre el Movimiento Sapiencial plantearon para ello la necesidad de producir literatura de primera línea para motivar poderosamente a los jóvenes y señoritas evangélicos en toda la América Latina.

Era necesario ir más allá de los alcances de nuestras historias cortas; se hacía necesario recurrir al género de la novela y a las tesis de grado sobre la Inteligencia Emocional que se venían escribiendo en la CBUP.

Nuestro objetivo empezó a ser realidad con la traducción del francés de la novela, *Un diablito bueno*, y de la presente novela, *El Juan que gruñe y el Juan que ríe*, a tiempo para introducirlas en nuestra página web Biblioteca Inteligente.

Y nuestro objetivo fue consumado con la publicación de las tesis de grado CBUP del Dr. Caleb Castañeda Zavala sobre la Inteligencia Emocional.

* * *

El contenido de la novela, *El Juan que gruñe y el Juan que ríe*, está enmarcado en el comportamiento de dos de sus personajes centrales, ambos llamados “Juan” (en francés, *Jean*), como para mostrarnos que ambos tienen un igual punto de partida en el corazón de sus respectivas familias, y que uno representó hasta el final la noble ministración del otro, lamentablemente sin los resultados anhelados.

¿Cómo diferenciarlos a ellos en la novela?

En francés se hace llamando al Juan que gruñe, *Jeannot*, que se traduce “Juancito”. Interesantemente, el que acumula características negativas es el que se ha granjeado el diminutivo de cariño. Quizás con esto la Condesa de Ségur quiere indicar que generalmente es la gente problemática por consigna la que recibe más consideración de su entorno, de modo que su fracaso no puede ser achacado a discriminación o mal trato.

A propósito, en francés el diminutivo de cariño aplicado a nombres propios se forma mediante el sufijo “ot”, como en *Charlot*, “Carlitos”, diminutivo de *Charles*, el personaje central de, *Un diablito bueno*. Y “Juancito” se dice *Jeannot*.

* * *

Ahora bien, este “Juancito”, que era de la misma edad que su primo Juan, había perdido a su padre, y hacía pocos años también a su madre. El vivía con su tía Marina, habiéndose convertido en una carga pesada para ella a causa de su conducta que a todas sus bajezas coronaba con la falta de agradecimiento y consideración.

Aparte de la extrema pobreza que identificaba a todas las familias en Kerantré, una aldea francesa en el Siglo 18, el contraste entre Juan y su primo Juancito es notorio desde esos tiempos cuando ambos tenían trece o catorce años, y a lo largo de sus vidas, cuando el llorón de Juancito se convierte en un agresivo delincuente, mientras su risueño primo Juan cimenta y edifica su carácter como un hombre de bien y de prosperidad.

* * *

No sé hasta qué punto estuvo informada la Condesa de Ségur del Movimiento Sapiencial en la Biblia y en Israel, pero la presentación del carácter y los hechos de ambos sus personajes, desde la temprana edad y hasta convertirse en hombres coincide con la descripción que hacen los maestros de Israel del carácter del SABIO y del IMBECIL (hebreo: JAJAM y RASHÁ).

Pues bien, en el Aula Magna de la Santa Sede nos dispusimos a enfocar la presente novela como “caso de estudio”. Los profesores éramos el Dr. Gustavo Montero del Aguila y vuestro humilde servidor. Los alumnos, en su 90 por ciento eran pastores veteranos y líderes de varias iglesias evangélicas del Perú. Y es gracias a su introspección y su enfoque pastoral, más que literario y editorial, que pudimos “leer entre líneas” en la obra de la Condesa de Ségur, hasta poder decir, sin temor a ser considerados ufanos, que pudimos ver en su mente y en su mismo corazón.

* * *

La Condesa de Ségur fue una escritora que enfocó el mercado infantil, es verdad, pero lo que unía a ella y a sus lectores de la Santa Sede era su visión evangélica del cristianismo. Ella era católica, la crema y nata de la confesión católica, y sus lectores peruanos eran pastores evangélicos, pero los unía e identificaba su sentido de *Missio Dei* y su arraigo en el mensaje de la Biblia.

Por lo demás, ¿qué tenía que ver una obra escrita para niños y jóvenes con los estudiantes de los niveles de Maestría y Doctoral de la CBUP?

De ser enfocada desde el punto de vista teológico y con la metodología del estudio de casos, tenía mucho que ver. Y nos cabe el honor de haber dado con ocasión de ese curso el salto de las historias cortas a las novelas usadas como casos de estudio. Después de todo, ¿acaso las mejores novelas no son una concatenación de historias cortas?

* * *

Enfocando la obra de la Condesa de Ségur como caso de estudio, aflora que sin empachar a sus lectores con la temática de la religión y de las citas bíblicas, ella logra alcanzar niveles de comunicación teológica incluso superiores a los alcanzados por muchos escritores evangélicos.

Veamos un hecho que aflora por encima del de los personajes aparentemente centrales, el Juan y el Juancito —Juan el que ríe y Juan el que gruñe—. Resulta que el personaje central es realmente alguien que a lo largo de la novela se la pasa de incógnito, dando mucho a pensar.

El mismo se presenta más tarde como Abel, y tiene dos asociados, el que está más cerca de él es Caín, y otro que aparece hacia el final de la novela, se llama Set. Los tres son artistas abocados a hacer el bien en grado sumo, pero también a tomar del pelo a los tontos, a los tontos inútiles —porque también hay los que son útiles—.

* * *

Al comienzo, los estudiantes de la CBUP se inclinaban a pensar que Abel era una especie de reencarnación de Jesús. Pero como la “reencarnación” no tiene cabida en el pensamiento evangélico, resulta que Jesús no se reencarna, sino se reproduce, es decir, su carácter y su visión de la vida se manifiestan en sus más cercanos seguidores.

Eso ocurre con el Abel de la novela. Él era, como lo diría Mahatma Ghandi, “un hombre parecido a Cristo”, parecido a él incluso en su autoridad y en su capacidad de materializar la providencia divina, como cuando Simón se encuentra con una maleta en su cuarto nupcial y exclama: “¡Mi maleta! ¡Mis efectos! Pero yo no tengo maleta, y mis efectos están en el paquete que traído.” Entonces le dice su hermano Juan: “¡De nuevo el señor Abel, nuestra cara providencia!”

O en las palabras de la señora Amedée a su hija Aimée, que estaba a punto de casarse con Simón: “Yo no digo que tú pidas jamás nada al señor Abel. Yo sólo quiero decir que su generosidad todo lo prevé y piensa en todo.”

* * *

Abel aflora al comienzo de la novela, y la autora se refiere a él simplemente como “el extraño”, a quien el Juan y el Juancito llaman “el señor ladrón”, a causa de cierta confusión. Él se presenta más adelante como Abel a secas.

Una escena en particular nos ilumina con la visión sapiencial de la Inteligencia Emocional. Observa la revelación del señor Abel a los chicos de la novela: “Yo me hice el ladrón para darles una lección de prudencia. Nunca hay que contar su dinero en las grandes vías, ni en los hospicios, ni delante de desconocidos.”

En otra escena de la novela vieron los estudiantes de la CBUP un sutil punto de contacto entre el señor Abel y Juan con Jesús y el niño que le dio sus panes y sus pescaditos.

Escribe la Condesa de Ségur con respecto al pequeño Juan: “Cuando ellos hubieron partido, el extraño se puso a reflexionar: ‘Es singular que este muchacho me inspira un profundo interés. Su fisionomía abierta, inteligente, dulce, franca y resuelta me ha hecho una impresión muy favorable. Y pues, tengo el remordimiento de haberle asustado en el primer momento. ¡Este pobre muchacho! ¡Con qué candor él me ha ofrecido lo poco que tenía! ¡Todo lo que poseía!’ ”

* * *

Por otro lado, el contraste que representa el Juancito es desolador. Después de haber ocasionado un grave accidente a Kersac, otro de sus benefactores, se tiene bien merecido las palabras de Kersac cuando le dice: “Te has atrevido de tocar mi caballo con el látigo, y yo te daré un castigo del que te acordarás por largo tiempo. Si yo no tuviera el pie machacado, gracias a ti, imbécil, yo te daría una rebenqueada que te haría bailar hasta mañana. ¡Lárgate, y no te presentes delante de mí, pájaro de mal agüero!”

“Imbécil”, es justamente lo opuesto de “inteligente” o “sabio” en la terminología del movimiento sapiencial bíblico y post-bíblico. Con este término es descrito el Juancito en el Capítulo XII: “Y su dependiente que lloraba como un imbécil.”

Nada se gana en suavizar estos términos-conceptos mediante eufemismos, sobre todo cuando se traduce los textos bíblicos. Pero esto se ha hecho y el resultado es que se ha

permitido que los imbéciles se multipliquen en medio de la comunidad evangélica como en un almacigo.

* * *

Otra contribución genial de la Condesa de Ségur es la caracterización de su personaje Abel como un santo no canonizado, especialista en hacerle bromas a la gente, incluso bromas pesadas, pero que contienen una lección eterna.

En esto el señor Abel se parece a Dios; sin duda la Condesa de Ségur conoce bien a Dios, conoce bien al judío Jesús, que también te hace este tipo de bromas —bromas que los santos mocaros culos de barro no entienden y nunca podrán apreciar—. Porque sólo las pueden apreciar los que son sabios, como el pequeño Juan que ante las bromas del señor Abel siempre reacciona positivamente.

Ante su sabia reacción, el señor Abel le dice: “¡Vamos! Tú eres un buen muchacho. Tú entiendes las bromas, y no como el Juancito, que se llena de rabia por nada.”

A partir de estas reflexiones en la Santa Sede de la CBUP los sabios se propusieron explorar el excelente humor de Dios, y muchas de sus conclusiones hallan expresión en las historias cortas y en las separatas académicas de la Biblioteca Inteligente.

* * *

Las palabras de Jesús en el Sermón del Monte, cuando dijo, “Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”, hallan fiel expresión en las características del señor Abel, que como buen hijo de su Padre celestial, tiene las características de él, o como se dice, “le saca”.

Esas características afloran en las escenas del Capítulo XV de la novela, y una de ellas es que el señor Abel está en todas partes. No exactamente como Dios, pero su inteligencia emocional le hace husmear las situaciones como para que él se ubique allí donde es requerido, y en el momento preciso.

Como hijo providente, sabe tener compasión de los buenos y de los malos cuya maldad les pone a cada rato en situaciones peligrosas. Esa es la razón para darle una moneda de oro de 20 francos al pérfido de Juancito, para que pague por el ponche que le tocaba pagar en medio del juego en un baile social, tras perder en el juego que el señor Abel denominó “el rapto de las Sabinas”. Los detalles usted mismo podrá leerlos en el Capítulo XV.

Pero también está en el lugar y en el tiempo oportuno para librar de todo mal fraguado en la mente limitada de los perversos e imbéciles.

* * *

Aunque el señor Abel permanece soltero hasta el final, una cosa que él realiza para con los que más ama, como que es su parte en la *Missio Dei*, es hacerles casar. Al respecto el Capítulo XVI de la novela es una excelente Cátedra de Alcahuetería.

Eso hace con Simón, eso hizo con Kersac, eso hizo también con su amigo Juan. El Juancito es el gran ausente en sus planes de este tipo porque no se lo tiene bien merecido.

Este enfoque de la *Missio Dei* de parte de la Condesa de Segur concuerda con el midrash judío respecto de las cosas a que se dedica el Santo Bendito Sea después de haber creado el mundo en seis días, por lo que vale la pena traer a cuestión aquí nuestra versión de dicho midrash que entresacamos de Bereshit Rabá 68:4, y que dice así:

Una noble dama romana le preguntó a un Rabí:

—¿Es cierto que tu Dios creó el mundo en seis días?

—¡Clarinete!

—¿Y a qué se dedica desde entonces hasta hoy?

—Ah. El se dedica a la alcahuetería, es decir, a concertar matrimonios (hebreo: shidujim, “alcahuetería”). El une a las parejas.

—¿En eso se ocupa? Eso lo puedo hacer yo en una sola noche. Tengo miles de esclavos y puedo casarlos en un santiamén, al estilo bandangán.

—¿Eso le parece fácil, señora? Fíjese que para el Santo Bendito Sea eso es tan difícil como. . . ¡como dividir las aguas del Mar Rojo!

* * *

La dama se fue y mandó llamar a mil de sus esclavos y a mil de sus esclavas, los colocó en dos filas, una frente a otra, y decidió quién se casaba con quién. En una sola noche los casó a todos.

Toda esa noche fue peor que olla de grillos, merienda de negros y guerra espiritual al estilo Peter Wagner.

Al día siguiente se presentaron todos ante ella llorando, uno con la cabeza machucada, otra con un ojo reventado, otra con una pierna rota. . .

Ella les preguntó de un canto:

—¿Y cuál es tu cau-cau?

Una esclava dijo:

—Este apesta, ¡Yo no lo quiero!

Otro esclavo dijo:

—¡Simplemente que ella no me gusta!

Entonces la dama llamó al Rabí y le dijo:

—¡No hay dios como vuestro Dios, y vuestra Toráh es la verdad!

* * *

¿Y qué hay detrás del matrimonio, por el cual Dios se preocupa tanto que venga a cumplir su propósito?

La respuesta trasluce en las palabras que el señor Abel le dirige a su pequeño Juan, buscando desde ya que él mismo no se quede solo, trabajando en el café del señor Metis y viviendo en la *quasi* pocilga que compartía con su hermano Simón en un edificio de París.

Le dice el señor Abel a Juan: “Mira que Simón se va a casar bien pronto; él ya no está solo, porque él va casi todas las tardes a la casa de la señorita Aimée.”

El propósito del matrimonio es el mismo propósito que se puede lograr por otros medios, pero que mediante el matrimonio se logra de manera ideal: El no estar solo. Y no sé si la Condesa de Segur lo ha expresado consciente o inconscientemente, pero, ella ha

parafraseado muy bien las palabras de Génesis 2:18: “No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda idónea.”

* * *

De la mano con su *expertise* en lo que respecta a la santa alcahuetería, el señor Abel nos muestra estar en todo lugar y en todo secreto. El siguiente diálogo en el Capítulo XXIV puede ilustrar este hecho:

Le dice Juan:

—*Querido señor. . . Este es el señor Kersac que usted ve aquí; él me anuncia. . . Usted no adivinará jamás lo que él me anuncia. . .*

Le dice el señor Abel:

—*Que él desposa a tu madre, ¡por Dios! Está claro.*

Le dice Juan, asombrado:

—*¿Cómo lo ha adivinado usted?*

Y el señor Abel le responde:

—*Tú sabes que yo adivino todo lo que me concierne.*

Este corto diálogo viene a confirmar el tenor de una carta que recibió Kersac en su granja de Santa Ana, firmada por “un amigo” desconocido, que le dice: “Si usted quiere ser feliz, señor Kersac, y si usted es el bravo, el excelente hombre que yo creo, despose a la madre de vuestro joven amigo Juan. Usted no tendrá que arrepentirse.”

El por qué de esta sorpresiva carta es que este “amigo” sabe que el buen señor Kersac vacila en unirse a la mujer que tanto ama y que tiene al alcance de su mano. Por eso decide, como en otros casos, venir a su ayuda y darle un empujoncito.

* * *

Pero no todo es providencia y exactitud absolutas de parte del señor Abel y de parte del Dios de Israel. También están de por medio sus excentricidades, y quienes han tenido el raro privilegio de poderlas explorar, han desarrollado la teología relativa al excelente sentido del humor de Dios, que tanto lo distingue y lo santifica respecto de los religiosos y de los santos mocarros.

A las excentricidades del señor Abel está acostumbrado el cocinero de la familia de Grignan, y en el Capítulo XXIV refiere nuestra escritora: “Cuando ellos hubieron terminado, Abel propuso descender a la cocina para lavarse las manos con jabón. Fueron allá los tres, y el cocinero, acostumbrado a las excentricidades del señor Abel, le presenta una vasija con agua tibia y un pedazo de jabón, sin preguntar de dónde provenía el betún sobre las manos del señor Abel.”

* * *

Justamente, cuando los sabios de la Santa Sede de la CBUP empezaron a desarrollar su “Teología del Humor de Dios” en el Aula Magna, la presente novela y su personaje central, el señor Abel, fue una insospechada contribución. Porque el personaje de fondo no es él, sino Dios, y su escenario no es París, sino el teatro de Dios en la vida real y en el circo de la vida.

Y una cosa más resalta ante el lector avisado: En el Capítulo XXIX, aprendemos que el circo es del señor Abel como empresario, y los payasos son él y sus asociados más cercanos, y los actos artísticos y los trucos son de su propio diseño y repertorio. Exactamente lo mismo ocurre en el plano trascendente: El circo es de Dios, y los actores son él y los involucrados en la *Missio Dei*.

* * *

En cuanto al destino de los imbéciles, el enfoque de la Condesa de Ségur es el mismo que el del libro de Proverbios en la Biblia, y el mismo que de la literatura sapiencial de Israel en el período de la Mishnáh y el Talmud.

Hacia el final de su novela ella descarta todo milagro con respecto a ellos; sobre todo esos milagros fuleros del tele-evangelismo.

La Condesa de Ségur se refiere al destino del imbécil en las últimas palabras del señor Abel a Juan, con respecto a su primo Juancito: “El ya está perdido, mi pequeño. . . ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo cambiar un corazón malo e ingrato? . . . En cuanto al desdichado Juancito, yo no puedo hacer nada por él.”

Dios tampoco puede hacer nada por ellos.

* * *

En cuanto al análisis literario de esta novela, sólo quisiéramos recalcar un aspecto: Lo que los críticos literarios llaman “enmarcado”. Una novela enmarcada es una obra que a simple vista, en la superficie, gira en torno a ciertos personajes en diversos escenarios de la vida. En este caso, los personajes son el Juan que gruñe y el Juan que ríe. Las historias cortas de que se compone el libro se entrelazan para mostrarnos el contraste que hay en la vida y destino de ambos personajes. En este nivel se comunica la escritora con su público lector, predominantemente infantil. Sus libros han venido a ser sustanciales en la vida del lector francés o del lector francófono a nivel mundial, desde París hasta Nueva Caledonia.

Pero dentro del enmarcado se esconde otro nivel de comunicación que es el objetivo prioritario de la escritora: Es el objetivo catequístico, el objetivo de formar una niñez y una juventud “cristiana”, concretamente, “católica”.

Y hay también dentro del enmarcado literario el nivel de comunicación teológica. Este nivel es el que fue enfocado en el ámbito de la Santa Sede de la CBUP: ¿Qué nos enseña la escritora de Dios a partir del testimonio de sus personajes, particularmente del pequeño Roger, el niño enfermo y sufriente que se revela como un verdadero héroe de la fe.

* * *

En esos tiempos de la Condesa de Ségur, cuando no se había dado aun el fenómeno de la iglesia evangélica despojándose de su calificativo “evangélico” y acaparando para sí el adjetivo “cristiano”, la Condesa de Ségur denomina el testimonio católico como “cristiano”, sin acaparar el término para la confesión católica. Por eso mismo este libro cayó tan bien en el ambiente académico evangélico de la CBUP. Y es que la Iglesia Católica tiene un testimonio cristiano auténtico que la mayoría de los evangélicos desconocemos y debemos conocer si no queremos que nuestro cristianismo se convierta en fetichismo, o en fetichismo cristiano, que da lo mismo.

* * *

El estudio de la obra de la Condesa de Ségur con la metodología del Estudio de Casos ha sido una de las experiencias más aleccionadoras del entorno de la CBUP. Para terminar esta breve introducción sólo falta develar el misterio del señor Abel que a todas luces parece basarse en una persona de la vida real a quien conoció personalmente la Condesa de Ségur. ¿Acaso su apellido real empezaba con la letra “N” que la autora escribe seguida de puntos suspensivos?

De ser así, ¿de dónde brota el manantial de su impresionante personalidad?

El lector descubrirá sus fuentes a lo largo de la novela, pero la revelación hecha de sus propios labios a su “pequeño Juan” ha de servir como punto de partida. Estas son las palabras textuales del señor Abel: “Yo siempre he vivido solo, huérfano desde mi infancia, criado o mejor dicho tiranizado por una mala tía sin fe ni corazón. Yo he vivido sabiendo cuán raros son los corazones dedicados. Habiendo hecho yo mismo mi fortuna con el talento de pintar que me ha dado el buen Dios, he comprobado en mi primer encuentro contigo, Juan, una impresión imborrable. Tú eras bueno, agradecido, lleno de afecto. Yo deseaba volverte a ver.”

* * *

¿Por qué no ocurrió con el pequeño Abel lo mismo que ocurrió con el Juancito o con Abimael Guzmán, siendo que los comienzos de ellos fueron semejantes?

La respuesta no se hace esperar, y varios de los participantes en el curso sobre el Movimiento Sapiencial en la CBUP levantaron la mano para coincidir: Desde pequeño Abel optó por la sabiduría que viene de lo alto. A ello se debe el despliegue de Inteligencia Emocional que valorizan a sus cuadros de la vida por encima de toda estimación millonaria.

Los participantes en el curso sobre el Movimiento Sapiencial hicieron una excelente labor al trazar, a partir de los personajes del Juan y del Juancito, las características psicológicas inveteradas del SABIO y el IMBECIL, respectivamente. Y llegaron a la conclusión de que, a diferencia del entorno del señor Abel y de los mismos círculos rabínicos de Israel, entre los evangélicos se le da demasiada atención e importancia al imbécil, y hasta se le rinde pleitesía, arrinconando al sabio e ignorando su contribución.

—¡Por eso estamos como estamos, doc!
—¡Pero con el movimiento sapiencial las cosas pueden cambiar, oh excelentísimo Calongo!



Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director Académico de la CBUP

I LA PARTIDA A PARIS

Su madre Elena le dice a Juan:

—Allí tienes tu paquete casi listo, mi pequeño Juan. Sólo falta meter tus libros.

—Y eso no será pesado, mamá. Aquí están.

La madre toma los libros que le entrega Juan y lee: *Manual del cristiano y Consejos prácticos para los niños*.

—Ya no hay más, es verdad, mi amigo; pero estos son buenos.

Juan le dice:

—Mamá, cuando yo esté en París, trataré de ver al buen sacerdote que ha escrito estos libros.

—Eso será una buena cosa, mi amigo. El debe ser bueno; eso se ve en sus libros. Y él ama a los niños; eso se ve también.

* * *

Le dice Juan:

—Una vez que llegue a París y esté en el departamento de Simón, yo no tendré más temor.

Le dice su madre:

—No habrá que tener temor más que en la ruta, mi amigo. ¿Qué te podría hacer daño una vez en casa? ¿Y por qué tendrá alguien que ocasionarte daño?

Le dice Juan:

—Es que hay gente que no es buena, mamá; y hay otros que de veras son malos.

Le dice su madre:

—No te digo que no; pero tú no serás el primero de esta región que se habrá lanzado a buscar su pan y su fortuna en París. Y no les ha sobrevenido la desgracia, ¿no es verdad? El buen Dios y la santa Virgen, ¿no están allá para protegerte?

Le dice Juan:

—Yo no digo que tenga temor, vaya. Yo sólo digo que hay gente que no es buena; ¿acaso es esto verdad?

Le dice su madre:

—Sí, sí, todo el mundo conoce esta verdad. Pero tú no vas a llorar hablando de esto tú mismo. Yo no quiero que tú llores.

Le dice Juan:

—Quédate tranquila, mamá. Yo me iré lleno de valor, como mi hermano Simón, que ha partido sin siquiera volver la cabeza para mirarnos. Yo ya tengo catorce años. Yo sé bien lo que es tener valor, vaya. Yo haré como Simón.

Le dice su madre:

—Eso está bien, mi hijo; tú eres un muchacho bueno y valiente. ¿Y tu primo Juancito? ¿Va a venir esta noche o mañana en la mañana?

Le dice Juan:

—Yo no sé, mamá. Yo no lo he visto en estos tres últimos días.

Su madre le dice:

—Anda, entonces, a tu tía, para ver si él está listo para partir mañana en la madrugada.

* * *

Juan partió rápidamente. Su madre se queda en la puerta y le mira. Cuando ella lo pierde de vista, entra, junta sus manos con un gesto de desesperación, se cae de rodillas y grita con una voz entrecortada: “¡Mi hijo, mi pequeño, mi querido Juan! El también tiene que partir y dejarme. El también va a enfrentar mil peligros, y yo debo ocultarle mi pena y mis lágrimas para reanimar su valor. Yo debo parecer insensible a su ausencia cuando mi corazón se estremece de inquietud y de dolor. ¡Pobre, pobre hijo! La miseria me obliga a enviarlo a su hermano. ¡Dios de bondad, protégelo! ¡María, madre de misericordia, no lo abandones, vela por él!”

La pobre mujer llora todavía por un tiempo. Después ella se levanta, lava sus ojos enrojecidos por las lágrimas y se esfuerza por aparentar calmada y tranquila cuando su hijo vuelve.

* * *

Juan había caminado rápidamente hasta la curva del camino, más lejos de que su madre le pudiese percibir. Y cuando se sintió fuera de su vista, se detiene, lanza una mirada dolorosa sobre el camino recorrido, sobre todos los objetos de alrededor y piensa que mañana en la madrugada pasaría por los mismos lugares para no volverlos a ver; y él también llora diciendo: “¡Pobre madre! Ella cree que yo la dejo sin lamentarlo; ella no tiene ni inquietud ni pena. Mi tranquilidad la tranquiliza y sostiene su valor. Sería mal y cruel de mi parte dejarla ver cuán desdichado estoy por dejarla, y por tanto tiempo. ¡Mi buen Dios, dame el valor hasta el fin! ¡Mi buena santa Virgen, yo me pongo bajo tu protección. Tú velarás sobre mí y me harás volver a mi mamá!”

Juan se seca sus ojos, busca distraerse con el pensamiento de su hermano a quien él ama con ternura y llega alegremente a la morada de su tía Marina.

En el momento de entrar, se detiene asustado y sorprendido, porque escuchó gritos sofocados, gemidos y sollozos.

* * *

Empujó violentamente la puerta. Su tía estaba sola y parecía estar descontenta, pero ciertamente no era ella quien había lanzado los gritos y los gemidos que acababa de escuchar.

Le dijo ella:

—¿Allí estás, pequeño Juan? ¿Qué es lo que quieres?

Juan le responde:

—Mi mamá me ha enviado para averiguar si el Juancito está ya listo para mañana, tía mía, y si él vendrá a nuestra casa esta noche o mañana de madrugada para partir juntos.

Su tía le responde:

—Yo no puedo llegar a nada con este muchacho. El está afuera gritando desde hace una hora; él no me quiere obedecer. Yo le he dicho más de diez veces que vaya a reunirse en casa de tu madre, pero él no se mueve más que una piedra. ¿Le escuchas gemir y llorar?

Juan le dice:

—¿Entonces dónde está, tía?

—El está afuera, detrás de la casa, vé a encontrarle mi pequeño Juan, y vé si tú puedes llevártelo.

* * *

Juan salió, dio una vuelta alrededor de la casa y no vio a nadie ni escuchó nada. Entonces llamó:

—¡Juancito!

Pero el Juancito no respondió.

Juan volvió a entrar a la casa de su tía, y ella le dice:

—¿Y? ¿Has hecho que se decida a seguirte. El está calmado, porque yo ya no escucho nada.

Juan le dice:

—Yo no le he visto, tía mía. He mirado por todos los lados, pero no he encontrado nada.

—¡Vaya! ¿Dónde se habrá pues escondido?

La tía salió ella misma, dio la vuelta a la casa, llamó, y como Juan, no encontró a nadie.

Ella dijo:

—¿Se habrá escapado, por casualidad, para no acompañarte mañana?

* * *

Juan se estremeció un instante al pensar hacer solo un viaje tan largo y de entrar solo en la ciudad de París que era tan grande que su hermano había escrito diciendo que él no podía darle la vuelta en un solo día. Pero pronto se tranquilizó y se propuso encontrarle aun teniendo que buscarle toda la noche.

El y su tía continuaron su búsqueda sin mayor éxito. Ella murmura diciendo:

—¡Qué chico malo! ¡Un muchacho detestable! Si tú partes sin él, mi pequeño Juan, y él vuelve a mí después de tu partida, yo no lo guardaré más. ¡El puede estar seguro de eso!

Juan le dice:

—¿Dónde lo meterás pues, tía mía?

Ella responde:

—Yo se lo daré a tu madre.

—¡Oh, tía mía! ¡Mi pobre mamá que no puede guardarme a mí, que soy su hijo!

Le dice su tía:

—¿Y qué? ¿No es ella como yo la tía de este Juancito, la hermana de su madre? A cada una le toca su turno; ya hace tres años que yo lo tengo, y él me ha afligido mucho. Tu madre, de turno, se hará obedecer mejor que yo.

* * *

Mientras la tía hablaba, Juan que fisgoneaba por todo lado, tuvo la idea de mirar en un viejo nicho de perros, y vio a Juancito acurrucado bien al fondo.

—¡Allí está! ¡Allí está! —gritó Juan— ¡Vamos, Juancito, pues ya te encontré!

El Juancito no se movía.

La tía, encantada del descubrimiento de Juan, dijo:

—Espera, yo le voy a ayudar a salir de su escondite.

Agachándose, ella tomó al Juancito por las piernas y lo jaló hasta que pudo sacarlo a la luz del día.

A penas el Juancito estuvo fuera, reanudó sus gritos y gemidos.

El Juan le dice:

—¡Vamos, Juancito, sé razonable! Yo he de partir como tú; ¿y acaso grito? ¿Acaso lloro como tú? Porque hay que partir, ¿de qué sirve llorar? ¿Qué de bueno haces aquí? ¡Nada en absoluto! Mientras que en París vamos a encontrarnos con Simón, y él tendrá para nosotros pan y comida. Y él nos encontrará trabajo para que nosotros dejemos de ser unos holgazanes, buenos para nada. Y aquí, ¿qué hacemos? Sólo comemos la mitad del pan de mi mamá y de mi tía. Tú lo ves. Sé amable, dile adiós a mi tía, y ven conmigo. El vecino Gregorio le ha regalado a mi mamá una buena torta y una botella de sidra para que tengamos una buena cena. Y Daniel nos ha dado un conejo que acaba de matar.

* * *

La cara del Juancito se reanima, se enjuga sus lágrimas y se acerca a su primo diciendo:

—Yo quiero ir contigo.

Su tía aprovecha de esta su buena disposición para darle su pequeña talega amarrada al extremo de su bastón de viaje y le dice abrazándole:

—Anda, mi muchacho. Que Dios te conduzca y te traiga de vuelta con los bolsillos repletos de piezas blancas. Tomen dos monedas de veinte centavos cada uno. El señor cura me los ha dado para vuestro viaje. Adiós Juancito, adiós pequeño Juan.

* * *

Juan le dice:

—Nosotros seremos muy felices, vale. Para empezar, haremos lo que queremos, sin que haya quien nos contradiga.

El Juancito le dice:

—Mi tía Elena no te contraría a menudo, ¡pero mi tía Marina! Ella me para contradiciendo y exigiendo. Ella es mala. Yo estoy contento de no volverle a escuchar cuando me resondra y grita tras de mí.

Juan le dice:

—Escucha Juancito, tú no tienes razón al decir que mi tía Marina es mala. Ella grita tras de ti un poco fuerte, es verdad. Pero también tú la contrarías mucho, y además, tú no le obedeces.

Le dice el Juancito:

—Es que ella quiere enviarme a hacer mandados al caer el día, ¡y yo tengo miedo!

Le dice Juan:

—¿Miedo de ir a cien pasos o al extremo del huerto para buscar leña?

Le dice el Juancito:

—Escucha, pues: A mí no me gusta salir solo de noche. Esto es más fuerte que yo, y yo tengo miedo.

Le dice Juan:

—¿Y por qué andas llorando si estás contento de irte de casa? ¿Y por qué te has escondido tan bien, como para que yo te haya encontrado de pura casualidad?

Le dice el Juancito:

—Porque tengo miedo de lo que no conozco. Tengo miedo de esa grande ciudad de Paris.

Le dice Juan:

—Ah, pues, si tú tienes miedo de todo, no hay lugar para el placer. ¿Cómo, pues, tú mismo dices que estás mal con mi tía y que estás contento de irte?

Juancito responde:

—Yo prefiero más estar mal en el campo y saber cómo y por qué me va mal, que atravesar las grandes rutas y no saber a dónde voy y con quién y cómo debo sufrir.

Le dice Juan:

—¡Tú eres un atontado, va! ¿Por qué piensas que necesariamente tienes que sufrir?

Le responde Juancito:

—Porque sea lo que sea que uno haga o con quién vaya, con quien viva, uno siempre sufre. Yo lo sé bien.

Le dice Juan:

—Entonces tú eres más entendido que yo. A mí me va bien en la vida. Yo soy más a menudo feliz que infeliz, y yo me siento animado por la ruta y por París.

Le dice Juancito:

—Ya lo creo. Tú tienes una madre; y yo sólo tengo una tía. . .

Le dice Juan:

—Esa es una razón adicional para que sea yo quien lllore al dejar a mi mamá, y que seas tú quien ríe, porque tu tía no te toma a pecho. Pero tú gruñes y lloras siempre. Entre las dos cosas yo amo más reír que llorar.

* * *

El Juancito no le responde más que con un suspiro y una lágrima, y el Juan no le dice más. Ellos se van en silencio y llegan a la puerta de Elena. Cuando la abren, el Juancito se siente sobrellevado por un fuerte olor de conejo y de torta.

Le dice Elena a Juan:

—Por fin estás de vuelta, Juan; yo me inquietaba de que no regresaras. ¡Y veo que lo traes al Juancito! Pues bien, qué aspecto consternado tiene mi pobre Juancito! ¿Qué tienes? Dímelo, vamos, habla; no tengas temor.

El Juancito baja la cabeza y llora.

Juan le dice:

—Nada hay mamá, aparte de la pena de partir. Sin embargo, él mismo me decía que de hecho no le apena tanto dejar a mi tía. Entonces, ¿por qué llora?

Le dice Elena:

—De veras, ¿por qué lloras, justo delante de un conejo que se cocina y una torta que se calienta? ¿Es eso razonable, Juancito? Veamos más que esto y vengan los dos a ayudarme a preparar la cena, ¡una gran cena!

* * *

El Juancito le dice a su tía, suspirando:

—Esto es lo último que yo haré aquí, tía.

Elena le dice a Juancito:

—¿Lo último? ¡Déjate de eso! Ustedes dos van a volver con los bolsillos llenos de tortas y conejos, y tú los comerás aquí junto con mi pequeño Juan. El es valeroso; mira su buen aspecto, lleno de regocijo. . .

Y le dice a Juan:

—¡Mira! Tú tienes los ojos enrojecidos, pequeño Juan. ¿Qué es lo que tienes? ¿Algún bicho ha entrado a tu ojo?

* * *

Juan mira a su madre; sus ojos estaban repletos de lágrimas. El quiso sonreír y hablar, pero su sonrisa era nada más que una mueca y la voz no podía salir de su garganta.

Su madre se inclina hacia él, lo abraza, da la vuelta y sale para buscar leña. Eso es lo que ella dice.

Cuando ella vuelve a entrar, su boca sonreía, pero sus ojos habían llorado. Sólo un instante se habían detenido con dolor e inquietud sobre la cara de su hijo.

El pequeño Juan la examina también con tristeza. Sus miradas se encuentran; los dos comprenden la pena que sienten, el esfuerzo que hacen por disimular y la necesidad de darse mutuamente valor.

Le dice Juan con emoción:

—Dios es bueno, mamá. El nos protegerá. Y qué felicidad es que me hayas enseñado a escribir. Yo te escribiré cada vez que tenga lo suficiente para franquear una carta.

La mamá le dice:

—Y yo, mi pequeño Juan, el señor cura me ha prometido una estampilla de correo todos los meses. Mientras esperamos todo esto, aquí está nuestro conejo cocido en su punto que no pide más que ser comido.

Los niños no esperan que les repita. Ellos se sientan sobre las escalerillas y cada uno toma un fragmento de plato o de tiesto, toman su cuchillo y esperan mientras deslizan sus lenguas sobre sus labios que Elena haya cortado el conejo y les haya dado su parte a cada uno.

* * *

Después de un cuarto de hora, no se escuchaba otro ruido en la sala del festín que el de las mandíbulas que desgarraban su alimento, de cuchillos deslizándose sobre los fragmentos de plato, de la sidra que pasaba de la jarra al único vaso que servía a todos en turno, a la madre y a los niños.

Después del conejo vino la torta, pero para entonces los apetitos se habían moderado. La conversación empieza de inmediato, más animada además.

Dice Juan, mientras traga el último bocado:

—¡Famoso conejo!

Y el Juancito dice suspirando:

—¡Qué pena que no haya sobrado!

Y Elena dice, sonriendo:

—¡Con gran placer comeréis mañana lo que ha sobrado!

Juan le dice:

—¿Lo que ha sobrado? ¿Cómo, mamá, que ha sobrado?

—¡Claro que ha sobrado, y un buen pedazo: Los dos muslos, uno para cada uno.

Juan le dice:

—Pero, ¿cómo puede ser? Entonces, ¿tú no has comido, mamá?

Y le responde:

—Claro que sí, claro que sí. ¡Ni tonta como para no haber gustado un buen pedazo!

* * *

Ella decía la verdad, porque de veras había “gustado”, porque se había servido la cabeza y las patas.

Juan quería que ella explicara qué parte del conejo ella había comido, pero ella le interrumpió diciendo:

—¡Mis hijos, hemos comido bastante y hemos hablado bastante del loco. Ahora preparemos la cama; eso no tomará mucho tiempo. El Juancito se acostará contigo en tu cama, mi pequeño Juan.

Y añadió:

—Antes de comenzar nuestra noche, chicos, vamos a hacer una pequeña oración en nuestra querida iglesia. Nosotros le pediremos al buen Dios y a nuestra buena madre que bendigan vuestro viaje.

Le dice Juan:

—¡Y después nos iremos a decirle adiós al señor cura, mamá!

Ella responde:

—Sí mi estimado, es una buena idea la tuya y me da mucho gusto.

* * *

El día comenzó a declinar, pero ellos no tenían que ir lejos; la iglesia y el presbiterio estaban a sólo cien pasos. Ellos tres se fueron en silencio. La madre sentía su corazón destrozado por la partida de su hijo. Juan se afligía de la soledad en que quedaba su madre, y el Juancito pensaba con pánico en los peligros del viaje y en el tumulto de París.

Ellos llegaron ante la iglesia; la puerta estaba abierta. Elena entró seguida de los chicos, y los tres se pusieron de rodillas ante el altar de la santa Virgen. Elena y Juan oraron

y lloraron, pero todo bajo, en silencio. Y el Juancito suspiraba y pedía pan y un viaje feliz, seguido de una llegada feliz a la casa de Simón.

Mientras la madre oraba, ella sintió que algo le apretaba el brazo dulcemente, y una voz infantil le dijo bien bajito:

—Basta, mamá, basta; yo tengo hambre.

Elena se volvió de inmediato y vio a una pequeña niña. La creciente oscuridad le impidió ver sus rasgos. Y ella se agachó hacia la niña y le dijo:

—Yo no soy tu mamá, mi pequeña.

La pequeña retrocedió con temor y se puso a llorar diciendo:

—Mamá, mamá, socórreme.

El Juan y el Juancito se levantaron sorprendidos, casi asustados. Elena tomó a la pequeña niña de la mano, y todos salieron de la iglesia.

* * *

Elena le dice a la niña:

—¿Dónde está tu mamá, mi querida pequeña? Yo te voy a llevar a ella.

La niña le dice:

—Yo no sé; ella estaba allí. . .

—¿Sabes a dónde se ha ido?

—No sé. Ella me ha dicho, espérame, y yo la sigo esperando.

Le dice Elena:

—Puede ser que ella esté en la casa del señor cura. Vamos a buscarla.

La pequeña se deja conducir y en dos minutos llegaron a la casa del señor cura, quien le preguntó a Elena sobre la pequeña niña que ella llevaba.

Elena le dice:

—Yo no sé quien es ella, señor cura. La acabo de encontrar en la iglesia buscando a su mamá que yo pensé encontrarla aquí con usted.

El cura le dice:

—Yo no he visto a nadie. Esto es algo singular. ¿Cómo te llamas, mi pequeña? —añade él acariciando las mejillas de la pequeña—.

Y ella responde:

—Tengo hambre; yo quiero comer.

El cura va en busca de pan, unas pasas y un vaso de sidra, y la pequeña come y bebe con avidez.

* * *

Mientras ella saciaba su hambre, Elena le explica al cura que ella había venido para pedirle una última bendición por el viaje que iban a emprender los chicos.

El cura pregunta:

—¿Cuándo, pues, parten ellos?

Y le responde:

—Mañana en la madrugada, señor cura.

Y él les dice:

—Hijos míos, yo les bendigo de todo mi corazón, del fondo de mi corazón. No olvidéis de orar al buen Dios y a la santa Virgen para que vengan a vuestra ayuda en todos vuestros problemas, en vuestras privaciones, en vuestros peligros, en vuestras penas. Ellos son vuestros más seguros y vuestros más poderosos protectores.

Y añade:

—Y en cuanto a esta pequeña, llévala contigo hasta que su madre vuelva a buscarla. Si ella viene a mí, yo la enviaré a tu casa.

Y continúa diciendo, mientras abre un cajón:

—Y ustedes, mis hijos, aquí tenéis un recuerdo mío que os servirá de protección en vuestro viaje y a lo largo de vuestra vida.

El sacó del cajón dos cordones negros con medallas de la santa Virgen y los colocó en los cuellos del Juan y del Juancito, que los recibieron de rodillas y besando la mano del buen cura.

* * *

La pequeña niña había acabado de comer, y volvió a pedir su mamá.

Después de ser despedida por el cura, Elena la llevó consigo. El Juan y el Juancito le siguieron. Elena esperaba encontrar a la madre de la pequeña en los alrededores de la iglesia, por donde debían pasar para ir a su casa, pero ni en la iglesia ni en sus alrededores vio a nadie que pudiese reclamar la niña.

La pequeña lloraba y Elena suspiraba pensando: “¿Qué voy a hacer con esta niña? Yo no tengo los medios para guardarla. Yo no me estoy separando de mi pobre pequeño Juan para hacerme cargo de una extraña. Pero yo soy muy tonta de estar inquieta. El buen Dios me la ha puesto en mis manos, y el buen Dios me dará con qué alimentarla si su madre no viene a buscarla.”

* * *

Tranquilizada por este pensamiento, Elena no se inquietó más. Ella hizo que se recostara al pie de su cama, la cubrió de algunos viejos harapos. La primavera estaba avanzada; ya era el mes de junio y el tiempo estaba bonito y abrigado.

Los chicos también se acostaron; el Juancito se acomodó dentro de la cama de su primo Juan, y éste se extendió cerca de él.

Juan le dijo a su mamá abrazándola antes de acostarse:

—Esta es nuestra última noche feliz, mamá.

Y ella le dijo:

—No, hijo mío, no es la última. Dejemos pasar el tiempo, que transcurre rápidamente, y nos volveremos a encontrar. Duerme, mi pequeño Juan. Mañana hay que levantarse de madrugada.

La pequeña niña ya estaba dormida. El Juancito también se durmió. Juan se durmió poco después. Sólo la madre velaba, lloraba y oraba.

II EL ENCUENTRO CON EL SEÑOR LADRON

A la mañana siguiente, bien temprano, se levantó Elena, hizo dos pequeños paquetes de provisiones, los envolvió juntamente con la ropa interior y los vestidos de los chicos y se ocupó de su desayuno. En lugar de pan seco, que era su desayuno acostumbrado, ella añadió una taza de leche caliente. De esta manera, cuando ellos se levantaron y se vistieron, este desayuno espléndido disipó la tristeza de Juan y las inquietudes del Juancito. La niña pequeña seguía durmiendo.

Entonces llegó el momento de la separación. Elena abrazó diez veces, cien veces a su querido pequeño Juan. Luego lo abrazó al Juancito, les bendijo a los dos y le hizo ver a Juan varias piezas de plata que estaban en el bolsillo de su vestido. Le dijo:

—Nuestros buenos vecinos, nuestros buenos amigos de Kerantré, han hecho esta pequeña colecta en reconocimiento de los pequeños servicios que tú les has prestado, mi pequeño Juan. También ha puesto su parte el señor cura.

Juan quiso agradecerles, pero las palabras no salían de su garganta. El abrazó a su madre más fuertemente, sollozó un instante, se arrancó de sus brazos, se secó los ojos, y se puso de camino como su hermano, con la sonrisa en los labios, y sin volver la cabeza para lanzar una última mirada a su madre y a su casita.

* * *

El se dice: “Yo comprendo por qué Simón se fue tan rápidamente y no se volvió para mirarnos y para sonreír. El lloraba y quería esconder sus lágrimas de mamá. ¡Pobre madre! Ella no llora. Ella cree que yo tampoco lloro, que tengo valor, que tengo el corazón alegre, igualito que pensaba de Simón. Así es mejor; el valor de los otros te da valor. Yo estaría triste e infeliz si pensara que mi mamá tiene pena por mi partida. Ella cree que yo seré feliz lejos de ella. . . Calma, incluso alegría, es posible que tenga; pero ser feliz, no. Su ternura y sus besos me harán mucha falta.”

* * *

Mientras él caminaba a paso acelerado, mientras reflexionaba, mientras se daba valor y se alejaba rápidamente de todo lo que amaba su corazón y que echaría de menos, el Juancito le seguía sin pena, lloriqueaba, llamaba a Juan que no le escuchaba, temblaba de quedarse atrás y sentía que dejaba una familia que él no amaba, un entorno que él no lamentaba, para ir a una ciudad que él temía a causa de su gran tamaño, junto con un primo al que conocía poco y que no amaba mucho.

El pensaba: “Yo estoy seguro que no va a querer ocuparse de mí. El no pensará sino en Juan. El no se mostrará servicial sino sólo con Juan, y yo me quedaré en un rincón sin que nadie quiera encargarse de buscarme un trabajo. ¡Cuán infeliz soy! A los dos años yo he perdido a mi papá en Algeria, y a los diez años he perdido a mi mamá. Mi tía me recogió en su casa, la gran renegona, la tan desapacible de todas mis tías. Y ahora ella me envía a perderme en París en lugar de tenerme a su lado.”

Y prosigue: “Juan es mucho más feliz que yo. El siempre está alegre; siempre está contento. Todos le aman; cada uno le dice una palabra amable. Y a mí, nadie me mira siquiera, y cuando por casualidad alguien me habla, es para decirme “llorón”, “inconforme”, “aburrido”, y otras palabras así poco amables.”

Y sigue: “Y quieren que yo esté alegre. Hay de qué estarlo, ¡de veras! ¡Tengo dos francos que me ha dado el cura! Y Juan, que ni siquiera sabe cuántos francos tiene, de lo tanto que tiene. Yo soy muy infeliz; nada me resulta.”

* * *

Mientras el Juancito reflexionaba y se afligía hacía su paso cada vez más lento, sin percatarse de ello. Cuando volvió a recordar su situación, levantó la vista, miró adelante, atrás, a la derecha, a la izquierda. El no vio a su primo Juan. El temor que sintió fue tan intenso que sus piernas temblaron debajo de él. Se vio obligado a detenerse, y no tuvo fuerzas ni para llamar.

Después de algunos instantes de esta gran emoción, él volvió a descubrir para qué sirven las piernas, y se puso a correr para alcanzar a Juan. La senda era estrecha, flanqueada de árboles bajos y se serpenteaba mucho en el bosque. Por tanto, no podría estar demasiado alejado como para que el Juancito no lo pudiera percibir. Y en uno de los recovecos del camino vio semi perdida una pequeña capilla que él iba a pasar de largo, siempre corriendo, soplando y sudando, cuando escuchó que le llamaban.

* * *

El reconoció la voz de Juan, se detuvo gozoso, pero sorprendido porque no le veía.

La voz de Juan repitió:

—Juancito, ven. Yo estoy aquí.

El Juancito preguntó:

—¿Dónde, pues, estás? Yo no te veo.

Y le dice:

—En la capilla de Nuestra Señora de la Consolación.

—¡Vaya! —le dice el Juancito al entrar— ¿qué haces aquí?

Juan le responde:

—Yo oro. Yo oro y me siento consolado. Siento como si Nuestra Señora envía a mi mamá sus consolaciones y la felicidad. Yo veo trazas de lágrimas en tus ojos, pobre Juancito. Vean a orar; tú serás consolado y fortalecido como yo.

El Juancito le dice:

—¿Por quién quieres que yo ore? Yo no tengo mamá.

Le dice Juan:

—Ora por la tía, que te ha guardado durante tres años.

Le responde:

—¡Bah! ¡Mi tía! Eso no vale la pena.

Le dice Juan:

—No está bien que tú digas eso, Juanito. Entonces ora por ti mismo, si tú no quieres orar por los demás.

Le dice el Juancito:

—¿Por mí? Es inútil. Yo soy infeliz, y no importa qué haga, siempre seré infeliz. De otro modo, todo me da lo mismo.

Le dice Juan:

—Tú no eres infeliz sino porque quieres serlo. Con la excepción de que yo tengo mamá, nosotros somos absolutamente lo mismo en todo. Pero yo me encuentro feliz, y tú sólo te quejas de todo.

Le dice el Juancito:

—Nosotros no somos iguales, así como que tú tienes, no sé cuánto de dinero, y yo no tengo sino dos francos.

* * *

Le dice Juan:

—Si tu infelicidad no se basa más que en esto, yo te la voy a eliminar rápidamente, porque yo voy a compartir mi dinero contigo.

Juancito le dice, un poco avergonzado:

—No, no, yo no digo eso. No es eso lo que te pido, ni es eso lo que yo quiero.

Le dice Juan:

—Pero, eso es lo que yo pido, y eso es lo que quiero. Nosotros estamos de camino juntos. Nosotros llegaremos juntos, y nosotros estaremos juntos. Es justo que nosotros aprovechemos juntos de la bondad de nuestros amigos.

Y sin hacerse esperar, Juan sacó de su bolsillo el viejo monedero de cuero, todo remendado que había metido su madre, se sentó a la puerta de la capilla, hizo que el Juancito se sentara a su lado, vació el monedero en su mano y comenzó a repartir el dinero diciendo:

—Un franco para ti, un franco para mí.

El continuó así hasta haber puesto en la mano de Juancito la mitad de su tesoro que ascendía a ocho francos veinticinco céntimos para cada uno de ellos.

El Juancito agradeció a su primo con un poco de confusión, tomó el dinero y lo metió en su bolsillo, diciéndole:

—Yo tengo dos francos más que tú.

Juan le dice:

—¿Cómo así? Yo lo he repartido con exactitud.

Le dice el Juancito:

—Porque yo tenía dos francos que me ha dado el cura.

Le dice Juan:

—¡Ah, cierto! Entonces eres más rico que yo. Tú ves que tú no eres tan infeliz como decías.

Le dice el Juancito:

—Yo no digo nada. Pero tengo un mal presentimiento: Puede ser que venga un ladrón y se lleve todo lo que tengo.

* * *

Entonces una voz gruesa le dice desde atrás de los muchachos:

—Tú no crees ser tan buen profeta. . .

Los muchachos se volvieron y vieron a un hombre joven, de talla alta, de espaldas robustas, con barba y con patillas negras bien pobladas. El les había estado examinando con mucha atención.

Juan saltó sobre sus pies y se puso al frente del extraño, y le dijo:

—Yo no creo, señor, que usted tenga el valor de despojar a dos pobres muchachos obligados de dejar a su madre y a su entorno para ir a buscarse el pan en París, porque sus padres no tienen como dárselo.

El extraño no respondió. El continuó a observar a los muchachos.

Le dice Juan:

—Por lo demás, señor, aquí tiene todo lo que tengo: Ocho francos veinticinco céntimos que nos han dado nuestros amigos para mi viaje.

Y el extranjero tomó el dinero de la mano de Juan, diciéndole:

—¿Y con qué vivirás hasta tu llegada a París?

Le responde Juan:

—El buen Dios me dará con qué, señor, como siempre ha hecho.

El Juancito le dice, cayendo de rodillas y llorando:

—Yo no tengo nada más de lo que necesito para no morir de hambre, señor. Gracias por dejarme mi pobre dinero. Gracias en el nombre de Dios.

Pero el extraño le dice:

—Nada de gracia para el ingrato, para el flojo, para el codicioso, para el celoso. Yo lo he escuchado todo. Dámelo rápidamente.

* * *

El extraño metió su mano en el bolsillo del Juancito y se apoderó de los diez francos veinticinco céntimos que allí tenía. Y el Juancito se echa al suelo a llorar.

Juan, tocado por las lágrimas de su primo, y un poco conmovido él mismo por la pérdida de su fortuna, le dice al extraño:

—Señor, tenga misericordia de él; devuélvale su dinero.

El extraño le dice:

—¿Por qué tendría yo que devolverle a él y no a ti?

Juan le responde:

—Porque yo tengo valor, señor; y él es débil. Es el buen Dios que nos ha hecho así. No es por orgullo que lo digo. . .

Le dice el extraño:

—Tú eres un pequeño muchacho bueno y bravo, y nosotros lo repartiremos de inmediato. ¿A dónde se van ustedes?

Juan le dice:

—A París, señor.

El extranjero le dice:

—¿Está eso decidido? ¿Y cómo llegaréis sin dinero?

Le responde:

—Oh, señor, yo no estoy tan inquieto. Del mismo modo que hemos tenido la desgracia de encontrarle a usted, también podremos encontrar una buena alma dadivosa que vendrá en nuestra ayuda.

El extraño sonrió y no pudo impedirse de dar un pequeño golpe sobre la tierna mejilla de Juan, diciéndole:

—Tu camarada no ha dicho nada, así me parece. . .

Le dice Juan:

—Es que está aterrado, señor. El siempre tiene miedo, este pobre Juancito.

El extraño le dice con ironía:

—Ah, él se llama Juancito. Bonito nombre, bien llevado. ¿Y cuál es el nombre de ti?

—Es Juan, señor.

Le dice el extraño:

—Bonito nombre. Y tú me das la impresión de darles el honor a tus santos patronos. Vamos, Juan y Juancito, caminemos; yo les voy a custodiar por miedo a los accidentes. Toma mi bravo pequeño Juan, aquí tienes tus ocho francos y veinticinco centavos, a lo cual yo añado veinte francos para pagar tu viaje. Y tú, llorón, cobarde, aquí tienes tus diez francos veinticinco céntimos a los cuales añado la prohibición de no recibir nada de Juan. Si me entero que tú has aceptado una repartición, te la vas a ver conmigo.

Y añadió:

—Síguenme los dos, yo quiero invitarles a desayunar en Auray, de donde no estamos muy lejos.

Juan, con los ojos brillantes de gozo y de reconocimiento, le dice:

—Usted es muy bondadoso, señor. Yo estoy muy agradecido. Yo no sé como agradecerle, señor.

Le dice:

—Comiendo con buen apetito lo que yo te voy a dar, mi pequeño Juan.

Le dice Juan:

—¡Vaya! Usted me dice como mi mamá, “mi pequeño Juan”.

Y los ojos del pequeño Juan se humedecieron a causa de sus lágrimas.

III EL SEÑOR LADRON SE DESCUBRE

Los muchachos siguieron al extraño, Juan agradeciendo al buen Dios y a la santa Virgen de haber encontrado un ladrón tan bueno, tan rico, tan generoso, y el Juancito deplorando su mal presentimiento y envidiando la felicidad de Juan.

Durante el trayecto de una legua que separaba la capilla de la aldea, el extraño buscó conversar con los chicos; sobre todo con Juan que le agradaba singularmente. El Juancito, descontento de no haber tenido, como su primo, una gratificación al valor, apenas respondía y se quejaba de la fatiga, del calor, del largo del camino.

Le dice el extraño:

—Yo no te obligo a seguirme, llorón. Quédate atrás, si así lo quieres.

Le responde el Juancito:

—¿Qué me quede atrás para que me coman los lobos?

Le dice el extraño:

—¿Los lobos? ¿En el mes de junio, a pleno Sol?

Le dice el Juancito:

—No hay Sol que teman. Los lobos no le tienen miedo al Sol. Alguien ha visto dos en Kermadio no hace mucho tiempo.

Le dice el extraño:

—¡Tú has tomado a los perros por lobos!

Le responde:

—No soy el único que los ha visto. También muchos otros. Un lobo enorme, negro, con cabeza gris, que no huye y que ha considerado desayunarse al guardia, el señor Daniel, a veinte pasos de su casa. Y además, una gran loba gris que te mira en la cara, que le cierra el camino y que tiene el aspecto de una fiera hambrienta, lista a devorarte.

Le dice el extraño:

—Es el temor lo que te ha hecho ver todo eso. Tú, Juan, ¿has visto todas esas fieras terribles?

—Yo no, señor, pero el Juancito dice la verdad; muchas personas las han visto. Un primo del señor alcalde, que cazaba, ha visto al lobo y ha corrido detrás de él. La maestra de la señorita ha visto a la loba, que le seguía largo rato. Y además, Daniel, el guardia, se ha encontrado con el lobo, que ha temido y ha atravesado a nado el brazo de mar de Kermadio.

* * *

Después de algunos momentos de silencio y de triunfo para el Juancito, el extraño se puso a preguntar a Juan respecto de su madre. El interés que parecía tener en la conversación animó a Juan y le dijo con cierta duda:

—Señor, ¿quisiera hacerme un servicio, un servicio muy grande?

Le dice el extraño:

—De buena gana, de ser posible, mi amigo. Pero, ¿cómo es que me lo pides si apenas me conoces?

Le dice Juan:

—Porque usted tiene un aspecto muy bueno, señor. Y porque veo que usted tiene interés en mí, y porque le será fácil complacer una vez más a un pobre muchacho a quien usted ya ha complacido.

El extraño le dice, sonriente:

—Muy bien, amigo mío, yo creo que tú has adivinado con bastante justicia. ¿Cuál servicio me pedirás?

Le dice Juan:

—Este es, señor: Es de tomar los veinte francos que me habéis dado, y de llevárselos a mi mamá, diciéndole que es su pequeño Juan que se los envía, y que es usted el que se los ha dado.

Y Juan buscó su bolsa para sacar la pieza de oro.

Le dice el extraño:

—Espera, mi muchacho; deja tus veinte francos en tu bolsa. No hay necesidad de apresurarte. Además, puesto que yo soy un ladrón, ¿no tienes miedo de que yo te robe tu dinero?

Le dice Juan:

—¡Oh, no, señor! Para empezar, usted no es un ladrón, porque usted da en lugar de tomar. Además, aun cuando usted sería un ladrón para todo el mundo, jamás lo será para mí.

El extraño le dice:

—¿Por qué, pues?

Le dice Juan:

—Porque usted me ha hecho el bien, señor. Uno se apega a la gente a quien ha hecho el bien, y no me parece que uno no tenga jamás ganas de hacerles el mal.

* * *

Le dice el extraño:

—Escucha, mi pequeño y bravo Juan: Yo cumpliré de muy buena gana tu comisión, pero yo no sé dónde encontrar a tu madre.

Le dice Juan:

—En Kerantré, señor. Usted preguntará por la viuda Elena, la madre del pequeño Juan. Todo el mundo se lo indicará.

El extraño le dice:

—Pero mi amigo, yo no sé dónde está Kerantré.

Le dice Juan:

—¿Cómo? ¿Usted no conoce Kerantré? Pregunte en Kenispere; todos conocen este lugar.

Le dice el extraño:

—Además, yo no sé dónde queda Kenispere.

Le dice Juan:

—¿Usted no conoce Kenispere, junto a Auray y a Santa Ana?

Le dice el extraño:

—Yo no conozco ninguno de estos lugares.

—¿Ni el santuario de la Señora de Santa Ana?

—Ni el santuario.

—¿Ni la fuente milagrosa de la Señora de Santa Ana?

—Ni la fuente, ni nada de la Señora de Santa Ana.

Le dice Juan:

—Pero entonces, ¿usted no es de este lugar, señor?

* * *

Le dice el extraño:

—No. Yo he llegado recién ayer por la noche. Yo he descendido en Auray, en el hotel, y y me di un paseo para ver conocer el entorno, que me ha parecido hermoso. Entonces yo te he visto entrar en la capilla. Yo te he seguido, y me he puesto en un rincón oscuro. Tú orabas con tanto fervor y llorabas tan amargamente, que de inmediato tuve interés en ti. Al orar, tú has hablado en voz alta, y lo que decías ha aumentado este interés. Tu primo llegó, y yo escuché vuestra conversación. Yo me hice el ladrón para darles una lección de prudencia. Nunca hay que contar su dinero en las grandes vías, ni en los hospicios, ni delante de desconocidos. Yo he venido al país para ver la iglesia de Santa Ana que va a ser reconstruida. Yo quiero ver el viejo santuario antes de que lo demuelan.

Le dice Juan:

—¡Entonces yo tenía razón! ¡Usted no es un ladrón! Yo lo había adivinado rápidamente al ver vuestra cara. Pero señor, ya que usted permanecerá en el entorno, ¿quisiera usted también dar a mi mamá los veinte francos que le doy?

Juan le extendió los veinte francos. El extraño parecía dudar, pero los tomó, los puso en su bolsa y apretó la mano de Juan diciéndole:

—Serán fielmente entregados. Yo te lo prometo.

Juan respondió, todo gozoso:

—¡Gracias, señor!

* * *

Ellos continuaron su camino, Juan muy alegre, el extraño con una satisfacción visible, dando testimonio de un gran agrado respecto de su pequeño protegido, y el Juancito triste y aburrido, de la mala suerte que le perseguía y que le metía siempre debajo de Juan.

El pensaba: “Mira este extraño que no le conoce a él más de lo que me conoce a mí, le toma gusto a él, y a mí no me quiere. El llama a Juan “mi amigo”, “mi bravo muchacho”, y a mí me llama “llorón”, “celoso”. El conversa con Juan; parecería que se conocen desde hace muchos años. Y a mí él no me habla, ni siquiera me mira. Es más bien contrario; eso me acaba por aburrir. En París yo trataré de separarme de Juan y de buscar trabajo por mi lado.”

* * *

Ellos llegaron a la aldea. Eran las diez de la mañana. El extraño les llevó al hotel donde él se encontraba alojado. El hizo que les sirvieran un desayuno bien simple, pero abundante. Ellos comieron piernas al ajo, una omeleta, ensalada, y bebieron sidra. Y cuando la comida terminó el extranjero se levantó y dijo:

—Juan, cuando estés en París, me vendrás a ver. Yo te dejaré mi dirección. Yo estaré allá dentro de ocho días. ¿Dónde te alojarás tú?

Juan responde:

—Yo no sé nada, señor. Será como quiera el buen Dios.

Le dice el extraño:

—¿Dónde vive tu hermano Simón?

Le dice Juan:

—En la Calle Saint Honoré, número 263.

Le dice el extraño:

—Está bien; no lo olvidaré. Muéstrame pues tu bolsa para que yo vea si tu plata está allí.

Juan se la presenta sin desconfianza.

* * *

—Juan —le dice el extraño—, ¿quieres hacerme un regalo?

Le dice Juan:

—Con mucho gusto, señor, si yo tuviera alguna cosa que os pudiera ofrecer.

Le dice el extraño:

—Pues bien, dame tu bolsa, y yo te daré una de las mías.

Le dice Juan:

—Con mucho gusto, señor, si eso le da placer. Lamentablemente no está nueva. Es el señor cura que le ha dado a mi mamá para mi viaje.

El extraño tomó la bolsa después de haberla vaciado y le dice:

—Espérame, ahorita vuelvo.

* * *

El no tardó en volver trayendo una bolsa fuerte de piel gris con un cierre de acero. El tomó la moneda de Juan, la puso en uno de los compartimentos de la bolsa y sobre otro compartimento puso el papel sobre el cual había escrito su nombre y su dirección y se la dio a Juan diciéndole en voz baja, para que el Juancito no lo oyera:

—Tú encontrarás tus veinte francos en un compartimento aparte. No le digas nada al Juancito. Yo te lo prohíbo.

Le dice Juan:

—Yo le obedeceré, señor para darle testimonio de mi agradecimiento, pero yo hubiera preferido que se los guardara para mi pobre mamá.

Le dijo:

—Tu mamá los tendrá. Quédate tranquilo. ¡Shhh! No digas nada. Adiós mi pequeño Juan, ¡buen viaje!

* * *

El extraño apretó la mano de Juan y le hizo una señal de adiós al Juancito. Además, les entregó un pequeño paquete, y se apartó de los dos chicos, de los cuales uno no le gustaba mucho, y el otro le inspiraba un vivo interés.

Cuando ellos hubieron partido, el extraño se puso a reflexionar: “Es singular —se decía— que este muchacho me inspira un profundo interés. Su fisionomía abierta, inteligente, dulce, franca y resuelta me ha hecho una impresión muy favorable. Y pues, tengo el remordimiento de haberle asustado en el primer momento. ¡Este pobre muchacho! ¡Con qué candor él me ha ofrecido lo poco que tenía! Todo lo que poseía. Yo me sentí mal. Y el otro me disgusta enormemente; yo estoy apenado de que viajen juntos. Yo les volveré a encontrar en París. Yo iré a ver a su hermano Simón. Yo quiero saber lo que él es allá. Y si yo lo supongo malo, no le dejaré mi pequeño Juan. El se quedará con el otro, si así lo quiere. Yo he hecho un intercambio de bolsas para el provecho de Juan. La suya está descosida y rota por todos lados. Con todo, yo la quiero conservar; esta aventura me dejará un buen *souvenir*.”

IV
EN LA CARRETA DE KERSAC

El Juan y el Juancito caminaron un tiempo sin hablar. Finalmente, dijo el Juancito:

—Di, pues, Juan, cuántos días nos tomará para llevar a París?

Le dice Juan:

—Yo no sé nada. No he pensado en contarlos.

Le dice el Juancito:

—¿Cuántas leguas haremos por día?

Juan le dice:

—Cinco o seis, me parece.

Le dice el Juancito:

—Pero eso no nos dice cuántas leguas hay de aquí a París.

Le dice Juan:

—Le debimos haber preguntado eso al señor ladrón. El nos lo hubiera dicho.

Le dice el Juancito:

—El no sabría más que nosotros. Esos hombres ricos, este viaje en carroza, ellos no saben más que el camino que siguen.

* * *

Una carreta esperaba toda uncida ante una casa por donde los muchachos iban a pasar. Un hombre salió de la casa y se dispuso a subir a la carreta.

—Señor —le dice Juan corriendo a él y quitándose cortésmente su gorra—, ¿podría usted decirnos cuántas leguas tenemos de aquí a París?

El hombre le dice:

—¡De aquí a París! ¡Pero tú no te vas a París, mi pequeño muchacho!

Le dice Juan:

—Perdón, señor, nosotros sí vamos allá, el Juancito y yo, para encontrarnos con Simón y ganarnos la vida. Y quisiéramos saber si está muy lejos y cuántos días nos tomará para llegar allá.

El hombre le dice:

—¡Misericordia! ¡Pero ustedes no contáis con ir allá a pie!

Le dice Juan:

—Perdón, señor. Es necesario así. Nosotros no tenemos los medios para ir con una buena carreta como usted.

Le dice el hombre:

—Pero, pequeños infelices, ¿no sabéis que de aquí a París hay 120 leguas?

Le dice Juan:

—¡Eso es mucho! Pero de todas maneras llegaremos. Muchas gracias, señor. Perdone que le hayamos molestado.

Le dice el hombre:

—No es ninguna molestia, amigo mío. . . Pero pensando en ello, yo voy a Vannes. Suban en mi carreta, está en vuestra ruta, y eso les hará avanzar unas cuatro leguas, porque ustedes no estáis a más de una legua de Auray.

Le dice Juan:

—Muy agradecidos, señor. No se lo rehusamos.

Les dice el hombre:

—Entonces suban pronto y partamos, porque yo tengo prisa.

* * *

Juan trepó rápidamente, e hizo que trepara el Juancito, que no había dicho una sola palabra. Juan se puso al lado del dueño de la carreta, y el Juancito se ubicó en el rincón más alejado.

El buen hombre que recogía a los pequeños viajeros lanzó el látigo al caballo, y partieron en gran trote. Juan estaba encantado; jamás había rodado tan rápidamente. El Juancito parecía asustado; él se aferró a las barras de la carreta.

El conductor miró atrás y le miró con detenimiento al Juancito, y le dijo a Juan:

—Tu camarada es mudo; así me parece.

Juan se rió de buen corazón y le dijo:

—¡Mudo! Por cierto, no, señor. El tiene la lengua bien desenvuelta. El no dice nada porque tiene miedo.

Le dice el hombre:

—¿Miedo de quién, de qué?

Le dice Juan:

—Yo no sé nada, señor. Siempre él tiene miedo. Juancito, responde pues al señor que tiene la cortesía de inquietarse respecto de ti.

El Juancito le dice:

—¿Qué quieres que yo diga? Yo no puedo conversar cuando tengo miedo.

Dice Juan:

—Allí está. . . Como yo decía que tiene miedo.

El hombre le pregunta:

—¿Y de qué tienes miedo, tonto?

Juancito responde:

—Yo tengo miedo de vuestro caballo, que corre a todo romper. Y además, tengo miedo de usted también. ¿Acaso yo sé quién es usted?

El hombre le dice:

—¿Cómo? ¡Pillo! ¡Bribón! Yo tengo la bondad de recogerte en la ruta, ¿y tú osas hacerme entender que yo soy un mal elemento, o un ladrón, o puede ser un asesino? Si no fuera por tu camarada, yo te pondría de patitas afuera, y te dejaría para que sigas el camino a pie.

Le dice Juan:

—¡Oh Señor, perdónele! El no sabe lo que dice. Es así de naturaleza; él se asusta de todo y todo le disgusta.

Le dice el hombre:

—No es una naturaleza como la tuya, entonces. Tú me das la impresión de ser un gran muchacho.

Le dice Juan:

—Oh, Señor, yo soy como el buen Dios me ha creado y como me ha criado mi mamá. Con seguridad, yo no tengo méritos. El pobre Juancito, señor, está un poco por debajo; es un poco tímido, porque él ha perdido su madre que era mi tía. Eso es lo que le ha amargado.

El hombre le dice:

—Tanto peor para él. Yo no quiero ni siquiera mirarle. Su cara llorona no es agradable al ojo ni dulce al corazón. Y en cuanto a lo que dice este pícaro, que él no sabe quién soy yo, yo te lo voy a decir. Yo soy un granjero de Santa Ana. Yo voy a Vannes para comprar chanchos, y me llamo Kersac.

Juan le dice:

—Gracias, señor Kersac. Nosotros estamos felices de haberle encontrado. Es el camino de un día que usted nos ha ahorrado.

Le dice Kersac:

—Yo puedo hacer mejor que eso. Yo paso dos horas en Vannes, y vuelvo a partir a eso de las cinco de la tarde para ir a seis leguas más allá, a Malansac. Yo puedo llevarles hasta allí, lo que equivale a una jornada de ahorro. Nosotros llegaremos antes de las ocho de la noche a Malansac, donde yo dormiré. De hecho mi caballo habrá hecho sus doce leguas y tendrá bien ganada su avena.

Juan le dice todo gozoso:

—Muchas gracias, señor. Si nosotros nos encontramos más a menudo con gente como el día de hoy, no tardaremos en llegar a París. ¡Agradece, pues, Juancito!

Le dice Kersac:

—Déjalo tranquilo. ¿Acaso necesito su agradecimiento? Es por ti que hago esto; no es por él.

* * *

Juan le hizo señales al Juancito, pero no pudo obtener una sola palabra de él. Kersac se daba cuenta, sin aparentarlo, del tejemaneje de Juan y de su aire inquieto. Por lo bajo le lanzaba al Juancito miradas descontentas. Juan creía descubrir cólera en los ojos amenazantes de Kersac. El se esforzaba por desviarlas mediante observaciones amables respecto de la bondad del caballo, que era bueno, pero no tan bonito. Enseguida, sobre la suavidad de la carreta que les sacudía como una canasta de lechugas; sobre los encantos de la ruta que era un plano árido. . .

Mientras más se divertía Kersac de los visibles esfuerzos del pobre Juan por conjurar la ira que él temía por el Juancito, más se contraían sus labios; más se arrugaba su frente, sus cejas se fruncían; su boca asumía un aspecto casi feroz. Su mano, liberada de las riendas se crispaba. Finalmente, él detuvo su caballo y se volvió hacia el Juancito. La cara de Juan expresaba consternación, y la de Juancito expresaba temor.

* * *

Después de algunos minutos de inamovilidad durante los cuales el caballo retomaba aliento, Kersac, al ver el visible terror del Juancito y la creciente inquietud de Juan, se dirigió al primero con una voz formidable:

—¡Juancito, tú eres un pequeño cretino! Tú ves las súplicas de tu primo que teme por ti de lo que te va a suceder: Unos cuantos latigazos. Tú te empeñas en no concederle las excusas que él te pide que me dirijas. Por mi lado yo te digo que enseguida tú nos vas a pedir perdón de tu majadería, o si no. . . ¡Vamos, arrodíllate en la carreta y pide un perdón bien pronunciado!

El Juancito no se mueve. Kersac levanta su látigo. El Juan le pide gracia por su primo. Pero Kersac, indignado por la obstinación del Juancito le aplicó un ligero latigazo sobre sus espaldas.

El Juancito lanza un grito, y Kersac lanza un segundo golpe. El Juancito no esperó el tercer golpe. El se puso de rodillas y gritó, “¡Perdón!”, con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡En buena hora! —dijo Kersac volviéndose hacia su caballo para ponerle en marcha—. Y tú, mi pobre muchacho —añade dirigiéndose a Juan y retomando su voz calmada—, no te aflijas. Este pillo tiene necesidad de recibir unas cuantas caricias en sus espaldas con el látigo. Mientras nosotros estemos juntos, yo lo convertiré en dócil, sino en amable.

* * *

El Juan no le respondió; él había tenido temor por el Juancito, y temía que éste no siguiera excitando la cólera de Kersac. En cuanto al Juancito, éste hacía como solía, sus reflexiones dolorosas sobre el mal augurio que le perseguía y sobre la buena suerte del Juan.

Así llegaron a Vannes. Kersac desunche su caballo. El Juan le ofrece llevarlo a la caballeriza, darle su avena y limpiarlo del sudor.

Le dice Kersac:

—¿Tú sabes limpiar un caballo?

Le dice Juan:

—Creo que sí, señor. Yo he limpiado más de uno en el albergue de Kerantré.

Le dice Kersac:

—¡Muy bien, muchacho! Tú me harás ese servicio porque yo tengo prisa de ir a mis asuntos relacionados con los chanchos. Espérame aquí; yo estaré de vuelta dentro de dos horas. Después de la avena, le harás beber a mi caballo.

Le dice Juan:

—Sí, sí, señor; yo sé bien; y le daré heno después de que haya bebido.

Le dice Kersac:

—¡Eso! ¡Hasta la vista!

* * *

Juan se apresura de llevar el caballo a la caballeriza.

—¡Vamos, Juancito —dice él—, ven a ayudarme. Tú limpiarás de un costado y yo del otro.

Le dice Juancito:

—¡De ninguna manera tocaré el caballo de este mal hombre! Tú que eres su favorito, puedes ayudarlo, pero yo, yo no tengo por qué hacerle reconocimientos.

Le dice Juan:

—Escucha, mi Juancito, reconoce que tú has sido un malcriado y que él no te ha golpeado fuerte.

Le dice el Juancito:

—Fuerte o no, él ha golpeado, y él no tiene derecho de golpearme.

Le dice Juan:

—¡Vamos, Juancito! Si no es por él, hazlo por mí, por ayudarme.

Le dice el Juancito:

—¡De ninguna manera! Tú eres muy amigable con él.

Le dice Juan:

—¿Y cómo no seré amigable con él, siendo que él nos ha adelantado doce leguas al recogernos en su carreta como lo ha hecho?

Le dice el Juancito:

—¿Y qué le cuesta hacernos subir en su carreta?

Le dice el Juan:

—Yo no digo más, pero sé bueno con él, pues él tiene en mente muchas cosas que otros no hubieran pensado.

* * *

Después que Juan dijo esto, el Juancito se fue a extenderse en un rincón de la caballeriza sobre un montón de paja, y dejó que su primo se ocupara del todo solo del caballo que les había conducido un buen tramo y que les habría de conducir otras seis leguas todavía.

Cuando terminó, se fue a sentarse junto al Juancito, y le dice:

—Dime, Juancito, ¿acaso no sientes necesidad de comer?

Le dice el Juancito:

—De comer y también de beber. . .

Le dice Juan:

—¿Y si empezamos con nuestras provisiones?

Le dice Juancito:

—No seré yo que rehusaré hacerlo.

Le dice Juan:

—¿Por cuál paquete comenzaremos? ¿Por el de mamá o por el del señor Abel?

Le dice el Juancito:

—Como tú quieras.

Le dice Juan:

—Tomemos el de mi mamá. Pobre mamá, ella piensa que nos encontramos bien cerca de Kerantré todavía, y esta noche estaremos a unas catorce leguas por lo menos.

* * *

Juan deshizo el pequeño paquete que le había dado su madre. De allí sacó una pierna de conejo, le da un pedazo de pan, y guarda uno para sí, y comenzaron su modesta cena. Pero cuando habían comido tuvieron sed.

Juan se encargó de solicitar agua. Entró en la sala del albergue y encontró una mujer que disponía un cubierto. Se quitó su gorra y le preguntó si ella podría darles agua para él y para su camarada.

La mujer le pregunta:

—Agua, ¿para qué, amigo?

Juan le dice:

—Es para beber, señora. Hemos comido y quisiéramos tener un vaso de agua, por favor.

Le dice la mujer:

—Yo les voy a dar una botella de sidra, amigo. Es más sano que el agua cuando se ha viajado mucho.

Le dice Juan:

—Muchas gracias, señora. Nosotros no hemos viajado solos. Es el señor Kersac que ha tenido la amabilidad de traernos en su carreta. Así, yo le agradezco mucho su buena voluntad, señora. Pero, pero, para decirle verdad, no tenemos los medios para pagar la sidra desde el primer día de nuestro camino.

Le dice la mujer:

—Yo no tenía la intención de hacerte pagar, amigo, y tú la tendrás de la misma manera porque tú me pareces un muchacho bueno y honesto.

* * *

La mujer tomó de sobre la mesa una botella de sidra y la dio a Juan con un vaso. Juan le agradeció mucho y corrió para mostrarle a Juan lo que le había dado. Ellos se saciaron de lo mejor y se extendieron sobre la paja a la espera de Kersac.

El volvió a la hora exacta, unció rápidamente, hizo que Juan subiera a la carreta y llamó al Juancito, que no le respondió:

—¡Tanto peor para él, partamos! —dijo Kersac.

Le dijo Juan:

—No sin el Juancito, señor; mejor espérele. Yo correré a buscarle.

Le dice Kersac:

—¡De ninguna manera! Yo tengo prisa en el camino.

Juan saltó de la carreta diciéndole:

—¡Adiós, señor, y muchas gracias por todas sus bondades!

Le dice Kersac:

—¿Y qué? ¿Qué es lo que haces? Yo te llevo a ti.

Le dice Juan:

—Perdón, señor, yo no puedo partir sin el Juancito. Yo no le dejaré solo al Juancito.

Le dice Kersac:

—¡Ah, bah! No te inquietes por ese muchacho. El te alcanzará en alguna parte.

Le dice Juan:

—No, señor. El tendrá mucho miedo; él se morirá de miedo.

* * *

Juan saludó a Kersac y estaba por irse en busca del Juancito, cuando le llama Kersac:

—Juan, ven, pues. ¡Que diablo de muchacho! Yo no partiré sin ti, lo acepto. Vé rápido a buscar a tu protegido; yo te esperaré.

Juan gritó con un aire de gozo:

—¡Gracias, señor!

Y partió para buscar a Juancito, a quien encontró dormido sobre la paja en la caballeriza. Y le dice:

—Juancito, rápido, levántate que partimos. El señor Kersac te espera.

El Juancito se frotó los ojos, estaba medio dormido. Juan tuvo que despertarle y a arrastrarle al patio donde esperaba Kersac.

—¡Nos vamos, pues! —gritó Kersac. ¡Avanza, arrastrado! ¡Jálalo, Juan! ¡Dale un empujón!

Juancito, ya despierto a causa de estos gritos, subió rápidamente en la carreta y se extendió para continuar durmiendo, mientras que Juan se acomodó junto a Kersac. Y partieron con gran trote.

V
EL ACCIDENTE

Kersac le dice a Juan:

—Tú me has traído buena suerte, mi muchacho. Yo he hecho un negocio magnífico respecto de mis pequeños chanchitos. Son de la especie más bella; vienen de Kermadio. ¡He obtenido cuarenta por 240 francos! ¡A seis francos cada uno, cuando lo que hubiera pagado en otra parte es de cuatrocientos a quinientos por lo menos! Si me va tan bien en Malansac, yo habré tenido una jornada magnífica.

Le dice Juan:

—Es el buen Dios que os ha recompensado, señor, por vuestra caridad por nosotros.

Le dice Kersac:

—Es por eso que digo que tú me has traído buena suerte.

Le dice Juan:

—No es sólo yo; la mitad se lo debo al Juancito.

Le dice Kersac:

—Hem, hem, ¿tú crees? El no tiene cara de dar buena suerte. Mírale, pues, él duerme como un lirón, y al dormir él muestra su indiferencia y su ira.

* * *

Juan se da la vuelta sonriendo y encuentra, en efecto, una cara tan irritada y tan desapasionada de su primo Juancito, que no pudo evitar reírse en voz alta. Su alegría se ganó a Kersac, que su adquisición de los chanchitos le había puesto de buen humor, y los dos se ríen tan bulliciosamente que el Juancito se despertó.

El miró alrededor de sí y les dice:

—¿Qué hay pues? ¿Por qué se ríen tan fuerte?

Ellos se reían demasiado como para poder responderle, lo cual el Juancito encontró malo.

El se volvió a recostar, cerró sus ojos y los abría de rato en rato para lanzarles una mirada irritada, que no hacía más que excitar las risas de Juan y de Kersac.

* * *

El caballo trotaba siempre. Kersac aseguraba que tenía hermosa piel y que había sido limpiado y bien cuidado.

—¿Sabes tú, muchacho, que tú me caes muy bien? —le dice a Juan—. Yo tengo muchas ganas de guardarte.

Le dice Juan:

—Oh, señor; eso es imposible.

Le dice Kersac:

—¿Por qué, pues?

Le dice Juan:

—¿Y el Juancito?

Le dice Kersac:

—Allí tienes, es verdad. ¡Este diablo de Juancito! A mí me gustaría mucho librarte de esta carga.

Le dice Juan:

—El no me es una carga, señor. Al contrario, yo sé que le soy útil.

Le dice Kersac:

—El no puede decir lo mismo respecto de ti. Escucha, Juan —añade él después de algunos momentos de reflexión, ¿quieres hacer una cosa? No te vayas a París; quédate conmigo. Yo te seré un buen amo; yo también necesitare a tu madre. Y yo llevaré a tu Juancito a su casa.

Le dice Juan:

—Usted es muy bueno, señor. Yo estoy muy agradecido, pero no puedo, señor.

Le dice Kersac:

—¿Por qué?

Le dice Juan:

—Porque mi mamá me ha hecho partir para enviarme a París. Mi hermano Simón nos espera a los dos, a Juancito y a mí. Es necesario que yo obedezca a mi mamá. Yo no sé cuáles serán sus razones para enviarnos a Simón. Podría ser que ella no esté contenta si yo entro a trabajar con usted sin haberla consultado. Además, el pobre Juancito, ¿qué será de él sin mí?

Le dice Kersac:

—El se quedará en su aldea. No hay nada más desventurado que eso.

Le dice Juan:

—Pero, señor, mi tía no tiene con qué alimentarlo, ni mi mamá tampoco. Es necesario que él trabaje, y en nuestra aldea no encontramos trabajo.

Le dice Kersac:

—Entonces, no hablemos más. Puede ser que te encuentre más adelante, y sin el Juancito, ojalá. El duerme siempre, este perezoso.

* * *

El Juancito no dormía; él había escuchado todo. La generosidad de Juan le conmovió. El se promete de ayudarlo en el futuro y de no ser un insensible como lo había sido.

El camino se terminó alegremente para Juan, que le preguntaba a Kersac acerca de la región que ellos recorrían. Este le respondía amigablemente y volvía sin cesar a su deseo de tener a Juan a su servicio. Juan le agradecía y repetía su estribillo:

—¿Y el Juancito?

Aunque al llegar a Malansac, Kersac no podía soportar al Juancito, lo mantenía cerca de sí.

* * *

El Juancito se preguntaba: “¿Por qué este mal hombre quiere obligar a Juan a abandonarme? No es posible que se le pegue tanto a Juan, a quien no conoce. Entonces es por el placer de hacerme daño, para lanzarme solo a la gran ruta. ¡Cuánto detesto a este hombre! Si alguna vez lo vuelvo a encontrar cuando yo sea grande y fuerte, yo le haré una broma, una mala broma, si lo puedo.”

Así llegaron a Malansac. Juan le ofreció a Kersac atender a su caballo también esta vez, y Kersac aceptó.

Era cerca de las ocho de la noche, pero todavía estaba bastante claro. Y cuando Kersac, ayudado por Juan terminó de atender su caballo, le propuso hacer un paseo en las afueras de la ciudad.

Le dijo:

—Yo tengo las piernas hinchadas por haber estado sentado toda la jornada. Si quieres venir conmigo, iremos a la campiña para ver los alrededores. Dicen que el campo es hermoso.

Juan aceptó con gozo. Pero tenía ganas de decirle: “¿Y el Juancito?” Pero no se atrevió, viendo la antipatía de Kersac por su primo.

* * *

Ellos partieron, pues, dejando al Juancito en el albergue, quien, buscando ser útil como Juan se ofreció a hacer beber al caballo después de que haya comido su avena. Kersac quedó sorprendido de la bondad del Juancito, y aceptó tras una mirada y un gesto suplicante de Juan.

—De hecho —dijo— tendremos bastante tiempo para pasearnos, sin tener que preocuparnos por el caballo.

Ellos se dirigieron fuera de la ciudad. El clima era magnífico. El Sol se ocultaba, el calor había menguado, el campo era hermoso. Ellos fueron lo suficientemente lejos conversando de una y otra cosa. Juan le divertía y le interesaba bastante a Kersac por mil pequeñas historias de su infancia y de su familia. Más se daba a conocer Juan a Kersac, más se sentía éste apegado y anhelaba apegarlo a su servicio.

—Hace bastante tiempo —decía—, que yo busco un muchacho tierno para formarlo, y lo busco inteligente, servicial y activo como tú.

Le dice Juan:

—Usted se hace ilusiones, señor. Yo no tengo las cualidades que usted cree haber visto en mí.

Le dice Kersac:

—Sí, pues, sí pues, yo me conozco bien. Yo he tenido más de diez a mi servicio, y no me equivoco ahora.

* * *

Ellos volvieron tras sus pasos y tomaron la gran vía hacia Malansac, cuando escucharon el galope precipitado de un caballo. Cuando se aproximó Kersac reconoció al suyo, que llegó con el vientre a tierra.

El se lanzó a la vía para cortarle el camino, tomó la brida, pero el caballo se había lanzado. Kersac, a pesar de su fuerza no pudo detenerlo y se encontró tirado sobre el suelo arrastrado y en peligro de ser pisoteado.

Juan vio la eminencia del peligro, se lanzó delante del caballo y de asió de sus narices para hacer que se detenga inmediatamente, calmado a medias.

Kersac quiso levantarse, pero volvió a caer. El se había machacado el pie.

* * *

Juan comenzó por atar a un árbol el animal sin aliento y temblando, y corrió hacia Kersac, que estaba pálido y cercano a desfallecer.

Juan avistó una fuente cerca del camino y corrió allí y humedeció su pañuelo en esta agua fresca y límpida, y volvió corriendo para remojar la frente y las sienes de Kersac. Dos veces más él volvió a la fuente; no fue sino a la tercera vez que Kersac reabrió sus ojos y recobró el conocimiento.

El apretó la mano de Juan e hizo el intento de levantarse. Esto hizo con gran dificultad y después de varios intentos pudo ponerse de pie. El se mantuvo de pie, apoyado en su bastón, pero no podía caminar.

—No haga el intento, no haga el intento, señor —dijo Juan—. Yo voy a calmar vuestro caballo. Yo lo acercaré junto a usted, y si usted puede montar encima, estaremos salvados.

* * *

Kersac estaba al borde de la fosa que había a los costados del camino. Juan desató el caballo, lo acarició, le presentó un puñado de hierba, y mientras el animal comía, le hizo descender a la fosa, lo detuvo ante Kersac, y lo sostuvo por la brida mientras Kersac intentaba montar encima. El no pudo hacerlo, porque no podía apoyarse sobre su pie chancado.

Juan le dice:

—Echese a través del lomo del caballo, señor, y cuando esté en esta posición, pase vuestra pierna herida.

Kersac siguió el consejo de Juan y se encontró firmemente ubicado sobre el lomo del caballo.

Juan le hizo subir de la fosa con precaución, y le condujo asido de la brida. Así llegaron a Malansac de noche.

* * *

Lo primero que vio Juan fue al Juancito que se mantenía medio escondido tras de la puerta de la caballeriza.

—¡Ven acá, bribón! —le gritó Kersac—.

El Juancito hubiera querido escaparse pero, ¿por dónde pasar? ¿Y qué sería de él enseguida? Era mejor presentarse ante Kersac. El optó por obedecer y avanzó hasta la cabeza del caballo.

Le dice Kersac:

—¿Por qué y cómo has dejado escapar mi caballo?

El Juancito responde temblando:

—Señor, no es mi culpa.

Kersac:

—¿No es tu culpa? ¡Mentiroso! Responde: ¿Cómo es que se ha escapado el caballo?

Le dije el Juancito:

—Señor, yo le he llevado a beber. El no quería salir del abrevadero y yo lo jalé, y después yo le he azotado un poco. Entonces él ha saltado y ha echado coces. Entonces yo lo he azotado más fuerte para corregirlo. Entonces se ha encabritado. Entonces he tenido miedo de que rompiera el cabestro que yo tenía. Entonces yo le he dado de latigazos sobre su vientre. Entonces ha roto el cabestro como yo temía, y entonces partió como rabioso que es.

Le dijo Kersac:

—¡Pequeño cretino! ¡Pequeño payaso! Te has atrevido de tocar mi caballo con el látigo, y yo te daré un castigo del que acordarás por largo tiempo. Si yo no tuviera el pie machacado, gracias a ti, imbécil, yo te daría una rebenqueada que te haría bailar hasta mañana. ¡Lárgate, y no te presentes delante de mí, pájaro de mal agüero!

El Juancito no hizo que se le repitiera lo dicho y se dio prisa para escapar de las miradas encolerizadas de Kersac, y no abandonó el rincón más oscuro de la caballeriza hasta que su enemigo hubo desaparecido.

* * *

Juan había llamado a algunos para ayudar a Kersac a descender del caballo. El era grande y fuerte; les fue muy difícil lograr establecerlo dentro de una cámara de la planta baja que felizmente se encontraba vacía.

Dice Kersac:

—¿Y bien, qué haces amigo? Tú no vas a quedarte allí, yo pienso. . .

Le dice Juan:

—Perdón, señor. A menos que usted no me expulse yo me quedaré cerca de usted para servirle hasta que usted esté en estado de subir a la carreta para regresar a su casa.

Le dice Kersac:

—Pero, amigo, tú te vas a aburrir como un muerto. Quédate allí, ¡qué vas a hacer!

Le dice Juan:

—Voy a servirle, señor. Los del albergue están bastante ocupados. Ellos le van a descuidar, no por mala voluntad, sino porque ellos no podrán hacer de otro modo. Y es triste no estar en sus cabales sin saber meter un pie delante del otro. No habrá nadie que pueda darle lo que usted necesite y que os ayude a pasar el tiempo.

Le dice Kersac:

—¿Y tu viaje a París? ¿Y tu hermano Simón?

Le dice Juan:

—Mi viaje durará algunos días más, señor; eso es todo. Y mi hermano sabe bien que cuando uno hace el viaje a pie no llega en un tiempo fijado. El nos espera después de un mes. Y así, señor, si yo no os soy desagradable y si usted quiere aceptar mis servicios, yo seré muy feliz de serle útil.

Le dice Kersac:

—En lo de serme desagradable, amigo, al contrario, tú me eres agradable. Yo acepto tus servicios y te los agradezco por anticipado. Y empiezo por pedirte un vaso de agua, porque me muero de sed.

* * *

Juan fue a pedir el agua, y le dan una jarra llena y un vaso. Cuando Kersac había bebido sus dos vasos de agua, siente ganas de comer, y le dice:

—Tú solicitarás para mí alguna cosa ligera a causa de mi caída. Una sopa de repollo con tocino y un guiso al ajo.

Cuando Juan iba a salir, Kersac lo llama:

—Y tú, pues, muchacho, ¿tú no has comido? Pide para dos, y comeremos juntos.

Le dice Juan:

—Muchas gracias, señor. Yo he comido con Juancito antes de salir de Vannes.

Le dice Kersac:

—¿Comido? ¿Dónde, pues? ¿Con qué?

Le dice Juan:

—Nosotros hemos comido en la caballeriza, señor. Tuvimos de qué. Mi mamá nos ha dado los restos de un conejo con que tuvimos una deliciosa cena ayer en la noche. Todavía nos sobra una pierna, además de pan y de torta.

Le dice Kersac:

—¿Y tú crees que yo me voy a empachar de buenas cosas y que te dejaré comer un viejo bocado de conejo y a beber agua?

Le dice Juan:

—No está viejo, señor; es de ayer. Y en cuanto al agua, nosotros estamos acostumbrados, el Juancito y yo. Además, en Vannes, la buena dama del hotel me ha dado una botella de sidra que estaba réquete buenaza.

Le dice Kersac:

—Yo te digo que esto no será así; tú comerás conmigo. Los bocados que comeré se me quedarán en la garganta si me doy una buena cena mientras tú te pones a mordisquear huesos y pan duro. Pide dos cubiertos; ¿entiendes? ¡Dos cubiertos!

* * *

Juan se quedó inmóvil; parecía que quería hablar pero no se atrevía.

Le dice Kersac:

—Vamos, Juan, ¿te pasa algo que no quieres salir? ¿Qué es? Habla.

Le dice Juan:

—Señor, es que yo me temo. . .

Le dice Kersac:

—No tengas temor; yo te digo. Habla, habla pues. . .

Juan le dice sonriendo:

—Puesto que usted lo ordena, señor. . . ¿Y el Juancito?

—¡Otra vez! Grita Kersac, agitándose sobre la silla. ¡Siempre ese pillo que tú me metes por la nariz. Yo no quiero saber nada de tu Juancito; y yo no quiero escucharte hablar de él.

Le dice Juan:

—Es porque os ha ofendido, señor, que no lo queréis. Pero nuestro Señor nos perdona cuando le ofendemos, y él nos ama a todos por igual, y nos hace el bien. Y él nos manda hacer como él.

Le dice Kersac:

—¡Ah, eso! ¿Me vas a predicar como nuestro cura? Tu Juancito no me va, y yo no lo quiero.

* * *

Juan suspira y sale lentamente.

Kersac le siguió con la mirada y se quedó pensativo. “Tiene razón este chico. . . Y pensar que es un muchacho de catorce años el que me amonesta a mí que tengo 35 años. Es que tiene razón, de hecho tiene razón. Pero, ¿cómo hacer para cambiar todo lo que he dicho? El se mofará de mí, y sin embargo él tiene razón. . . Y es un gran muchacho, si alguna vez lo ha sido. Necesito que él venga a mi casa. El tiene en su fisonomía un algo. . . Yo no sé qué es que hace que sea placentero mirarle. Le escucho que viene.”

En efecto, Juan llegó. El traía algo como para meter el cubierto. . . Un solo cubierto.

Kersac se dio cuenta y le dijo:

—Juan, ¿qué es lo que tienes allí?

—¿Qué, señor?

—¿Un solo cubierto? ¿Por qué uno solo?

Le dice Juan:

—Porque no hay más que usted, señor, que no habéis comido.

Le dice Kersac:

—Y tú no has cenado, Juan. Escúchame y mírame bien en la cara. Tú tienes razón y yo estoy en error. Tú me has dado una lección, y yo te agradezco. Pide tres cubiertos y anda a buscar a tu Juancito.

Juan le miraba, y no podía creer lo que oían sus orejas. El se acercó bien cerca de él. Su aire asombrado y alegre le hizo sonreír a Kersac.

* * *

Le dice Kersac:

—¿Tú no te vas a burlar de mí, de haber actuado bien?

Le dice Juan:

—¿Burlarme de usted? ¿Yo, señor? ¿Reírme de usted en el momento en que usted actúa como nuestro Señor? ¿En el momento en que yo os admiro, o yo os amo? ¡Oh, Señor!

Juan tomó la mano de Kersac y la besó. Kersac tocó su cabeza de Juan con sus dos manos y le besó en su frente.

—Anda, amigo mío —le dice con una voz muy emotiva—, anda a buscar dos cubiertos más. . . y al Juancito —añade él con un suspiro—.

Juan salió esta vez corriendo, y después de no mucho tiempo volvió con los cubiertos y con Juancito. Este último a penas osaba entrar y levantar los ojos.

Kersac le dice riendo:

—No tengas miedo, Juancito. A todo pecado, misericordia. Yo he hecho mal de confiarte un caballo un poco violento a ti que no entiendas nada de eso. No pensemos más y comamos bien y con alegría. Es Juan que nos sirve; en cuanto a mí, yo estoy fuera de combate.

* * *

El Juancito cobró valor. Juan estaba radiante. El miraba a Kersac con agradecimiento y afecto. Kersac se dio cuenta de ello, sonrió y estaba satisfecho de haber actuado bien y de haber aceptado, él un hombre hecho, las observaciones de un niño. El le reconocía buen agrado a Juan a quien amaba realmente cada vez más.

Le dice Juan:

—Aquí está puesto el cubierto, ven Juancito a ayudarme a llevar los platos. ¿Hay que pedir sidra para usted, señor?

Le dice Kersac:

—¡Claro, y de la buena! Pero no sólo para mí, sino para tres.

El Juan y el Juancito salieron.

Le dice Juan:

—Y bien, Juancito, ¿no es verdad que él es bueno, el señor Kersac? Tú vas a ser amable con él, espero.

Le dice Juancito:

—Yo haré lo mejor que pueda. Pero tú sabes que yo soy infeliz y que nunca me sucede nada de bueno.

Le dice Juan:

—¡Deja, pues, la infelicidad! No más que yo. Tú te imaginas toda clase de cosas, además estás triste. Tienes un aspecto descontento e insensible. Es eso que repugna, ¿te das cuenta?

Le dice el Juancito:

—Yo no tengo la culpa; así es mi carácter. Yo no puedo reír siempre, o tomar las cosas con alegría, como ocurre contigo. Tú eres alegre; yo soy triste. Tú tienes confianza en todo el mundo; yo desconfío. Yo no puedo hacer de otro modo.

Le dice Juan:

—Desconfía si quieres, gime todo bajo, pero sé agradecido y agradable a los otros. Llevemos los platos; aquí están ya listos sobre el horno.

* * *

Juan tomó la sopa de repollo y la sidra, y el Juancito tomó el guiso. Kersac les esperaba con impaciencia.

Dice Kersac:

—¡Por fin! ¡Aquí está nuestra cena! No perdamos el tiempo. Yo tengo un hambre rabioso.

Kersac probó la verdad de sus palabras comiendo como un hambriento. El Juan y el Juancito le hacen compañía. Y cuando la comida terminó, nada quedó en los platos y nada en las garrafas. El Juan y el Juancito desocuparon la mesa y llevaron todo a la cocina.

Cuando Juan volvió le dijo a Kersac que el Juancito se fue a acostarse en la caballeriza, sobre la paja que le iban a dar.

Le dice Kersac:

—Y tú, Juan, antes de ir a acostarte, ayúdame a desvestirme y a acomodarme en mi cama.

Juan le ayudó lo mejor que pudo como mucha atención y cuidado. Y cuando Kersac estuvo acostado, Juan se sentó en una silla.

Le dice Kersac:

—¿Y bien? ¿Tú que haces allí? ¿No vas a acostarte como el Juancito?

Le dice Juan:

—Yo voy a dormir cerca de usted. Yo dormiré muy bien sobre una silla.

Le dice Kersac:

—¿Estás loco? ¿Pasar la noche sobre una silla? ¿Por una torcedura del pie? ¡Anda a acostarte, yo te lo digo.

Le dice Juan:

—Pero señor, usted no puede levantarse ni hacerse escuchar. ¿Y si le ocurre algo en la noche?

Le dice Kersac:

—¿Qué quieres que me ocurra? Yo voy a dormir hasta mañana. ¡Buenas noches y véte!

Juan no dijo nada. Sopló la vela e hizo como que salía. Pero volvió a entrar sin hacer ruido y se extendió sobre tres sillas, y no tardó en quedar dormido.

VI JUAN HACE DE ESCULAPIO

Hacia la mitad de la noche Juan fue despertado por la agitación extraordinaria de Kersac que gemía, se retorció y soplaba como un búfalo, y terminó diciendo a media voz: “No debí haber enviado a Juan; quizás él me pudiera haber aliviado.”

—Aquí estoy, señor —dijo Juan acercándose a la cama de Kersac—. ¿Qué le ocurre?

Kersac le dice:

—¿Cómo? ¿Tú estás aquí? ¿Desde cuándo estás aquí?

Le dice Juan:

—Yo no he salido, señor. Yo sólo hice como que salía. Pero usted sufre, señor; ¿qué puedo hacer para aliviarle?

Le dice Kersac:

—Yo sufro horriblemente de mi pie machacado, mi pobre Juan. ¿Y qué hacer ahora en medio de la noche? Todo el mundo está acostado; habrá que esperar que sea de día.

Le dice Juan:

—Mientras esperamos el día, que tardará en llegar, señor, yo voy a poder aliviarle, quizás. Cuando había una torcedura en mi aldea, era a mi mamá que venían, y quedaban sanos en poco tiempo. Usted va a ver; yo voy a hacerle masajes en el pie torcido como hacía mi mamá y como ella me ha enseñado a hacer. Dentro de media hora usted no sentirá más el dolor.

No obstante que Kersac se resistió porque no tenía fe en este remedio, Juan se apoderó del pie doloroso y a pesar de la oscuridad pudo aplicar el masaje con grande éxito porque en el transcurso de tres cuartos de hora el pie, deshinchado ya no ocasionada ningún sufrimiento.

Cuando Juan vio feliz el efecto que había obtenido, recubrió con precaución el pie, ya deshinchado casi por completo, se acostó sobre sus tres sillas y durmió tan bien, que no se despertó sino por el ruido que se hacía en la casa.

* * *

Después de largo tiempo amaneció; el reloj de la sala dio las seis. Juan saltó a tierra y vio que Kersac le miraba.

Le dice Kersac:

—Yo tenía prisa de verte levantado, amigo mío, para agradecerte por el bien que me has hecho. Es que yo he dormido de un jalón después que tú me has aliviado de mi mal.

Le dice Juan:

—¿Eso va realmente bien, señor?

Le dice Kersac:

—¡Pues, si! Todavía tengo algo, pero eso no es nada después de lo que tenía ayer. ¿Sabes que eres un famoso médico?

Le dice Juan:

—Es necesario, señor, que usted me deje hacer todavía un masaje sin el cual le hinchazón volverá.

Le dice Kersac:

—Haz todo lo que quieras; yo tengo confianza en tu medicina.

* * *

Juan volvió a tomar el pie enfermo y comenzó a masajearlo. Al cabo de un cuarto de hora Kersac quiso levantarse, diciendo que se sentía de hecho sano, pero Juan quiso continuar, y no cesó hasta que el pie, completamente deshinchado dejó de doler por completo.

Kersac se levantó, posó el pie sobre el suelo con temor y con vacilación, pero no sentía nada aparte de la debilidad, de modo que quiso ponerse sus zapatos.

Juan le dijo que era necesario vendar el pie, sin lo cual el tobillo podía torcerse, reapareciendo la hinchazón.

El fue a pedir una cinta de tela a la señora del albergue, que se la dio con prisa. Y Juan vendó hábilmente el pie de Kersac.

* * *

Le dijo Juan:

—Ahora, señor, usted puede caminar.

Le dice Kersac:

—¿Tú crees? Eso me parece difícil.

Le dice Juan:

—Haga la prueba, señor, va a ver.

Kersac hizo la prueba, al comienzo suavemente, después con más seguridad. Y finalmente se apoyó sobre su pie como antes del accidente.

—¡Esto es maravilloso! ¡Es admirable! Ya no sufro en absoluto; sólo un malestar, nada más.

Hizo el intento de caminar. Descendió al patio, entró en la caballeriza, y para su gran sorpresa lo encontró al Juancito vendando al caballo y que había tenido el buen pensamiento de darle su avena para ocuparse agradablemente mientras le vendaba.

Le dice Kersac:

—¡Cómo! ¡Eso está muy bien, Juancito! ¡No me lo esperaba verte tan comedido! Continúa, muchacho. Juan me ha curado tan bien con su masaje, que yo voy a partir dentro de una hora para mi granja en Santa Ana.

* * *

Después, volviéndose a Juan, continuó diciendo:

—Yo lamento mucho, mi bravo y excelente muchacho, por no poder llevarte conmigo. Pero yo no te olvidaré. Y tú, de tu lado, no te olvides de Kersac, el granjero de Santa Ana, cerca de Vannes. Si alguna vez tienes necesidad de ganarte la vida, o si te falta algún dinero, o no importa qué, acuérdate que Kersac tiene amistad contigo, que él te desea

el bien y que estará contento de demostrártelo. Yo voy a hablar al dueño del albergue acerca de mi compra de los chanchos, y ya vuelvo.

El se fue, efectivamente, pero no pudo llegar a un acuerdo. La mercadería estaba demasiado cara. El encontró que era más ventajoso tomar lo que sobró de los pequeños chanchitos que estaban en venta en Kermadio.

El volvió a encontrarse con Juan y con Juancito y les dijo:

—Mi caballo ya está bien vendado. Desayunemos mientras él acaba de comer su avena. Después le daremos de beber y lo unciremos una media hora después.

Kersac ordenó tres cafés con leche, y volvió a su cuarto con Juan. Los dos estaban serios.

* * *

Le dice Kersac:

—¿Tú no ríes hoy, Juan?

Le dice Juan:

—No señor; yo no tengo ganas de reír. Yo haría como el Juancito: Yo lloraría.

Le dice Kersac:

—¿Y por qué?

Le dice Juan:

—Porque estoy triste de dejarle, señor. Usted ha sido muy bueno conmigo y con el Juancito. ¿Os volveré a ver alguna vez? Es esto lo que me ocasiona tristeza. Será muy duro no volverle a ver.

* * *

Juan levantó hacia Kersac sus ojos húmedos, y Kersac le acarició la mejilla y la frente, pero guardando silencio.

El Juancito entró alegremente con el café, la leche, las tazas y el pan. Parecía que había intercambiado de humor con su primo; su rostro estaba sonriente mientras que el de Juan estaba triste. Ellos se miraron en la mesa. Sólo el Juancito hablaba y se reía.

Cuando el desayuno terminó, se levantó Kersac para dar de beber a su caballo, pero Juan no quiso dejarle hacer eso, de miedo que fatigase su pie todavía sensible. Y mientras esperaban el momento de uncir el caballo a la carreta, Juan se puso a conversar con Kersac:

—Señor —le dice—, si se da la ocasión de que usted pase por Kerantré, usted le hará llegar nuestras nuevas a mi mamá, ¿verdad? Eso me dará gran placer.

Le dice Kersac:

—No, ciertamente, amigo mío, yo no las haré llegar, sino que yo mismo se las daré en persona.

Le dice Juan:

—¿Usted mismo? ¡Ah, señor, yo se lo agradezco! Pobre mamá, ¡cómo se pondrá de contenta! Usted preguntará por la mujer llamada Elena Dutec, y le llevarán a ella. Está junto al camino, una pequeña casa aislada, rodeada de hiedra. Y pues, señor, díglele a mi mamá que me escriba y que me dé vuestras nuevas. Yo estaré muy alegre de tenerlas.

* * *

Llegó el momento de uncir el caballo. Juan le ayudó a Kersac por última vez en el momento de separarse, y Kersac les dice a los dos primos:

—Se me viene una idea: Suban a mi vehículo; les voy a llevar a la estación del ferrocarril; eso les acortará vuestro camino.

Le dice Juan:

—¿Cómo así, señor?

Le dice Kersac:

—Suban de inmediato. Yo te lo voy a explicar en el camino.

Cuando el caballo se puso en trote, Kersac le dice:

—Esto es lo que voy a hacer. Tú te acuerdas que yo he hecho un buen negocio en Vannes, con lo de los pequeños chanchitos. De mi ganancia yo voy a tomar una pequeña suma necesaria para pagar tu pasaje y el del Juancito hasta París. De esta manera yo estaré más tranquilo. No me gusta, Juan, imaginarte sobre las grandes rutas con tan poco de dinero, con un largo viaje delante y tantos tipos malos a quienes uno se expone a encontrar. Un pobre niño, no puede defenderse.

* * *

Juan agradece a Kersac sin comprender del todo el servicio que le hacía, pero adivinando que eso era muy importante.

Kersac les explicó acerca de la hora de parada del tren, las imprudencias que hay que evitar. Se aseguró de que tuviesen qué comer en sus pequeños paquetes de Kerantré y de Auray y que sus bolsas estuviesen bien equipadas.

Llegaron a la estación, y Kersac dio a cuidar su caballo a uno de los muchachos del albergue. Compró tickets en tercera clase para Juan y para Juancito. Les recomendó de no perderlos, porque de otro modo habría que pagarlos por segunda vez.

El conocía a los empleados del ferrocarril, y recomendó a Juan y a Juancito al jefe del tren que les llevaría. Luego abrazó a Juan y estrechó la mano del Juancito, y le pidió al jefe del tren de acomodarles bien y de no olvidarles en la ruta y a su llegada.

Juan, sorprendido y ocupado de lo que él veía y entendía, pensó menos en la partida de Kersac. El pito se hizo escuchar, y el tren se puso en marcha.

VII VISITA A KERANTRE

Mientras el Juan y el Juancito avanzaban con una velocidad de la cual no habían tenido alguna idea, Kersac rodaba hacia su domicilio tan rápidamente como su caballo le podía llevar.

El llegó a Vannes, y se detuvo allí dos horas para arreglar la entrega de sus pequeños chanchitos. Una parte cargó en la carreta, y prometió enviar a alguien que tomara el resto a la mañana siguiente.

“Después”, pensaba, “yo continuaré hasta Kermadio. Yo adquiriré el resto de los pequeños chanchitos y me dirigiré hacia Kerantré para ver a la mamá de Juan. Si en la ruta yo pudiese encontrar una mujer de granja, eso me dará mucha satisfacción. Mi tiempo habrá sido bien empleado de todas maneras.”

* * *

Kersac hizo como lo había dicho, a pesar de la hinchazón y el dolor de su pie que habían reaparecido levemente y que impedían sus movimientos.

Hizo compras muy ventajosas en Kermadio. El propietario de los chanchitos hizo grandes negocios con él y se contentó con una ganancia más limitada. Y enseguida tomó el camino a Kerantré y no tardó en llegar y encontrar la casa de Elena que adivinó a primera vista por la descripción que le había hecho Juan.

Al ver a un costado del camino, cerca de un puñado de árboles, una casita rodeada de hiedra, detuvo su caballo, y dirigiéndose a una pequeña niña de unos cinco a seis años que jugaba delante de la casa, le dice:

—¿No es aquí que vive la viuda Elena Dutec?

La pequeña niña se levantó, le miró sonriendo y le dijo:

—No sé, señor.

Kersac le dice:

—¿Cómo es que no sabes? ¿Acaso no vives aquí?

Le dice la niña:

—Sí, señor. Yo estoy muy contenta; yo no pienso más que en mi mamá.

Le dice Kersac:

—¿Sabes dónde está la casa del pequeño Juan?

Le dice la niña:

—Sí, señor, es aquí; yo duermo en su cama de él. Así dice la mamá de Juan.

Le dice Kersac:

—Pero, ¿es la mujer Elena Dutec que vive aquí?

Le dice la niña:

—Yo no sé, señor.

Le dice Kersac:

—Es ella que es la mamá, yo supongo, ya que tú duermes en la cama de tu hermano.

Le dice la niña:

—Yo no tengo mamá, y Juan no es mi hermano.

Dice Kersac: “¡Pucha, qué niña! No se entiende nada de lo que dice. Esta debe ser la casa de Juan; yo debí mejor descender y ver por mí mismo.”

* * *

Kersac descendió de su carreta, fue a atar su caballo a uno de los árboles que había cerca de la casa y entró. Pero no vio a nadie y salió por la puerta trasera que daba a un pequeño jardín. El divisó una mujer que escardaba una plancha de repollo.

Le dijo Kersac:

—Mi buena dama, ¿sabe usted dónde vive la mujer Elena Dutec?

La mujer se levantó bruscamente y dijo:

—Soy yo, señor. ¿Sin duda usted viene por la pequeña niña?

Le dice Kersac:

—En absoluto. Es por usted que yo vengo. Ayer yo le he prometido a mi buen pequeño Juan, y vengo a darle sus nuevas.

Le dice Elena:

—¡Juan! ¡Mi querido Juan! ¡Mi buen Juan! Entre, entre, señor. Estoy muy feliz de verle y de escucharle hablar de mi hijo.

Y gruesas lágrimas rodaron de sus ojos mientras ella le hizo entrar a Kersac y buscaba un banquito para hacer que se sentase.

* * *

Le dice Elena:

—Disculpe, señor, que le reciba tan mal. Yo no tengo más que este pequeño banquito para ofrecerle.

Le dice Kersac:

—Yo estoy muy bien, mi buena dama. Yo dejé a Juan y a Juancito ayer en la mañana en Malansac, a quince leguas de aquí; ellos van de maravilla.

—¡Quince leguas! —gritó Elena—. ¿Cómo han podido ellos avanzar tanto camino en su viaje? Ayer yo vi a un señor que les ha dejado en Auray a las diez de la mañana.

Le dice Kersac:

—Para decir verdad, yo les he ayudado un poco. Yo tengo una granja cerca de Santa Ana, y estaba de camino a Vannes y les hice subir a mi carreta. De Vannes yo fui a Malansac, y eso les ha avanzado unas seis leguas más. Nos acostamos allí, y les hice abordar el ferrocarril. Esta mañana, a las cuatro ellos habrán llegado a París.

Le dice Elena:

—¡Ya! ¡Llegados a París! ¿Cómo puede ser posible?

Le dice Kersac:

—Yo le voy a explicar esto, mi buena dama Elena. A estas horas, ellos ya están con Simón.

* * *

Kersac le contó todo lo que había pasado entre él, Juan y el Juancito, sin omitir nada, sin olvidar nada.

Elena escuchaba con avidez y ternura el relato de Kersac. El hablaba de su pequeño amigo Juan con tal calor, con una amistad que tocó profundamente a su madre y le hizo llorar como un niño.

Cuando él llegó al final de su relato y le explicó cómo él había pagado sus pasajes en el ferrocarril hasta París, Elena no se pudo controlar. Emocionada y agradecida, ella tomó la mano de Kersac y la apretó con las suyas y contra su corazón.

Le dijo Elena:

—¡Que el buen Dios os bendiga, mi querido señor! ¡Que él os devuelva esto que habéis hecho por mi buen Juan y por Juancito!

Le dice Kersac:

—¡Oh, en cuanto a ése, mi querida señora, no tiene que agradecerme, porque no es por él ni por caridad que yo le he tratado como a nuestro pequeño Juan, sino por darle el gusto a Juan. Es un gran chico que usted tiene, señora Elena, y yo tengo ganas de pedírselo a usted.

Le dice Elena:

—¿Para hacer qué, señor?

Le dice Kersac:

—Para tenerlo a mi lado en la granja.

Le dice Elena:

—El todavía es muy pequeño, señor. Su hermano Simón lo ha pedido para un servicio muy ventajoso y muy fácil. Cuando él sea más grande y más fuerte, yo estaré muy satisfecha de verle a su lado, señor.

Le dice Kersac:

—Si no se siente bien en París, y si prefiere el campo, usted me avisará, mi buena dama. Soy de la idea que él tiene mucho apego a mí, y que no le disgustará entrar a mi servicio.

Le dice Elena:

—Eso no me asombra, señor. Y si su hermano Simón no hubiese contado con él y no le hubiese asegurado un trabajo, yo estaría muy feliz de saberlo al lado de usted y más cerca de mí.

* * *

—¡Mamá Elena, tengo hambre —dijo la pequeña niña al entrar—.

Le dijo Kersac:

—¿Quién es pues esta pequeña? Juan no me ha hablado de ella.

Le dice Elena:

—El no la conoce, por así decirlo, señor.

Elena le dio un pequeño pedazo de pan a la niña y le contó a Kersac cómo encontró a la pequeña en la víspera de la partida de Juan:

—Yo estaba muy desolada, señor, cuando yo me vi con esta pequeña niña en mis brazos. Yo, que venía de enviar a mi pobre hijo, mi querido Juan, porque no teníamos de qué vivir. El no pedía más que trabajar, pero en nuestra región no hay trabajo para los niños. Cuando volví a casa después de ver partir a mi pequeño Juan y al Juancito, yo oí al

buen Dios de venir a socorrerme. La pequeña se despertó y me pidió de comer. Yo calenté en el fuego lo que sobró de la leche de Juan. El no había comido mucho, mi pobre hijo, a pesar de tener el aspecto resuelto y sonriente. De rato en rato yo veía una lágrima que rodaba por su mejilla. El me la ocultaba pensando que yo no la veía y que yo misma no vertía lágrimas.

* * *

Elena esconde su cara con sus manos, y Kersac la escuché sollozar.

—Vamos, mi buena dama Elena —le dice—, tenga valor. El chico no es infeliz; el buen Dios le ha venido en ayuda.

Le dice Elena:

—Y al enviarle a él como un buen ángel, es verdad, señor. Y pues, antes que usted otro hombre del buen Dios tuvo misericordia de él. Ese buen hombre ha venido a verme, trayéndome veinte francos de parte de mi pobre Juan. ¡Como si Juan hubiese tenido jamás veinte francos en su bolsa! Casi evito tomarlos so pena de ofender a ese buen señor.

Le dice Kersac:

—Juan me ha contado de este encuentro con este pretendido ladrón.

Le dice Elena:

—Los veinte francos me cayeron del cielo, señor, no para mí, porque yo acostumbro vivir de muy poco. . .

Kersac le dice, muy conmovido:

—Pobre mujer.

Le dice Elena:

—Pero eso era para la pequeña niña, señor. Con veinte francos tengo con qué darle de comer por seis semanas, y hay que esperar que sus padres vengán a reclamarla antes de que los veinte francos hayan sido comidos.

Le dice Kersac:

—No se preocupe por la pequeña niña, mi buena dama Elena. Yo proveeré para ella.

Le dice Elena:

—¡Usted, señor! Pero usted no me conoce. Usted podría creer. . .

Le dice Kersac:

—De hecho, sí, yo la conozco. Yo la conocía desde antes de haberla visto, y ahora la conozco como si fuéramos viejos amigos. Yo volveré a verla. Yo recorro frecuentemente la región por las necesidades de mi granja. Yo pasaré por su casa todas las veces que tenga tiempo. Hasta la vista, pues, y tenga valor. Yo estoy contento de dejarla calmada; me haría daño verla llorar.

* * *

Kersac le dio un saludo de amigo a Elena, acarició a la pobre pequeña abandonada por la cual él ya se interesaba, y fue a desatar su caballo. El subió en su carreta y se alejó rápidamente.

Por largo tiempo le siguió Elena con la mirada. Después ella entró, suspiró y elevó sus ojos al cielo diciendo: “Gracias, mi Dios. Tú me has enviado un protector para mi pequeño Juan, y pan para esta niña desdichada.”

Y ella volvió a su rueca.

VIII LA REUNION DE LOS HERMANOS

Kersac apresuró el paso de su caballo. Ya era tarde, y se dijo: “He estado mucho tiempo en casa de esta pobre mujer. Yo vi que mi presencia la consolaba; fue como si ella hubiese tenido a Juan cerca de sí. ¡Pobre madre! De hecho es terrible enviar a su hijo a recorrer ciento veinte leguas a pie, solo, casi sin dinero, para arribar a París donde tantos jóvenes se pierden y se mueren de hambre. Yo iré a consolarla y a hablarle de Juan algunas veces; esta es una caridad. Y yo le daré sus nuevas a . . . ¡Qué imbécil que soy! ¡Yo he olvidado de pedirle a Juan su dirección! ¡Qué bestia! ¿Dónde encontrarle en esta endiablada ciudad de París? La madre debe saber; se la pediré cuando la vea de nuevo.”

Tranquilizado por este pensamiento, atendió a sus negocios y calculó en su cabeza la ganancia del día. ¡Era considerable!

* * *

¿Y el Juan y el Juancito? ¿Dónde estarán ellos? ¿Qué estarán haciendo?

Ellos llegaron a París a eso de las cuatro de la mañana, reposados y encantados. Tras haber descendido del vagón, ellos no sabían a dónde ir. Todavía era de noche. Entonces, el jefe del tren, que era un buen hombre, les encontró en la sala de los equipajes a donde ellos habían seguido a los viajeros, y les preguntó a dónde iban.

Respondió Juan:

—Vamos a la casa de mi hermano Simón, señor. Pero es demasiado temprano; además, él no nos espera sino dentro de un mes. Además, nosotros no conocemos el camino.

Le dice el jefe del tren:

—¿Saben ustedes dónde vive él?

Le responde Juan:

—Sí, señor: En Saint Honoré N° 263.

Le dice el jefe del tren:

—Está bien. Quédense aquí hasta las 5.00, y entonces os iréis a la casa de Simón. Pero ustedes no encontraréis jamás vuestro camino todo solos. Aquí tenéis tres francos que me ha dado el señor Kersac para alimentaros en el camino. Ustedes no los habéis gastado, porque lo habéis pasado con vuestras provisiones y habéis bebido sólo agua. A esos tres francos añadiréis un franco y cincuenta céntimos para pagar el coche en el cual yo os haré subir. Por el momento tengo cosas que hacer, de modo que los dejo. Espérenme aquí.

* * *

El Juan y el Juancito se sentaron sobre una banca. Juan se divertía mucho al mirar a los que iban y venían. El señalaba todo y se interesaba por todo. El Juancito bostezaba y suspiraba.

Le dijo el Juancito:

—¿Qué va a ser de nosotros, Juan, con todo este ruido? Puede ser que no encontremos a Simón; entonces, ¿a dónde nos iremos? ¿Qué haremos?

Le dice Juan:

—¿Por qué no hemos de encontrar a Simón si él vive en la calle Saint Honoré N° 263?

Le dice el Juancito:

—¿Y si no lo encontramos?

Le dice Juan:

—Entonces le buscaremos.

Le dice el Juancito:

—¿Dónde le buscaremos ¿A quién le preguntaremos?

Le dice Juan:

—Encontraremos algún hombre bueno que nos ayudará a encontrarlo. Por otro lado, Juancito, lo que tú dices es ingrato respecto del buen Dios. Mira cómo él nos ha protegido. Ese buen señor, el ladrón, que nos ha dado dinero. . .

Le dice el Juancito:

—A ti, no a mí.

Le dice Juan:

—¿No es la misma cosa? Tú sabes bien que, mientras yo lo tenga, tú lo tendrás. Después, el buen señor que hemos tenido la suerte de encontrar, el señor Kersac que ha hecho por nosotros como lo hubiera hecho el buen Dios.

Le dice el Juancito:

—Sí, ¡qué bonito! El me ha dado dos latigazos.

Le dice Juan:

—¡Bah! Dos pequeños golpes de látigo. Además, eso fue por bondad.

Le dice el Juancito:

—¿Cómo por bondad? ¿Eso es lo que tú llamas bondad?

Le dice Juan:

—Ciertamente, además era para mostrarse más bondadoso contigo; y llegó a eso de todas maneras. Este buen señor Kersac que nos hizo avanzar doce leguas en carreta.

Le dice el Juancito:

—Porque le divertía conversar.

Le dice Juan:

—¡De ninguna manera! Eso no le divertía; fue por bondad que lo hizo. Después nos ha hecho cenar con él, desayunar con él, y él ha pagado por el lugar donde dormimos.

Le dice Juancito:

—Lugar nada caro. De paja, dentro del establo.

Le dice Juan:

—¿Acaso tenemos algo mejor en nuestras casas? Después él nos ha pagado nuestro viaje. El nos ha hecho llegar a París en 24 horas en lugar de treinta días. ¡De no creerlo!

Le dice el Juancito:

—Sí, en cuanto a eso nada hay que decir. Es de verdad algo bueno. Pero, ¿qué haremos si no encontramos a Simón?

Le dice Juan:

—¡Vamos! Ya vas a volver a empezar con la misma historia. Ya te lo he dicho: Nosotros buscaremos y terminaremos por encontrarle.

* * *

El Juancito no tenía el aspecto de estar tranquilo y comenzó de nuevo a gemir, cuando llegó el jefe del tren y les dice:

—¡Aquí estáis! ¡Está bien! Vengan y síganme. ¡Rápido, que tengo prisa!

El salió precipitadamente seguido por los chicos que no le quitaban los ojos de encima, pues tenían miedo de encontrarse separados.

Llegaron a la plaza de la estación sobre el boulevard Montparnasse. El jefe del tren les hizo subir sobre un pequeño coche y le ordenó al cochero llevarles a la calle Saint Honoré N° 263. Para mayor precaución le dijo al cochero:

—Déme su número; si les ocurre algo a los chicos, usted será el responsable. Así que cuídese.

Le dice el cochero:

—Quédese tranquilo, señor; yo les haré bajar sin accidente, así lo espero. Usted dijo la dirección. . .

—Calle Saint Honoré N° 263.

El cochero subió a su asiento.

* * *

—¡Adiós, señor, y gracias! —le gritó Juan al jefe del tren—.

El coche se estremeció y se puso en marcha. Los muchachos miraban con admiración. Todo les parecía magnífico a pesar de la hora temprana, el silencio de las calles, la ausencia de movimiento.

Cuando el vehículo se detuvo delante del número 263 de la calle de Saint Honoré, ellos pensaron haber partido sólo unos pocos minutos atrás.

El cochero les dice, abriendo la puerta:

—Vamos, señores, descíendan. Ya hemos llegado.

Juan se bajó, pagó como le había recomendado el jefe del tren, y se encontraron ante una puerta cerrada, sin saber qué hacer para entrar.

El Juancito le dice:

—Toca la puerta.

Juan tocó, el Juancito tocó, y la puerta no se abría.

El Juancito le dice:

—¡Llama!

Juan gritó:

—¡Simón! ¡Simón! ¡Somos nosotros! ¡Abre la puerta!

A pesar que ellos gritaban, llamaban, la puerta no se abría.

El Juancito dijo:

—¿Qué va a ser de nosotros, Dios mío! —Y se puso a llorar—.

Le dice Juan:

—¡No temas! Lo que pasa es que él todavía duerme. Esperemos; será mejor que se despierte, que se vista y nos abra.

* * *

Después de haber esperado cinco minutos, que a ellos les parecieron cinco horas, ellos volvieron a golpear y a llamar a Simón.

Por fin la puerta se entreabrió y un hombre gordo de cabello gris jaló la cabeza y les dice:

—¡Qué diablos de escándalo hacéis vosotros! ¿Tiene sentido despertar a todo el mundo tan de mañana? ¿Qué es lo que pedís? ¿Qué es lo que quieren?

Le dice Juan:

—Yo le pido perdón, señor; nosotros no queríamos molestarle. Nosotros llamamos a mi hermano Simón que vive aquí.

Le dice el portero:

—¿Y cómo quieren ustedes que él os escuche, ya que él vive en el quinto piso?

Le dice Juan:

—Eso yo no sabía, señor. Yo le pido perdón. Nosotros esperaremos si así lo quiere, señor.

Le dice el portero:

—Ahora que yo me he despertado y me he levantado, no necesito que ustedes esperen. Entren y suban.

El portero abrió, hizo entrar a Juan y al Juancito, y volvió a cerrar la puerta.

El portero balbucea:

—Al fondo del patio, la escalera a la derecha, en el quinto piso.

Y entró en el agujero negro que le servía de cuarto.

* * *

Juan tenía el corazón un poco apretado. El aspecto sombrío, sucio y ruinoso del patio de la casa le inspiraba cierta repugnancia. El Juancito estaba consternado.

Los dos subieron la escalera que les habían indicado. Ellos subían y subían. Al llegar a lo alto de la escalera vieron tres puertas ante sí, a la derecha, a la izquierda y al frente.

—Golpea, —le dice el Juancito—.

Le dice Juan:

—¿Dónde tocar? ¿Cómo hacer? Temo molestar a alguien si toco otra puerta que no sea la de Simón.

Le dice el Juancito:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros? —volvió a empezar el Juancito con su tonada lastimera—.

Le dice Juan:

—No temas. Yo voy a llamar “Simón, Simón”. —Y llamó a media voz—.

Se abrió una puerta, apareció un joven. . .

—¡Simón! —gritó Juan, y se arrojó a su cuello—.

* * *

Les dice Simón:

—¡Eres tú, Juan! ¡Y tú, Juancito! ¡Alabado sea Dios! ¡Yo tenía tanta necesidad de poder ver a alguien de nuestra tierra . ¡Entren, entren; vamos a conversar mientras me visto! Yo no les esperaba tan pronto. La mamá me había escrito diciendo que ustedes estarían aquí dentro de un mes.

Le dice Juan:

—Ciertamente, no debíamos llegar antes; pero nosotros hemos viajado como príncipes, ¡en vehículo! Yo te contaré todo esto.

Entraron en un cuarto pequeño limpio, claro y también alegre. Fisgoneando por todos lados, y observando cuando Simón se lavaba la cara y se vestía, el Juan y el Juancito le daban las nuevas de la provincia y le contaban todas sus aventuras.

Les dice Simón, sonriendo:

—Parece que el Juancito no tiene buena suerte; y tú, Juan, yo creo que eres tú el que hace venir la suerte por tu carácter alegre, abierto y servicial. Tú siempre has sido así; yo me acuerdo que en nuestra tierra todo el mundo te quería.

* * *

Cuando ellos habían conversado bastante, y reído bastante, después de abrazarse más de diez veces, Juan le pregunta:

—¿Y qué vas a hacer con nosotros, Simón? Tú no vas a guardarnos sin que hagamos nada, yo pienso. . .

Simón les dice:

—No, no. Estad tranquilos, ustedes tienen trabajo de antemano. Tú, Juan, tú entras como mozo de café en la tienda donde yo estoy. Y tú, Juancito, vas a entrar de inmediato a trabajar en una tienda de abarrotes.

Le dice el Juancito:

—¡Vaya! ¿Y por qué no de mozo de café como Juan?

Le dice Simón:

—Porque no había más que una vacante. Todo el mundo no puede hacer el mismo trabajo.

Pregunta el Juancito:

—¿Estaremos dentro de una misma casa?

Responde Simón:

—No. Tú, Juancito, estarás muy cerca de aquí en la calle Rivoli, y cerca de Juan, que estará conmigo en la tienda donde nosotros servimos.

Juan pregunta:

—¿Qué servicio haremos nosotros?

Responde Simón:

—El servicio de un café; es un buen estado, pero fatigoso.

Pregunta Juan:

—¿Por qué fatigoso?

Responde Simón:

—Porque hay que estar activo, alerta, siempre de pie, diestro para no romper nada, ni engancharse ni derramar nada. Tú vas a desempeñarte bien.

Le dice el Juancito:

—Yo también lo haría bien. . .

Le dice Simón:

—No. Tú no eres suficientemente vivo, bien en forma. Tú te harías despedir al cabo de ocho horas.

El Juancito no dijo nada, y asumió su aire gruñón.

* * *

Le dice Simón:

—¡Ah, ah, ah! ¡Qué cara que pones! ¡Eso tendría buenos resultados en el café. Todos los clientes se escaparían para no volver a venir.

El Juancito asumió un aire aún más majadero. Simón se levanta las espaldas, riéndose y diciendo: “¡Siempre el mismo! ¡Ah! ¡Ya son las siete, hay que descender al café, Juan. Y tú, Juancito, yo voy a presentarte a tu señor, el dueño de la tienda. Comportate respetuosamente y alegre, porque el tendero debe ser alegre y bromista de hecho.

Simón tomó un pan de su armario, lo cortó en tres grandes pedazos, y le da uno a Juan y otro a Simón, y metió el tercero en su bolsillo. Descendieron los cinco pisos y entraron en un café muy limpio y muy bonito. El Juan y el Juancito se quedaron atónitos ante los espejos, las sillas de terciopelo, las mesas esculpidas, etc. Mientras que ellos los admiran, Simón fue a hablar al dueño del café y volvió a poco rato con un pedazo de queso, con vasos y una botella de vino. Y vertió el vino en los tres vasos. Y les dice:

—Desayunemos antes de que llegue la gente. Y rápido, porque hay trabajo. Hay que limpiar y ordenar todo.

IX
REENCUENTRO CON EL JUAN
Y CON EL JUANCITO

Ellos comieron y bebieron. El desayuno le puso al Juancito de buen humor, y él se puso alegremente en ruta con Simón y Juan para comenzar su servicio en la tienda de abarrotes. El camino no fue tan largo; cinco minutos después él entró en la tienda.

Simón dice:

—Pontois, aquí está mi primo Juancito, el chico que usted espera. El ha llegado esta mañana y está listo para meterse al trabajo.

Dice Pontois:

—Bien, bien, acércate mi muchacho, acércate. Toma este tarro de pepinos y ponlo cerca del mostrador, allá.

Le dice el Juancito:

—¿Dónde está el mostrador?

Le dice Pontois:

—Delante de ti, tonto. Delante de la señora que está allá escribiendo.

* * *

Todo el mundo se reía. Y el Juancito, no muy contento avanza hacia el mostrador, se tropieza con una caja de ciruelas secas, y se cae con el tarro de pepinos.

—¡Torpe! —grita Pontois—.

—¡Torpe! —repite la dama del mostrador—.

—¡Torpe! —gritan los muchachos de la tienda—.

—¡Infeliz! —grita Simón—.

—¡Pobre Juancito! —grita Juan corriendo hacia él—.

* * *

El Juancito se levantó irritado y confundido. El tuvo la suerte de que el tarro no estaba roto salvo la cubierta. La mitad de los pepinos estaban por tierra, pero los muchachos se apresuraron para juntarlos, y no perdieron más que la cuarta parte.

Le dice Pontois:

—Pequeño payaso, por la primera vez pasa; pero la segunda vez tú pagas. Yo le he prometido a Simón que tú tendrás diez francos por mes, alimentado, vestido, alojado, lavado. Cuídate que los diez francos no vayan a pagar el establecimiento. ¿Qué dices, Simón? ¡Mal comienzo! Esto promete ser un encanto.

—No, no, Pontois; esto es la confusión, la timidez. No había que hacerle transportar un tarro para comenzar. Hasta la vista; yo me voy con mi debutante.

Pontois le dice respecto de Juan:

—Es amable, éste. Dime, pues, Simón, ¿quieres hacer un cambio? Tómate el otro, y dame éste.

Le dice Simón:

—No, no, Pontois, tomemos cada uno lo suyo propio. Este es mi hermano; el Juancito es mi primo. Hasta la vista; yo volveré mañana para saber cómo van las cosas. ¡Ten valor, Juancito! No te hagas problemas por tan poca cosa. Hasta mañana.

* * *

El Juancito no respondió nada. El estaba descontento con la diferencia que hacía Simón entre el hermano y el primo.

Pontois le puso de inmediato a trabajar. Le hizo llevar un paquete de abarrotes al hotel Meurice que se encontraba a pocas puertas de distancia, y le hizo acompañar por uno de los muchachos.

Los primeros días el Juancito no hizo otra cosa que mandados y compras con los muchachos a quienes enviaban a todos los barrios de París, para que él comenzara a conocer las calles así como las costumbres del comercio.

Por su lado, Juan hacía el aprendizaje de mozo de café. Su inteligencia, su alegría, su buena voluntad, su atención le pusieron bien pronto en la gracia de quienes frecuentaban el café. Les gustaba hacerle hablar, a hacerse servir por él. Frecuentemente él recibía buenas propinas, que él entregaba fielmente a Simón. Este estaba contento (del éxito de su hermano. Los dos, al volver de noche a su pequeño cuarto daban gracias a Dios de haberles reunido.

Juan estaba feliz. Sus únicos momento de tristeza eran aquellos cuando el recuerdo de su madre les venía a turbar. Algunas veces una lágrima humedecía sus ojos, pero muy pronto él se deshacía de este pensamiento y recobraba su valor al mirar a su hermano tan feliz de su presencia.

* * *

Un día, hacia el medio día, un señor entró en el café.

—Un nuevo cliente —le dijo la dama del mostrador a Simón, que se encontraba cerca de ella—.

Simón observó y vio a un hombre joven de buena presencia, de sesgo elegante, que examinaba el café, los mozos, los que lo frecuentaban. Sus ojos se detuvieron en Simón con un ligero movimiento de sorpresa. El se sentó en una pequeña mesa y llamó:

—¡Mozo!

Un mozo se apresuró a acudir.

—No, no es a ti, mi amigo que yo quiero. Yo quiero ser servido por Simón.

El mozo se alejó un poco sorprendido, y le avisó a Simón que un señor pedía que él acudiera.

Le dice Simón:

—¿El señor pregunta por mí? ¿Qué hay para el servicio del señor?

Le dice el extraño:

—Sí, Simón. Eres tú por quien he preguntado. Tráigame dos chuletas con espinacas y un huevo fresco.

Simón partió y volvió un instante después llevando las chuletas pedidas.

Le pregunta Simón:

—Señor, ¿acaso usted me conoce?

Le dice el extranjero:

—Muy bien, mi amigo: Simón Dutec, hijo de la viuda Elena Dutec.

Sorprendido, le dice Simón:

—Perdone, señor; yo no me acuerdo del hombre del señor.

Le dice el extraño:

—No hay que extrañarse, Simón. Tú no lo has escuchado nunca ni tampoco me has visto antes.

Le dice Simón:

—Pero entonces, ¿cómo tengo yo el honor de ser conocido del señor?

Le dice el extraño:

—¡Ah! Ese es mi secreto. Yo vengo de vuestra provincia. Yo he visto Kerantré.

Simón hace un gesto de sorpresa, y el extraño continúa:

—Yo he visto a la buena Elena, y quiero ver a mi pequeño Juan.

Le dice Simón:

—Pero señor. . . ¿podiera explicarme?

* * *

En ese momento entró Juan. Él estaba llevando una sopa y un huevo fresco a un cliente.

El extraño dice:

—¡Allá está, allá está! ¡Cómo es de avispado! ¡Hermoso muchacho, palabra mía! ¡Cállate, amigo Simón! ¡Cállate! Tráelo a mi lado y dile que me traiga una botella de cerveza.

Simón, fuertemente intrigado le da a Juan la orden de llevar la cerveza a la mesa número 6.

Juan llevó la cerveza, la pone sobre la mesa, miró al señor y lanzó un grito:

—¡El señor ladrón! ¡Qué felicidad! ¡Aquí está!

* * *

A este grito los mozos volvieron la mirada, la dama del mostrador repitió el grito de Juan, los clientes se levantaron, el más resuelto corrió a la puerta para guardarla. Simón se quedó estupefacto, y Juan tomó la mano del ladrón, que se levantó riéndose a carcajadas.

—¡Muy bien, mi pequeño Juan, esto es lo que yo esperaba. Sí, señores, yo soy como lo dice Juan, un ladrón, pero un ladrón que te roba la sonrisa, añade al ver a los clientes que se abalanzan sobre él con la cara y los puños amenazadores. Yo he actuado como ladrón para dar una lección de prudencia a estos niños que estaban contando su dinero sobre la gran ruta, al costado de un bosque. A propósito, Juan, ¿dónde está el llorón que a mí no me gusta, tu primo Juancito?

Le dice Juan:

—En la tienda de abarrotes al costado, señor, en la calle Rivoli.

El extraño:

—¡Una tienda de abarrotes! ¡Qué suerte! Y yo que detesto justamente a los dueños de las tiendas de abarrotes. Y bien, Simón, ¿ya me conoces ahora?

Le dice Simón:

—Yo creo que sí, señor, sólo que yo no sé vuestro nombre. Juan me ha contado todo y yo estoy muy contento de verle, señor.

* * *

Los clientes volvieron a comer y los mozos a servirles. Todos se ríen más o menos de su equivocación. La dama del mostrador contaba su dinero para asegurarse de que en medio del lío su caja no haya sufrido algún déficit. Tranquilizada respecto a esto, ella escucha con interés la conversación de Juan y el extraño.

Le pregunta Abel:

—¿Cómo has hecho para llegar tan pronto? Tú debieras haber estado un mes en la ruta.

Le dice Juan:

—Sí, señor, pero nosotros hemos encontrado a un excelente señor Kersac, granjero de cerca de Santa Ana. El nos ha traído en carreta hasta Vannes, y después hasta Malansac. Después él nos ha pagado nuestros boletos en el ferrocarril hasta París, de modo que así estamos ante usted, señor.

El extraño le dice, sonriendo:

—¿Y a ese buen señor Kersac le gustó el Juancito?

Le responde Juan, sonriendo:

—¡En absoluto, señor! Este pobre Juancito ha continuado a lamentarse de su mal agüero.

Le dice el extraño:

—¡Mal agüero! El debía decir “majadería”. Es asombroso cómo ese llorón me disgustaba. . . ¿Por qué no le has dicho mi nombre a Simón?

Le dice Juan:

—Porque yo no lo sabía, señor.

Le dice el extraño:

—¿Cómo! Yo lo había escrito sobre un papel que he metido en tu bolsa.

Le dice Juan:

—¡Y yo que no lo he visto! Es verdad que yo no he tenido la ocasión de abrir mi bolsa después de que nos separamos. Pero yo estoy muy contento de volverle a ver, señor. ¿Y dónde se aloja usted entonces?

—En el hotel Meurice, a dos pasos de aquí.

Le dice Juan:

—¡Qué bueno! Nosotros nos veremos frecuentemente.

Le dice el extraño:

—Todas las mañanas yo vendré a tomar el desayuno aquí.

* * *

El extraño terminó su comida. El pagó, le dio a Juan una pieza de veinte céntimos como propina, le dio a Simón su nombre y su dirección: Señor Abel, Hotel Meurice. Y salió.

El se dirigió a la calle Rivoli y caminó hasta que vio una tienda de abarrotes. Le dio una mirada y reconoció al Juancito y continuó su camino. Después regresó, se puso su sombrero en Colín, como un inglés, estiró su cara, asumió un aire tieso y afectado, caminó con los pies un poco tirados hacia adentro, las rodillas ligeramente plegadas, y entró en la tienda de abarrotes y se quedó inmóvil.

Le dice Pontois:

—¿El señor quiere alguna cosa?

El señor Abel le dice con un acento inglés muy pronunciado y muy solemne:

—¿Hotel. . . Meurice?

Pontois le dice:

—Está aquí, señor, *milord*. Está aquí cerca, *milord*. Siga las arcadas.

Le dice el señor Abel, con el mismo acento:

—¿Hotel. . . Meurice?

Le dice Pontois:

—Está allá señor, allá. Bien cerca de aquí, la doceava puerta.

Le dice el señor Abel, de la misma manera:

—¿Hotel. . . Meurice?

Dice Pontois:

—O él no comprende, o él está sordo. Allá, señor, allá. Usted lo ve bien. ¡Allá, allá, delante de usted!

El señor Abel:

—¿Hotel. . . Meurice?

Pontois dice:

—¡Qué diablos de inglés, es una bestia como todos ellos! Ellos no entienden el francés.

Y dijo:

—Juancito, llévale a su hotel Meurice; así será mejor.

* * *

El Juancito salió haciéndole una señal al inglés de que le siguiera. El inglés le siguió. A las preguntas que le hacía el Juancito, él respondía con la misma flema:

—¿Hotel. . . Meurice?

Ellos llegaron pronto, y el inglés le pasó, caminando derecho delante de sí.

El Juancito corre cerca de él y le dice:

—Por acá, señor, por acá. Usted se ha pasado de largo.

Le dice Abel:

—¿Hotel. . . Meurice?

Le dice el Juancito:

—Aquí está vuestro hotel Meurice, ¿Acaso no lo ve? Usted está al frente, allá ante vuestra nariz.

Le dice el señor Abel, retomando su voz natural:

—Gracias, bodeguero.

Al mismo tiempo él le hundió a dos manos su gorra sobre sus ojos, de modo que él pudo entrar al hotel y desaparecer antes de que su víctima se deshiciera de su gorra.

El Juancito miró alrededor de sí y volvió a la tienda, lleno de cólera porque se le hubiese malgastado una broma por un mal bromista.

Cuando entró y contó su aventura, todo el mundo se burló de él, lo que no le devolvió su bello humor. El se encontró infeliz y mal correspondido.

Se dice el Juancito: “Cuando yo pienso en Juan, qué diferencia hay entre él y yo! ¡Como es de agradable su situación! ¡Y qué propinas que le dan! Y a mí, nadie me da nada. Mi trabajo es sucio, desagradable y fatigoso. Yo soy muy infeliz: ¡nada me sale bien!”

* * *

Juan y Simón no lo veían muy a menudo al Juancito, porque tenían mucho que hacer en la jornada. Era la buena estación y hacía calor. Venían a desayunar temprano y a tomar refrescos mañana y tarde hasta una hora bastante avanzada. Después había que lavar todo, enjuagar, arreglar. A menudo, a medianoche Simón no estaba aun acostado. En lo que respecta a Juan, en vista de su juventud, Simón había conseguido que le enviaran a acostarse a las diez, de suerte que al no estar tan fatigado, raramente tenía la posibilidad de ver al Juancito.

El domingo, Simón y Juan se lavan bien temprano y se van a la misa de las seis. Ellos le habían propuesto al Juancito de ir a recogerle. El les acompañó a la misa los primeros domingos. Después él halló que era demasiado temprano. El prefería dormir e ir a la misa de las diez, del medio día e incluso dejar de ir en absoluto; de modo que veía cada vez menos a Juan.

* * *

En el café no hay domingos para los mozos. Al contrario, es el día en que hay más cosas que hacer, y a servir a más gente. Por tanto, Simón, habiendo puesto como condición de su entrada y de la de su hermano que irían al oficio de la tarde una vez cada dos domingos, Juan iba una vez, y Simón en la vez siguiente.

Esta condición que pidió o que casi exigió Simón, de hecho había sorprendido y enojado al dueño del café. Pero al ver el servicio regular y concienzudo de Simón así como de Juan, él tomó gran estima por los dos hermanos, tenía confianza en ellos y comprendió que por tener estos servidores honestos y seguros, era bueno tener servidores cristianos.

Además, Simón y Juan gustaban mucho a los clientes, e incluso a los que iban y venían. Ellos ejecutaban las órdenes que se les daba sin ruido, sin agitación. Todos eran servidos como les gustaba. Algunas veces los clientes le armaban conversación a Juan cuyo ánimo, su espíritu y buen humor excitaban la alegría de aquellos que le preguntaban algo.

X
EL BAUTISMO DEL JUANCITO

De todos los clientes, el que Juan servía y cultivaba con mayor placer era el señor Abel, que tenía su ambiente privado, y que era servido de la manera más particular a causa de su consumo regular y bien pagado.

Un día, el señor Abel le pregunta sobre el Juancito:

—¿Está contento con el dueño de la tienda de abarrotes? —le preguntó—.

Juan respondió:

—Eso nunca, señor. La última semana él estaba encolerizado contra un pretendido inglés que le ha hecho pasearse y enfurecerse, y que no era más inglés que usted y yo. El Juancito se ha encolerizado, le han atormentado. El se ha molestado más todavía. Su patrón le ha reprendido y le ha pinchado. El Juancito le ha dicho lisuras. El patrón se ha enojado de hecho. El le ha jalado de los pelos y de las orejas, y lo ha enviado con una patada y pan seco para la cena.”

Le dice el señor Abel:

—¡Ah, ah, ah! ¡La buena broma! ¿Y saben quién fue ese falso inglés?

Le dice Juan:

—No, señor. Nadie le conoce.

Le dice el señor Abel:

—Bien, será necesario intentar de encontrarle.

Le dice Juan:

—Es mejor dejarle tranquilo, señor. El no ha hecho mal a nadie; él sólo se ha divertido un poco. Pero el Juancito no tenía por qué molestarse.

Le dice el señor Abel:

—¿Entonces no estás resentido con ese bromista?

Le dice Juan:

—¡Oh, por eso no, señor!

El señor Abel le dice:

—¡Vamos! Tú eres un buen muchacho. Tú entiendes las bromas, y no como el Juancito, que se llena de rabia por nada.

* * *

Pocos días después, el señor Abel se dirigió de nuevo a la tienda de abarrotes del Juancito. El no tenía la misma apariencia que en los días precedentes. Sobre su saco él tenía una camiseta hasta la cintura. Alrededor de su cara tenía un pañuelo a cuadros. Sobre su cabeza tenía una gorra de obrero, y llevaba su sombrero a la mano. El llevaba una gran olla.

El se detuvo delante de la tienda, entró y con acento de Augvergne dijo:

—Me da jugo de uvas, por favor.

Un joven le pregunta:

—¿Por cuánto, señor?

Le responde:

—Para llenar la olla, joven.

El joven le dice:

—Allí tiene, señor; es un franco y medio.

El hombre de Augvergne le dice:

—Gracias. Aquí tiene el dinero.

El joven se fue al mostrador dando la espalda a la puerta, y el Juancito estaba bostezando en la entrada.

El hombre de Augvergne le dice:

—¡Mira! ¡Esto es para ti!

Y le volteó la olla entera sobre la cabeza, y el jugo le chorreó por la camiseta y el reto de la ropa, y corrió abajo dentro de una canaleta a la curva de la calle.

El hizo algo más todavía, volvió al costado del dueño de la tienda, se detuvo delante de la tienda y preguntó por la causa del tumulto y de la reunión de la gente que veía.

* * *

Un curioso le dice:

—Es un mal elemento que ha peinado a uno de los jóvenes con una olla de resina, señor. El pobre muchacho está en un estado terrible, todo pegajoso y enceguecido, con sus cabellos pegados y su ropa estropeada.

El señor Abel dice, entrando a la tienda:

—¡Oh, oh! ¡Eso es grave!

Los jóvenes, el dueño y la dama del mostrador rodeaban al desdichado Juancito, le lavaron la cara, le baldearon, le inundaron, le enjugaron.

Los muchachos se ríen solapadamente; la dama del mostrador les mira con los ojos saltados. El señor Pontois no olvidaba sus intereses y guardaba la entrada de la tienda para que ningún pillo pudiera deslizarse dentro de la tienda.

* * *

El señor Abel entra en conversación con la dama del mostrador, que le explica lo que había pasado.

Le dice la señora Pontois:

—Lo peor del asunto, señor, es que los vestidos del pobre muchacho no pueden volver a servir, y que le costará tres meses de sueldo para poderlos remplazar.

El señor Abel le dice:

—En verdad, ¿sus sueldos son tan miserables?

Le dice la señora Pontois:

—Diez francos al mes, señor. ¡Señora mía! Para los chicos de ahora eso equivale a nada; eso rompe con todo.

* * *

El Juancito, después de haber sido suficientemente regado, desvestido, enjuagado y vestido con una camisa que no le quedaba bien, un chaleco que llegaba a un pie encima del estómago y una cubierta que podía cubrir a dos como él, levantó los ojos y acabó por reconocer al señor Abel cuya voz le había ya hecho adivinar a medias.

—¡Señor, el ladrón! —gritó—.

El efecto producido por esta exclamación fue exactamente el mismo que dentro del café de Juan. El señor Pontois cerró y cuidó la puerta. Los muchachos levantaron las manos para agarrar al señor Abel del cuello. La dama del mostrador se refugió cerca de su caja lanzando un grito penetrante.

El señor Abel cruzó sus brazos y se quedó inmóvil, mirando al Juancito que con una palabra bien pudiera haber justificado al señor Abel. Pero guardaba silencio, y a su turno le miraba con un aire burlón y triunfante.

* * *

Los gritos de la dama del mostrador atrajeron a los sargentos de la ciudad. Ellos hicieron que abriesen la puerta y se informaron de la causa de los gritos de la señora. El señor Pontois y los jóvenes les explicaron el asunto, y los sargentos de la ciudad se vieron en el deber de arrestar al ladrón. El Juancito se pavoneaba de su triunfo.

El señor Abel les dice:

—Déjenme, pues, mis bravos amigos. Yo no soy más ladrón que vosotros. El ladrón toma, y yo doy. Así, ¿vosotros veis este mal elemento que se llama Juancito?

Le dice Pontois:

—¿Cómo? ¿Usted lo conoce al Juancito?

Le dice el señor Abel:

—Sí le conozco a este llorón, a este erizo. Yo le he dado un buen desayuno en Auray y provisiones para su camino. Pero terminemos esta broma. Yo he vuelto para pagar los vestidos perdidos de Juanito. Aquí tiene, señor Pontois, cuarenta francos: Una camiseta, un chaleco y una camisa no valen más de veinte francos. El resto será para Juancito en compensación de la regadera que él ha debido sufrir. Y ahora, yo me retiro.

—Pero, señor —dijo un sargento de la ciudad—, yo no sé si yo debo dejarle en libertad. Porque en fin, este muchacho que os ha reconocido como un ladrón, no dice nada, y. . .

Le dice el señor Abel:

—Esa es la estupidez que tiene; yo voy a hablar por él.

* * *

El señor Abel contó en pocas palabras su encuentro con los muchachos, la lección de prudencia que les había dado, la ignorancia que estos muchachos tenían respecto de su nombre.

—Por lo demás —añadió—, vengan acompañenme y háganme compañía en el Café Métais, ustedes verán si yo soy conocido.

Los sargentos de la ciudad quisieron retirarse haciendo excusas, pero el señor Abel exigió que le acompañaran hasta el café. El hizo su entrada con esta escolta, condujo sus improvisados guardianes a Simón, que al verle así acompañado se lanzó hacia él para tener explicaciones.

Le dice el señor Abel, sonriendo:

—¡Alto allí, mi amigo Simón, yo podría comprometerte! Estos señores me toman por un ladrón. Yo he visto al Juancito que ha gritado, “¡al ladrón!”, como mi pequeño Juan, y yo vengo a ti para ser disculpado.

Les dice Simón:

—¿Cómo, sargentos? ¿Acaso no conocéis al señor, que es del barrio? ¡Yo mismo les doy mi garantía. El es uno de nuestros clientes, y yo respondo por él como por mí mismo.

El señor Abel les dice:

—Gracias, Simón, yo necesito de ti en todos los problemas en que me meto sin cesar por amor de las bromas. Y vosotros, sargentos de la ciudad, vosotros vais a aceptar un café.

Y sin esperar una respuesta gritó:

—¡Tres cafés y una botella de cognac!

Simón se fue riendo, y cuando vuelve encuentra al señor Abel sentado a la mesa con los sargentos de la ciudad. Ellos parecían bien contentos del final de la aventura. Ellos saboreaban el café y el cognac hasta la última gotita. Después saludaron al señor Abel volviendo a expresar sus excusas y su agradecimiento, y volvieron a su puesto que habían abandonado por asuntos de servicio.

XI EL CONCIERTO

Una mañana el señor Abel encontró a Juan muy agitado, más apresurado que de costumbre.

Le dice el señor Abel:

—Parece que hay algo de nuevo, Juan. Tienes el aspecto de querer explotar por un acceso de felicidad.

Le dice Juan:

—¡Así lo creo, señor! Hay de qué. El señor Pontois, el dueño de la tienda del Juancito está dando una velada, un concierto. El nos ha invitado, a Simón y a mí, y el señor Métiis quiere permitirnos asistir.

Le dice el señor Abel:

—¡Qué bueno, mi amigo, qué bueno! ¿Y tienes con qué vestirte?

Le dice Juan:

—Creo que sí, señor. Simón me presta un vestido y un chaleco que ahora le quedan muy angostos, y un pantalón al cual la señora Métiis quiere hacer un relleno de seis dedos para que sea de mi talla.

Le dice el señor Abel, sonriente:

—Pero mi pobre muchacho, tú flotarás dentro de tu ropa como un pez en un balde.

Le dice Juan:

—Eso no importa. Es mejor estar flojo que ajustado. Yo me divertiré igualmente. ¡De la música! Usted juzgue, yo que ni siquiera la he escuchado. ¡Además, los refrescos, y las tortas, y de los macarones, y del vino!

Le dice el señor Abel, sonriente:

—Escucha, Juan: ¿Sabes que lo que me has dicho me hace agua la boca? Es que tengo muchas ganas de ir. ¿No podrás tú hacer que me inviten junto con uno de mis amigos, el señor Caín?

Le dice Juan:

—Yo pienso que sí, señor. Yo le voy a pedírselo a Simón. Dime, pues, Simón, ¿puedes tú hacer que inviten al señor Abel a la velada del señor Pontois?

Le dice Simón:

—Yo estoy muy seguro que el señor Pontois no pedirá algo mejor; que él estará muy honrado de tener al señor Abel.

Le dice Juan:

—Hay que hacer también que inviten a su amigo, el señor Caín.

Le dice Simón:

—¿El señor Caín?

* * *

Simón mira con un aire sorprendido al señor Abel, que sonríe del asombro de Simón, pero volviendo a la seriedad dice:

—Sí, Simón, mi amigo Caín. ¿Te parece chistoso que Caín sea amigo de Abel? Sin embargo, es verdad. Yo no voy por el mundo sin él. Es un gran músico; nosotros hacemos música juntos.

Le dice Simón:

—Bien, señor. Yo le daré la respuesta mañana; eso es fácil de adivinar. Es un gran honor que nos hace, señor.

El señor Abel, muy contento de la invitación prometida, le pregunta mucho a Juan acerca de la proyectada velada, la gente estará allí, etc.

Al día siguiente, Simón anunció al señor Abel que el señor Pontois y su esposa se encontraban muy honrados de tener al señor Abel y a su amigo Caín, y que si él quisiera colmar sus bondades, eso sería cantarles alguna cosa.

—Ya veremos, ya veremos —respondió el señor Abel con un aire bastante indiferente. Puede ser, si esté bien de la voz.

Simón también estaba más encantado que Juan de esta quasi-promesa que comunicó en la misma noche al señor y a la señora Pontois.

* * *

La velada debió tener lugar pasado mañana domingo. A las ocho el departamento de entrepiso estaba claro, iluminado como de día. Se componía de una pequeña entrada, de una sala o salón con dos ventanas que daban sobre la calle de Rivoli y de un dormitorio donde estaban los refrescos. Dos lámparas Carcel iluminaban el costado de la chimenea. Cuatro lámparas iluminaban el extremo opuesto. Una lámpara de aceite a cada lado completaban la iluminación.

Los refrescos se componían de agua azucarada, de agua enrojecida, cerveza, pequeñas tortas de pan y mantequilla, tostadas, macarones, ciruelas secas y pasas, almendras, nueces, pastas de regaliz y de guimauve, de azúcar de cebada y de azúcar candi.

Los invitados comenzaron a llegar. Simón y Juan habían sido los primeros. Juan flotaba, como lo había dicho el señor Abel en el vestido de Simón. Y Simón, al contrario, estaba atado al suyo, comprado hacía tiempo antes de que él hubiese criado cuerpo. Y el Juancito tenía un vestido, un chaleco y un pantalón alquilados para la velada. Pero ellos estaban tan felices de los placeres de esta reunión que ellos no se preocupaban del efecto que producían sus vestidos.

* * *

El señor Abel llegó y presentó a su amigo, el señor Caín. Los dos estaban vestidos magníficamente para la velada, guantes paja, corbatas blancas, vestidos negros. Se les esperaba para comenzar el concierto. Algunas damas maullaban algunos romances; algunos señores se daban grandes aires. Comían, bebían. E Juan y el Juancito se entregaron y no se alejaron de la mesa de los refrescos.

La velada estaba muy avanzada, y Caín y Abel no habían cantado todavía.

—Señor —le dijo la señora Pontois aproximándose al señor Abel—, se nos ha hecho esperar que usted cantaría alguna cosa.

El señor Abel le dijo con algo de indecisión:

—Sí, señora, pero yo nunca canto solo. Caín me acompaña siempre. Y yo debo prevenirle que tenemos la voz tan potente, que quizás no será prudente tener las ventanas cerradas. Los vidrios se podrían romper. . .

—Pero eso no es problema, señor. Pontois, abre las ventanas.

—¿Cómo? ¿Por qué?

* * *

La explicación que dio la señora Pontois corrió por todo el salón. La curiosidad estaba fuertemente excitada.

El señor Abel se aproximó al piano. El señor Caín se sienta para acompañarle. Después de algunos minutos de preparativos, de escalas de preludio, de pequeñas notas brillantes, se hizo escuchar un acorde formidable. Un grito poderoso respondió, y entonces comenzó un dúo como uno no había escuchado antes. Los dos cantantes gritaban de común acuerdo, con toda la fuerza de sus pulmones y se acompañaban de un trueno de acordes:

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡A la guardia! ¡Al asesino! ¡Me ahorcan! ¡Socorro! ¡Oh la la! ¡Oh la la! ¡Tú perecerás! ¡Tú perecerás! ¡Cretino! ¡Asesino! ¡A la guardia! ¡Oh la la! ¡Oh la lá!

* * *

Los gritos de afuera respondieron a los alaridos de adentro. El señor y la señora Pontois, confundidos, gritan a los cantantes para que se detengan. Los gritos de afuera se tornan amenazantes.

El señor Pontois corrió para cerrar las ventanas. Unos golpes sobre la puerta de entrada, las órdenes imperiosas de abrir, los gritos de los invitados pidiendo silencio, los alaridos obstinados de los cantantes metieron en conmoción a todos los habitantes de la casa. Ellos se unieron a la gente de afuera para forzar la entrada, y cuando por fin el señor Pontois, asustado por el tumulto exterior y temiendo una invasión por las ventanas decidió abrir la puerta de la entrada, una avalancha de hombres, de mujeres, de niños se precipitó dentro del departamento. El tumulto y el desorden alcanzaron el colmo.

* * *

Abel y el pretendido Caín se aprovecharon de esto para abandonar el campo de batalla y se encontraron en una calle riéndose a carcajadas de sus cantos improvisados y discordantes.

Al llegar a la calle detuvieron a una escuadra de sargentos de la ciudad que acudían al socorro de las víctimas que eran ahorcadas. Ellos les explicaron la causa de todo este bullicio:

—Es una broma que pudo convertirse en una molestia —dijo uno de los sargentos de la villa— .

—¿No es cierto? Eso no tiene sentido, les dicen Caín y Abel. También nosotros hemos abandonado la fiesta. Los salones estaban llenos, uno se ahogaba allí. Uno no podía mantenerse allí.

Los dos amigos se fueron encantados de su éxito.

—Yo detesto a los dueños de tiendas de abarrotes —decía Abel—.

Le dice Caín:

—¿Por qué les detestas? ¿Qué es lo que te han hecho?

Le dice Abel:

—Nada en absoluto, pero su aire guasón , impertinente, su *sans-gêne*, su espíritu y su lenguaje sazonado, todo eso me impacienta. Y yo siempre he tenido ganas de jugarles bromas.

Le dice Caín:

—Yo te aseguro, mi estimado, que no tienes razón. Ellos son como los otros hombres, los hay buenos y los hay malos.

Le dice Abel:

—Es posible. Pero, ¿qué quieres? A mí no me gustan.

Su amigo levanta sus espaldas riéndose, y no dijo nada más sobre este hecho.

XII LA LECCION DE DANZA

Algún tiempo después Juan le dijo una mañana al señor Abel mientras le servía su desayuno:

—¿Tendría ganas de ir a un baile?

Le dice el señor Abel:

—¿Un baile? ¿Eh? Eso no hay que rehusar. ¿Qué especie de baile? ¿En la casa de quién?

Le dice Juan:

—Un baile muy bonito, señor. Uno bailará, y Simón me ha hecho ver cómo se baila. Nosotros bailamos en la noche en nuestro pequeño cuarto allá arriba. ¡Es muy divertido, señor, vaya! ¿Sabe usted bailar?

El señor Abel le responde con una tristeza fingida:

—¡Qué lástima! No. Pero si tú quisieras mostrarme cómo se hace?

Le dice Juan:

—¡Con mucho gusto! Pero, ¿dónde bailaremos?

El señor Abel le dice con diligencia:

—¡Aquí entre las mesas! Todavía no hay gente. . .

Le dice Juan:

—Pero, señor, nos podrían ver desde afuera.

Le dice el señor Abel:

—¿Y cuándo nos verán? No está prohibido bailar. ¿Qué mal hay en bailar?

Le dice Juan:

—Ninguno, señor, ciertamente. . . Pero de todos modos eso será algo raro que nos vean bailar a los dos.

Le dice el señor Abel:

—¡Bah! Yo me responsabilizo. Si alguien no está contento, soy yo que responderé. Y si se ríen de nosotros, nosotros nos mofaremos de ellos. ¡Vamos, comencemos!

El señor Abel se levantó, se puso en el centro del café y se pone en posición. Juan se pone frente a él y comenzó a saltar, o más bien a dar coces, y lanzando sus pies hacia adelante, hacia atrás, a la derecha y a la izquierda.

Le dice Juan:

—Empiece, pues, señor. Salte más fuerte. . . ¡Más alto todavía! Eso está bien. Lance el pie derecho. . . El pie izquierdo. . . ¡Adelante! ¡Atrás! ¡Muy bien!

* * *

El señor Abel, que había empezado sonriendo y con una incomodidad afectada, acabó por reír y animarse de tal manera que los que pasaban se aglomeraron ante las puertas y las ventanas. Las ventanas que daban a la calle estaban obstruidas por las cabezas pegadas a los vidrios.

Pronto vio Juan que tendría que rendir cuentas a su jefe respecto del baile. El señor Abel hacía saltos entrelazados, piruetas, pasos moteados, pasos de Zephyr, pasos a lo Basco, que Juan buscaba inútilmente imitar.

Juan se animó y no se dejó. El señor Abel se reía retorciéndose y redoblaba con vigor, con flexibilidad y de ligereza.

El público afuera aplaudía y reía. Los que estaban atrás y que no podían ver, buscaban ver empujando a los que estaban delante. La multitud se hizo tan compacta que los sargentos de la ciudad llegaron para conocer la causa de lo que ocurría.

* * *

Le dicen al sargento:

—Vea, sargento, vea usted mismo. Tenga, tenga; vea pues cómo el grande es ágil. ¡Mira cómo ha saltado por encima del pequeño! Y el pequeño que ensaya, ¡el torpe! ¡Míralo sobre el piso! ¡Ah, ah, ah!

La multitud se reía. Los sargentos de la ciudad se reían también.

Les dice un sargento:

—Señores, ustedes obstruyen el paso. Circulen señores, damas, circulen.

Otro sargento, buscando en vano disipar la muchedumbre, dice:

—Hay que hacer que los bailarines acaben. Mientras ellos estén allí haciendo sus saltos, no sabremos deshacernos de la multitud. ¡Mira, pues, otra vez que empiezan, y allá hay otros que se detienen. Entra en el café, Escipión y diles que pongan fin a sus movimientos.

* * *

Escipión abrió la puerta, entró, tocó su sombrero y se dirigió al señor Abel sonriendo:

—Señor, estoy muy apenado de molestarle, pero le ruego quiera bien reposar, porque la multitud se ha juntado, como usted ve. Ella impide la circulación, y nosotros estamos obligados a hacer que circule, lo que es difícil mientras ustedes permanecen en su representación.

Le dice el señor Abel:

—¡Con mucho gusto, mi bravo sargento! Yo también ya tengo bastante; estoy caliente y tengo sed.

Y sentándose en una mesa dijo:

—¡Mozo, dos cafés y una botella de cognac! Tome asiento señor sargento; yo os invito.

El sargento le dice:

—Pero señor, mi camarada me espera afuera. . .

Le dice el señor Abel:

—¡Eh bien! Despida la multitud, deles unas cuantas patadas, puñetes, no importa qué. Golpee con todo lo que esté a la mano, y vuelva con vuestro camarada para tomar una taza de café y un pequeño vaso de cognac.

Le dice el sargento:

—Pero señor, yo no sé si podemos. . .

Le dice el señor Abel:

—¡Siempre se puede! Rápidamente se puede consumir una taza y un pequeño vaso. Yo os espero.

* * *

El sargento de la ciudad salió muy contento, y volvió a entrar más contento aún llevando a su camarada.

Durante ese tiempo Juan había provisto, de acuerdo con la orden del señor Abel, dos otras tazas y kirsch.

El señor Abel les dice:

—¡Vamos, señores, ubíquense! Yo invito.

El segundo sargento hizo una exclamación de sorpresa:

—¿Cómo, señor, otra vez usted?

El señor Abel le mira y le dice:

—¡Vaya, es usted, sargento!

Y dirigiéndose al primero le dice:

—Vuestro camarada y yo somos viejos amigos. El me había tomado del cuello como ladrón en una tienda de abarrotes, hace algún tiempo, y yo le regalé un café.

* * *

Dice el primer sargento:

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¿Y les has dejado ir, señor?

Le dice el señor Abel:

—Es que yo era un ladrón de risa, quédese tranquilo; vuestro camarada es un bravo de bravos. El no faltará jamás a su deber. ¡El detendrá mejor diez inocentes antes que dejar ir a un solo culpable!

Los sargentos ríen de buen corazón. Y el primer sargento dice:

—El señor es un bromista; pero siempre hay que tener cuidado, señor. Hay entre nosotros los que no les gusta que alguien les mistifique, y que podrían, por humor, llevaros al puesto.

El señor Abel le dice:

—¡Eh bien! ¡La gran desdicha! ¡Yo invitaré a todos los del puesto! Yo los embuzaré. Yo les haré hacer la maniobra, ¡Esto sería encantador!

Le dice el segundo sargento:

—¿Y la correccional al final de todo esto, señor? Para el soldado, esto es peor aún: El calabozo o el código militar.

Le dice el señor Abel:

—Nosotros no iremos tan lejos, sargento. Yo conozco mi código, y sé hasta dónde se puede ir. ¡Vamos, hasta la vista sargentos! En el café es más agradable que en el puesto. Y siempre soy yo el que invito.

Los sargentos le agradecieron y salieron.

* * *

Dice el primer sargento:

—¡Sería bueno tener todos los días que ver con gente como este original!

Dice el segundo sargento:

—Sí, ¡pero qué bromista! Qué idea de invitarnos. ¡De hecho que es un buen muchacho!

Dice el primer sargento:

—Yo estoy seguro que es él que ha hecho el otro día la broma del concierto en casa del dueño de la tienda de abarrotes. Según lo que él decía, debe ser él mismo.

Dice el segundo sargento:

—Y si se trata de él, no habrá habido grande daño.

Dice el primer sargento:

—¡Por mi madre! El les ha puesto a todos patas arriba. La tienda de abarrotes se encontraba mal. Las mujeres gritaban. Era una verdadera comedia.

Dice el segundo sargento:

—Y bastante chistosa, al mismo tiempo. El dueño de la tienda estaba encolerizado. Y su dependiente que lloraba como un imbécil.

Dice el primer sargento:

—¡Ah, sí esa especie de Jocrisse que se llama Juancito.

* * *

Mientras que los sargentos conversan afuera, el señor Abel le hizo beber a Juan una taza de café en la cual había vertido kirsch.

Juan sentía calor. El café y el kirsch le hicieron mucho bien y sobre todo le dieron gran placer.

El café empezó a llenarse; los clientes llegaban.

El señor Abel dice:

—Di, pues, Juan, tú no me has dicho en la casa de quien tendremos el baile.

Le dice Juan:

—Señor, es en casa de gente bien puesta, comerciantes de muebles de ocasión, amigos del señor Pontois que tienen un gran departamento en la calle Saint Roch.

Le dice el señor Abel:

—¡Buen barrio! ¡Hermosa calle!

Le dice Juan:

—El barrio es bueno, es cierto; pero le pido perdón al señor, si no soy de su opinión respecto de la calle. Yo no la hallo hermosa.

Le dice el señor Abel:

—Es que tú no tienes gusto, amigo mío; mira pues las ventajas que se encuentran en ella. De un costado al otro de la calle, uno puede darse puñetazos sin hacerse daños. El Sol no os molesta jamás. En el verano uno se siente fresco como dentro de una cueva. Hay tanta sombra en los departamentos, que los ojos se conservan hasta los cien años. Estas son ventajas, grandes ventajas que uno encuentra cada vez menos en París.

Juan le mira, mitad asombrado, mitad riendo, y le dice al fin:

—Usted se burla de mí, señor.

El señor Abel le dice, sonriendo:

—¿De ti, mi muchacho? ¡Jamás! De la calle yo no digo; es una calle sucia que yo no quisiera vivir allí por un imperio. ¿Y cómo se llama nuestro rico que nos hará bailar este domingo?

Le dice Juan:

—Señor Amedée, señor. Es un gran comerciante, comercio en gran escala, que tiene una señora y dos hermosas señoritas; sobre todo la mayor es muy bonita y amable.

Le dice el señor Abel:

—¿Cómo es que la conoces?

Le dice Juan:

—Porque Simón va algunas veces los domingos después de la víspera, o bien cuando el café está cerrado y los Amedées tienen mucha gente en casa. El me ha llevado; es muy hermosa, señor.

Le dice el señor Abel:

—¿Qué edad tienen la señorita mayor y la pequeña?

Le dice Juan:

—La mayor tiene 19 años, señor; la otra tiene 16 o 17 años.

El señor Abel le dice:

—La mayor le iría bien a Simón.

Le dice Juan:

—¡Oh, señor! Simón no tiene más que 23 años. El no se casará antes de cuatro o cinco años. El necesita ahorrar un poco de dinero para tener cómo entrar en pareja. Sin eso no le darán la señorita Aimée.

Le dice el señor Abel:

—¿Cuánto necesita?

Le dice Juan:

—El necesita dos o tres mil francos, señor. Pero él tiene que sostener a mamá. Ahora que los dos podemos ganar, eso pasará rápidamente.

Le dice el señor Abel:

—¿Es que tú no guardas lo que ganas?

Le dice Juan:

—Para eso, no, señor. Yo le doy todo a Simón que hace como quiere. El envía a mamá allá.

* * *

Había mucha gente en el café. Simón llamó a Juan para ayudar en el servicio. La conversación con el señor Abel fue interrumpida. Este permaneció aún algún tiempo en el café. El miraba sin ver, y no entendía lo que se decía alrededor de sí. Finalmente, él se retiró muy pensativo, se dirigió a las Tuillerías, donde él acabó de arreglar en su cabeza el porvenir de Simón.

—Es necesario que él aparezca en el baile ventajosamente —se dice—, y mi pequeño Juan también.

XIII LOS VESTIDOS NUEVOS

En la mañana siguiente, cuando el señor Abel vino a desayunar al café, Juan corrió muy alegre y le dice:

—¡Señor, señor! ¿Sabe usted la dicha que nos ha llegado a Simón y a mi?

Le dice el señor Abel:

—No. ¿Cómo quieres que lo sepa?

Le dice Juan:

—Ayer, hacia el medio día, señor, ha venido un buen señor que ha preguntado por Simón y por mí. El nos esperó junto al portero. Nadie tenía necesidad de nosotros en el café; a esa hora hay menos gente. Nosotros fuimos allí y el buen señor nos ha dicho que venía para tomarnos medida para hacer nuestros vestidos nuevos. Simón se ha negado.

El señor Abel le dice, contrariado:

—¿Por qué? El debió aceptar.

Le dice Juan:

—Pero señor, él no quería gastar tanto dinero.

Le dice el señor Abel, con la misma actitud:

—Pero, si es que se lo obsequian. . .

Le dice Juan:

—¡Vaya! ¿Cómo ha adivinado eso? Ese señor nos ha dicho que tenía la orden de vestirnos, y que ha sido pagado por anticipado. Y yo no sé qué todavía. . . Simón tuvo sus dudas. El señor le dijo que sus órdenes son de hacer los trajes, so pena de perder la práctica. Simón le preguntó quién es y para qué. El señor dijo que se trata de un gran artista, un pintor, que es muy bueno y muy original. Que un día nos ha visto mal vestidos. Y él añadió que si nosotros no le dejamos hacer, nosotros le haríamos perder su mejor práctica. Simón, al fin ha consentido. El señor nos ha tomado la medida, y nos traerá nuestros trajes mañana, y nosotros seremos como príncipes el día del baile del señor Amedée. No nos faltará más que una cosa, es el calzado, la corbata y la camisa. Pero en cuanto a la camisa, Simón me ha dicho que nosotros abotonaremos nuestros trajes para esconder la camisa y disimular con la corbata. Quedará muy bien así.

Le dice el señor Abel:

—¡Qué imbécil de sastre! ¡Cómo no ha pensado en la camisa y en los botines!

Le dice Juan:

—No hay que injuriar a ese pobre hombre, señor. El no tiene la culpa. El ha hecho lo que se le ha mandado.

Le dice el señor Abel:

—Tienes razón; es el otro que es un tonto, un imbécil.

Le dice Juan:

—¡Oh, señor! Se trata de un buen señor que se interesa por nosotros sin conocernos, y que ha hecho una gran obra de caridad con tanta bondad y gracia.

Le dice el señor Abel:

—Yo te digo que es un animal. Cuando uno hace una buena acción, no hay que hacerla a medias. ¡Hermosa figura que haréis con trajes elegantes y zapatos de acarreadores de agua y una corbata de algodón a cuadros. ¿Y el sombrero? ¿Ha pensado en eso?

Le dice Juan:

—No lo creo, señor. Pero uno no guarda su sombrero puesto dentro de la casa; como se debe, uno baila. Nosotros iremos sin sombrero, Simón y yo. Está tan cerca. . . Eso, aparte de que será de noche.

Le dice el señor Abel:

—Y que la calle Saint Roch de hecho no está iluminada. . .

* * *

El señor Abel se desayunó rápidamente ese día. Le dijo a Juan que sirviera de inmediato porque tenía prisa. Juan hizo lo mejor que pudo, el señor Abel también, de modo que un cuarto de hora después, éste último había partido.

Simón y Juan veían al Juancito cada vez menos, pero sabían que él debía ir al baile del señor Amedée.

Dice Juan:

—¡Pobre Juancito! El estará mal vestido, mientras que nosotros estaremos tan bien.

Le dice Simón:

—¡Ah, bien! El se divertirá de todos modos. Nosotros podemos prestarle mi viejo traje que tú te pusiste en la velada del señor Pontois. Todavía se ve bien.

Le dice Juan:

—Ese traje le irá bien como a mí, porque nosotros somos de la misma talla. Si yo me fuera a decirle. . .

Le dice Simón:

—Sí, anda, mi buen hombre, y no te quedes mucho tiempo. Podría venir mucha gente, y eso ya sería malo.

Le dice Juan:

—No me quedaré sino el tiempo para decirle la cosa y de escuchar un sí o un no.

* * *

Juan salió y llegó corriendo. Al abrir la puerta escuchó que se peleaban. Y no tardó en ver que se trataba del señor Pontois que lo resontraba al Juancito:

Le dice el señor Pontois:

—Yo te digo que estoy seguro. Mi mujer te ha visto tomar un puñado de dátiles y de higos. Ella ha visto que tú los comías.

Le dice el Juancito:

—Pero señor, yo los juntaba para ponerlos a la vista.

—¡Mentiroso! ¡Ladrón!, gritaba el señor Pontois.

Y arrojándose sobre el Juancito, el le jaló de los pelos, le dio unas cachetadas y patadas, y le mandó al otro extremo de la sala.

Le dice Pontois:

—Esta es la décima, la centésima vez que tú me robas, pequeño pillo. Si yo te agarro una vez más, yo te pongo en la puerta como un ladrón.

* * *

El señor Pontois se fue sin haber visto a Juan, y lo dejó al Juancito llorando y desolado.

Juan se aproximó a su primo y le dijo:

—Juancito, afectuosamente toma valor; no llores. Yo vengo a proponerte algo que te va a encantar. Simón ofrece prestarte para el baile del señor Amedée su traje que yo vestí en vuestra velada.

El Juancito enjugó sus lágrimas y asumió un aire menos desdichado.

Le dice:

—Yo lo quiero. Yo no tenía nada qué ponerme. Te lo agradezco mucho, y a Simón también. Pero tú mismo, ¿qué te pondrás?

Le dice Juan:

—Yo vestiré otra cosa; yo no estoy molesto con Simón.

Le dice el Juancito:

—Tú eres muy feliz de estar con Simón. Tú estás tranquilo allá, y siempre alegre y contento. No ocurre lo mismo conmigo. Yo lloro más a menudo de lo que río. Poco salario, un montón de injurias y de trabajo por encima de mi cabeza.

Le dice Juan:

—No es necesario creer que nosotros no tenemos nada que hacer en el café. Yo estoy de pie desde la mañana hasta la noche. Tú, por lo menos tienes tus domingos.

Le dice el Juancito:

—¡Hermosos domingos! ¿A qué no me conducirá todo esto? Yo me aburro y lloro. Eso hace un buen domingo.

Le dice Juan:

—¿Y por qué no vienes a vernos jamás? Simón y yo salimos cada uno a nuestro paseo el domingo. Nosotros te llevaremos. . .

Le dice el Juancito:

—¡Gracias! Para ir en la víspera al sermón, ¡gran placer! ¡Hermosa distracción!

Le dice Juan:

—Hace bien ir algunas veces a orar al buen Dios en la iglesia, en su casa.

Le dice el Juancito:

—A mí me gusta más pasearme.

Dice Juan:

—¡Pobre Juancito! Tú no hablabas así en nuestra aldea.

Le dice el Juancito:

—En el campo yo era un tonto; pero mis camaradas me han formado en París.

Le dice Juan:

—Te han deformado, es lo que quieres decir. ¿Qué ganas tú? Tú no eres más feliz. Tú no te diviertas ventajosamente, y no tienes el consuelo de orar.

Le dice el Juancito:

—¿Cómo quieres tú que yo sea feliz, que yo me divierta con los malos jefes como los que tengo?

Le dice Juan:

—¡Malos! ¿Qué es lo que dices? Simón me ha dicho que ellos son buenos y que tratan con amabilidad a sus muchachos.

Le dice el Juancito:

—A los otros es posible; pero a mí, ¡nunca!

Le dice Juan:

—¡Juancito, Juancito! ¡Cuídate de ser ingrato!

Le dice el Juancito:

—¡Vaya, Juan! Tú me aburres con tus sermones; es por eso que yo no me voy mucho a verles, a Simón y a ti. Envía o tráeme el traje que me has prometido, y no me enseñes moral. También yo estoy mal aquí; yo creo que no me quedará aquí.

Le dice Juan:

—¿Dónde quieres ir? ¿Qué quieres hacer? Juancito, yo te ruego, no hagas nada grave sin consultar a Simón; él es tan bueno, tan sabio.

Le dice el Juancito:

—Envíame tu traje; yo no te pido otra cosa.

* * *

Juan suspira y se va lentamente repitiendo: “¡Pobre Juancito!”

Simón, a quien él le refirió en la noche su conversación con el Juancito y la escena que él había presenciado, fue él mismo para llevar el traje prometido al Juancito y conversó largo con el señor Pontois. Cuando volvió, él estaba preocupado, y en el primer momento que se encontraron solos en el café su hermano y él, le dijo a Juan:

—No estoy contento con el Juancito, y el señor Pontois está muy disconforme. El Juancito no quiere permanecer allí, y el señor Pontois no lo quiere tener. Es triste para el Juancito; va a ser muy difícil que encuentre trabajo. El señor Pontois lo acusa de robar un montón de cosas que se comen, pero lo que es peor es que el señor Pontois está casi seguro que cuando vende él no mete en la caja todo el dinero que le dan. Eso me apena, porque esa es la acción de un ladrón. ¿Y cómo puedo yo ubicarlo en un trabajo en otro lugar con una sospecha semejante?

Le dice Juan:

—¡Pobre Juancito! Pero Simón, ¿si tú le hablas de esto al señor Abel? El es tan bueno; él te dará un buen consejo, estoy seguro.

Le dice Simón:

—Sí, tú tienes razón. Eso le podrá ser útil al Juancito. El señor Abel conoce a tanta gente, y yo pienso como tú que él te sabrá aconsejar.

* * *

Mucho tiempo después, el sastre vino para traerles sus trajes, a los cuales había añadido camisas finas, corbatas blancas con tafetas negras, zapatos, guantes. El venía acompañado de un zapatero que traía un paquete de *brodequins* de noche, para hacer la prueba, y de un sombrero que portaba los sombreros.

Juan estaba sumido en una hermosa locura; Simón contenía la suya, pero la suya era tan intensa como la de su hermano. Todo les iba perfectamente. Encontraron brodequines que calzaban admirablemente sin afectar el pie. Los sombreros que no podían ser mejores y los guantes se introducían sin esfuerzo, porque Simón y Juan no querían tener las manos

apretadas. El sastre había tenido la atención hasta de meter los pañuelos en los bolsillos de los trajes.

Simón y Juan no sabían cómo expresar su agradecimiento más tierno, y más respetuoso con su desconocido benefactor. Y cuando el señor Abel llegó, Juan que le esperaba con gran impaciencia le sirvió sus desayuno.

* * *

Le dice Juan:

—¡Oh, señor! Si usted supiera cómo este señor pintor es bueno, usted estaría muy incómodo por lo que dijo el otro día. Este buen, este excelente señor pintor ha pensado en todo. Nosotros tenemos todo lo que nos hace falta, todo, hasta los pañuelos blancos y finos para sonarnos los mocos. Sombreros, zapatos, guantes, ropa interior, nada falta. ¿No es esta una bondad que hace llorar? Sí, señor, es verdad lo que usted dice. Cuando hayamos llevado nuestra ropa a nuestro cuarto, nos pondremos de rodillas, Simón y yo para orar al buen Dios que bendiga a este excelente señor pintor, y nosotros hemos llorado los dos uno en los brazos del otro; hemos llorado de gozo y de reconocimiento. ¡Oh, sí! El buen Dios le bendicirá, señor. Lo que él ha hecho no es una bondad ordinaria. No, no; hay algo en esta buena acción que me conmueve, que me enternece, que anuncia un corazón todo de oro. ¡Ah, que la mujer y los hijos de este hombre excelente sean felices! Si él es tan bueno, tan atento, tan generoso para con dos pobres muchachos extraños que apenas él ha observado y que no sólo no le conocen, qué hará por su familia, por sus hijos!

* * *

Juan cubrió su cara con sus manos. El señor Abel le observaba.

Después de un instante de silencio, Juan continuó diciendo:

—No hay sino una sola cosa que nos apena, a Simón y a mí, y es el no poderle darle testimonio de nuestro reconocimiento, de nuestro intenso afecto. Esto nos apena de verdad, señor; es un peso sobre el corazón.

El señor Abel no comía. El había escuchado con una ternura visible el impulso apasionado del reconocimiento de Juan. El no le quitó los ojos de encima ni un instante. El admiraba esta figura más embellecida aún por la expresión de entusiasmo que iluminaba su mirada. Estaba sorprendido del lenguaje quasi elocuente de este pobre campesino que hacía poco de un mes tenía el lenguaje común del campo.

Juan no hablaba más, y el señor Abel le seguía observando. De su lado, Juan no pensaba ni en el café ni en su servicio. Dominado enteramente por su reconocimiento, se quedó inmóvil, sus ojos humedecidos, y toda su actitud expresaba un profundo sentimiento de gratitud y de afecto.

* * *

—Tú eres un buen muchacho. Tú tienes un buen corazón, y sabes reconocer lo que han hecho por ti, Juan —dijo finalmente el señor Abel estrechando fuertemente su mano—. Y ahora, mi niño, tráeme mi café bien caliente.

Juan fue a buscar el café.

—Señor —le dice—, al servírselo, ¿no podría usted saber, por medio del sastre, el nombre de nuestro generoso benefactor? Yo sería muy feliz de poderle agradecer.

Le dice el señor Abel:

—Puede ser que lo sepa, mi amigo; yo me informaré. Esta noche, en casa del señor Amedée, yo llegaré un poco tarde, hacia las diez de la noche, porque tengo unos negocios antes. Adiós, Juan —añade él siguiéndole con la mirada—.

“Yo le amo”, pensaba él. “Yo le amo mucho.”

* * *

La jornada transcurrió lentamente. La impaciencia de Simón y de Juan aumentaba a medida que se aproximaba la hora del baile. El señor Metis les dio permiso a buena hora. Ellos cenaron de prisa, y saltaron los cinco pisos, ligeros como las ardillas. Ellos se lavaron la cara y se peinaron con cuidado. Después empezó el gran arreglo personal: La Ropa interior, el traje examinado, admirado. Juan abrazó todas las piezas con las cuales se vestía. Ellos habían convenido de no dejarse ver el uno al otro, sino cuando el arreglo estuviera completamente terminado.

—¿Has terminado? —pregunta primero Juan—.

Le dice Simón:

—Todavía no. Espérame un instante, que me estoy poniendo mi terno.

A una señal convenida, los dos hermanos se vuelven y lanzan una exclamación de regocijo.

Dice Juan:

—¡Qué bello eres, Simón! Tienes el aspecto de un verdadero señor.

Le dice Simón:

—¡Y tú, pues! ¡Un príncipe no sería mejor!

Dice Juan:

—¡Qué bien alisados y arreglados están los cabellos.

Dice Simón:

—¡Y qué hermosa apariencia tienes tú!

Dice Simón:

—¡Qué pequeños parecen tus pies! ¡Y qué elegante es tu talle! ¡Este bueno y excelente señor pintor! ¡Si yo le viera, creo que no podría evitar abrazarlo!

Dice Simón:

—¡Y yo le apretaría las manos hasta romperle los huesos!

Dice Juan, riéndose:

—¡Eso no, por ejemplo! Yo no quisiera que tú le rompas los huesos. Pero eso sería una bonita manera de probarle nuestro reconocimiento.

Dice Juan:

—¡La señorita Aimée te va a encontrar bonitamente bello!

Dice Simón:

—Sí. Ella jamás me ha visto vestido así. Justamente se me eriza el cabello al aparecer en un baile con un terno maltrecho.

Dice Juan:

—Y gracias a nuestro querido bienhechor, vamos a estar super.

Dice Simón:

—Sí, nosotros tenemos la apariencia de ser dos burgueses con nuestros guantes y nuestros sombreros.

Le dice Juan:

—¡Y nuestros brodequines! ¡Y nuestras corbatas!

Dice Simón:

—¡Y nuestras camisas finas! ¡Y nuestros pañuelos!

Dice Juan:

—Dime, pues, Simón, habrá que sonarnos los mocos bien seguido.

Dice Simón:

—Sí, yo ya he pensado en eso. Pero en lugar de sonarnos, que ensuciará nuestros pañuelos, será necesario sólo sacarlos a cada rato de nuestros bolsillos para limpiarnos la frente. Esto le he visto hacer al señor Abel la otra noche en casa del señor Pontois.

Dice Juan:

—¿Cómo se hace? Tú me harás ver.

Simón le dice:

—Sí, yo te lo mostraré, y tú me observarás.

Dice Juan:

—Tú escogerás el momento cuando la señorita Aimée te observe.

Dice Simón:

—Siempre, cada vez que ella me mire, ella verá mi hermoso pañuelo.

XIV EL ROBO DE LAS SABINAS

Era el momento de partir; las ocho y media acababan de sonar. Simón y Juan necesitaban atravesar el café para hacerse ver con sus bellos trajes nuevos.

Cuando ellos se aparecieron, la dama del mostrador hizo una exclamación de sorpresa, y los mozos del café rodearon a los dos hermanos.

Dijo un primer mozo:

—¡Eh, bien! ¡Excúseme un poco! ¡Nadie se moleste! ¡Vestidos como príncipes!

Un segundo mozo:

—¡Por mi madre, que nada falta! De la cabeza a los pies, todo es nuevo; todo es de primera calidad.

Un tercer mozo:

—¡Y mira pues el corte del terno, de los pantalones y de los chalecos! Cualquiera diría que son de Alfredo, el sastre del Emperador!

Un cuarto mozo:

—¡Y la ropa interior! ¡Mira la calidad de la tela! ¡Una hermosa camisa de cabeza coronada!

* * *

Juan sacó su pañuelo con un aire de triunfo, y el primer mozo dijo:

—¡Y el pañuelo! ¡De la tela más fina!

El segundo mozo dijo:

—¡No os habéis molestado, mis amigos, de haceros vestir por semejantes proveedores!

El tercer mozo dijo:

—¿Y cuánto os ha costado todo eso? ¡Un año de sueldo, por lo menos!

Dice Simón:

—¡Mucho menos que eso! ¡Menos que todo!

Pregunta el primer mozo:

—¿Cómo que nada? ¡Es imposible! ¡Tú bromeas!

Le dice Juan:

—No, es verdad. Un excelente señor pintor nos lo ha dado.

Dice el cuarto mozo:

—¡Qué bromista eres, bah! Los pintores son artistas, y los artistas no son Rothschilds.

Le dice Simón:

—Ellos son mejores que eso. Ellos son los amigos de los que sufren.

El primer mozo les dice:

—No es esto que da la plata, camarada, y es necesario tener ahorros para vestiduras como las vuestras.

Le dice Juan:

—Nuestro señor pintor es rico, nos lo ha dicho el sastre.

Le dice el primer mozo:

—Entonces, ¿es un Vernet, o un Delaroche, o un Flandrin?

Le dice Juan:

—Yo no sé nada. No han querido darnos a conocer su nombre. Pero lo que sabemos es que para nosotros es un benefactor, un amigo, un ángel del buen Dios.

Le dice el primer mozo:

—Está bien eso, Juan. Es bueno ser reconocido. Hay tantos ingratos en el mundo. . .

Le dice Juan:

—Jamás seremos así Simón y yo. Mientras vivamos nosotros oraremos por este señor pintor, y le amaremos.

Dice Simón:

—Con todo esto, hay que partir, Juan, porque el señor Metis ha tenido la bondad de darnos descanso. Sería absurdo no aprovecharlo. ¡Hasta la vista, camaradas! ¡Hasta mañana!

* * *

Todos los mozos rieron y saludaron de lo profundo del corazón: “¡Hasta la vista, señores! ¡Que vuestras Altezas se dignen divertirse, se dignen bailar, se dignen comer, etc.”

Simón dice:

—Quedad tranquilos, camaradas; nosotros seremos buenos príncipes, y por nada seremos los últimos.

Simón y Juan salieron llenos de gozo, y dice Juan:

—Por el efecto producido en el café, juzga el que vamos a producir en casa del señor Amedée. ¡La señorita Aimée te va a mirar! ¡Ella te va a admirar!

Le dice Simón:

—Si ella me mira, yo la miraré también. Ella no es desagradable que digamos.

* * *

Ellos llegaron e hicieron su ingreso con todo el éxito deseado. Ya había mucha gente. El comercio minoritario había arribado: Los bodegueros, los de mercería, los zapateros, etc. Esperaban al alto comercio y el arrabal de San Germán, siempre en retraso.

Todos se dieron la vuelta para ver a los dos hermanos que un cuchicheo general del lado de las señoritas señaló la atención de los señores.

Simón y Juan saludaron al señor y a la señora Amedée. Después avanzaron hacia el grupo de señoritas que miraban, que sonreían, que hacían melindres, dando así testimonio de su admiración por sus futuras parejas de baile y la esperanza de una invitación.

* * *

Simón saludó y volvió a saludar particularmente a la señorita Aimée, que hizo reverencia tras reverencia, que se apartó del grupo y avanzó hacia Simón y Juan para decirle:

—Habéis llegado oportunamente, señor Simón. Ya va a comenzar el baile. Los señores van a hacer sus invitaciones.

Le dice Simón:

—Entonces, señorita, ¿quisiera bailar conmigo el primer baile?

Le dice la señorita Aimée:

—¡Con mucho gusto, señor! ¡Y el señor Juan va a bailar con mi hermana Yvone.

Dice Juan:

—¡Con mucho gusto, señorita!

El corrió hacia Yvone, que acepta con placer a una pareja tan bien vestida. Todas las señoritas envidiaban la felicidad de las dos hermanas.

Aimée e Yvone siempre tienen buena suerte dice una señorita pelirroja gorda y fea que por lo general bailaba poco y que llevaba un vestido rosa marchita con crespón sobre una enagua de percala blanca más corto que el vestido.

—Es que ellas son las hijas de la casa —dijo la señorita Clorinda que llevaba un vestido de mousseline blanca, corsage en punta, bouquet picado en la base de la punta, que le impedía sentarse—. Es por cortesía que se las invita.

—Más bien es porque ellas son buenas y amables —dijo una tercera, una pequeña rubia de diez años—.

* * *

Los salones se llenaron. Todas las industrias estaban representadas allí: Especialistas en chimeneas, carniceros, aserradores, bodegueros, flores artificiales, papeleros, modistas, ropa interior, zapateros, etc.

Los arreglos estaban, unos simples y bonitos; otros, rebuscados, descoloridos, pretenciosos. Los turbantes, los bouquets de plumas, de flores, de telas abigarradas, ricas, de colores resplandecientes, cortaban los rostros jóvenes y frescos o viejos arrugados y más descoloridos que sus vestidos y peinados.

La música se hacía escuchar, el baile empezó. En los intervalos de las danzas y de las danzas-country, corrían a los refrescos. Juan y los más jóvenes danzantes miraban con viva satisfacción las tortas, los sirups, las frutas congeladas. Juan había dicho bien, esto era, así lo creía, el género del gran comercio, el gran género.

La música era interpretada por un violín, un clarinete y un piano.

* * *

El señor Abel llegó a las diez, como lo había anunciado. Simón lo presentó al señor y a la señora Amedée, y a los jóvenes. Apadrinado por tan elegante danzante, el señor Abel tuvo el más grande éxito. Su traje también era tan hermoso como el de Simón, cortado con el mismo modelo; parecían ser de la misma manufactura.

Simón recomendó al señor Abel a los cuidados todo particulares de la señorita Aimée y de la señorita Yvone. Abel bailó con la una y con la otra. Después volvió a bailar con la señorita Aimée a quien le hizo un elogio elocuente y conmovedor de su amigo Simón. La señorita Aimée encontró que el señor Abel era un hombre encantador.

—¡Además, qué bien vestido! Todo parecido a Simón. Lo que indica —le dice ella a sus amigas— que son hombres de orden y de buen gusto.

El señor Abel conversó mucho con el señor y la señora Amedée, que le escuchaban con un visible interés.

* * *

El baile perdió intensidad; comían más de lo que bailaban. El señor Abel comunicó esta observación a los danzantes y les propuso animar la velada. Pero, ¿cómo? A nadie se le ocurría nada.

Yo tengo la solución, señores, dijo el señor Abel, pero es necesario juntarnos para que esto sea verdaderamente divertido,

—¿Qué es eso, pues? —dicen los danzantes—.

El señor Abel les dice:

—Para empezar, es necesario reunirnos todos los danzantes; ninguna otra persona ha de estar incluido en el secreto.

—¿Y nosotras, y nosotras? —gritaban las señoritas—.

El señor Abel dijo, sonriendo:

—Vosotras menos que los otros, señoritas. Esta es una diversión de hombres.

* * *

El señor Abel pasa a la sala del costado, seguido por numerosos jóvenes, y les dice:

—Vosotros prometed, señores, guardar silencio hasta el momento de la ejecución de mi entretenimiento.

—Lo prometemos, lo juramos —respondieron los jóvenes, extendiendo sus manos—.

Les dice el señor Abel:

—Está bien. Nosotros vamos a ejecutar “el rapto de las Sabinas”, una figura bien a la moda y del gran género teatral. Vosotros escogeréis vuestra pareja para bailar. La danza country comienza. Vosotros simularéis como si nada ocurre, y en el último cruce, yo digo “hop”, y cada uno de nosotros se agarra inmediatamente una de las danzantes, y hace que haga, de agrado o de fuerza, un rueda de valse. El último que llegue a su sitio le paga un ponche a los otros danzantes.

Un danzante pregunta:

—¿Pero si la señorita no sabe bailar el valse?

Les dice el señor Abel:

—Tanto peor para el que baile el valse. Se requiere que él ha haga dar la vuelta, ya sea bien o mal, hasta que dé la vuelta al salón. Ahora, entremos y seamos discretos. Acordaos bien que ocurra lo que ocurra, o que grite, o que resista, hay que dar la vuelta al salón bailando el valse para ganarse el derecho a un ponche, y que el último en llegar paga el ponche.

* * *

Entraron en el salón. Cada uno de los jóvenes esperaba participar del ponche; nadie esperaba tener que pagar.

Ellos sacaron a bailar a sus parejas. Había más de danzantes varones que de danzantes mujeres, de suerte que las feas fueron involucradas del mismo modo que las bonitas.

El Juancito se dio con que todas las señoritas ya estaban escogidas; sólo faltaba ser escogida la pelirroja rubia, y el Juancito la compromete.

“¡Qué importa!” pensaba, tan pronto como se dé la señal yo agarraré una de las chicas delgadas y ligeras. Yo dejaré mi gorda al que tenga la fuerza de hacerla dar la vuelta.”

* * *

Se pusieron en su sitio. Das, das empezó la música y la danza-country también. Las chicas, que esperaban que ocurriría alguna cosa extraordinaria, no veían que ocurriese algo, se asombraban y se pusieron serias y contrariadas.

El último cruce iba a comenzar. “¡Hop!” dijo el señor Abel, y los danzantes se precipitaron sobre las danzantes que querían tener por pareja cuando otras ya habían sido tomadas.

Las señoritas se asustaron y se resistieron. Los danzantes insistieron. Las señoritas buscaron escaparse. Las madres quisieron intervenir. La pelea se hizo general. El tumulto había llegado al extremo. La mayor parte de las chicas comprenden a medias y se resignan. El orden comienza a restaurarse. Algunas vueltas de valse se terminaron; una sola pareja continuó forcejeándose: Era el Juancito y la gorda pelirroja.

* * *

Al ser abandonada por el Juancito, nadie quiso tomarla, y el Juancito, presentándose tarde en todo y temblando ante la idea de tener que pagar el ponche, se sintió muy dichoso de volver a encontrar a la pelirroja que él tomó para hacerla dar la vuelta al salón. Pero la pelirroja, que estaba furiosa al ser abandonada por el Juancito, buscaba escapársele. El miedo de pagar el ponche triplicó las fuerzas del Juancito. El logró llevársela y a dar la vuelta con ella a pesar de que ella se resistía, a pesar de los puñetes que ella le asestaba con la fuerza de un coloso con doscientas libras de peso.

El infortunado Juancito, más pequeño que ella, los recibía sobre la cabeza, y no pudo continuar con la vuelta porque se enganchó con los pliegues del vestido de la gorda pelirroja, que de su parte, gritaba y vociferaba mil injurias.

¡Qué lástima! El pobre Juancito tuvo que soportar bien con mal valor esa granizada de golpes y se agotó con el esfuerzo de completar su vuelta de valse. Pero la danzante lo obligó a dejarla y le dejó solo, inmóvil cerca de un grupo de hombres en medio de los cuales la señorita Clorinda buscó socorro y protección.

Mientras ocurría esta escena, Juan, en medio de sus risas, le dijo al señor Abel:

—¡Pobre Juancito, él tiene que pagar el ponche! ¡Qué lástima que el señor pintor no esté aquí.

* * *

El señor Abel se encontraba cerca del Juancito en el momento en que fue obligado a dejar a su pareja. Entonces, en medio de la confusión él metió una moneda de 20 francos en la mano del Juancito diciéndole en voz baja: “Para pagar el ponche.” Luego desapareció.

Su nombre empezó a circular y a excitar la indignación de las madres. A medida que la calma se restablecía, él veía las miradas enojadas que se posaban sobre él. El quiso prevenir la tormenta y salió.

Antes de pasar el umbral de la puerta, abajo de la escalera, se detuvo un instante a reflexionar respecto de la velada. Mientras él recapitulaba los acontecimientos de los que había participado, escuchó la voz de Juan y del Juancito.

Dijo el Juancito:

—Yo he sido obligado a pagar el ponche; es mi mala suerte que me persigue. El señor Abel imagina cualquier cosa absurda; todo el mundo se lanza a ello dichosamente; todos ríen y están contentos. Sólo yo tengo la desdicha de caer encima de una gorda que pesa más de doscientas libras que me agobia a puñetazos y que me hace pagar este maldito ponche.

Le dice Juan:

—No pagues todo, pobre Juancito; yo pagaré la mitad.

Le dice el Juancito:

—Yo lo quiero. ¿Cuánto costará el ponche?

Le dice Juan:

—Aproximadamente diez francos, para tanta gente.

Le dice el Juancito:

—¿Qué hacer para conseguirlos?

Le dice Juan:

—¿Quieres que corra al café donde trabajamos, para pedirlos prestados?

Le dice el Juancito:

—Sí, me parece bien, y diles que me hagan pagar lo menos posible, porque yo soy pobre.

Le dice Juan:

—Quédate tranquilo. Yo haré lo mejor.

* * *

Juan salió corriendo y no tardó en regresar con un enorme tazón de ponche espumante e hirviendo. Ninguno de los dos se dio cuenta que el señor Abel estaba cerca, oculto por la oscuridad.

Le dijo el Juancito:

—Y bien, Juan, ¿cuánto cuesta el ponche?

Le dice Juan:

—Ha costado ocho francos en lugar de doce, por tratarse de nosotros.

Le dice el Juancito:

—Entonces yo te doy cuatro francos, puesto que tú pagas la mitad.

Le dice Juan:

—Sí. Y yo daré los cuatro francos que faltan, mi pobre Juancito.

* * *

El Juancito buscó en el bolsillo de su chaleco y saca su plata, la contó y le dio cuatro francos a Juan, olvidando agradecerle por su generosidad.

El señor Abel, indignado y queriendo castigar al Juancito de su engaño y de su codicia, estiró la mano, la pasó por el bolsillo del pantalón del Juancito, sin que él lo sintiera, y retiró la moneda de oro que le había visto meter en ese bolsillo.

Después, al ver al Juancito y al Juan subir con el ponche, él salió diciéndose: “Yo no tengo nada que hacer aquí. He visto a la pequeña Aimée; le he hecho un elogio de Simón que ella no obligará. Yo he comenzado por su madre. Yo le he dicho a su padre que Simón ya tenía tres mil francos invertidos a su nombre. . . Esta pequeña es amable. Ella parece buena, dulce, bien educada. Se requiere que ella sea la esposa de Simón Dutec. . . El Juancito es un bribón, un canalla, un cretino. ¡Hacerle pagar cuatro francos a este pobre de Juan, cuando yo le había dado veinte! ¡Canalla!

Al decir esta última palabra en voz alta, lo cual hizo que algunos que pasaban se dieran la vuelta, el señor Abel apresuró sus pasos y no tardó en llegar a su Hotel Merurice.

XV OTRA CANALLADA DEL JUANCITO

Todas las mañanas el señor Abel dejaba el hotel, hacía un paseo a su taller que estaba cerca, desayunaba en el café Méti, volvía a su taller y se quedaba allí hasta el final del día. Allí recibía muchos amigos, cenaba en la ciudad y se iba a un círculo o se mezclaba con la gente. Jamás volvía más tarde que a la media noche.

El trabajaba en cuatro cuadros de caballete que debían figurar en la Exposición. Uno debía ser de libretto con el título de, “Una tarde de bodeguero”. El otro tenía por título, “Una lección de danza”. El tercero, “Los trajes nuevos”. El cuarto se intitulaba, “Una danza-country”.

Sus amigos admiraban mucho estos cuatro pequeños cuadros. Ninguno de ellos estaba terminado, pero todos estaban en proceso y bastante avanzados.

En cada uno de estos cuadros uno veía los dos personajes principales: Un joven de hermosa figura, ojos negros, fisionomía inteligente y alegre, y otro más joven, pero llevando un parecido tan impresionante con el primero que uno no podía dudar que ellos fueran hermanos. En “los ternos nuevos” el más joven era admirablemente hermoso de expresión. Su mirada expresaba la felicidad, la ternura, el agradecimiento.

* * *

—¿Sabes tú —le dice un día alguien que había tomado el nombre de Caín en la velada del señor Pontois—. . . ¿Sabes tú que sólo esta figura hará la reputación de un pintor?

Le dice Abel:

—En efecto, es hermosa; sobre todo tiene el mérito del parecido.

Le dice Caín:

—Alguien que posea estos cuadros tendrá una de las cosas más bellas y más encantadoras que habrán sido hechas en pintura.

Le dice Abel:

—Nadie los poseerá jamás; es para mí que trabajo.

Le dice Caín:

—¡Tú estás loco! Tú venderás estos cuatro cuadros a cuarenta o cincuenta mil francos!

Le dice Abel:

—Alguien me podrá ofrecer cuatrocientos mil francos y yo no se lo daré. Ellos me hacen acordar de unos momentos encantadores de mi vida. Tú conoces la historia de estos cuadros y sabes la dicha que me ha dado esta serie de buenas acciones que me ha inspirado mi pequeño Juan. ¡Excelente chico! ¡Qué corazón agradecido! ¡Qué hermosa y noble mirada! El ha sido reducido perfectamente en mi cuadro; esto es lo que hará la belleza y el éxito.

Le dice Caín:

—Cuarenta mil francos no son cosa de desdeñar.

Le dice Abel:

—Qué me significan cuarenta mil francos añadidos a lo que ya he ganado y a lo que puedo ganar aún, a mí como un artista que apenas tengo 28 años.

Le dice Caín:

—Tienes razón. Pero, ¡qué pena!

* * *

Cuando el Juancito entró a su casa, se apresuró a retirar y a contar el dinero que tenía en su bolsillo, y a contar el dinero que había puesto dentro de su bolsillo él contó y buscó, y no encontró la pieza de oro que le había dado el desconocido.

Su desesperación fue violenta. El había contado con esos veinte francos para comprar de Simón el terno que le había prestado y que él necesitaba. El lloró, él se golpeó la cabeza con sus puños, pero esta grande desesperación no le devolvió sus veinte francos.

Después de haber reflexionado respecto de lo que debía hacer, él decidió de ir al día siguiente para contarle a Juan el asunto, para buscar inspirarle compasión y a hacer que le devolviera los cuatro francos que él había pagado. Esta esperanza le calmó y se durmió apaciblemente.

* * *

En la mañana, bien temprano, el Juancito aprovechó una carrera que su jefe le mandó hacer para entrar en el café Metis y hablar con Juan.

Simón estaba con su hermano, lo cual contrarió al Juancito. El temía que Simón no se dejara llevar como Juan por sus lloriqueos y sus súplicas. Después de haber esperando en vano algunos minutos que Simón le dejó solo con Juan, él se decidió a hablar:

—Yo soy un desdichado, mi buen Juan —comenzó a decir—; ayer he hecho una gran pérdida. . .

Le dice Juan:

—¿Una pérdida? ¿Tú? ¿Qué has perdido pues?

Le dice el Juancito:

—Yo quería comprarle a Simón su traje que me ha prestado ayer en la noche, y había metido en mi bolsillo una pieza de 20 francos para pagarle, y cuando entré a casa lo he querido sacar, y ella ya no estaba.

Simón hizo el ademán de levantarse de su silla, y volvió a sentarse y no dijo nada. Se trataba del señor Abel que acababa de entrar y que le hizo la seña para que se volviera a sentar y dejara hablar a Juan y a Juancito. El les dio la espalda de modo que no le pudieron ver.

Le dice Juan:

—¡Veinte francos! ¿Tú has perdido veinte francos? ¡Pobre Juancito! Yo te compadezco de todo mi corazón.

Eso no era lo que quería el Juancito; él esperaba algo mejor que esto del buen corazón de Juan.

El continuó diciendo:

—Y además, si yo no hubiera estado obligado a pagar ese maldito ponche, yo hubiera podido daros, en este mes, la mitad del precio del traje para acabar de pagarlo el mes que viene. ¡Yo soy muy desdichado, Juan!

Le dice Juan:

—Mi pobre Juancito, yo estoy muy triste por ti. Pero no te aflijas tanto. Tú sabes que Simón es muy bueno. Yo estoy muy seguro que él te prestará su traje cada vez que tú los necesites.

Le dice el Juancito:

—¡Pero ese ponche que he tenido que pagar! Tú sabes que son ocho francos. . .

Le dice Juan:

—¿Cómo ocho francos? Yo he pagado la mitad; no es más que cuatro francos.

Le dice el Juancito, algo confuso:

—Es verdad. Yo no pensaba en eso. Cuatro francos que son poco para ti son mucho para mí, que gano tan poco. . .

Le dice Juan:

—Escucha, pobre Juancito. Si tú tienes realmente necesidad de dinero, Simón me permitirá darte todavía esos cuatro francos. . .

* * *

—¡Juan, yo te lo prohíbo! —dijo el señor Abel con un tono decidido—.

Su aparición hizo saltar al Juancito. El tenía miedo del señor Abel, y no le gustó volverle a encontrar.

—Yo no quiero que tú le des ni un céntimo a este mal elemento —continuó diciendo el señor Abel con una severidad tal que Juan no le había visto jamás—. El te engaña; él miente. El no ha perdido nada. Y si él no tiene dinero, tanto mejor, porque él lo emplea muy mal.

El Juancito habría tenido tiempo para tomar valor. El ensayó enfrentársele al señor Abel. Le dijo:

—¿Por qué me dice usted injurias? Yo no le he hecho nada, y usted me acusa de saber si lo que he dicho es verdad o no.

Le dice el señor Abel:

—Yo digo que tú mientes porque yo sé que tú mientes. Yo impido que engañes a Juan, porque yo sé que tú ya lo has engañado.

Le dice el Juancito:

—¡No, señor, yo no le he engañado!

Le dice el señor Abel:

—¡Silencio, mentiroso! Ayer en la noche tú le has sacado cuatro francos a Juan para pagar la mitad del ponche, cuando tú acababas de recibir veinte francos para pagarlo.

Le dice el Juancito:

—¿Yo, veinte francos? ¡Jamás, señor! Usted quiere engañar a Simón y a Juan para impedirles que me ayuden. ¿Quién hubiera podido darme veinte francos? Yo no conocía a nadie en ese baile.

Le dice el señor Abel:

—Pero alguien que te conoce es alguien que ha tenido compasión de ti y no ha querido que tú sufras de la broma inventada por mí. Ese alguien te ha puesto veinte francos en la mano para pagar por el ponche y para hacer que pase tu pena.

Le dice el Juancito:

—¡No, señor, nadie ha tenido compasión de mí, y nadie me ha dado nada. Además, usted no estaba allí en ese momento y usted no ha podido ver nada, consecuentemente.

Le dice el señor Abel:

—Puesto que tú me obligas a hablar, digo que yo estaba bien cerca de ti y que soy yo el que te ha dado esta pieza de oro en la mano diciéndote: “Para pagar el ponche.” Y si tú no has encontrado los veinte francos, es porque yo mismo los había retirado de tu bolsillo cuando tuviste la indignidad de hacerle pagar cuatro francos a este pobre Juan, a quien has hecho creer que no tenías suficiente dinero. Yo estaba en un rincón oscuro, debajo de la escalera, y lo he escuchado todo.

* * *

El señor Abel se calló. El Juancito está consternado y temblaba con todos sus miembros. Juan le miraba con sorpresa y pena. Indignado a causa de una superchería tan baja, se esforzaba por creerlo. Simón se esforzaba por dominar su cólera; él amaba tiernamente a su hermano y no podía soportar que alguien jugara con su bondad, con su generosidad.

Nadie hablaba. Entonces le dijo el Señor Abel al Juancito:

—¡Fuera de aquí, impostor! ¡Lárgate, y no te encuentras más en mi camino!

El Juancito estaba indeciso. Entonces el señor Abel le tomó por la oreja y le jaló hasta la puerta, y lo puso afuera de una patada.

—¡Descarado pícaro —dijo el señor Abel al volver todo conmovido y al sentarse a la mesa.

XVI
JUAN DESCUBRE LA IDENTIDAD
DEL SEÑOR PINTOR

Esta vez no fue ni Juan ni Simón que le sirvieron su desayuno. Simón estaba aterrado de la osadía, del descaro y de la bribonada de su primo. Juan estaba fuertemente afligido, y por la primera vez lloró. El señor Abel miraba a los dos hermanos, sobre todo a Juan, con visible interés y compasión.

Cuando su desayuno había terminado y retirado, él llamó a Simón y le dijo:

—Ven, mi pobre Simón, yo tengo algo que decirte.

Simón se aproximó, y él le dijo:

—Simón, trata de distraer a Juan de la pena que le ha ocasionado la indigna conducta del Juancito, y tú mismo, mi pobre muchacho. Yo tengo una buena noticia que darte. Tú le gustas mucho al señor y a la señora Amedée, y también mucho a la señorita Aimée.

Le dice Simón:

—¡Oh, señor, esto es imposible! ¡Un pobre muchacho como yo!

Le dice el señor Abel:

—Sin embargo, es verdad. Ayer, toda la velada yo me he ocupado de ti, y lo que yo te digo es positivo. Los padres les encuentran a los dos un poco jóvenes para casarse en seguida, pero me han dicho que te verán con placer que les visites lo más frecuentemente posible.

Le dice Simón:

—¡Señor, yo no puedo creer en semejante dicha! ¡Yo, que no tengo nada!

Le dice el señor Abel, sonriendo:

—En cuanto a la fortuna, mi amigo, uno no sabe lo que puede ocurrir. Tú puedes tener un aumento en tu sueldo. Tú puedes llegar a ser el mozo principal o el vigilante, incluso el asociado del negocio. . .

Le dice Simón:

—Para eso, señor, sería necesario que yo estuviese en la empresa unos diez años, por lo menos.

Le dice el señor Abel:

—Uno no sabe. . . Uno no conoce las ideas que pasan por la cabeza de un jefe de café. El señor Metis no es joven. El te ama mucho; él tiene gran confianza en ti. A uno le gustaría tener un asociado inteligente y honesto.

Le dice Simón:

—Pero eso no es suficiente, señor; se necesita dinero con el cual se pueda hacer un aval. . .

Le dice el señor Abel:

—En cuanto a esto, no hay que preocuparse, mi amigo. Yo estaré allí para respaldarte, para servirte de aval. Y yo no temeré perder dinero.

Le dice Simón:

—¡Oh, señor! ¿Podrá ser esto posible?

* * *

Simón quedó con las manos juntas delante del señor Abel, sin saber cómo agradecerle, sin osar dejarse llevar por todo su agradecimiento y a su felicidad.

El café todavía estaba vacío a causa de la hora matinal. La misma dama del mostrador todavía no había descendido. Por otro lado, el señor Abel comía en una cabina reservada a los privilegiados.

Juan había escuchado y había entendido todo. El miraba al señor Abel con una expresión particular. De golpe él avanzó hacia él, cayendo a sus rodillas, y besándolas con ardor gritó:

—¡Es usted, es usted el señor Pintor! ¡Es usted que es nuestro benefactor, el corazón de oro que ama al mío! ¡Yo lo adivino! ¡Yo estoy seguro que es usted! ¡Sí, es usted! ¡Oh! ¡Déjeme besar vuestras manos y vuestras rodillas, y decirle que os amo! ¡Tanto os amo como os respeto; con tanta ternura yo pienso en usted! ¡Con qué felicidad yo os reencuentro! ¡Querido, querido señor Abel, dígame vuestro verdadero nombre para que yo lo grave en mi corazón, en mi espíritu! ¡Querido benefactor! ¡Simón será feliz por usted! ¡Que el buen Dios os bendiga! ¡Que el buen Dios os proteja! ¡Que el buen Dios os recompense!

Y el pobre Juan explota en sollozos.

* * *

El señor Abel, fuertemente conmovido él mismo, le apretó en sus brazos, le besó en la frente, con sus mejillas bañadas en lágrimas, y le tendió la mano a Simón, que la apretó entre las suyas. Y cediendo a una atracción irresistible lo besó inclinándose profundamente.

Les dijo el señor Abel:

—¡Vamos, yo he sido descubierto! No hay manera de resistir a la compenetración de mi buen pequeño Juan. Querido hijo, y tú, mi buen Simón, ustedes me han dado tanta felicidad que yo no podré jamás devolver con descubrir los tesoros de dos bellas almas tan cristianas, tan honestas.

Y continuó:

—Desde hace dos años que os conozco, yo he pasado algunas horas tan felices de las cuales conservaré el recuerdo. Yo siempre he vivido solo, huérfano desde mi infancia, criado o mejor dicho tiranizado por una mala tía sin fe ni corazón. Yo he vivido sabiendo cuán raros son los corazones dedicados. Habiendo hecho yo mismo mi fortuna con el talento de pintar que me ha dado el buen Dios, he comprobado en mi primer encuentro contigo, Juan, una impresión imborrable. Tú eras bueno, agradecido, lleno de afecto. Yo deseaba volverte a ver. Por otro lado, yo quería expiar el miedo y la pena que yo te había ocasionado al despojarte de tu dinero.

Y continuó diciendo:

—Tu alegría al volverme a ver me ha conmovido, me ha atraído. Simón, a quien yo reconocí enseguida a causa de su parecido contigo, me ha parecido digno de ser tu hermano. Yo me sentí cada vez más apegado a vosotros, que he querido haceros bien sin descubrirme. Vuestro agradecimiento a propósito de los trajes nuevos me ha tocado en extremo y ha aumentado mi amistad para con vosotros.

Y terminó:

—Yo no tengo padres. Yo no tengo ni mujer ni hijos. Yo estoy solo en este mundo. Yo puedo pues, sin dañar a nadie, darme el placer de hacerlos bien. Pero, mirad, que ya lleva mucha gente. Levántate, mi pequeño Juan, mi querido hijo. Nosotros nos vemos todos los días. Simón, tú me tendrás al corriente de tus asuntos —añadió el señor Abel sonriendo y apretándole la mano—. Y si alguien te pregunta de tu fortuna, sabe que tú ya tienes 3.000 francos invertidos en acciones del Ferrocarril del Este.

* * *

Simón dijo:

—¡Oh, señor!

Le dijo el señor Abel:

—¡Shhh! Hay gente. Hasta mañana, mis hijos. Adiós, mi pequeño Juan. ¡Eres tú el que tienes un corazón de oro! ¡Silencio! Hasta mañana, temprano.

El señor Abel salió, casi tan feliz como sus dos protegidos.

Cuando terminó la jornada, Simón y Juan subieron a su cuarto para escribir a su madre, pero no sin haberse abrazado y felicitado.

Ellos oraron juntos al buen Dios y le agradecieron pidiéndole que bendijera a su benefactor y que le hiciera encontrar un corazón que lo amara para que fueran muy feliz.

Después cada uno se puso a escribir de su parte.

XVII
LAS PROVISIONES DE KERSAC
PARA LA MADRE DE JUAN

Después de más de dos años que Elena Dutec se encontraba separada de su hijo, ella había recibido con mucha regularidad las nuevas de Juan, como las de Simón. Ella se regocijaba de saberlos felices, y muy frecuentemente ella recibía sumas de dinero que sobrepasaban sus esperanzas. Tanto Juan como Simón le enviaban veinte francos, y a veces cuarenta francos. Y la comodidad, el bienestar reinaban en su pequeño entorno.

El buen Kersac estaba a la mano para cualquier cosa. Raramente se pasaba una quincena sin que él fuera a visitarla. Y cada vez él llevaba algo “con qué contentarse”, como decía él.

—Porque mi buena dama Elena, tal como usted me ve, yo soy diabólicamente egoísta. Así, el otro día, yo os he traído un par de sillas. Y ahora, me di cuenta que me hacía falta un sillón, y he traído uno en mi carreta. No me resondre —añade— de que yo cuide de mí mismo como una mamá. Yo me siento delicado con el paso de los años, pero usted se vé bien, y no pensará mal de mí, ¿no es cierto?

Le dice Elena:

—¿Mal? ¿Que yo piense mal de usted? ¿Como si yo no viera por qué usted trae todo esto? Esta mesa es para usted, ¿no es cierto?

Le dice Kersac:

—¡Por supuesto! Yo detesto comer sin sentarme a la mesa.

Le dice Elena:

—¿Y el armario? ¿También es para usted?

Le dice Kersac:

—El armario es para guardar las pequeñas provisiones que os traigo y que vengo a comer en su casa. A mí no me gusta que las cosas se arrastren. Eso me pincha; eso me molesta.

Le dice Elena:

—¿Y la cama de la pequeña?

Le dice Kersac:

—La cama es para saber que mi protegida está bien acostadita. A mí no me gusta ver una cama rota, sucia.

Le dice Elena:

—¿Y los pañuelos? ¿Y la vajilla? ¿Y la estufa? ¿Y tantas otras cosas?

Le dice Kersac:

—Los pañuelos son para tener con qué secarme cuando llego a vosotras todo transpirado. La vajilla es para comer; la estufa es para meter un leño al fuego cuando yo llego lleno de frío.

Y añade:

—Finalmente, escuche, pues, yo soy así. Me gustas mis comodidades. Yo no quisiera que usted tenga una mala opinión de mí porque yo soy un poco. . . ¡vamos! Se hace necesario lanzar la palabra. . . un poco egoísta.

Elena sonríe y le dice:

—Que el buen Dios nos d e a todos ego istas de vuestra clase, señor Kersac.

* * *

Le dice Kersac:

— Y qué noticias tiene de sus hijos?

Le dice Elena:

—Muy buenas, muchas gracias. Juan me habla de usted en todas sus cartas. El dice siempre, al hablarme del ese buen señor Abel que le hace pensar en usted, que él es bueno como usted y que como usted él no puede sufrir al pobre de Juancito.

Le dice Kersac:

— Ja, ja, ja!  Est  bien así! Y bien, eso me da una buena opinión de ese señor Abel. Ese Juancito me repugna más de lo que puedo expresar. Yo apuesto que él terminará por estafar y por hacerse azotar.

Le dice Elena:

— Oh, señor Kersac! No diga eso.  Eso sería terrible! Piense, pues,  el hijo de mi hermana!

Le dice Kersac:

—S , pero su padre era un canalla, un cretino. Perdóneme, mi buena dama Elena; yo no quisiera apenarle. Sólo por decirle mi impresión, ese muchacho est  celoso de Juan. El es envidioso, ingrato, perezoso; él no ama a nadie. No es como nuestro pequeño Juan. Ese es todo lo opuesto. Pero —añade él levantándose—, he olvidado que tengo algunas provisiones en mi carreta; si cen ramos. . . Yo tengo el estómago vacío; me parece que podría tragarme un pan de seis libras. . .

* * *

Kersac y Elena salen y van bajo la cubierta donde estaban el caballo y la carreta. Kersac da de beber al caballo que acababa su avena, le arregla su cama. Elena le lleva un manojo de heno. Y después Kersac se pone a descargar la carreta de sus provisiones.

Elena recib o una buena pierna todo cocida, tres libras de mantequilla, un kilo de azúcar, un kilo de café todo tostado y molido, un kilo de parafina, un grande queso, una botella de aceite comestible, un paquete de comestibles de todo tipo. Finalmente, él retir o un paquete que aparentaba querer esconder.

—Esto —le dice— no es para usted, mi buena dama Elena; esto es para mí.

Elena le dice:

— Ah!  Qu  es, sin indiscreción?

Le dice Kersac:

— Aqu  está! Es que requiere todavía acusarme de un defecto villano, y eso no es agradable. Y por tanto, se requiere que yo obedezca porque cuando usted vea la cosa, usted adivinará bien mi defecto.

Así como usted me ve, Elena, yo soy un poco coquet n. A mí me gusta estar presentable, bien peinado, bien abrochado. Y en su casa, no hay un espejo. Eso me afecta, porque al llegar, usted verá, el viento, el sudor, el polvo, todo eso os alborota, os molesta. Pero con un espejo, yo ver  enseguida si estoy presentable. Usted no se molesta,  verdad?

Elena no respondió sino apretándole las manos con las suyas. Su boca se quedó muda, pero sus ojos expresaron su agradecimiento.

* * *

Ella entró en la casa y se puso a ordenar las provisiones dentro del armario que le había valido el “egoísmo” de Kersac.

Le dice Kersac:

—Un clavo, si le place, Elena, para colgar el espejo. ¿Dónde hay que colgarlo?

Le dice Elena:

—Quedará bien dondequiera que usted lo ponga, señor Kersac. Aquí está el clavo.

Al tomar el clavo, Kersac se dio cuenta que ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

Le dice Kersac:

—¿Por qué lloras, Elena? ¿Por qué? Yo quiero que me lo digas.

Elena le dice sonriendo:

—Yo lloro respecto de vuestro “egoísmo”. Yo doy gracias al buen Dios de haberos dado un defecto tan bello. Y yo le ruego que él os recompense en este mundo y en el otro.

Le dice Kersac:

—¡Oh! En este mundo yo no tengo mucho; en el otro, yo no digo nada. Y a mi turno, yo ruego al buen Dios de volverla a encontrar con mi pequeño Juan después de mi muerte.

Le dice Elena:

—Gracias, señor Kersac. Esa es la mejor oración que usted puede hacer por mí.

Le dice Kersac:

—Es que ya hace mucho tiempo que yo la conozco.

Le dice Elena:

—Hace más de dos años.

* * *

Le dice Kersac:

—Y la pequeña, ¿dónde está pues?

Le dice Elena:

—Ella aún no ha venido de la escuela. Ella va a venir a almorzar con nosotros de inmediato.

Le dice Kersac:

—Es muy amable, esta pequeña; yo la amo mucho.

Le dice Elena:

—Ella le ama mucho también. Ni bien que escucha hablar de usted, sus ojos brillan y su boca sonrío.

Le dice Kersac:

—¿Qué escucha ella hablar de mí? Nadie me conoce aquí. . .

Le dice Elena:

—¿Y yo, pues? ¿Es que puedo yo olvidar a nuestro benefactor y al protector de mi pequeño Juan? Todo lo que hay aquí incita a nuestro recuerdo, todo viene de vuestra caridad, de vuestra bondad.

Le dice Kersac:

—Usted puede bien añadir: De mi amistad. Yo me siento apegado a vuestro pequeño Juan, que yo estoy a veces admirado. De Juan este apego ha pasado a usted; y eso me da el placer de venir a verle y a ayudarle con un poco de lo mucho que tengo.

Le dice Elena:

—Yo no soy una ingrata, señor Kersac, créame bien.

Le dice Kersac:

—Yo lo sé bien; yo lo veo bien. Y eso hace reposar el corazón, usted verá, cuando uno no tiene a quien amar en este mundo. Yo me refiero a criaturas humanas, porque uno siempre tiene al buen Dios a quien amar. Yo digo, pues, que eso da reposo al corazón cuando uno ve a una mujer buena y honesta que os agradece de lo poco que uno ha hecho por ella, y que está agradecida como si se tratase de una bella y grande cosa, y que ora por vos, que piensa en vos y que os ama. Esta es una gran recompensa, mi buena Elena, demasiado grande en comparación de lo que yo valgo.

Y añade, después de unos instantes:

—¿Y qué le ha escrito Juan en su última carta?

Le dice Elena:

—Ellos me escriben los dos, señor Kersac. El señor Abel ha sido muy bueno para con ellos. Allí tiene uno más que es un verdadero corazón de oro, como dice mi pequeño Juan.

Y Elena le cuenta a Kersac todo lo que el señor Abel había hecho y prometido, y cómo él había asegurado para Simón un excelente matrimonio.

* * *

Le dice Kersac:

—¡Pucha! ¡El no va de mano muerta, este buen Abel! ¡Quiera Dios que él no tenga su Caín. Va a ser necesario que usted vaya a las bodas de aquí a uno o dos años.

Le dice Elena:

—¡Oh, señor! ¡A unas bodas en París! ¿Qué haré allí, mi buen Dios? ¿Y qué cara yo aportaré allí?

Le dice Kersac:

—Será necesario que usted vaya allá. La madre debe estar presente de acuerdo con la ley.

Le dice Elena:

—La madre, pero no la madrastra, señor.

Le dice Kersac:

—¿Cómo la madrastra?

Le dice Elena:

—Sí, señor. Yo no tengo otro hijo aparte de Juan. Cuando yo me casé con mi marido, Simón ya tenía cerca de nueve años.

Le dice Kersac:

—¡Esta es una bella revelación! ¿Cuántos años tiene usted, entonces?

Le dice Elena:

—Yo tengo 33 años, señor. Juan tiene 16 años y medio. Yo me casé a los 17 años.

Le dice Kersac:

—Es eso que yo me decía siempre: ¡Esta mujer está recontra conservada! ¿Quién podría creer pues que ella tiene un muchacho de 24 años? ¡Ah! Pero eso que usted me dice me da placer, usted verá por qué. Yo soy soltero, usted sabe. Yo tengo necesidad de una mujer en la granja, una mujer que pueda poner en marcha el cuidado, que maneje la cocina, que haga en fin lo que hace una granjera. Yo he tenido mala suerte hasta aquí. Yo no puedo caer sobre una mujer honesta, activa, inteligente que asuma mis intereses, que sabe manejar una granja. Yo había pensado en usted, pero me decía: “Ella tiene un hijo de 24 años; ella tiene por lo menos 41 o 42 años. Es demasiado madura para comenzar.” ¡Y veo que usted tiene 33! ¡Pero eso es excelente! ¡Vaya! Es el buen Dios que escucha vuestra oración. ¡Soy pues dichoso! ¡Yo no tengo que desconfiar, supervisar, gruñir. Todo irá como sobre ruedas. Cuando yo esté enfermo usted me cuidará. Cuando yo esté ausente, usted asumirá la dirección de todo.

—Pero, señor —dice Elena riéndose—, usted arregla todo eso sin saber que yo puedo asumir esa responsabilidad, si yo conozco el trabajo de una granja, si yo sé ordeñar una vaca o criar aves de corral. Una mujer de granja debe saber todo eso a fondo.

Kersac se detiene, consternado y dice:

—Pues es cierto. ¿Y usted no lo sabe? Diga rápido —añade él con intensidad al ver que ella vacilaba—.

Le dice Elena:

—De hecho sí, señor; yo sé. Yo soy hija de granjero. Yo he trabajado en la granja desde que yo me acuerdo de mí misma. Yo no la he abandonado sino a la muerte de mi padre y de mi marido.

Le dice Kersac:

—Entonces, ¿por qué diablos me asusta? Yo no le pregunto si usted quiere, ya que usted puede. Puesto que se trata de rendirme servicio, no vacile, yo estoy seguro. ¿Cuándo se requiere que le envíe una carreta para vuestra mudanza?

Le dice Elena:

—Cuando usted lo quiera, señor. Nada me retiene aquí. Usted ha pensado en lo justo, al estar tan seguro de mi consentimiento. Todo lo que yo pueda hacer por usted lo haré con felicidad, agradeciendo al buen Dios por ofrecerme los medios para daros testimonio de mi agradecimiento.

Le dice Kersac:

—Entonces, la próxima semana. Ahora estamos jueves; el próximo lunes usted se muda.

Le dice Elena:

—Yo estaré lista, señor.

Le dice Kersac:

—¡Bien! Todo está convenido; yo estoy contento. Yo no le hablo de sueldo; esto os pasará bastante dinero en las manos, más de lo que usted podría gastar. Usted tomará todo lo que necesite, lo que usted quiera. Yo no necesito fijarle la suma y no temo que usted exija demasiado.

Le dice Elena:

—¿Y la pequeña Marie, señor? ¿Qué haremos de ella?

Le dice Kersac:

—Marie vendrá con usted.

Le dice Elena:

—Eso será, quizás, un problema para usted, señor. . .

Le dice Kersac:

—¿Problema? Ni el menor. Cuando ella tenga 21 años, yo la adoptaré y yo la desposaré con mi pequeño Juan. Yo ya he hecho mi plan, ¡vaya! Usted sabe que yo soy egoísta. Yo organizo mi vida por mí mismo.

Le dice Elena:

—Y sin olvidar a los otros, señor. ¡Mi Dios, que es pues bello y bueno ser egoísta al punto que usted lo es!

Le dice Kersac:

—Pero sí, usted lo ve. Uno se hace de una buena pequeña vida; uno se hace de amigos.

Le dice Elena:

—Muy dedicados y muy agradecidos, señor.

Le dice Kersac, sonriendo:

—¡Siempre! Los amigos son siempre dedicados y agradecidos. Sin eso no son amigos. ¡Y la cena que estamos olvidando! Marie va a volver. Y si yo no tengo algo, y si yo no tengo alguna cosa que meter a mi pobre estómago, yo la como a mordiscos con sal.

* * *

Elena echa más leña al fuego, saca del armario las provisiones con las cuales hacer una omeleta y con qué, sazonar una ensalada. Cuando los huevos estuvieron batidos y listos a ser puestos sobre el fuego, Kersac le ofrece sostener la sartén mientras ella pone los cubiertos. Eso hizo pronto, y en el momento en que Elena vertía la omeleta en un plato llegó la pequeña Marie roja y llena de gozo.

Ella corrió a Kersac, que la abrazó sobre sus dos mejillas, y ella le dio sus besos diciéndole:

—He estado varios días sin verle, amigo mío. ¿Por qué ha estado tanto tiempo sin venir?

Le dice Kersac:

—Porque es tiempo de siega, mi pequeña Marie, y en esos momentos los hombres y los caballos tienen bastante que hacer.

Le dice Marie:

—Pero tú, amigo mío, ¿tú no trabajas?

Le dice Kersac:

—Tanto como los otros, y más que los otros. Mientras ellos descansan, yo voy a ver por todos lados si todos están en sus obligaciones, si el trabajo se hace como se debe. Yo soy el primero en levantarse y el último en acostarse.

Le dice Marie:

—¡Pero eso es muy fatigoso!

Le dice Kersac:

—Sin duda, es fatigoso, pero mientras se vive en este mundo, hay que fatigarse para cumplir su deber.

Le dice Marie:

—¿Y si uno no quiere fatigarse?

Le dice Kersac:

—Si uno no se quiere fatigarse, es flojo y malo, porque ofende al buen Dios, no deja contentos a los hombres y es castigado en este mundo y en el otro.

Le dice Marie:

—¿Cómo es uno castigado?

Le dice Kersac:

—En este mundo nadie os ama, no os estima ni quiere saber de vos. Uno no gana nada y se convierte en un miserable. Y en el otro mundo el buen Dios nos envía al diablo que es muy malo y que os hace infelices, infelices como tú no te puedes imaginar.

Le dice Marie:

—Entonces usted hace bien de fatigarse, buen amigo. Pero trate de fatigarse mucho, lo suficiente para que el buen Dios esté contento y no os envíe al diablo malo.

Elena dice:

—Señor Kersac, Marie va a creer que basta con fatigarse para tener contento al buen Dios. Se necesita también de otras cosas.

Le dice Kersac:

—¿Cómo pues! ¡Cierto! Escucha Marie, también se necesita amar al buen Dios.

Le dice Marie:

—Yo también le amo mucho, pero no le veo. Entonces yo no le puedo amar como a aquellos que conozco.

Le dice Kersac:

—De hecho, tú le conoces. Tú sabes que es el buen Dios quien te ha creado y que te da todo lo que tienes.

Le dice Marie:

—Yo lo sé bien, pero yo no veo las cosas que él me da. Excepto a usted, que me cuida y me da muchas cosas que yo veo. Así yo le amo de todo mi corazón.

Le dice Kersac:

—Di pues Elena, ¿entiendes lo que ella dice? Yo me temo que ella no sea más fuerte que yo. A mí se me han agotado los razonamientos. Hazla comprender que yo no valgo al buen Dios.

Le dice Elena:

—Marie, es el buen Dios que me ha hecho acudir a socorrerte, cuando tu ama te ha abandonado. Es el buen Dios que te da la vida, que ha permitido que el buen señor Kersac te conozca y te ame. Es el buen Dios que te guarda y te protege día y noche. El te ama, el quiere que tú seas feliz siempre. Tú ves bien que debes amarlo más que todo el mundo.

Le dice Marie:

—Es verdad, madre; es verdad. Yo le amo y le amaré aun más, yo os prometo.

Kersac sonrío y dice:

—Y a mí, Marie, ¿cómo me amarás lo suficiente para evitar que yo me ponga celoso?

Le dice Marie:

—¿Usted? ¡Oh! Usted sabe que yo os amo mucho, que yo os amaré siempre.

Ella lo abraza, y él le dice a la oreja:

—Más que todo el mundo, ¿entiendes? Y pues el villano ser celoso; y tú no harás nunca nada villano.

* * *

La cena estaba lista. Ellos se sentaron a la mesa. Kersac se ríe largo rato de la promesa de su hija adoptiva y come como un hombre que viene de hacer siete leguas y que todavía está en ayunas pasado el medio día.

Marie devora la pierna que estaba cocida a punto. La omeleta estaba espléndida, la ensalada estaba bien sazonada, la mantequilla estaba fresca, el pan estaba suave, los comensales estaban felices. Kersac estaba particularmente encantado de tener asegurada una mujer segura e inteligente en su granja, y de encontrar en ella y en la pequeña Marie una sociedad y una distracción agradables.

Cuando Marie supo que debía ir a vivir en la granja de Kersac, no cabía en ella de gozo:

—Partamos de inmediato, mi buen amigo. Llévenos en seguida —repetía con insistencia—.

Le dice Elena:

—Es imposible, Marie. Yo necesito el tiempo para pagar las pequeñas cosas que debo, de despedirme del señor cura, de mi hermana Marine, de ordenar mis pertenencias, porque —dice ella sonriendo y volviéndose al señor Kersac—, ahora tengo pertenencias y yo no quiero dejar nada de lo que usted me ha dado, señor Kersac.

Le dice Kersac:

—Usted llevará todo lo que quiera, Elena. Yo os enviaré mi carreta más grande.

Le dice Elena:

—Gracias, señor. Yo dejaré la casa a mi hermana, que ya no tendrá más que alquilar a pagar de este modo.

Kersac había acabado de cenar. El se levantó para ir a uncir su caballo. Elena lo acompaña, y él partió repitiendo:

—¡Hasta el lunes!

XVIII
EL SEÑOR ABEL BUSCA
OTRO EMPLEO PARA JUAN

Elena esperó la tarde para escribirle a su pequeño Juan anunciándole del feliz cambio que se hacía en su vida. Después de haber contado esto que acabamos de leer, ella añade: “Tú ves, mi hijo, que nada me va a faltar. El buen señor Kersac me paga todo mi mantenimiento, y yo no abusaré de su demasiada grande bondad. El toma la pequeña Marie a su cargo. No habrá pues necesidad que ustedes se priven, Simón y tú, por ayudarme. Guarden lo que ganen, mis buenos hijos. Yo he recibido más de 800 francos desde tu partida, mi pequeño Juan. Es demasiado para vosotros, queridos hijos; hay que poner la mira en vuestro futuro.

En cuanto a mí, yo he pagado todas mis pequeñas deudas que ni siquiera me eran cobradas pero que yo sabía que debía desde hace cinco años, desde el tiempo de tu pobre padre. He acabado de pagar al médico hace tres días con los 60 francos de gratificación que ustedes recibieron y que ustedes me habéis enviado todo en un paquete.

En cuanto a mi vida, me cuesta por decir así, nada, gracias a la bondad del señor Kersac que cada quince días me aporta provisiones para la quincena. El es muy bueno, mis hijos; orad por él para que el buen Dios le bendiga y le recompense por todo lo que hace por mí. Yo parto el lunes para Santa Ana; yo creo que allí estaré feliz. Es allá que habrá que escribirme.”

* * *

Cuando Simón y Juan recibieron esta carta, ellos estuvieron más felices todavía de lo que estaba su madre. Ellos bendijeron al señor Kersac, y en la misma tarde Juan le escribió una carta llena de agradecimiento y de afecto.

—Simón —le dice Juan—, una cosa que me viene de la carta de la mamá es que ella habla de 800 francos que ella ha recibido y de 60 francos de gratificación. ¿De qué gratificación habla ella? ¿Has recibido tú una del señor Métis?

Le dice Simón:

—¡Nada en absoluto! Ese no es su clase, tú sabes. El es muy bueno con nosotros; nos da permisos; nos permite, por ejemplo de ir a menudo las tardes a la casa del señor Amedee, Pero en cuanto a dar dinero, esa no es su costumbre.

Le dice Juan:

—¿Y los 800 francos? ¿Acaso hemos enviado tanto como eso?

Le dice Simón:

—No, ciertamente, no. Pero es fácil averiguar; yo lo tengo todo registrado.

Simón miró en su libro, hizo el total y halló 420 francos.

Le dice Simón:

—¡Esto es singular! Para empezar, ¿cómo podríamos nosotros haber enviado en dos años 800 francos, siendo que yo recibo 400 y tú 200 francos? Y nosotros tenemos que pagar por nuestro mantenimiento, nuestra lavandería, la ropa y los zapatos. . . ¡Yo no comprendo nada!

Le dice Juan:

—Yo creo que lo comprendo. Es nuestro buen señor Abel. ¡Tiene que ser él! Esto, por ejemplo es una bondad que sobrepasa lo que él ha hecho. Y pensar que ha enviado, como si fuera de nuestra parte y por pequeños montos para que uno no lo adivine. ¡Mi Dios, tiene que ser él! ¡Cuánto le amo! ¡Cuánto le bendigo! Y pensar que yo no puedo hacer nada para mostrarle mi agradecimiento. Yo ni siquiera puedo decirle como debiera; yo no me atrevería abrazarlo, besarle las manos. Lo que sea bueno, yo no me atrevería.

Le dice Simón:

—Lo que tú puedes hacer, amigo mío, es orar por él, más de lo que has hecho hasta aquí.

Le dice Juan:

—Lo haré de buen agrado, ¡pero esto es poca cosa!

* * *

En la mañana siguiente, cuando Juan sirvió su desayuno al señor Abel, éste le encontró con un aspecto todo confuso, y le dice:

—¿Qué hay, mi pequeño? Tú no tienes tu aspecto alegre y risueño hoy día. ¿Te ha ocurrido alguna contrariedad?

Le dice Juan:

—Al contrario, señor, y eso es lo que me afecta.

Le dice el señor Abel:

—¿Qué es lo que dices, pues? ¿Desde cuándo la felicidad afecta?

Le dice Juan:

—No es precisamente la felicidad que me afecta, señor; es el estar obligado a guardármela para mí solo.

Le dice el señor Abel:

—¿Y por qué la guardas, tonto? ¿Por qué no me lo dices?

Le dice Juan:

—¿Me lo permite, señor?

Le dice el señor Abel, riendo:

—¿Si yo lo permito? Tú sabes que nosotros somos un par de amigos y que nos decimos todos nuestros secretos.

Le dice Juan:

—Pero usted no, señor; usted no. Y la prueba es que mi secreto os concierne.

* * *

El señor Abel le mira con sorpresa, y Juan le dice:

—Sí, señor, es de usted que viene, y usted me lo ha ocultado. Y lo que me afecta es no poder decirle todo lo que yo siento por usted de afecto y de agradecimiento desde que sé cómo usted ha cuidado de mi mamá. Sí, sí, señor, usted no necesita mostrarse asombrado. Usted le ha enviado, como que venía de Simón y de mí, desde hace dos años y en sumas pequeñas más de quinientos francos. Todo se descubre, usted lo ve bien, señor, todo, excepto los sentimientos que repletan el corazón de aquellos a quienes ha obligado y que no saben cómo expresarlo.

El señor Abel sonrió y le tendió la mano a Juan, que la cubrió de besos y que recobró toda su alegría y su ánimo cuando el señor Abel le hubo asegurado que él comprendía sus sentimientos.

—Yo te aseguro, mi pequeño, que yo veo en tu corazón como en el mío. Y yo estoy muy contento de lo que veo.

Le dice Juan:

—Entonces, señor, yo no tengo necesidad de hablar porque usted adivina.

Le dice el señor Abel:

—No, no. Tus ojos hablan suficientemente claro. Una mirada de ti, y yo lo adivino todo. Pero yo tengo que hablar contigo, Juan: Mira que Simón se va a casar bien pronto; él ya no está solo, porque él va casi todas las tardes a la casa de la señorita Aimée. Yo estoy seguro que el padre va a hacer el matrimonio en la próxima primavera, a pocos meses de aquí.

Y añade:

—Una vez que Simón esté casado y establecido en casa de su suegro, a quien ayudará en su comercio, yo no quiero que tú te quedes aquí. Tus camaradas no son buenos; ellos buscarán llevarte al mal, y quizás tú no tengas la fuerza para resistir. Tú perderás tus costumbres cristianas, tus buenos sentimientos, lo que me causará mucha pena.

Le dice Juan:

—¡Oh, señor! ¿Qué puedo hacer para ahorrarle esta preocupación? En cuanto a la pena, yo espero con la ayuda del buen Dios, no darle jamás. Pero haga de mí lo que usted quiera, señor. Yo os obedeceré en todo.

* * *

El señor Abel le dice:

—Yo te agradezco, mi pequeño. Aquí tienes pues mi idea: Yo te retiraré de aquí y te daré trabajo como doméstico en casa de unos amigos míos, muy cristianos, muy buenos. El marido y la mujer son muy piadosos; sus hijos son bien criados y encantadores. Es una familia excelente, generosa aunque rica. Como doméstico tú serás segundo bajo las órdenes de un hombre excelente que no te hará dura la vida, y tu empleo principal será cuidar y distraer al pobre chico de diez años, que es un verdadero pequeño santo. El está acostado desde hace más de un año. El sufre sin cesar y jamás se queja de ello; él jamás se impacienta. El es realmente conmovedor y atractivo.

Le dice Juan:

—¡Gracias, señor, gracias! Mire que yo no digo nada más; yo sólo os miro. . .

* * *

El señor Abel se puso a reír, da un pequeño golpe amigable sobre la mejilla de Juan y se levanta de la mesa.

Le dice el señor Abel:

—Yo me voy a ocupar de ti; yo te daré la respuesta definitiva mañana.

Juan corrió para contarle a Simón lo que le había dicho el señor Abel, y Simón participó de la satisfacción de su hermano.

—Como yo debo dejar el café —dice él—, yo estoy contento que tú también salgas de allí y que nuestro buen señor Abel se encargue de encontrarte un empleo.

* * *

Cuando Simón a penas acabó de hablar, el Juancito entra en el café y fue directamente a Simón.

—Yo vengo para pedirte un favor, Simón —dijo con un tono fuertemente decidido—.

Le dice Simón:

—¿De qué se trata? ¿Qué quieres tú?

Le dice el Juancito:

—Yo te pido que me busques un trabajo. Decididamente yo dejo la tienda de abarrotes. Yo quiero meterme en una casa.

Le dice Simón:

—Yo conozco poca gente, y toda mi jornada está ocupada sirviendo a los que van y a los que vienen. Yo no tengo tiempo de buscarte un empleo.

Le dice el Juancito:

—Pídele al señor Metis que me tome.

Le dice Simón:

—El señor Metis busca a sus mozos él mismo. A él no le gusta que alguien se entrometa.

Le dice el Juancito:

—Tú eres muy amable. Te agradezco tu buena voluntad. . .

Simón no respondió.

* * *

Le dice el Juancito:

—Yo veo lo que hay; tú no me quieres recomendar.

Le dice Simón:

—Es posible. Yo no recomiendo sino a quienes yo conozco. Y a ti yo no te conozco; tú no vienes a vernos.

Le dice el Juancito:

—¿Es el canalla de Pontois que te ha hablado mal de mí?

Le dice Simón:

—Es posible. Y de la manera que hablas con tono burgués, él no se habría equivocado.

Le dice el Juancito:

—¿Qué te ha dicho él?

Le dice Simón:

—Yo no tengo necesidad de contártelo, y tú no tienes necesidad de saberlo.

Le dice el Juancito:

—Yo quiero saberlo, y tú me lo dirás.

Le dice Simón:

—Yo no te lo diré, y tú no lo sabrás.

Le dice el Juancito:

—¡Cuídate! Yo podría hacerte daño.

Le dice Simón:

—Haz lo que quieras, y véte.

Le dice el Juancito:

—Si alguna vez yo te encuentro en mi camino y yo pueda cerrarte el paso a ti y a tu Juan, yo no faltaré.

Le dice Simón, sumamente airado:

—¡Mal payaso! ¡Cuídate de tocar a Juan, que yo te haré apresar por la policía!

Le dice el Juancito:

—Yo no le tengo miedo, a tu policía. Por última vez yo te pido: ¿Quieres recomendarme para un puesto de doméstico?

Le dice Simón, enérgicamente:

—No, no. Yo ya te he dicho que no, y te repito que no, y véte.

El Juancito se retiró lentamente, y amenazando con el puño.

* * *

Juan le dice a Simón:

—Mi buen Simón, perdónale; él está fuera de sí. Yo estoy seguro que él ya lamenta el haberte hablado tan rudamente.

Le dice Simón:

—No, mi amigo. El no lo lamenta, y él no lamentará su mala conducta sino cuando será demasiado tarde. Pontois me ha hablado ya de él últimamente, y por lo que él me ha dicho, el Juancito es un caso perdido.

Le dice Juan:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre Juancito! Puede ser que metiéndolo en una buena casa bien piadosa y bien honesta, él se hará bueno.

Le dice Simón:

—Yo no lo creo, mi amigo. En todo caso, yo no puedo recomendarlo como un mozo honesto y ordenado.

Juan no dijo nada más, pero él concibió un proyecto.

XIX
EL SEÑOR ABEL LE CONSIGUE
UN EMPLEO AL JUANCITO

Al día siguiente Juan esperó con impaciencia al señor Abel. Cuando le vio, corrió a él y le dijo:

—Yo tengo que hablarle, señor, de una cosa muy importante; pero no diga nada al respecto. Es un secreto.

Le dice el señor Abel:

—¡Ah! Tú tienes un secreto. Yo seré mudo como la tumba; puedes decirme lo que quieras.

Le dice Juan:

—Bien, señor; usted ve que yo le miro. . . Y después yo corro a buscar su desayuno.

“Este buen muchacho”, se dice Abel sonriendo, “él nunca olvida el agradecimiento que cree deberme, y que de hecho me debe. Porque yo le he hecho bien, todo por darme el gusto y hacerle bien a mi alma. . .”

Juan volvió trayendo un bistec con papas, todo humeando, bien cocido a punto, un pequeño pan mollete y una botella de vino de primera selección.

Le dice Juan:

—Aquí está. ¡Coma, señor! Mientras usted desayuna, yo voy a contarle una cosa y le pediré un favor, un favor muy grande.

Le dice el señor Abel:

—Habla, amigo mío; yo te escucho.

* * *

Juan le contó lo que había ocurrido en la víspera y terminó por pedirle encarecidamente que le encontrara un empleo al Juancito.

El señor Abel le dice:

—Pero mi amigo, encuentro que el Juancito se ha comportado muy mal con Simón y que él no merece en absoluto mi interés ni el tuyo.

Le dice Juan:

—Querido señor Abel, piense pues que el señor Pontois lo va a despedir, y que este infeliz de Juancito morirá de hambre y de frío, porque el invierno se aproxima.

Le dice el señor Abel:

—Es verdad, pero, ¿cómo quieres que yo recomiende a este muchacho que yo no quisiera ni para mí mismo?

Le dice Juan:

—¡Oh, señor! Usted ha sido para Simón tan bueno, tan bueno, que si yo no temiera molestaros yo diría (esto yo pienso, por otro lado) que no hay un santo mejor que usted. ¿Y usted sería malo con Juancito? ¡Es imposible! Mi bien querido bienhechor, tenga misericordia de él, perdónele, sálvele.

Le dice el señor Abel:

—Escucha, mi pequeño: Por ti, por mi amistad contigo, yo haré lo que tú me pides, pero. . .

Le dice Juan, juntando sus manos:

—¡De veras! ¡Oh, señor! Yo no digo nada, pero vea lo que usted diga a mi corazón.

Le dice el señor Abel, sonriendo:

—Yo veo, y yo te agradezco, mi pequeño, pero escuchémonos. Para ubicarlo en un empleo, es necesario que yo sepa todo. Háblame muy francamente como a un amigo a quien tú no vas a engañar. Responde sólo a las preguntas que yo te hago. ¿Le crees tú honesto?

Le dice Juan, vacilando y bajando los ojos:

—No, señor.

Le dice Abel, sonriendo:

—Bien. Uno: ¿Le crees activo, laborioso?

Responde Juan:

—No, señor.

Le dice el señor Abel:

—Dos: ¿Le crees tú religioso?

Responde Juan:

—No, señor.

Le dice el señor Abel:

—Tres: ¿Le crees tú servicial, bondadoso?

Responde Juan:

—No, señor.

Le dice el señor Abel:

—Cuatro: ¿Le crees tú sincero, leal?

Le dice Juan:

—No, señor.

Le dice el señor Abel:

—¿Le crees buen camarada, con un carácter agradable?

Le dice Juan:

—No, señor.

Le dice el señor Abel:

—¿Le crees tú limpio, ordenado, inteligente?

Responde Juan:

—No, señor

* * *

El señor Abel se pone a reír de tan buen corazón, que el mismo Juan no pudo evitar reírse con él. Cuando el acceso de alegría se calmó. El señor Abel vuelve a decirle:

—Mi pobre pequeño, ¿qué quieres que yo haga con semejante elemento? No te asustes; yo he prometido ubicarlo en un empleo, y yo cumpliré mi palabra. Pero, ¿cómo lo voy a hacer? ¿A quién y cómo pedirle que tome a su servicio a un muchacho ladrón, mentiroso, irreligioso, perezoso, gruñón, desapacible, desatento, sucio, desordenado, bestia, y yo no sé qué más. ¡Costal de papel! ¡Qué tarea que me das! ¡Qué favor absurdo me pides! ¡Es bestia como todo! Yo no sé cómo abordarlo!

* * *

El señor Abel volvió a reírse de lo lindo. Juan empezó a inquietarse. El se daba cuenta de lo absurdo de su petición; él temía haber abusado de la bondad del señor Abel, y le dice con un aire suplicante:

—Perdóneme, no se resienta contra mí . Yo siento que os he pedido algo imposible; ¡pero este pobre Juancito me da tanta lástima! Mientras más malo es él, más yo le compadezco.

Le dice el señor Abel:

—Y tú tienes razón, mi pequeño. El malo es digno de conmiseración. No temas haberme causado descontento. Yo comprendo muy bien tu pensamiento. ¿Y quién sabe, pueda yo conducirlo a hacer el bien,

Le dice Juan:

—Si usted lo logra, el buen Dios le bendecirá.

* * *

El señor Abel le dice, sonriendo:

—¡Y cómo tú me mirarás! Es mejor que tú no me mires ahora. Tú entrarás en casa de mis amigos de Grignan. Allí hay el señor, la señora, la señorita y el pobre pequeño muy enfermo de quien te he hablado, un verdadero santo es él. Pregunta a Simón si él desea que tú entres allí. El es tu hermano mayor, el jefe de tu familia; es él quien ha de decidir de tu suerte. Y ahora que nuestros asuntos íntimos han terminado, yo voy a cumplir con los míos. . . y con los del señor Juancito, ladrón, mentiroso, etc. ¡Ah, ah,ah!

Y después de haber estrechado la mano de Juan, que besó la del señor Abel, él se escapa todavía riendo.

* * *

Juan le contó a su hermano lo que le había prometido el señor Abel para el Juancito, y lo que había arreglado para él mismo, para Juan, salvo la opinión de Simón.

Le dice Simón:

—En estas condiciones, y pues tú le has dicho todo al señor Abel, no hay inconveniente a que él ubique al Juancito en un empleo, lo cual será una verdadera hazaña. En cuanto a ti, hermano, yo quisiera que tu pudieras esperar a la fecha de mi matrimonio sea decidida, y a que el señor Metis tenga tiempo para encontrar dos buenos remplazos.

Le dice Juan:

—Como tú quieras, mi querido Simón. Yo soy muy feliz cerca de ti como no lo sería con nadie más. Así nosotros seguiremos juntos, y yo estaré satisfecho.

* * *

Cuando Abel entró a su taller, él encontró allí a su amigo que continuaremos llamando Caín. Y el aire risueño de Abel llamó la atención de su amigo.

Le dice Caín:

—¿Qué has visto tan alegre hoy día? Se podría decir que tú retienes una explosión de risa.

Le dice Abel:

—¡Ah, ah, ah! Tú lo adivinas justamente. Yo he reído en el café, he reído en el camino, yo río todavía, y yo reiré todas las veces que piense en ello. Figúrate, cediendo a la solicitud de mi pequeño amigo Juan, me he comprometido. . . sí, me he comprometido, a ubicar como doméstico a un muchacho ladrón, mentiroso, sucio, perezoso, desapacible, insolente, etc. etc.

Caín le dice, riéndose:

—Todas las cualidades juntas en este que veo, este doméstico ladrón, mentiroso, etc. ¿Quién es él? ¿Cómo se llama?

Le dice Abel:

—Juancito, el Juancito que me es tan antipático.

Le dice Caín:

—¿Y a quien le destinás este tesoro?

Le dice Abel:

—¡Por mi madre! No sé nada. Es necesario que tú me ayudes a cumplir mi palabra.

Le dice Caín:

—¡Con mucho gusto! Así como tú, a mí me gusta lo bizarro. Y yo no veo nada más original que interesarse por un Juancito.

Le dice Abel:

—Bien, yo me meto a trabajar, y mientras me observas cuando pinto, tú tratarás de encontrar una idea, y una buena. Apresúrate porque yo se la daré mañana a mi pequeño Juan.

Le dice Caín:

—Yo creo que tú no esperarás largo tiempo. Yo tengo en mente un cojudo que servirá para nuestro affaire.

* * *

A la mañana siguiente Abel llegó al café con prisa.

—Juan —dice—, rápido mi desayuno, para que te cuente lo que he hecho.

Juan se apresuró a traer el desayuno y se quedó de pie ante el señor Abel, esperando con impaciencia a que hablara. El no esperó largo rato.

Le dice el señor Abel:

—Y bien, mi amigo, ¡yo tengo una ubicación para el Juancito!

Le dice Juan:

—¿Ya, señor? —Y sus ojos brillaron como carbunclos—.

Le dice Juan:

—¡Ya! ¡Qué bueno es usted!

Abel le mira y sonrío. Y le dice:

—Bien, bien, yo comprendo; es una ubicación muy buena, de gente muy rica que pagan bien y que no son malos. El Juancito estará bien alimentado, bien vestido, bien pagado. Tú ves que estará bien.

Le dice Juan:

—Pero señor, ¿será bien tratado?

Le responde:

—¡Por mi madre! Yo no sé nada; eso dependerá de él.

Le pregunta Juan:

—Señor, ¿es una casa como aquella a donde me hará entrar?

Le dice el señor Abel:

—¡Pucha! No. ¡Tú no! ¡Tú, jamás! Mejor yo te enviaría a tu aldea.

Le dice Juan:

—Pero entonces, señor, ¿el Juancito allí estará muy mal?

Le dice el señor Abel:

—El Juancito estará muy bien allí. El Juancito es un payaso, ladrón, mentiroso, etc. Y una casa honesta y tranquila no le iría bien; él no se quedaría allí dos días. A ti, mi pequeño, te ubico en una casa excelente, con buenos jefes, bien caritativos, que saben que todos los hombres son hermanos y que les tratan como hermanos. Tú estarás bajo las órdenes de un servidor de cámara que es un verdadero modelo. Y a propósito de tu posición, ¿qué te ha dicho Simón?

Le dice Juan:

—El desea, señor, que yo dé al señor Metis suficiente tiempo para remplazarme.

Le dice el señor Abel:

—¡Muy bien; nada más justo! Yo quiero hablarle al señor Metis. ¿Le encontraré en su casa al salir de aquí?

Le dice Juan:

—Sí, señor. El jamás sale antes del medio día.

* * *

El señor Abel acabó su desayuno y subió a la casa del dueño del café. El descendió al cabo de un cuarto de hora.

Dice el señor Abel:

—Juan, yo vendré a recogerte mañana para llevarte a la casa de tus futuros jefes. Vístete de manera apropiada.

Le dice Juan:

—Sí, señor; yo estaré listo.

Cuando Abel partió, Juan, siempre tan alegre se sentó tristemente sobre una de las sillas que rodeaban las mesas. Simón entró, y al verle serio e inmóvil, se aproximó a él.

Le dice Simón:

—¿Acaso sufres, mi amigo? ¡Cómo estás triste!

Le dice Abel:

—El señor Abel ha de llevarme mañana a la casa de mis futuros jefes, Simón, y yo no estaré más contigo.

Le dice Simón:

—Pero tú me verás a menudo, mi amigo, sobre todo cuando yo me haya casado. Mi nuevo negocio me dará mucha libertad.

Juan le apretó la mano, intentó recobrar su alegría, y terminó por lograrlo.

* * *

El señor Abel había estado en la tienda del abarrotero al salir del café. El encontró al Juancito solo en la tienda, chupando azúcar candi.

Le dice el señor Abel:

—¡Ven aquí, payaso! A causa de la solicitud de Juan yo te he encontrado una ubicación, una buena ubicación, mucho mejor de lo que tú ameritas. Tú irás mañana a medio día a la calle de Pethière N° 28. Tú subirás al primer piso y preguntarás por el señor Boissec, el dueño del hotel del señor el Conde de Pufières, y le dirás que vienes de parte del señor Caín. Allí te explicarán el resto.

Le dice el Juancito:

—Muchas gracias, señor. Yo estoy muy agradecido.

Le dice el señor Abel:

—Está bien, está bien. Por otro lado, lo que hago, no es por ti, es por Juan. Anda a buscarme a Pontois.

El Juancito, humildemente le dice:

—Sí, señor. Yo agradezco mucho, señor. Yo no soy como el señor cree. Simón y Juan sin duda me han hecho quedar mal en el espíritu del señor. . .

Le dice el señor Abel, muy airado:

—¡Cállate! Una palabra de más y yo te tumbo.

El Juancito se apresuró a salir.

* * *

“¡Miserable! ¡Ingrato! —dice Abel hablando consigo mismo—. ¡En el momento en que Juan le hace un favor que ningún otro le hubiera hecho, él osa acusarlo de calumnia! Si no fuera por mi promesa a Juan, yo iría a anular lo que ha hecho Caín. ¡Qué canalla! ¡Qué cretino!”

Pontois entró y reconoció al señor Abel, “el cantante”.

Pontois le dice con insolencia:

—¡Es usted el señor cantante! ¿Qué quiere usted?

Le dice el señor Abel, secamente:

—Yo quiero hablarle, señor abarrotero respecto del muchacho que se llama Juancito. Usted no lo quiere, y él no le quiere a usted; y yo vengo a librarle de él. Envíele mañana a donde le he dicho que vaya. Se necesita que vaya; ¿entiende usted? El os deberá una indemnización por los ocho días que usted tiene el derecho de pedirle; aquí la tiene.

El lanzó sobre el mostrador una pieza de veinte francos y salió, dejando a Pontois estupefacto.

“¿Quién es pues este señor? ¡Se diría que es un príncipe! ¡Qué aire! ¡Qué altura! ¡Y cómo ha lanzado esta pieza de oro, como uno haría con un céntimo. El me libra del Juancito que es un payaso malvado, y encima me paga. ¡Buen negocio para mí! Pero, ¿quién es pues el señor Abel?

El recogió la pieza de oro, la metió en el bolsillo de su chaleco, llamó un mozo y subió a su altillo.

XX JUAN Y EL PEQUEÑO ROGER

El señor Abel vino a desayunar al café. Como de costumbre Juan le sonrió, pero esta sonrisa era triste. El le miró, pero sus ojos estaban húmedos.

Le dice el señor Abel:

—¡Coraje, mi pequeño! Yo veo bien lo que te aflige: Es el dejar a tu hermano. Pero tú sigues cerca de él; tú le verás frecuentemente. Además ha sido bueno dejarlo un poco más tarde, cuando él mismo, estando casado, habrá asumido el negocio de su suegro.

Le dice Juan:

—Es verdad, señor; yo me he dicho todo eso muchas veces. Pero. . . ¡cuánto amo a Simón! El es mi hermano, y él ha sido tan bueno conmigo. Yo le veré, pero no será lo mismo, señor. ¡Y usted! Sin duda yo le veré a usted también, pero no todos los días, no regularmente como os veía aquí. Yo podía deciros todo aquí, confiaros todas mis alegrías, todas mis penas, y amaros a gusto.

Le dice el señor Abel:

—¡Pobre chico! Entonces, ¿tú me amas mucho?

Le dice Juan:

—¡Si yo os amo! ¡Si yo os amo! Como a un papá, como a un benefactor.

* * *

Juan no dijo nada más. El señor Abel acabó su desayuno en silencio. El se levantó, buscó a Simón con la mirada. Y le dijo a Juan:

—Tráeme a Simón, mi pequeño; tengo algo que decirle.

Juan lo llevó de inmediato.

—Simón —le dice—. Yo he visto ayer al señor Amedée. Yo me he informado de él que tu matrimonio tendría lugar hacia la Cuaresma, y mientras se espera, tú irás a su casa para ponerte al corriente de su negocio. El te aloja y te recibe en su casa desde mañana. El señor Métis consiente con esta partida brusca. Yo te enviaré a Juan dentro de una hora. Hasta la vista, Simón. Y tú, Juan, ven conmigo y ten valor. Tú estarás contento en la casa de la señora de Grignan.

Le dice Juan:

—No lo dudo, señor. No es eso lo que me preocupa, sino lo que usted decía en el café, señor.

Le dice el señor Abel:

—Sí, mi amigo; yo lo sé bien. Pero ve bien si esto no es lo mismo para todos, en todo lugar y siempre. Uno se separa sin cesar de quienes ama.

* * *

Tras caminar y conversar, llegaron ante un bello hotel de la Avenida Gabriel.

Dice el señor Abel:

—Allá está tu casa, mi amigo. Subamos; yo te presentaré a tus señores.

El señor Abel subió seguido de Juan, entró en un primer salón, después en un segundo donde se encontraba la señora de la casa. Ella estaba en su oficina, y escribía.

—¿Usted está aquí, mi querido Abel —dice ella, levantándose—. Y este joven es sin duda vuestro amigo Juan. Usted ve, Juan, que nosotros le conocemos. Usted tiene el aspecto asustado, mi pobre muchacho. El señor Abel debió haberle dicho, sin embargo, que nosotros buscaremos hacerle feliz.

Dice Juan:

—El señor Abel me ha dicho, señora, que usted es muy buena; que todos vosotros sois muy buenos, y que usted tiene un pobre niño muy enfermo que es un pequeño santo.

La señora Grignan le extendió la mano a Abel y dijo:

—Gracias, mi amigo, por haber hablado así de mi pobre Roger. El tiene muchas ganas de conocerle, Juan. El señor Abel le ha hablado de usted.

Le dice Juan:

—Yo también, señora, yo estaré muy feliz de verlo.

La señora de Grignan les dice:

—Pues bien, síganme. Venga también Abel. Roger está siempre tan dichoso cuando os ve.

* * *

La señora de Grignan abrió la puerta del fondo y les hizo entrar en un cuarto donde se encontraba Roger, acostado en su cama. Su pobre carita estaba pálida y enflaquecida. Sus manos y sus brazos no tenían más que la piel y los huesos. El tenía mucha dificultad para voltear su cabeza sobre la almohada; tanto estaba debilitado por el sufrimiento.

Cuando él les vio entrar, una sonrisa dulce y amable animó un instante este rostro sufriente.

—Mi querido señor Abel —dijo con voz débil—, ¡que bueno es usted de venir a verme!

Le dice Abel:

—¿Cómo te encuentras, mi pequeño?

Le dice Roger:

—Yo sufro mucho desde ayer; pero no me compadezca. Yo sufro por el buen Dios; yo le ofrezco todo, y él me ayuda.

* * *

Juan, asombrado y enternecido, tenía sus ojos llenos de lágrimas. Roger se dio cuenta de su presencia y le mira con atención. Y pregunta:

—¿Quién es este joven? El tiene un aspecto bueno.

Le dice Abel:

—Es mi amigo Juan, de quien te he hablado, mi pequeño Roger; en efecto, él es muy bueno.

Roger pregunta:

—¿El ama al buen Dios?

Abel le dice:

—Mucho, amigo mío. Sin eso, él no sería bueno.

Roger dice:

—Es verdad, Juan. Yo quisiera verte de más cerca.

* * *

Juan se aproxima y se pone de rodillas junto a la cama del pobre pequeño enfermo.

Le dice Roger:

—Yo estoy contento de verte, Juan. Yo siento que te amaré, y que tú eres un hijo del buen Dios, como yo.

Juan le besa la mano y no pudo contener una lágrima. El permaneció de rodillas junto a la cama y le miraba.

Le dice Roger:

—¿Es por mí que estás triste, Juan? Yo no soy desdichado. Yo sé que voy a morir, pero morir no es una desdicha. ¡Yo sufro tanto! ¡Y desde hace tanto tiempo! Yo estaré cerca del buen Dios, cerca de la buena santa Virgen. Mi papá, mi mamá y mi hermana me seguirán, y tú también Juan. Desde ya yo te amo un poco. . . ¡Oh mi buen Dios! ¡Yo sufro! ¡Tanto mejor, mi Dios; es por ti! Yo sufro; dame valor, mi Dios. ¡Ayúdame. . . oh! ¡Mi Dios!

Su cabeza recayó sobre la almohada. Gemidos contenidos se escapan de su pecho. Un sudor frío inundó su cara.

El señor y la señora de Grignan tomaron el lugar de Juan y de Abel. Ellos le secaron el sudor que chorreaba sobre su cara y sobre su cuello, y le hicieron respirar vinagre.

* * *

Cuando la crisis se calmó, Roger pareció inquieto.

—Mamá —dice con una voz apagada— yo temo de haberme quejado con mucha intensidad. ¿Creen ustedes que yo haya ofendido al buen Dios?

Le dice la señora de Grignan:

—No, mi hijo, mi querido hijo. Tú has aceptado todo con la resignación de un buen pequeño cristiano. Quédate muy tranquilo; descansa.

El pequeño Roger besó un crucifijo que él tenía en su cuello, y le dijo a su mamá:

—Yo estoy muy fatigado, mamá. Dile a Juan que vuelva mañana. El me cuidará un poco; eso os dará descanso.

Y añadió:

—Adiós, Juan; ora al buen Dios por mí. Mi buen señor Abel, quédese junto a mí para dejar que mi mamá descanse. Usted se quedará con mi papá y conversaréis delante de mí. ¡Tanto amo escucharos cuando conversan!

Le dice el señor Abel:

—Yo me quedaré a tu lado, mi pequeño.

Y le dice a la señora Grignan:

—Querida señora, ¿quisiera usted presentar mi amigo Juan a Barcuss, vuestro jefe del hotel? Yo le pongo en sus manos.

Le dice a Juan:

—Vé, mi pobre Juan. Barcuss te pondrá al corriente del trabajo que vas a hacer. Hasta mañana, en el café, por la última vez.

* * *

Antes de salir, Juan besó la pequeña mano desencarnada del pobre niño que tanto le había impresionado y enternecido.

Roger le sonrió, pero no tuvo la fuerza ni para hablar y para moverse.

La señora de Grignan lo conduce. Cuando estuvo en el salón ella se derritió en lágrimas. Juan la miraba llorar con tristeza, pero sin osar hablar.

Le dice la señora de Grignan:

—Mi pobre Juan, tú entras en una casa de dolor.

Le dice Juan:

—¡Oh señora, esta es una casa de bendición para mí!

La señora de Grignan tenía sus manos sobre sus ojos. Ella lloraba. Después se levantó y le dijo:

—Ven, Juan, yo voy a llevarte a nuestro buen Barcuss; una persona excelente es él.

Ella llamó a Barcuss y le presentó a Juan.

* * *

Le dice la señora de Grignan:

—Pon a este buen muchacho un poco al corriente de la vida que él llevará entre nosotros, Barcuss. El es bueno y piadoso, porque él ha llorado junto a la cama de nuestro pequeño niño, y él ha orado cerca de él.

Barcuss apretó la mano de Juan y lo llevó, diciéndole:

—El señor Abel me ha hablado mucho y frecuentemente de usted, Juan. ¿Qué sabe hacer usted?

Le dice Juan:

—Yo no sé nada de todo, señor; jamás he estado en otro lugar que en un café.

Le dice Barcuss, sonriendo:

—¡Eh, eso ya es algo! Y en todo caso usted es modesto, lo que es una buena disposición para aprender de todo y a hacer todo bien.

Le dice Juan:

—Yo os agradezco, señor, del ánimo que usted me da. Yo os obedeceré en todo, señor, y yo me esforzaré para hacer bien lo que usted me haya mandado.

Le dice Barcuss:

—Bien, mi amigo, ¡muy bien! Y dígame, ¿va usted exactamente a la misa?

Le dice Juan:

—En el café, señor, yo no podía asistir sino el domingo temprano en la mañana. Además, Simón y yo vamos en la víspera, cada uno en nuestro turno.

Le dice Barcuss:

—¿Y hacen ustedes sus oraciones mañana y tarde?

Le dice Juan:

—¡Oh, señor! ¡Cómo podría haber faltado a eso! Simón y yo oramos siempre juntos, uno al lado del otro. Después Simón me bendice en nombre de mamá, y yo lo abrazo. Así es siempre el comienzo y el final de nuestras jornadas.

Le dice Barcuss:

—¿Quién es Simón?

Le dice Juan:

—Es mi hermano mayor, señor. ¡Un hermano muy bueno! Y el señor Abel ha sido muy bueno con él. Es él quien ha arreglado su matrimonio, que le ha hecho una fortuna.

Le dice Barcuss:

—¿Usted ama al señor Abel?

Le dice Juan:

—¡Si yo le amo, señor!

Y los ojos de Juan brillaron.

* * *

Le dice Juan:

—Yo le amo con todas las fuerzas de mi corazón; ¡yo me haría matar por él! Y el día cuando yo podría verter mi sangre por rendirle servicio será el más feliz de mi vida. ¡Si yo le amo. . ! Pero si usted supiera todas sus bondades por mí y por Simón; si usted supiera lo que él ha hecho por nosotros, usted no me preguntaría si le amo. ¿Y creería usted, señor, que este buen señor Abel tiene amistad conmigo? Sí, señor; yo un pobre muchacho que no soy bueno para nada; que no puedo y no podré jamás hacer nada por él. El me ama, señor, sí, él me ama y tiene la bondad de amarme. Bueno, excelente señor Abel. ¡Si yo podría al menos hacerle comprender lo que tengo para él en el corazón! Pero yo no puedo; yo no encuentro las palabras que eso requiere. Por eso no me atrevo.

Barcuss estaba cada vez más contento de lo que le decía Juan.

Cuando Juan partió, Barcuss fue a contarle a la señora de Grignan todas las palabras que le había dicho el protegido del señor Abel. Ella fue conmovida por esto y las refirió a su turno a Abel.

Le dice Abel:

—Al darlo a usted, querida dama, yo sabía el tesoro que yo os entregaba. Si yo no lo hube hecho entrar a vuestra casa, nadie aparte de mí lo hubiera hecho. Estas son de esas almas de élite que uno guarda cuidadosamente cuando Dios los pone en vuestro camino. Barcuss y él son dignos de entenderse.

Le dice la señora de Grignan:

—Ellos se entienden ya como viejos amigos. Barcuss está encantado. El os espera en el pasaje para agradecerlos.

* * *

En efecto cuando partió el señor Abel al final de la jornada para volver a su casa, Barcuss le acechaba en el pasaje y le dice:

—Señor, yo jamás os agradeceré lo suficiente por el regalo que usted ha hecho a nuestra casa. Este Juan me parece ser un verdadero tesoro. ¡Y cómo os ama él! Si usted hubiera visto sus ojos cuando él me hablaba de usted y de todo lo que él os debe! ¡Qué ojos! ¡Y qué intensidad en su agradecimiento! Pobre muchacho; él sufre por no poder decirnos como lo quisiera.

Le dice Abel:

—Yo estoy muy contento, mi buen Barcuss, de habérselo dado y de haberlo puesto en vuestra guardia. Con usted, modelado por los Bascos, él acabará por convertirse en un santo y un servidor como uno no ve mucho, como uno no ve.

* * *

Abel partió riéndose. “Mañana”, se decía, “mi pobre Juan ya no será ‘el Juan que ríe’. El deja a su hermano, a sus clientes. Yo también, yo le faltaré. Esto no será lo mismo, como él lo dice con mucha razón. Y yo también, yo estoy un poco triste de perder esta buena hora del desayuno. Es singular cómo yo amo a este bravo muchacho; yo me he apegado a él poco a poco. Yo lamento de no habérmelo guardado para mí. Pero no, mi excelente amigo me lo ha pedido para Roger. Una lamentación misma sería egoísta y culpable. ¡Pobre pequeño Roger! ¡Qué niño santo! ¡A diez años tener el valor, la paciencia, el fervor de un mártir. ¡Verdadera bendición del buen Dios! ¡Y los padres la merecen!”

* * *

A la mañana, cuando Abel llegó al café, encontró a Simón y a Juan que le esperaban. Ellos se apresuraron a servirle por última vez. Simón tenía un aspecto feliz por la suerte que le había dado su excelente benefactor. El pobre Juan tenía la cara de un condenado a la muerte. Sea que contemplara al señor Abel, sea que él considerara a Simón, él estaba igualmente afligido.

Abel tenía el aspecto grave, casi triste.

El desayuno no fue largo.

—Adiós, mis buenos amigos —dijo Abel al levantarse—; yo os volveré a ver. Tú, Simón, yo seré uno de tus testigos para tu matrimonio. Yo te doy por adelantado mi presente de nupcias; ello te ayudará a hacer la cesta de Aimée.

El puso un portafolio en sus manos.

—Y tú, mi pequeño —añade volviéndose hacia Juan y tomándole de las manos—, yo no te digo adiós. Yo te volveré a ver hoy mismo. Hasta la vista, pues, mi amigo; hasta la vista; y cuida bien de mi pequeño Roger porque en parte es él la razón por que tú entras a trabajar en la casa del señor y de la señora de Grignan.

El le apretó las manos. Juan le respondió besando las manos del señor Abel, que saludó con gesto y sonrisa y salió.

XXI
LA SEPARACION
DE LOS DOS HERMANOS

Simón y Juan subieron por última vez a su cuarto. Cada uno de ellos hizo su modesto y muy pequeño paquete.

Simón abrió el portafolio que le había dado el señor Abel, y encontró por dos mil francos las acciones del Ferrocarril del Este, un billete de mil francos, más el anillo de bodas y la medalla que Simón debía, según la costumbre, dar a su mujer.

—¡Es posible! ¡Qué bondad! ¡Qué generosidad! —grita Simón—.

Le dice Juan:

—Yo te voy a acompañar hasta tu casa, Simón.

Le dice Simón:

—Ciertamente, mi amigo, tú me ayudarás a arreglarme. Eso no será muy largo, yo pienso.

—No, pero estaremos juntos lo más que podamos.

Los dos hermanos dijeron adiós al señor Metis, que les dio a cada uno una gratificación de veinte francos. E inmediatamente se despidieron de sus camaradas que les vieron partir con mucha pena.

* * *

Al llegar a la casa del señor Amedée fueron recibidos con grande gozo.

—Sólo, mi amigo —le dice la señora Amedée—, usted debió habernos prevenido respecto de los muebles. Yo no sabía que usted hubiese comprado, y yo he metido en vuestro cuarto los que yo tenía, no tan hermosos, pero que pueden servir. Ha sido necesario que yo saque mis vejestorios para ubicar vuestro hermoso mobiliario. Los tapiceros han trabajado allí desde que comenzó el día: Cortinas, alcobas; ellos han puesto todo en unas cuantas horas. ¡De veras que vuestros muebles son encantadores! ¡Qué bien están! La futura cámara de Aimée está también muy elegante; yo no le he hecho más reproches.

Simón estaba estupefacto. La sorpresa le impidió interrumpir a su futura suegra.

* * *

—¡Mis muebles! ¡El dormitorio de Aimée! —dijo finalmente—. ¡Pero yo no he comprado nada! Yo no sé lo que esto quiere decir.

Le dice Juan:

—¡Cómo, Simón! ¿Tú no adivinas? Mi corazón me dice a mí que es el señor Abel, ¡siempre el señor Abel! ¡Vamos a ver rápidamente lo que hay allí en tus dos cuartos. Yo estoy contento por ti y por Aimée.

Ellos subieron al primer piso encima de la tienda.

Simón y Juan encontraron, en efecto, un mobiliario completo en cada cuarto. Los muebles estaban hechos en *acajou* y tela persa de lana, simples y hermosos.

En el cuarto de Simón había una pequeña biblioteca con una veintena de volúmenes encuadernados, bien escogidos y todos interesantes y útiles.

* * *

Le dice la señora Amedée:

—Han metido el armario y la ropa de cama en el cuarto de Aimée, porque es ella la que debe cuidar y servirse de ella. Y en cuanto a la maleta con vuestros efectos, Simón, yo no la he abierto. He pensado que le gustará más ordenarlos usted mismo.

Dice Simón:

—¡Mi maleta! ¡Mis efectos! Pero yo no tengo maleta, y mis efectos están en la talega que he traído.

Le dice Juan:

—¡De nuevo el señor Abel, nuestra cara providencia!

Juan corrió a la maleta, la abrió y la encontró llena de ropa de cama, trajes, zapatos, todo lo que pudiese necesitar Simón en su condición de pequeño comerciante logrado, pero todavía trabajando.

Por lo que concierne a él, Simón sintió que sus ojos se humedecían por las lágrimas.

—¡Es demasiado —dijo—; esto es demasiado bueno! Y mira lo que contiene —añadió al mostrarle el portafolio—. Mira lo que me ha dado. Antes de él yo no tenía nada; yo le enviaba a mi madre todo lo que ganaba. Y este billete de mil francos, “tómalo como un regalo de nupcias para Aimée; compra lo que creas que le sea útil y agradable”.

* * *

El señor y la señora Amedée estaban encantados. A ellos les importaba poco de dónde venían estas riquezas, con tal que su hija los aprovechara. Ellos se apresuraron a descender para informarle a Aimée de las generosidades del señor Abel. Y los ojos de la señorita Aimée brillaban de felicidad.

Dijo la señora Amedée:

—Con un protector como éste, tú no tendrás necesidad de preocuparte del futuro de tus hijos.

Dijo Aimée:

—Yo espero, mamá, que Simón no tendrá jamás necesidad de recurrir a la generosidad de su benefactor después de todo lo que le ha dado.

Le dice la señora Amedée:

—Yo no digo que tú pidas jamás nada al señor Abel. Yo sólo quiero decir que su generosidad todo lo prevé y piensa en todo.

Aimée no estaba contenta con la explicación de su madre, pero no dijo nada. ¡Se trataba de su madre!

* * *

Simón y Juan, se quedaron solos, se abrazaron tiernamente y largo rato. Los dos tenían lágrimas en los ojos. Su silencio expresaba mejor que las palabras su alegría y su agradecimiento.

Le dice Juan después de algunos momentos de silencio:

—Ordenemos tus cosas; y después yo te dejaré para ir también a mi nueva morada. ¡Qué lástima! Mi buen y querido hermano, esa es la pena: Cada uno por su lado. Nosotros no estaremos más juntos. Siempre, siempre estaremos separados en el porvenir.

—Pero no separados de corazón, mi querido Juan. Estos dos años que hemos pasado juntos, tan estrechamente unidos son los momentos buenos de nuestra vida. Ellos nos dejarán un recuerdo encantador y feliz que nuestro pobre cuarto del quinto piso donde nos faltaba todo pero teníamos todo lo que hace la felicidad: Una conciencia tranquila y nuestra ternura fraternal. Siempre tuvimos eso, estos dos ingredientes de la felicidad. Nosotros nos veremos menos, es cierto, pero nos amaremos cada vez que pensemos el uno en el otro. Y ahora, metámonos a la obra.

* * *

Juan abrazó una vez más a Simón, y con él comenzó a poner todo en la cómoda y en el armario, y a colgar los trajes en los colgadores.

Al fondo de la caja, Simón encontró un crucifijo y una pequeña estatua de la santa Virgen, y después un pequeño paquete. El lo abrió y encontró en él dos hermosos libros: *Los Evangelios* y *La Imitación de Cristo*, y luego una pequeña caja que contenía un hermoso reloj de hombre con su cadena de oro.

Le dice Juan:

—¡Mas todavía! ¡Tú ves cuánto nos ama! ¿Será posible que haya un hombre mejor que nuestro amado señor Abel? ¡No lo creo; no, es imposible!

La maleta había sido vaciada. Simón se encontró provisto de todo para muchos años, incluso zapatos y objetos de arreglo personal; nada había sido olvidado.

* * *

Comenzaba a hacerse tarde. Era tiempo de que Juan fuera a la casa de sus nuevos señores. Los dos hermanos se abrazaron repetidas veces. Juan descendió por la escalera con la vista un poco afectada por las lágrimas que llenaban sus ojos, a pesar de sus esfuerzos. Y Simón quedó dividido entre la pena de dejar a su hermano y la felicidad de su situación actual y del porvenir.

Los hermanos se separaron al pie de la escalera. Juan salió y Simón entró en la tienda donde encontró a Aimée, a quien aun no había visto, y cuya simpatía y afecto disiparon rápidamente la nube de tristeza que le había dejado la partida de Juan.

* * *

Juan caminó rápidamente y buscaba distraerse. Al pasar por la tienda de abarrotes de Pontois se tropezó con el Juancito, que salía de allí.

Le dice Juan:

—¡Ah! ¿Dónde vas tan apresuradamente, Juancito?

Le dice el Juancito:

—Yo voy a entrar a trabajar en la casa del señor Conde de Pufières, un famoso lugar, vaya. Son personas muy ricas. Yo tengo 400 francos de sueldo para empezar. Estaré vestido como un príncipe, alimentado como un rey. ¡Casi nada que hacer, y además, beneficios!

Le dice Juan:

—¿Qué beneficios puedes tú tener?

Le dice el Juancito:

—El señor Boissec, el intendente, me los ha explicado. Yo los tendré si me conduzco bien. Yo te diré eso cuando esté allí y sepa bien de qué se trata. Y tú, ¿a dónde vas tan bien vestido?

Le dice Juan:

—Yo también entro en una casa donde me ha ubicado nuestro querido señor benefactor, el señor Abel.

Le dice el Juancito:

—¿Y qué clase de casa es?

Le dice Juan:

—Son personas excelentes. Hay un pobre niño pequeño de diez años que está bien enfermo. Es un verdadero angelito. Y sus pobres padres, tan resignados y tan tristes, pero piadosos. Una pena tan dulce, tan buena. . .

Le dice el Juancito, con un aire burlón:

—¡Eso será divertido! ¡Un bello presente que te ha dado tu querido benefactor!

Le dice Juan:

—Sí, es un bello presente, y se requirió que él me ame mucho para haberme encontrado digno de entrar en esta casa. ¡Pobre Juancito, tú no comprendes esto!

Le dice el Juancito:

—¡Déjate de tu piedad! ¡De tus “pobre Juancito”! Me aburren finalmente. Mientras que tú gimas, que tú ores como un imbécil, yo me divertiré como un rey; yo comeré, beberé y dormiré.

Le dice Juan:

—¿Y después?

Le dice el Juancito:

—¿Después? Pues bien, después, ¡yo comenzaré de nuevo!

Le dice Juan:

—¿Y después?

Le dice el Juancito:

—Después. . . después. . . ¡Yo continuaré!

Le dice Juan:

—¿Y después?

Le dice el Juancito:

—¡Ah! ¡Déjame tranquilo con tus “y después”!

Le dice Juan:

—Es que después tú morirás, Juancito. Y cuando hayas muerto habrá un después y un siempre.

El Juancito le lanzó a Juan una mirada de cólera y de desprecio y pasó al otro costado de la calle para no caminar a su lado. En la esquina de la calle Castiglione, el

Juancito dio la vuelta a la derecha y Juan continuó directamente y le dio un último adiós a “su pobre Juancito” que se creía muy feliz y no se dignaba responder ni volver la cabeza. “¡Qué lástima que haya dejado la aldea!” se dijo. ¡París lo ha echado a perder!”

* * *

Juan llegó a la casa del señor y de la señora de Grignan, y fue Barcuss que le recibió.

—¡Ah!, ¡Aquí estás, pues, mi amigo! Yo estoy muy contento de tenerte con nosotros, y vamos a meternos a la obra enseguida. El señor Abel va a cenar aquí. Tú vas a enjuagar los platos y los vasos mientras que yo preparo el postre y el vino.

Le dice Juan:

—¿Cómo le va a este pobre pequeño señor Roger? ¿Ha pasado una buena noche?

Le dice Barcuss:

—No. Ha sido mala como todas las que él pasa desde hace quince meses. El sufre constantemente; él no tiene sueño, el pobre pequeño. El padre y la madre están sobre los dientes.

* * *

Se hizo escuchar un toque de campanilla, y le dice Barcuss:

—Anda, Juan, anda allá; mi cesta de frutas va a venirse abajo si la abandono.

Juan corrió al salón y encontró allí a la señora de Grignan.

—¿Eres tú, Juan? Yo tocaba justamente para saber si tú has llegado. Mi pobre Roger pide tu presencia. El desea mucho verte. El que no pide jamás nada y parece no desear nada, ha pedido que te envíe a su cuarto tan pronto como llegues. ¡Vé allí, mi amigo!

—Sí, señora. ¿La señora quiere permitirme prevenir de esto al señor Barcuss?

—Sí, Juan, vé; es muy bueno que tú seas deferente por el señor Barcuss.

* * *

Juan vuelve un instante después y entra en el cuarto de Roger.

El ruido ligero que hizo la puerta llamó la atención del pequeño enfermo. El abrió los ojos. Una media sonrisa y un ligero rubor vinieron para animar su rostro. El hizo señal a Juan para que se aproximara y le extendió la mano. Juan la tomó dulcemente, posó sobre ella sus labios y miró la cara tan sufriende, tan contraída del pobre niño.

Roger examinó a Juan de su lado; y sonrió ligeramente.

—¿Tú tienes compasión de mí, Juan? Tú no quieres creer que yo no soy desdichado. . . Yo sufro, es verdad. Yo sufro mucho, pero el buen Jesús me da la fuerza para sufrir. . . Y tú, que eres piadoso, tú debes saber que mientras más uno sufre, más es feliz en el otro mundo. . . Yo moriré muy pronto y yo estaré muy, muy feliz con el buen Dios. Yo oraré por ti, Juan, cuando yo esté allá arriba.

* * *

Roger se calló y cerró los ojos. El no pudo más hablar. Tan grande era su debilidad y agudo su sufrimiento. Juan quiso levantarse, pero Roger sonrió ligeramente sin abrir los ojos y retuvo la mano que tenía.

—Oremos —dijo con voz muy baja—.

Le dice Juan:

—¡Oh, sí! Oremos porque el buen Dios os devuelva la salud.

Le dice Roger:

—¡No! Oremos porque su voluntad sea hecha, y que él haga de mí todo lo que quiera. Es mejor así. Yo estoy contento hoy día, volvió a decir después de un silencio suficientemente largo. Mi papá y mi mamá podrán descansar mientras tú estás cerca de mí, Juan. Y yo estoy tranquilo cuando ellos reposan. . . Mi amigo Abel te ama mucho, Juan. . . porque tú amas mucho al buen Dios. Y yo también, yo te amo por eso, y yo estoy contento cuando tú estás aquí, cerca de mi cama. Y además, me gusta ver tus ojos, son dulces, son buenos. Ellos tienen siempre el aire de amar.

* * *

Roger se detuvo; su cara se contrajo.

—Juan, Juan. . . Ora por mí. . . Que el buen Dios me ayude. Yo sufro, yo sufro. . . ¡Ah! ¡Dios mío! Perdón. Mi buena santa Virgen, ¡ayúdame! ¡Ten piedad de mí, oh Dios!

Juan retira su mano de entre las manos de Roger, que no tuvo más fuerzas como para retenerla, y corrió a buscar a la señora de Grignan que conversaba con el médico respecto de la enfermedad y de los sufrimientos de su hijo.

Ellos entraron y enviaron a Juan a Barcuss.

El señor Abel llegó poco tiempo después. Juan aprovechó el encontrarse a solas con el señor Abel para decirle sus nuevos motivos de agradecimiento. El se puso de rodillas delante de él para darle un brochazo a sus botas, y en esta posición humilde y agradecida el dijo palabras de ternura y dedicación.

El señor Abel le dijo:

—Calla, calla, hijo mío. Tú sabes que has convenido conmigo de no agradecerme sino por medio de los ojos. Si alguien te escuchara, pudiera creer que yo soy realmente tu salvador, tu benefactor. Yo quiero ser tu amigo y tu protector, nada más. Allí viene Barcuss; silencio. . .

* * *

Y le dice:

—Y bien, Barcuss, ¿dónde has alojado a mi pequeño Juan?

—Señor, yo he hecho que lleven su maleta al cuarto que está junto al mío.

Juan miró al señor Abel con un aire de sorpresa y repitiendo:

—¿Mi maleta? ¿Mi maleta?

El señor Abel le dice:

—¡Pues sí, tu maleta, tonto! ¿Dónde querías que la pusieran si no es en tu cuarto? Es como por Simón: Cuando él se mudó, su maleta ha sido llevada a su nuevo cuarto. Es lo mismo para ti.

Todo esto fue dicho con un aire significativo, con una sonrisa benevolente y un poco malévolo, y con algunas señales de dedos que querían decir: “No me traiciones; cállate.”

Dijo Barcus:

—Yo voy a ver si la señora está en el salón.

—¡Señor! —dijo Juan cuando estuvieron solos—.

El señor Abel le dice:

—¡Shhh! Barcus va a volver. Tú has estado a punto de traicionarme. ¿Crees, pues, que lo que he hecho por Simón no lo hubiera hecho por ti? ¡Tú, mi amigo, mi confidente! —termina él sonriendo—.

* * *

En la mesa Juan vio por primera vez a la señorita Suzanne de Grignan, una personita joven y graciosa, amable y encantadora. Toda la familia era tan unida, tan buena, que Juan se sintió de inmediato muy cómodo como si él fuera parte de ella.

Por primera vez él tuvo la ocasión de apreciar el espíritu alegre, vivo y encantador del señor Abel. El lo admiraba tanto que no le quitaba los ojos, y en más de una ocasión este entusiasmo mudo excitó la risa benevolente de los cinco comensales.

XXII
JUAN ES FORMADO
EN LA EXCELENCIA

Los camaradas de Juan eran todos bravos y honestos servidores. Barcuss era amado y respetado por sus camaradas y por todos los que tenían relaciones personales con sus señores. El se encargó de acabar la educación descuidada de Juan. El le enseñó hábitos regulares que él no había tenido hasta entonces.

El pobre pequeño Roger ayudaba, sin saberlo, al perfeccionamiento de Juan. El pedía frecuentemente su presencia y le daba testimonio de amistad. La vista de sus sufrimientos soportados con tanta dulzura, paciencia, valor, hizo una profunda impresión en el corazón amante y sensible de Juan.

Las visitas diarias del señor Abel, sus buenos consejos, su constante bondad desarrollaron también el espíritu y las ideas de Juan. El comprendió mejor su posición cara a cara con sus señores; él les dio testimonio de respeto, de deferencia.

Poco a poco los restos de las afueras aldeanas y las ingenuidades desaparecieron. Al adquirir experiencia y crecer en edad, Juan fue más dueño de sus sentimientos. El amaba tanto, pero con menos ceremonia.

El aprendió a contenerse de lo que la desigualdad de condiciones pudiera resultar ridículo o inconveniente ante sus señores y los extraños. El no besaba más las manos del señor Abel; él no se ponía de rodillas. El le miraba menos afectuosamente y menos frecuentemente. Pero dentro de su corazón, había el mismo ardor, la misma dedicación, la misma ternura. Juan se sentía feliz, rodeado de buenos camaradas, al servicio de señores excelentes. El encontraba alrededor de sí amistad, bondad, cuidados; en fin, la verdadera fraternidad que es el amor cristiano.

* * *

Muy lejos de negarle permisos para ir a ver a Simón, le creaban las ocasiones de reunión para los dos hermanos. Barcuss prefería hacer el trabajo de dos para dar a Juan una noche o una tarde. Jamás se le negaba cuando él quería ir a la iglesia, o salir para sus asuntos personales, o para ver alguna cosa interesante, o para hacer alguna visita a los pobres.

Si él sufría, sus camaradas le cuidaban como a un hermano y sus señores velaban para que no le faltase nada. Entonces el señor Abel venía para saber de sus novedades y le distraía con su espíritu alegre y amable. La única pena de Juan era el estado alarmante y doloroso del buen pequeño Roger, a quien Juan amaba con un afecto sincero.

—Usted orará por mí, señor Roger, cuando usted esté al lado del buen Dios —le decía a menudo—.

—Por ti como yo oraré por mi hermano —respondía Roger con su voz desfalleciente—.

* * *

Las novedades de Elena eran excelentes. Ella estaba muy contenta en esta granja de Santa Ana que alquilaba el señor Kersac. Ella era amada y estimada. Para ella Kersac era más un hermano que un jefe. Jamás un reproche; siempre agradecimientos y elogios.

La pequeña María era cada vez más amable. Ella pasaba el día en la casa de las buenas Hermanas de Santa Ana, y trabajaba bien. Ella ya comenzaba a hacerse útil a la granja. Cuando Kersac le hacía hacer algún trabajo para él mismo, Marie estaba orgullosa y feliz. Kersac la amaba mucho y se regocijaba con el pensamiento de adoptarla como hija suya.

* * *

Un día él recibió una carta de Simón y de Juan.

Simón le pedía venir para asistir a su matrimonio que había sido postergado hasta después de las Pascuas a causa de una enfermedad de la señora Amedée que había empezado antes de la Cuaresma. Simón también le pedía a Kersac que pudiera servirle de testigo con el señor Abel N. . . el famoso pintor por su talento, así como por su vida ejemplar y su espíritu encantador.

Juan le rogaba a su amigo Kersac de venir a verle en una ocasión tan solemne. Ellos dos lamentaban que su madre no pudiera venir, y Juan le pedía a Kersac de no aumentar su pena al rehusar ser el testigo del dichoso Simón. El aprovechó la ocasión de contarle a Kersac una multitud de cosas y de detalles interesantes.

—Toma, Elena —le dice Kersac—. Lee esta carta de Simón y de Juan.

Elena la leyó con un intenso interés.

—¿Y bien? —le dice ella—, ¿qué hará usted?

—Yo iré —dice Kersac—. La granja no sufrirá, ya que la estación es aun de trabajos y de siembra. Yo no estaré ausente más que tres o cuatro días. Yo voy a escribir para saber el día del matrimonio y el hotel donde yo podré alojarme para estar cerca de ellos. Ya estamos en la primavera; el buen tiempo ha llegado. Este será para mí un viaje agradable de todas maneras. Me será de veras placentero volver a ver a mi pequeño Juan. Yo trataré de traérselo, si fuera posible.

* * *

Elena quedó roja de gozo.

—¿Traerme a Juan! ¡Ah! ¡Si usted pudiera!

Le dice Kersac:

—¿Y por qué no lo pudiera traer?

—Es que él está en servicio, señor. Y usted sabe cuán molesto es cuando se ausenta un doméstico.

Le dice Kersac:

—No debe ser igual en París como es entre nosotros. Ellos tienen un montón de domésticos que se turnan. Uno no se da cuenta de su ausencia cuando uno de ellos falta.

Le dice Elena:

—Yo creo, señor que eso depende de la casa. En la casa de la señora de Grignan donde está Juan, cada uno atiende a su trabajo. Es una casa como se debe, una verdadera casa de Dios, como siempre escribe Juan.

Le dice Kersac:

—Es posible; pero siempre, yo haré la prueba. Hasta ahora hace cerca de tres años que usted no ha visto a sus hijos, mi pobre Elena. Es justo que se lo den a usted por unos cuantos días.

* * *

Elena le agradeció, pero sin creer demasiado en el éxito que este bravo Kersac le haría esperar.

El recibió dos días después una respuesta a su carta. El matrimonio estaba fijado para el 1° de mayo, y se estaba en los últimos días de abril. No había tiempo que perder. Elena se apresuró para prepararle sus mejores trajes, su más fina ropa interior, sus botas más brillantes. Ella metió oro en su bolsa; ella pensó ser pródiga al meter para él 100 francos.

Ella hizo su paquete que ella envolvió en un buen paño nuevo bien cosido, y cuando Kersac estaba listo para la partida, ella le entregó su paquete y la bolsa.

Kersac le dice riendo:

—Gracias, mi buena Elena. ¿Ha sido usted generosa? ¿Cuánto me ha dado para divertirme?

Elena le dice:

—Más de lo usted podrá gastar, señor: ¡Cien francos!

Kersac le dice, riéndose más fuerte:

—¡Cien francos! ¡Pobre mujer! ¡Cien francos! ¡Pero no hay para la ida y la venida si yo traigo a mi bravo pequeño Juan!

Le dice Elena:

—Pues bien, señor, vuestro gasto no será gran cosa. Usted va a ser alimentado allá. Cuando uno va a un boda, uno come y bebe ocho días!

—¿Y mi alojamiento? ¿Y la espera de la boda? Yo no voy a llegar allá para caer en la indigencia como un mendigo. ¿Y mi regalo de bodas, pues? ¿Usted quiere que yo deje que se case un muchacho que es cercano a usted sin hacerle mi pequeño regalo? No, Elena. Kersac es más generoso que eso. Deme la llave y venga a ver lo que yo llevo.

* * *

Elena le siguió, recomendándole la economía:

—Cúidese de dejarse llevar demasiado por vuestra generosidad, señor. Estos tres días le va a costar más caro que seis meses en casa.

Kersac le dice, riendo:

—Está bien, está bien. Yo sé lo que hago. Yo soy ahorrador, usted lo sabe bien. Pero dada la ocasión no me gusta ser tacaño.

Elena le dice, sonriendo:

—Ahorrador, ahorrador, excepto cuando se trata de dar, señor.

Le dice Kersac:

—¡Ah, pero! En cuanto a esto, Elena, yo tengo mi norma, usted lo sabe: Es necesario que el que tiene le dé al que no tiene.

* * *

Kersac se encontraba delante de la caja donde se encontraban los papeles de su dinero. Y para el grande susto de Elena, él sacó otros quinientos francos.

Le dice Elena:

—¡Misericordia, Señor! Usted no va a gastar todo esto que lleva. . .

Le dice Kersac:

—Espero que no. Pero en una ciudad como París no hay que arriesgar encontrarse falto de recursos. Uno no sabe lo que puede ocurrir: ¡Un accidente, una enfermedad!

Le dice Elena:

—¡Oh, señor! El buen Dios os protegerá. No os ocurrirá nada, y usted volverá con buena salud; yo lo espero bien.

Le dice Kersac:

—Yo lo espero así también, mi buena Elena. Y por el momento, adiós, hasta la vista. Y prepare una cama para vuestro hijo. Y abrace en mi nombre a mi pequeña Marie que está en la escuela.

* * *

Kersac abrazó a Elena sobre las dos mejillas, según la costumbre del campo, salta sobre su carreta con el muchacho de la granja que debía volverla a traer, y se alejó alegremente.

—¡Oh! ¡Si él pudiera hacerme ver a mi pequeño Juan! —gritó ella cuando él partió—.

Ella estaba llena de esperanzas, a pesar de lo que le había dicho a Kersac, y no perdió un minuto para preparar una cama para Juan en un cuarto que se encontraba entre su cuarto y el de Kersac.

XXIII
KERSAC EN PARIS

Kersac llegó a París en la madrugada y tomó un coche como le había recomendado Juan que le había dado la dirección de un hotel de la calle Saint Honoré, cerca de la calle de Saint Roch.

El tomó un cuarto en el sexto piso y desayunó copiosamente para comenzar. Luego hizo su arreglo personal completo, se puso su bella chaqueta, y siguiendo las indicaciones de una mujer de servicio, se fue a Juan, al hotel de la señora de Grignan. Eran las ocho cuando él llegó allí.

—¿A quién busca, señor? —le pregunta el conserje—.

Le dice Kersac:

—¿Y a quién quiere que busque, mi bravo hombre, si no es a mi pequeño Juan?

Le pregunta el conserje:

—¿A cuál pequeño Juan, señor?

Le dice Kersac:

—¿Cómo que a cuál pequeño Juan? El que está en esta casa, ¡por Dios! Yo no conozco otro y no otro que valga como él.

El conserje sonrió. El comprendió lo que pedía Kersac.

Le dijo el conserje:

—Si usted quiere entrar, señor, yo voy a prevenir a Juan que usted lo busca. ¿A quién hay que anunciar, señor?

Le dice Kersac:

—Kersac, su amigo Kersac.

Le dice el conserje:

—Sígame, por favor, señor.

Le dice Kersac:

—Con mucho gusto, mi amigo.

* * *

Kersac le siguió paso a paso. Al llegar a la escalera, él se detuvo.

Le dice Kersac, mirando a todos lados:

—Pero, ¿por dónde hay que subir?

Le dice el conserje:

—Hay que subir la escalinata que está frente a usted, señor.

Le dice Kersac:

—¿Sobre esta hermosa tela, que han puesto a todo el largo?

Le dice el conserje, sonriendo:

—Sí, señor. No hay otro camino.

Le dice Kersac:

—Pues bien, permíteme un poco. Mi pequeño Juan no se molesta. . . y él camina encima todos los días?

Le dice el conserje, sonriendo:

—Diez veces, veinte veces al día, señor.

* * *

Dice Kersac: “¡Si tendrá buen sentido hacer que uno camine sobre estas bellas telas como ésta!

Kersac se agachó, pasó su mano sobre el tapiz y dijo: “Es suave como de terciopelo. ¡Esto serviría para lujosas cubiertas de caballo! ¡Y de excelentes limousines, que os conservarían bellamente abrigados!”

No obstante, Kersac se decidió a poner un pie, luego el otro sobre el bello tapiz. El subía lentamente con respeto por el bello paño, mirando a cada paso si lo había ensuciado con sus botas cubiertas de polvo.

El conserje le hizo entrar en una antecámara y fue a prevenir a Barcuss.

* * *

—Juan va a estar muy contento —dijo Barcuss—. Yo lo voy a enviar al señor Kersac. El está aquí al costado dentro de la oficina. ¡Juan! Rápido, ven a ver a tu amigo Kersac, que acaba de llegar.

Le dice Juan:

—¡El señor Kersac! ¡Qué dicha! ¿Dónde está él?

A penas había dicho estas palabras, se abrió la puerta del vestíbulo y apareció la cabeza de Kersac.

—¡Señor Kersac! ¡Querido señor Kersac! —gritó Juan corriendo hacia él—.

—¡Juan! ¡Mi bravo muchacho! —respondió Kersac apretándole con sus brazos y abrazándole de todo corazón!—

—¡Querido señor Kersac —repitió Juan—. ¡Qué bien que haya venido, que se haya molestado a dejar vuestra granja! ¡Cuán feliz soy de verle! Deme noticias de mi mamá. Si usted supiera cómo estoy de contento por saberla en casa suya! ¡Ella debe estar muy feliz en casa suya!

Le dice Kersac:

—Yo me halago que ella no es desdichada, amigo mío. ¡Pero cómo has crecido! ¡Y no te has puesto feo, lo puedo decir con toda verdad! ¡Bello muchacho! ¿Sabes que estás casi tan grande como yo? ¿Qué edad tienes, pues?

Le dice Juan:

—Diecisiete años y tres meses, señor Kersac.

Le dice Kersac:

—¡Eso es! ¡Está bien así! Yo tengo 38 años.

—Juan, tú deberías proponerle al señor Kersac tomar alguna cosa —dijo Barcuss que les había observado y escuchado sonriendo—.

Kersac le dice:

—¡Bien, gracias, señor! Usted es muy honesto. Yo he comido al llegar un buen pan redondo y un plato de queso. Pero vuestro pan de París no se puede comparar con el pan del campo. Este no tiene volumen. Uno lo puede tragar y se siente siempre con el estómago vacío.

* * *

Barcus se pone a reír y le pide a Kersac que espere un instante. El fue a encontrarse con el señor de Grignan que se estaba arreglando.

Le dice Barcuss:

—Señor, ¿me permitiría ofrecerle un vaso de vino al señor Kersac, el amigo de Juan que acaba de llegar y que tiene el aspecto de un muy bravo hombre?

Le dice el señor de Grignan:

—¡Ciertamente, mi amigo! Dele todo lo que usted quiera.

Le dice Barcuss:

—¿Y el señor quisiera permitirme darle un pequeño permiso a Juan para que esté libre para pasear a su amigo?

Le dice el señor de Grignan:

—Yo no pido nada mejor, mi bravo Barcuss, pero es a usted que eso le afectará.

Le dice Barcus:

—¡Oh, señor! Yo no me hago problemas por el trabajo! El conserje me dará una manito . Y da placer obligar a un buen muchacho como Juan y a un bravo hombre como el señor Kersac.

Le dice el señor de Grignan:

—¿De veras tiene el aspecto de un bravo hombre?

Le dice Barcuss:

—¡De un brazo hombre hecho y derecho, señor. Un hombre de cinco pies y ocho pulgadas por lo menos, con unas espaldas, unos brazos y unos puños como para hacerle dormir a un buey. Y con esto, un aire muy bueno, el aire de un buen hombre hecho y derecho. ¿Y si el señor quisiera permitirme que le proponga quedarse aquí?

Le dice el señor de Grignan:

—¡Con mucho gusto, Barcuss! Usted puede proponerle, si él no está aquí sino por pocos días, dormir y comer conmigo. De este modo Juan le verá a su antojo y usted no se fatigará con el trabajo.

Le dice Barcuss:

—Muchas gracias, señor. Yo le propondré de parte del señor.

* * *

Barcuss se retiró muy contento y entró con diligencia en la antecámara donde él encontró a Kersac y a Juan, conversando con animación.

Le dice Barcuss:

—Señor Kersac: El señor os propone quedarse aquí con él. Nosotros tenemos el alojamiento y la mesa para ofrecerlos.

Juan saltó de sobre su silla:

—¡Gracias, señor Barcuss! Es un efecto de vuestra bondad, yo lo veo bien. Es usted que le ha pedido al señor.

Le dice Kersac:

—Pero Juan, dile pues que es indiscreto esto. Se dice que en París cada uno a su rincón. Yo no quiero desplazar ni molestar a nadie. Yo prefiero volver al hotel.

Le dice Juan:

—¡Oh, mi querido señor Kersac! Si el señor lo permite. . . Si el buen señor Barcuss le ha pedido. . .

Dice Barcuss:

—Acepte, acepte sin temor, señor Kersac. Nosotros tenemos bastante alojamiento como nos haga falta. Veamos, ¿decidido?

Le dice Kersac, golpeándole en la mano:

—¡Decidido! ¡Asunto concluido! ¡Yo me quedo! Vosotros tenéis el aspecto de gente buena aquí. A mí me gustaría conocer a los señores de Juan. Yo amo mucho a la gente buena.

Le dice Barcuss:

—Usted les verá pronto, señor Kersac.

* * *

—Juan, ¿en cuál cuarto pondremos a nuestro amigo?

Le dice Juan:

—En el mío, yo os ruego señor Barcuss. Yo lo veré mucho mejor.

Le dice Kersac:

—A mí también me gustará más eso. Eso me hará recordar la noche cuando tu me cuidaste bien, Juan, en el albergue de Malansac. ¿Y este Juancito que tú querías hacer que yo lo ame? A propósito, ¿dónde está ese animal del Juancito?

Le dice Juan:

—El está bien ubicado, según lo que él me ha dicho, pero yo no le veo a menudo.

Le pregunta:

—¿Cómo así?

Le dice Juan:

—Porque. . . porque él tiene ideas que no son las mías, y gustos que yo no tengo.

* * *

Barcus interrumpió la conversación para ayudarles a ir a desayunar.

Juan, que tenía buen apetito, no hizo que se lo repitieran. El llevó a Kersac para presentarlo al cocinero y a los otros domésticos.

Kersac desayunó por segunda vez, como si él no hubiera desayunado una primera vez. Después Juan le propuso ir a ver su cuarto.

Le dice Kersac:

—¡Costal de papel! ¡Mi pequeño, cómo estás alojado! ¿Y todas estas cosas son tuyas?

Le dice Juan:

—Todo, todo, señor. ¡Mire bien! Vea mis hermosos trajes, mi ropa de cama, estos excelentes libros. Todo esto me ha sido dado por el mejor de los hombres, el más encantador y al mismo tiempo en más generoso. Usted adivinará que se trata del señor Abel que yo hablo.

Le dice Kersac:

—¡Ah, si! ¡Este bravo señor que tú amas tanto!

Le dice Juan:

—Y que tengo tantas razones de amarle. ¡Si usted supiera cómo él ha sido y cómo es tan bueno con Simón y conmigo! ¡Y cómo me da buenos consejos! ¡Y cómo tiene él la bondad de amarme! Es eso lo que me conmueve más. Que él, gran artista, rico, espiritual, tan concurrido), tan mimado, quiera bien amar a un pobre doméstico, un muchacho como yo!

Le dice Kersac:

—Yo amo a este señor Abel, y a ti yo te amo tanto como tú le amas, y de quien tú hablas con tanta amistad.

Le dice Juan:

—Es que uno es tan agradecido con quienes le aman cuando uno está solo, lejos de su familia.

Le dice Kersac:

—¡A quien se lo dices! ¡A mí, que no tengo familia ni a quien amar! Yo también quiero tener una familia; me pesa mucho el vivir solo.

Le dice Juan:

—¿Y cómo hará usted para tener una familia?

Le dice Kersac:

—¡Por Dios! ¡Yo me casaré! Nada más difícil que eso. Como hace Simón.

Le dice Juan:

—Pero Simón es joven, y usted ya no lo es. . .

Le dice Kersac:

—Lo sé bien. Así yo no desposaré una joven de dieciocho años como hace Simón. Yo tomaré una mujer de mi edad, más o menos.

Juan:

—¿Y dónde la encontrará?

Le dice Kersac:

—Ella ya ha sido encontrada, ¡pues claro! ¡Es tu madre!

Juan, sorprendido de buenas a primeras y riendo enseguida, le dice:

—¡Mi mamá! ¡Mi mamá! Pero usted no piensa en ello, señor. Mi mamá tiene como 33 o 34 años. . .

Le dice Kersac:

—Y yo tengo 38-39 años. Tú ves, Juan, yo tengo necesidad de alguien de confianza, cerca de mí para gobernar mi granja; y además, alguien buena y cuidadosa que me pueda amar, alguien formal, ahorradora que me detenga cuando yo quiero hacer gastos. Alguien limpia, agradable que no repele a la gente que viene a la granja para hacer negocios conmigo. Yo encuentro todo eso en tu madre. Ella parece más joven que su edad, pero eso no importa; eso vale más que si habría que tomarla como a mi madre ¿Te disgusta esto mi amigo?

Le dice Juan:

—¿Cómo me va a disgustar esto, señor? ¡Al contrario, es una dicha, una dicha muy grande. ¡Pobre mamá, que ha sido tan desdichada! ¡Y el buen Dios le envía la oportunidad de llegar a ser la mujer de un bravo y excelente hombre como usted, señor! ¡Mi querido señor Kersac! ¡Usted será pues mi padre! ¡Ah, ah. Ah! ¡De todas maneras es chistoso!

Le dice Kersac:

—Tú no pensabas en esto, ni yo tampoco cuando yo te llevaba en mi carreta a Malansac. Y bien, tú no creerías otra cosa. . . Es que yo me he apegado tanto a ti en esa

jornada en la carreta, que me he puesto a ver a tu madre por ti, que yo he cuidado de ella por ti, y que la idea de hacerla mi mujer me ha venido por ti, para volverte a ver algún día y para hacerte de un destino. Además, debo decir también que yo he recibido, hace aproximadamente tres meses una carta de alguien que yo no conozco ni de Eva ni de Adam. El ha firmado como “un amigo” y me dice: “Si usted quiere ser feliz, señor Kersac, y si usted es el bravo, el excelente hombre que yo creo, despose a la madre de vuestro joven amigo Juan. Usted no tendrá que arrepentirse.”

Y añade:

—Esta carta ha hecho que yo me decida. Yo he pensado en tu futuro, en el mío, y me he dicho: “Elena será mi mujer, y Juan será mi hijo.”

Le dice Juan:

—¡Gracias, señor! ¡Gracias, mil gracias! Yo realmente tengo mucha felicidad de haber encontrado dos hombres tan excelentes como usted y el señor Abel.

Le dice Kersac:

—¡Ah, eso! Dime, pues, yo quisiera mucho ver a tu señor Abel. Yo le amo, nada que de escucharte hablar.

Le dice Juan:

—Yo se lo diré, señor; yo se lo diré. Por el momento, señor, yo voy a mi trabajo, para no dejarle todo quehacer al este buen señor Barcuss que se esfuerza por darme tan buen tiempo.

Le dice Kersac:

—Yo quiero ir contigo allí; yo no te dejo ni como plantilla. Yo ya te veo como a mi hijo. Pero no le hables de esto a nadie excepto a Simón. Se reirían de mí, y eso no me convendría. Yo les daría una paliza de puñetes que le dañarían la nariz.

Le dice Juan:

—Permítame, señor de decírselo al señor Abel. Yo tengo la costumbre de hablarle de todo lo que me interesa.

Le dice Kersac:

—Díselo, díselo, amigo mío. Y se lo diré yo mismo si le veo.

XXIV
KERSAC Y EL SEÑOR ABEL
SE ENCUENTRAN

Antes de dejar el cuarto, Kersac apretó a Juan en sus brazos con tal fuerza que Juan pidió misericordia; él se ahogaba. Los dos descendieron riendo; Juan se puso a desembarrar y a limpiar los calzados. Kersac se puso también, con entusiasmo, y los dos conversaban con tanta animación que no escucharon entrar al señor Abel.

El los había estado mirando desde algunos instantes, sonriendo, cuando Kersac volvió la mirada.

Dice Kersac:

—¡Vaya! ¿Quién es este que viene a estorbarnos?

Juan se dio la vuelta a su turno, arrojó la escobilla y el zapato, y avanzó precipitadamente hacia el señor Abel.

Le dice Juan:

—Querido, querido señor, ¡una dicha más! Este es el señor Kersac que usted ve aquí; él me anuncia. . . Usted no adivinará jamás lo que él me anuncia. . .

Le dice el señor Abel:

—Que él desposa a tu madre, ¡por Dios! Está claro.

Le dice Juan, asombrado:

—¿Cómo lo ha adivinado usted?

Y el señor Abel le responde:

—Tú sabes que yo adivino todo lo que me concierne.

Le dice Juan:

—¡Es verdad eso, señor! Nosotros nos entendemos tan bien. . .

* * *

Kersac se quedó con la boca abierta, los ojos abiertos de par en par, teniendo una escobilla en una mano, y una bota en la otra.

El señor Abel se acercó a él sonriente.

Kersac, sin pensar en el betún que ennegrecía sus manos, tomó las manos del señor Abel en sus manos y las apretó con la fuerza de un carretero herculeano. Y el señor Abel que no le cedía en nada respecto de esta atingencia, apretó a su turno hasta que Kersac lanzó un grito de dolor.

Dijo Kersac:

—¡Costal de papel! ¡Qué puño! ¡Y bien, señor! Si usted es de este temple, es mejor tenerle como amigo que por enemigo! Di, pues, Juan, tú no me habías dicho esto.

Le dice Juan:

—Es que yo no lo sabía. El señor Abel siempre me ha apretado las manos dulcemente, sin hacerme daño. . . ¡Ah, Dios mío! Mire, pues, vuestras manos, señor, ¡llenas de betún —dijo Juan riéndose—.

El señor Abel, también riéndose, les dice:

—¡De veras que es verdad! Están negras como si yo habría lustrado mis botas.

Le dice Kersac:

—¡Perdóneme, señor, yo. . ! ¡Yo ni siquiera he pensado en esto! Es que nosotros acabamos de hablar de usted, señor, y entonces usted comprenderá. . .

—Yo comprendo —dice el señor Abel dirigiéndole a Juan una sonrisa afectuosa—. Y como yo tengo las manos negras como las vuestras, yo voy a ayudarlos a despachar vuestra labor. Vamos a quitar el barro a todo esto como tres buenos amigos.

* * *

El señor Abel se puso un mandil de Barcuss, tomó una escobilla y una pequeña bota de Suzanne y se puso a escobillar y a lustrar, como un verdadero lustrador. Kersac le miraba con un asombro que le hacía reír al señor Abel, desde ya encantado del nuevo rol que se había adjudicado.

Cuando ellos hubieron terminado, Abel propuso descender a la cocina para lavarse las manos con jabón. Fueron allá los tres, y el cocinero, acostumbrado a las excentricidades del señor Abel, a le presenta una vasija con agua tibia y un pedazo de jabón, sin preguntar de dónde provenía el betún sobre las manos del señor Abel.

Juan y Kersac se lavaron en un tacho.

* * *

—¡Hasta la vista, mi amigo Kersac, dijo el señor Abel cuando se iba. Al pasar entraré para saber las novedades de mi pobre pequeño Roger. Juan, ¿sabes cómo le va? El sufría mucho ayer en la tarde.

Le responde Juan:

—Yo todavía no he tenido noticias esta mañana, señor. La llegada del señor Kersac me ha alterado. Yo estaba tan contento de verle.

Dice el señor Abel:

—Yo voy a tener nuevas de Grignan. Yo volveré a cenar; prevíele a Barcuss.

Le dice Juan:

—Sí, señor. ¡Hasta la vista, señor!

Le dice el señor Abel:

—Hasta la vista, mi pequeño. Hasta la tarde, señor Kersac. ¿Usted sabe que nosotros juntos somos los testigos de Simón?

Le dice Kersac:

—Sí, señor. De seguro es un honor para mí.

Le dice el señor Abel:

—¡Y para mí, pues! Yo no conozco nada más respetable que un honesto agricultor, un bravo hombre que hace la felicidad de todos los que le rodean.

—Yo tengo las manos limpias —añade él al darle la mano a Kersac—, y usted también. Nosotros podemos darnos un golpe de manos sin rompernos los huesos —añade riéndose—.

Kersac tomó la mano de Abel y la apretó un poco demasiado, con violencia, a la idea del señor Abel.

—Cuídese —le dice—. Si usted aprieta, yo aprieto. . .

—Y yo aflojo —dice Kersac retrocediendo un paso hacia atrás.

* * *

Abel se fue riéndose y subió a donde estaba el señor de Grignan. El no tardó en venir de nuevo y le dice a Juan al pasar:

—Roger está un poco menos mal. El querrá verte y él te pide que lleves contigo a nuestro amigo Kersac de quien yo le he hablado. Hasta la vista, mis amigos. Juan, dile a Simón que venga a verme en el hotel Meurice. Nosotros tenemos muchas cosas que arreglar para la boda y nada de tiempo que perder; es para pasado mañana. Traten de venir ustedes dos con él; nosotros arreglaremos las horas, los medios de transporte, etc.

Y el señor Abel salió.

* * *

Dice Juan:

—Señor Kersac, yo voy a dejarle un momento para ir al pobre pequeño señor Roger. El querrá mucho verle, el pobre niño. Usted quiere que yo venga a buscarle, ¿no es cierto? El tiene tan poca distracción, el pobre pequeño. Y él es tan amable, tan dulce, tan paciente. ¡Es un verdadero angelito!

Le dice Kersac:

—Yo espero, mi amigo. Yo espero.

Cuando Juan entra en el cuarto de Roger, su madre estaba a su lado. Y éste dio vuelta a su cabeza con esfuerzo.

—¿Y tu amigo Kersac? —le dice—. Yo quisiera mucho verle, si esto no le aburre demasiado.

Le dice Juan:

—Yo voy a traerle, señor Roger. El estará muy contento de conocerle a usted. El os ama sin conoceros.

Le dice Roger:

—El es muy bueno. Todos los que me aman son muy buenos. Yo no he hecho nada para que me amen. Todo el mundo se fatiga por mí, y yo no hago nada por nadie.

Le dice Juan:

—¡Nada! ¿Usted llama “nada” el orar por nosotros todos como lo hacéis, querido señor Roger?

Le dice Roger:

—Cuando yo esté cerca del buen Dios y de la santa Virgen yo oraré mejor. Aquí yo oro mal porque yo sufro mucho. Yo estaré muy feliz ese día allá.

Roger cerró sus ojos, juntó sus pequeñas manos como si orara. Enseguida le dice a Juan:

—Mi buen Juan, tráeme al señor Kersac, te lo ruego. Es quizás malo ser tan curioso, pero yo tengo muchas ganas de verle mientras estoy un poco mejor.

* * *

Juan salió y fue a pedirle a Kersac que subiera.

Para llegar a donde estaba Roger era necesario pasar por el salón. Kersac se detuvo allí golpeado del asombro. Los tapices colgantes rojos de Damasco, los sillones dorados,

los diversos muebles de fantasía que adornaban el salón, las arañas de cristal y bronce, el bello tapiz de Aubusson, todo esto era para él como los cuentos de *Las mil y una noches*, de una riqueza sin parangón.

Al ver su admiración, Juan se detuvo algunos minutos. Después, al abrir la puerta de Roger, hizo entrar a Kersac. Este último fue intensamente impresionado por el aspecto de este cuarto, el medio-día, arreglo a diseño para no fatigar los ojos del pequeño enfermo, el silencio que reinaba allí, la actitud agobiante pero resignada de la señora de Grignan, sentada junto a la cama de su hijo, el niño mismo, de una delgadez y de una palidez que espantan, las manos juntas, el rostro ligeramente animado por una dulce sonrisa. Todo este conjunto produjo en Kersac una impresión tan intensa de respeto, de ternura, que sin pensar en lo que hacía se dejó caer sobre sus rodillas ante la cama de este pobre pequeño niño.

Roger, sorprendido y conmovido quiso tomar con su pequeña mano desencarnada la mano de Kersac, pero no tuvo fuerzas. Kersac, que se había dado cuenta del movimiento, tomó dulcemente esta pequeña mano entre las suyas, las besó y las colocó enseguida sobre su cabeza, como para tener una bendición.

Después se volvieron hacia la señora de Grignan a quien él escuchó llorar:

—¡Pobre dama! —dijo—. ¡Pobre dama!

—Pero feliz de verle sufrir tan santamente —respondió la señora de Grignan—.

Kersac se levanta.

* * *

Le dice Roger:

—Señor Kersac, Juan os ama mucho. Yo veo que él tiene razón; usted ama al buen Dios y usted ora a él; yo también oraré por usted.

Y al ver que una lágrima corría a lo largo de la mejilla de Kersac dijo:

—No hay necesidad de llorar por mí, señor Kersac. Yo sufro lo que el buen Dios me envía. Y yo sé que muy pronto el buen Dios me tomará consigo. Entonces yo seré feliz, tan feliz que yo no pensaré más en mis sufrimientos.

* * *

Roger reposó un instante.

Kersac quiso hablar, pero él no pudo articular una sola palabra. El se limitó a mirar a la madre y al niño con una respetuosa emoción. Finalmente, olvidando la belleza de los muebles, se sentó en un sillón habitualmente ocupado por el señor de Grignan y guardó en su mano la mano de Roger.

Roger apretó ligeramente, muy ligeramente, porque la fuerza le faltaba, la grande mano de Kersac.

Juan estaba parado junto a ellos; él miraba tanto a Roger, como a Kersac. Si el señor Abel hubiera podido ver la expresión de su mirada, él hubiera hecho un quinto cuadro de esta escena conmovedora cuya alma, el héroe, era un niño de diez años muy cerca de la muerte.

* * *

El silencio, la inmovilidad, trajeron a Roger una calma, un bienestar que terminó en sueño.

Cuando la señora de Grignan le vio dormido, ella desprendió dulcemente la mano de Roger de la de Kersac, le hizo una seña a este último de no hacer ruido y de irse con Juan. Después ella le hizo con la mano una señal amigable a Kersac, que salió con Juan.

El no contempló el bello salón mientras se iba. El no dijo ni una sola palabra. Al llegar al cuarto de Juan Kersac se sentó y secó sus ojos con el reverso de su mano.

Dijo Kersac:

—Yo no recuerdo haber estado tan emocionado como he estado al lado de este pobre niño. Yo me sentí conmocionado hasta el fondo del alma. Este pequeño ser sufriente, tan dulce, tan tranquilo, tan feliz. Y además esta pobre madre que llora, pero que no se queja. Y todo esto con tal calma y sintiendo la muerte. Jamás olvidaré los instantes que he pasado allí. Yo me hubiera quedado allí por horas, si me hubieran querido dejar.

El acabó por tanto por volver al cuarto de Juan, que buscaba distraerle al contarle las palabras encantadoras del pequeño Roger, seguidas de las aventuras del café, después el concierto de baile animado por el señor Abel.

Kersac reía de todo su corazón cuando Barcuss vino para llamarles para desayunar.

XXV
KERSAC CON SIMON Y JUANCITO

Kersac se maravilló del buen y copioso desayuno que les sirvieron, y sus compañeros comensales se maravillaron de su apetito infatigable. Su último bocado fue tragado con la misma diligencia que el primero.

Después de la comida Juan le propuso ir a donde estaba Simón, lo que Kersac aceptó con placer. Juan le condujo por el camino más bueno y más corto, el de Champs-Elysées, la Plaza de la Concordia y la calle de Rivoli.

Al pasar le hizo ver el Hotel Meurice donde vivía su querido señor Abel, y después la tienda de abarrotes donde había estado el Juancito. Después, en la calle de Saint Honoré, el café donde él mismo estuvo casi tres años y Simón siete años.

* * *

No sin pena, llegaron a donde estaba Simón, porque Kersac de detenía a cada paso para admirar las tiendas, los coches, los edificios; todo era para él nuevo y maravilloso.

Jean subió rápidamente los dos pisos de Simón. Kersac le siguió más moderadamente. Simón acababa de terminar su desayuno y se preparaba para descender a la tienda.

—Simón, este es el señor Kersac que viene a verte, gritó Juan al entrar a donde estaba su hermano.

Le dice Simón:

—¡Señor Kersac! ¡Qué bueno es usted, señor, para hacer este gran viaje por mí!

Le dice Kersac:

—Por ti, mi amigo, y por Juan y por vuestra madre.

* * *

Le dice Juan:

—La mamá va a ser la mujer del señor Kersac. El me lo ha dicho por la tarde. Y él será mi padre. Es chistoso esto, ¿no es cierto?

Le dice Simón:

—¡No es posible! ¿Es verdad, señor Kersac?

Le dice Kersac:

—Es muy vierto, amigo mío; a mi retorno. . .

Le dice Simón:

—¡Que dicha para nuestra pobre madre, querido señor Kersac!

Simón abrazó a Kersac, que le apretó hasta ahogarlo, como lo había hecho con Juan.

Y añade Simón:

—¡Y que lástima que mi madre no haya podido venir con usted!

Le dice Kersac:

—Eso era imposible, mi amigo. Tú desposando una mujer de alto vuelo, una parisina. Tu madre se encontraría incómoda, desplazada respecto de toda esta buena gente.

Además, en tanto que ella todavía no es mi mujer, ella es mi encargada de la granja. Yo no hubiera querido que tu madre se presentara ante tus parientes como mujer de granja. Además, la pobre mujer, veía en eso una gran repugnancia. Yo mismo, no me he decidido realmente a venir, sino al momento de partir. Yo vi que me dolía dejarla. Es que ella es muy buena, ella está muy ligada a mí, y pienso que nosotros no seremos infelices ni el uno ni el otro.

Le dice Simón:

—¿Mi madre no lo sabe pues? ¿Cómo así?

Le dice Kersac:

—Ella no sabe la primera palabra.

Le dice Simón:

—¿Y si ella se rehusaría?

Le dice Kersac, asombrado:

—¿Cómo? ¿Qué es lo que dices? ¡Rehusar! Yo no había pensado en eso. ¡Ah, bien! Si ella rehúsa, yo estaré en gran pena. . . Sí, sí. Eso sería una gran pérdida para la granja y para mí. Jamás yo no encontraré quién pueda remplazar a esta mujer. ¡Qué diablo de idea has tenido, Simón! Yo no voy a tener un solo instante de tranquilidad hasta mi regreso allá.

Le dice Simón, sonriendo:

—¡Tranquilícese, mi querido padre! Esta no es más que una suposición. ¿Por qué rehusaría ella quedarse con usted, siendo que os ama tanto y que ella es tan feliz con usted? Quédese tranquilo, usted será nuestro padre de Juan y de mí.

Le dice Kersac:

—¡Eso es posible! Pero no es seguro. . . Dime, Simón, ¿cuándo es tu matrimonio?

Le dice Simón:

—Es pasado mañana, señor Kersac. Mañana en la mañana yo quisiera ir a donde se encuentra el señor Abel para preguntarle la hora y para convenir todo con usted.

Dice Juan:

—Justamente, él te hace saber que hay que ir con nosotros al hotel Meurice antes de las nueve. Pasadas las nueve, no lo encuentras.

Le dice Simón:

—Yo lo sé bien. ¿Pueden ustedes venir para recogerme?

Le dice Juan:

—Sí, sí. Yo ya se lo he prevenido al señor Barcuss.

Le dice Kersac:

—Pasado mañana es la boda. Al día siguiente en la tarde yo me embarco para llegar a Santa Ana en la mañana bien temprano.

Le dice Juan:

—¡Ya, señor!

Le dice Kersac:

—Eso está bien, mi pequeño. En una granja el tiempo que uno pierde no se recupera. Además, se requiere que yo parta.

* * *

Ellos conversaron por algún tiempo.

Kersac pidió ver a la señorita Aimée. Simón le presenta al señor, a la señora Amedée y a Aimée. Kersac sacude la mano del padre casi hasta dislocarle la espalda. Apretó la mano de la madre, hasta entumecerle los dedos. En lo que respecta a la señorita Aimée, cuando ella quiso darle la mano, le dijo Kersac:

—¡Nada de eso! ¡Nada de eso! En mi tierra los testigos abrazan a la novia.

Y con sus brazos vigorosos, él elevó a la señorita Aimée de la tierra y le abrazó sobre las dos mejillas antes que ella tenga el tiempo de reconocerle. Asustada, por tanto, ella llamó a Simón a su auxilio.

—Y bien, qué, la bella pequeña —dice Kersac al posarla sobre tierra—. Esto no es malo. Yo soy testigo. Pasado mañana es la boda. ¿A qué hora es? ¿Dónde hay que reunirse?

Le dice el señor Amedée:

—Es exactamente a las nueve, señor. El matrimonio en la municipalidad primero. Después en la iglesia a las nueve y media. Enseguida uno desayuna con nosotros, y después iremos a pasar la jornada en Saint Cloud. Y allá es el señor Abel que da la cena y que se encarga del resto de la velada.

—¡Muy bien! —dice Kersac—. Nosotros seremos exactos.

* * *

Kersac no se quedó mucho tiempo en casa de los Amedées. Dijo que tenía que hacer unas compras, y partió con Juan.

Le dice Kersac:

—Dime, pues, Juan, estos Amedées me molestan. Yo no me sentí cómodo con ellos.

Le dice Juan:

—¡Ah! ¿De veras? Yo estoy contento que usted me diga eso, porque ocurre lo mismo conmigo. Yo me siento siempre un poco incómodo en la casa de ellos. Mientras que yo me siento muy cómodo con usted y con el señor Abel. Todo lo estropea el sentirse incómodo.

Le dice Kersac:

—Tú tienes razón. Además, como ves, los Amedée, él es parisino, comerciante parisino; eso hace mofa de la gente buena como yo, un campesino, un granjero que no tiene trajes ni guantes. Eso no se dice, pero se adivina. Francamente, yo estaré contento cuando la boda haya terminado. Y yo estoy más contento todavía de no haber traído a tu madre. ¡La pobre mujer! Ella habría tenido problemas, temor de hacer alguna sonsera, algo que se rían de ella. Y a mí eso me hubiera hecho sufrir; yo me hubiera sentido todo desmoronado.

* * *

Le dice Juan:

—Usted ha hecho lo mejor, señor. ¿A dónde vamos ahora?

Le dice Kersac:

—Yo quisiera comprar mi regalo de bodas para la señora Simón. Y además mi regalo de bodas para tu madre. Porque Simón ha tenido éxito de haberme conmovido el espíritu. Yo creo todavía que ella no rehusará vivir conmigo como mi mujer, ya que ella

vive bien como mi servidora. A mí no me gusta verla en servicio en mi casa; ella vale más que eso.

Juan le pide a Kersac algunas explicaciones respecto de lo que quisiera comprar.

—Una joya para la joven desposada —le respondió—, y un chale para la vieja desposada —añadió riéndose—.

* * *

Ellos iban a entrar a un joyero vecino del café de Metis cuando se encontraron nariz con nariz con el Juancito. La sorpresa fue grande por los dos lados.

Después del primer intercambio de saludos, el Juancito les invita a tomar un café y un pequeño vaso. Juan iba a negarse, cuando Kersac le hizo una seña para aceptar, y una vez sentados a la mesa, Kersac incitó al Juanito a beber copiosamente. Para empezar le dijo un cumplido sobre su elegante vestimenta.

Le dijo:

—¡Tú estás vestido como un gran señor, Juancito!

—¡Oh! —Dijo el Juancito con un aire desentendido y desdeñoso—. Estas viejas hilachas están bien para arrastrar la mañana, pero en la noche uno se pone más bello que esto.

Le dice Kersac:

—¡Ah! ¿Tú no te encuentras ahora tan hermoso como en la noche?

Le dice el Juancito:

—Para Juan esto sería bueno. . . Pero para mí. . .

Le dice Kersac:

—¡Pucha! El señor Juancito ha llegado a ser un gran señor, por lo que parece. . .

Le dice el Juancito:

—Pero. . . un poco. Así uno no me dice Juancito a secas. Ya no me tutean.

Le dice Kersac:

—¿Y a qué se debe el que el señor Juancito tenga esta alta posición?

Le dice Juancito:

—¡Bah! Yo no soy un tonto, usted bien sabe. . .

Le dice Kersac:

—No, yo no lo sé.

Le dice el Juancito:

—Yo digo, pues, que yo no soy un tonto. Yo tengo la habilidad de haberme hecho ver por el señor Boissec, el intendente del señor el Conde. Yo le he rendido mis servicios.

Le dice Kersac:

—¿Qué clase de servicios has podido rendirle a un tan grande personaje?

Le dice el Juancito:

—Yo le he servido con celo. Yo le he halagado. Yo he hecho para él negocios en los cuales él no quería aparecer.

Le dice Juan:

—¿Negocios? ¿Qué clase de negocios?

Le dice el Juancito:

—Negocios de dinero, de memorias a pagar, de vinos a comprar, de mandados a hacer, y de otras cosas que dan mucha ganancia.

Le pregunta Juan:

—¿Cómo pueden dar ganancia?

El Juancito le dice:

—¡Qué ingenuo eres! ¿Tú no comprendes? Al pagar una memoria de cien francos, supongamos, además del cinco por ciento, yo regateo, yo encuentro los objetos más caros, yo amenazo cambiar de proveedor. El proveedor que ha llevado al doble rebaja un cuarto y el cinco por ciento además. El señor Boissec le lleva al jefe la memoria con la suma entera, y mete a su bolsillo el treinta por ciento, treinta francos sobre cada cien, y así el resto. Y como la casa es rica, donde se gasta más de cien mil francos al año, tú piensas que el intendente se hace de una hermosa pasta.

* * *

Juan estaba indignado e iba expresar su indignación, pero Kersac le empujó con el codo, y continuó a hacer beber y hablar al Juancito.

Le dice Kersac:

—En efecto, eso no es tonto, eso que tú haces. Pero yo no veo allí qué beneficio encuentras tú.

Le dice el Juancito:

Al comienzo no es gran cosa: Una pieza de cinco francos, de diez francos por aquí, por allá. Pero cuando me acostumbré a los negocios, yo también hice los míos.

Le pregunta Kersac:

—¿Cómo así?

Le dice el Juancito:

—¡Así! Yo me arreglaba con los comerciantes para que ellos recarguen sus memorias. Con el de las especias, además del precio hay el peso. Entonces, en lugar de recortar un cuarto, yo le recortaba una tercera parte. Yo siempre declaraba un cuarto al señor Boissec, y guardaba el resto.

Le dice Kersac:

—Pero, ¿por qué el señor Boissec no hace sus negocios él mismo? El debe desconfiar de ti. . .

Responde el Juancito:

—El no quisiera aparecer en los negocios para no ser apresado. En caso de que se descubra, él hace que todo recaiga sobre mí. El me expulsa como un ladrón y el jefe está contento: El cree que el señor Boissec es un tesoro de probidad.

Le dice Kersac:

—¿Y tú, pues? Tú te encuentras sobre el pavimento.

Le dice el Juancito:

—¡Oh, no! El me reemplaza rápidamente dentro de otra buena casa, recomendándome como un sujeto raro. Mientras espero una reubicación, él me provee de qué vivir, sin lo cual yo hablaría. Y en cuanto a desconfiar de mí, yo no sé si él desconfía, pero él no aparenta nada, siempre. El no osaría.

Le dice Kersac:

—¿Qué daño podrías hacerle tú?

Le dice el Juancito:

—¿Qué daño? Denunciarle a los señores haciéndome el indignado, y declarando que yo soy un hombre honesto y apegado a los señores; que no puedo sufrir el verles burlados por un ladrón. O bien otro medio, el escribir una carta anónima lamentando que el pobre muchacho (yo) se ve obligado por la miseria a ayudar a sus bribonerías que le indignan.

* * *

Juan no podía contenerse y le dijo:

—Juancito, eso que haces, eso que tú ayudas a hacer es infame. Es un robo abominable, un engaño indigno. ¡Juancito, pobre Juancito! Sal de esa casa, abandona París donde tienes conocidos malos, vuelve al campo. Nuestro buen señor Kersac tendrá compasión de ti; él encontrará un trabajo para ti. Pero mi pobre Juancito, yo te suplico, no te quedes en esa casa de ladrones.

Le dice el Juancito:

—Mi muchacho, tú eres un bobo. La casa es buena, y allí me quedaré. Yo quiero estar en una casa rica, y todas ellas son iguales. Los jefes no se ocupan de los domésticos, ellos les dejan tranquilos. No se informan si pasan la noche afuera, en el café, en un baile o en el teatro; no importa. Ellos pagan; ellos se hacen robar. En el cuarto, en la cocina, en la caballeriza, es siempre la misma cosa. Yo vivo feliz; yo me divierto, yo me hago “la mucama cara”, con dinero a profusión. Yo gasto y me recupero. Tú, al contrario, tú trabajas, te aburres, tú enflaqueces, tú te quedas en casa, tú te vas a la misa, tú llevas la vida de un capuchino. Eso no va conmigo. Yo no te impido si prefieres un capuchino a un buen muchacho que bebe, que baila, que vive la vida.

Le dice Juan:

—Pero, Juanito, piensa pues que hay un DESPUES, como te lo decía un día. Y que. . .

Le dice el Juancito:

—¡Ta, ta, ta! ¡Déjame tranquilo! Yo no quiero esos DESPUESES. Yo no quiero que tú me toques la corneta en mis orejas con tus DESPUESES, que me vienen ya demasiado frecuentes.

Le dice Juan:

—Y que estropeas tu vida. . . ¡Pobre Juancito!

Le dice el Juancito:

—¡Pucha, no! Porque yo mando a pasear tus DESPUESES juntamente contigo. ¡Toma! A mí no me gusta encontrarte, Juan. Tú siempre tienes palabras sonsas que me arruinan la jornada, mi noche, y que me pinchan lo que yo tenga. ¡Mozo, la cuenta!

El mozo trajo la cuenta. Habían consumido por cinco francos café, aguardiente, otros licores.

El Juancito saca el oro de su bolsillo, le da una pieza de veinte francos, mete a su bolsillo el cambio y sale sin esperar a sus compañeros.

Kersac y Juan salen también, pero no le siguen al Juancito.

—¡Qué canalla! —dijo Kersac—.

—¡Desdichado Juancito! —dijo Juan—.

* * *

Dice Kersac:

—¡Como he sufrido al tener que aguantarme mientras que este cretino se largaba su rosario de canalladas! Si no hubiera querido dejar que se descubriera del todo yo le habría roto la mandíbula de un puñetazo desde la primera tirada.

Le dice Juan:

—¡Ah! Si yo tuviera el espíritu, la instrucción, la caridad del señor Abel, yo hubiera encontrado buenas palabras que pudieran haber tocado el corazón de este pobre muchacho.

Le dice Kersac:

—¡Ah! ¡Atataj! ¡A un canalla como éste; nada le hará cambiar! Es un ser sin corazón; nada le conmoverá. Bien le decía a tu madre, él terminará por hacerse enjaular. ¡Ojalá que no haga que le metan al baño y que se limite a la correccional. Pero qué triste estás, mi pequeño. ¡Esto no ocurre a menudo! Entremos en un joyero, tú me ayudarás a escoger bien.

XXVI LAS COMPRAS DE KERSAC

Kersac y Juan entraron en la tienda de un joyero, un bravo hombre, felizmente, que no les cobró demasiado y que no tuvo una ganancia sino moderada de la bondad de Kersac y de la ignorancia de los dos compradores respecto del valor de las joyas. Después de muchas vacilaciones, ellos terminaron por escoger una cadena de oro por la cual pagaron 110 francos.

El joyero, al ver que Kersac metía la cadena sin estuche en su bolsillo, tuvo la lealtad de hacerle ver que una joya de ese precio se daba con su caja. Y a la gran alegría de Kersac, él acomodó la cadena en un hermoso estuche de terciopelo azul plegado con satín blanco.

Kersac pagó, agradeció y le preguntó dónde podría encontrar un chale. El joyero le señaló la magnífica tienda del LOUVRE.

* * *

Kersac y Juan se dirigieron por el costado de Louvre. Kersac había tenido la precaución de meter la cadena en el bolsillo de su chaleco, por temor de los ladrones.

Cuando entraron en esta tienda, Kersac no podía creer a sus ojos: La extensión, la magnificencia del local, la profusión de las mercaderías de toda especie le deslumbraron y le fijaron sobre el umbral de la puerta. No fue sino después del pedido reiterado de los dependientes, que les decían “qué desean, señores”, que Kersac pudo articular su respuesta:

—¡Un chale, señor!

Le dice un dependiente:

—¿Qué clase de chale solicita el señor?

Le dice Kersac:

—Una clase bonita, señor.

El dependiente le dice, sonriendo:

—Sin duda, señor. Pero, ¿lo quiere de la India, o quizás inglés, o francés?

Kersac le dice, agresivamente:

—¡Francés, señor, francés! ¡A mí no me gustan los ingleses! Y si es necesario decirlo, no me gusta ningún país extranjero. Lo que es francés me es mejor que toda otra cosa. ¡Sobre todo, nada de inglés!

* * *

El dependiente hizo circular a Kersac y a Juan casi por un cuarto de hora antes de llegar al área de los chales.

—¡Aquí, señor! —dijo por fin—. ¡Brindé, ofréceles sillas a estos señores!

Brindé se apresuró a traer dos sillas; eran aterciopeladas. Kersac pasó su mano por encima antes de sentarse, acomodándose sobre el borde, de miedo de aplastar el bello terciopelo azul.

Juan, más habituado a los terciopelos y a la seda se sentó sobre su silla con menos respeto y precaución.

* * *

Les llevan los chales. Kersac los encontraba todos magníficos, pero él pasaba siempre de uno a otro, y no se decidía por ninguno.

El dependiente, al ver la admiración ingenua de Kersac y de Juan, les preguntó por fin a qué uso destinarían el chale.

Le dice Kersac:

—¡Por Dios! Es para llevarlo.

Le dice el dependiente:

—¿Pero para quién es, señor?

Le dice Kersac:

—¡No es para mí! Se entiende. . .

Le dice el dependiente:

—Yo quiero decir, señor, ¿para qué género de dama?

Le dice Kersac:

—Para un buen género, señor; un género como usted no encuentra mucho en París. Ella hace marchar una granja como si fuera un hombre.

Le dice el dependiente, sonriendo:

—Yo pienso así, señor. Yo no discuto el mérito de la dama. Yo preguntaba a qué clase de sociedad ella pertenece, para presentaros alguna cosa que le convenga.

Le dice Kersac:

—¡Ah, sí, yo comprendo! Es para la administradora de mi granja, señor. Por el momento, ella es mi administradora.

Le dice el dependiente:

—Bien, señor, vamos a ver lo que hace falta, para que sea una buena compra, como es razonable.

Le dice Kersac:

—Pero no del todo; yo quiero de lo bueno.

Le dice el dependiente:

—Algo bueno para la administradora de una granja, señor, es una buena compra.

Le dice Kersac:

—Pero le digo que yo quiero algo verdaderamente bello. Esta administradora de la granja será mi mujer, señor. Es un chale de bodas que yo le pido.

Le dice el dependiente:

—Le pido disculpas, señor. Yo no sabía bien lo que quería el señor. ¡Cuando me entero que es para madame. . .!

Le ordena a Brindé:

¡Brindé, trae el paquete de chales franceses, de la mejor calidad!

* * *

Kersac estaba contento.

El dependiente desplegó ante él chales largos, chales cuadrados, chales de todos los colores.

—¡Aquí tiene uno muy bello, señor —le dijo Juan—, señalando un chale rojo vivo.

Le dice Kersac:

—¡Excelente! ¡Pero los toros que no aman el color rojo! Es cierto que yo no tengo toros, pero tu madre no es de la temprana juventud. . .

Le dice el dependiente:

—¿Y éste, señor? —y le muestra uno con fondo verde—.

Le dice Kersac:

—¡Hermoso! ¡Muy hermoso! Pero el verde. . . Eso pasa. Los fondos negros son más estables. ¡Y aquí uno que es bonito! ¿Qué precio tiene, señor?

Le dice el dependiente:

—Ciento veinte francos, señor. Eso es todo, lo que lo hace más hermoso.

Le dice Kersac:

—¡Ah! ¡Es hermoso! ¡Nada que decir! Yo no sé si se regatea aquí. Si usted podría rebajar, rebaje. Si no, yo tomo el chale, y hágame ver las telas de lana.

Le dice el dependiente:

—Nosotros no regateamos, señor. Si usted quiere pasar a la galería N° 91, yo quiero mostrarle las telas de lana.

Le dice Kersac:

—¿Y mi chale?

Le dice el dependiente:

—El le sigue, señor.

* * *

Kersac y Juan se pusieron a recorrer las innumerables galerías. Finalmente, llegaron a la galería de las telas de lana. Allí escoger fue más difícil aún, porque además del color había el tipo de tela, la disposición del diseño, el precio, etc.

Kersac terminó por decidir por un satén de lana azul de Francia. Juan aprobó su selección.

—Más vale demasiado que no suficiente —dice Kersac—.

Cuando Kersac quiso pagar, le hicieron ir al mostrador, y le propusieron enviarle el paquete a casa.

Dice Kersac:

—¿Por qué eso de enviarlo?

Le dice el dependiente:

—Si el señor va a pie, esto le pesará mucho.

Dice Kersac:

—¡Ah, eso! Yo llevo todos los días pesos cientos de veces mayores. ¡Ah, ah, ah! Ustedes creen que tengo la fuerza de una pulga. ¡Ah, ah, ah! Este paquete es demasiado pesado. ¡Qué buena broma!

Y él partió riéndose, así como Juan. Los dependientes se reían también, así como los que iban y venían, que habían sido testigos del coloquio.

Kersac y Juan volvieron después de haber hecho un paseo por la calle de Richelieu, los boulevares, la calle de la Paix, las Tuileries y la Avenida Gabriel, donde Kersac no podía fatigarse a causa de los caballos que se veían allí.

* * *

Después que Juan hubo instalado a Kersac en el cuarto, se apresuró a pedirle trabajo a Barcuss.

Le dice Barcuss:

—No, no, mi buen muchacho. Mientras tu amigo, el señor Kersac, esté aquí, tú no tienes necesidad de preocuparte de tu trabajo. Tú trabajas tanto como puedes, y lo mejor que puedes todo el año. Toma tu pequeña vacación. No será larga, al menos es necesario que sea completa. Tu principal labor aquí es cuidar y entretener al señor Roger. Vé a pasar al lado de él el tiempo que te queda.

Le dice Juan:

—¡Muchas gracias, señor; gracias! Yo aprovecharé con placer el tiempo que usted quiere asignarme bien para hacerle ver al señor Kersac las bellas cosas de París.

Le dice Barcuss:

—¿A dónde le llevarás?

—Para empezar, a Notre-Dame; después a Notre-Dame de las Victorias, al bosque de Boulogne, al jardín de la Aclimatación, sobre los boulevards. El señor Abel ha dicho que él nos llevará también a ver sus cuadros en la Exposición. Y después nos pasaremos un poco por todo lado.

Le dice Barcuss:

—Está muy bien, amigo mío; tu gusto es excelente.

Le dice Juan:

—Señor, yo volveré para servir la comida.

Le dice Barcuss:

—Como quieras. No hay más que el señor Abel que viene a almorzar. Hay cuatro cubiertos. Yo serviré bien yo solo.

Le dice Juan:

—No, no, señor; yo vendré para ayudarle. Pero debo decirlo, para no hacerme mejor de lo que soy, que deseo mucho ver al señor Abel. Tengo algo que hablarle.

Le dice Barcuss:

—¡Ah! Eso es distinto. Entonces cuento contigo.

* * *

Juan fue a saber las nuevas del pequeño Roger. El le encontró en el mismo estado. Después de haber dormido cerca de una hora, él se encontraba mejor, pero muchas crisis violentas destruyeron el efecto saludable de este buen sueño.

El le sonrió a Juan cuando le vio entrar. Su padre había remplazado por el momento a la señora de Grignan.

—Juan —dijo Roger extendiéndole la mano—, mi papá tiene mucho deseo de ver al señor Kersac. Y yo también, tendré gran placer de verle de nuevo. ¿Quieres pedirle que venga aquí?

—De inmediato, señor —respondió Juan besando la mano que le dio Roger. El también estará muy contento con vuestra invitación.

* * *

Juan salió.

—Señor Kersac —dijo al entrar en su cuarto—, el señor Roger le pide que descienda a su cuarto. El quisiera mucho que usted vea a su papá, el señor Conde de Grignan.

Le dice Kersac:

—Yo voy allí, mi amigo. ¡Este pobre pequeño! Justamente, yo estaba pensando en él.

Ellos descendieron. Y cuando Kersac entró, Roger, que no había quitado los ojos de sobre la puerta, sonrió y dijo:

—Papá, aquí está el señor Kersac.

Kersac avanzó hacia el señor de Grignan, que le tendió la mano.

—Usted me hace un honor —le dice Kersac—.

Le dice el señor de Grignan:

—Roger ha debido dormir una hora, lo que no le había ocurrido desde hace dos meses, respondió el señor de Grignan.

Le dice Roger:

—Señor Kersac, acérquese a mí, se lo ruego.

Kersac se acercó.

Le dice Roger:

—Siéntese como esta mañana.

Kersac se puso en el sillón desocupado y tomó la mano del niño.

—Es singular —dice Roger—, al cabo de un instante. Cuando usted sostiene mi mano yo me siento mejor. Eso es como algo dulce, tranquilo que corre sobre mí y en mis venas. Sucede lo mismo cuando el señor Abel toma mi mano. No ocurre con los otros. ¿Por qué es esto?

Le dice Kersac:

—Es probablemente que nosotros le pasamos un poco de nuestra fuerza, señor Roger, y eso expulsa el mal.

Le dice Roger:

—Entonces, ¿puede usted quedarse un pequeño instante? Yo siento como si una crisis va a venir. Puede ser que usted la haga pasar.

Le dice Kersac:

—¡Ah! Si yo podría eso, pobre pequeño señor Roger, yo estaré aquí sin moverme.

Roger aprieta ligeramente la mano o más bien un dedo de Kersac, le lanza una mirada agradecida y cierra sus ojos fatigados. Unos instantes después se quedó dormido.

Ni el señor de Grignan, ni Kersac, ni Juan osaron moverse.

* * *

Al cabo de un cuarto de hora se entreabrió la puerta dulcemente y entró Abel, y el señor de Grignan le hizo un gesto suplicante mostrándole su hijo dormido.

Abel comprendió. El se quedó de pie y sin moverse mirando al niño y a Kersac. Después él sacó de su bolsillo un lápiz y un cuadernillo y se puso a dibujar. El había terminado y Roger seguía durmiendo. El durmió así por más de media hora. El se despertó dulcemente, sin sacudirse, y se dio cuenta de la presencia de Abel.

—Mi buen amigo, abráceme —de dice—.

Abel lo abraza, pero todavía no le habla.

Roger se volvió hacia Kersac, saca su mano sobre su pequeño pecho desencarnado y le dice:

—Yo no le olvidaré cerca del buen Dios.

Le dice el señor de Grignan, efusivamente:

—¡Gracias, mi buen señor Kersac! Yo estoy realmente agradecido. Usted ha hecho abortar una crisis que se avenía. Yo creo, en verdad, que vuestra explicación es justa: Vuestra fuerza actúa sobre su debilidad.

* * *

El médico entró con la señora de Grignan. En encontró que había mucha gente junto al enfermo y no quiso dejar allí más que al padre y la madre. Los otros salieron.

Juan aprovechó de la presencia del señor Abel para contarle lo que habían aprendido del Juancito.

—Señor Abel, usted que ha hecho tantas acciones bellas y buenas, salve al pobre Juancito. Retírelo de la casa donde él está; él se echará a perder.

Le dice el señor Abel:

—El ya está perdido, mi pequeño. Y él estaba en buen trayecto antes de entrar allí. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo cambiar un corazón malo e ingrato?

Le dice Juan:

—Si sus señores quisieran ocuparse de darle camaradas sabios y buenos?

Le dice Abel:

—Los señores no valen mucho más que sus servidores, mi amigo. Y desdichadamente los enriquecidos son casi todos iguales. Ellos no sueñan sino con ser hábilmente servidos y se olvidan que son ricos no sólo para hacerse servir sino para hacer servir a Dios y hacer que le amen. Ellos pagarán muy caro su negligencia, y tendrán un terrible castigo por haber usado tan mal sus riquezas y por haber descuidado la moralidad de sus servidores. En cuanto al desdichado Juancito, yo no puedo hacer nada por él.

* * *

El señor Abel conversa con Kersac de su matrimonio, que él aprobó mucho. El le promete asistir y llevarle a Juan, lo que hizo saltar de gozo a Juan y a Kersac.

Juan tuvo un pequeño acceso del infantilismo de otro tiempo: El besó las manos del señor Abel; él le dijo palabras tiernas, agradecidas, como antes.

El señor Abel le dejó hacer unos instantes. Después le tomó la mano y le dijo amigablemente:

—Basta, mi querido hijo. Tú has olvidado nuestra vieja convención: De hablar poco y moderadamente cuando tu corazón está lleno, y de dejar ver en tu mirada todos los sentimientos de ese corazón afectuoso y dedicado.

Le dice Juan:

—Es verdad, señor, yo me he dejado llevar; he olvidado que ya tengo 17 años.

El señor Abel le apretó aún la mano sonriendo con esa sonrisa buena y amable que le ganaban todos los corazones.

—Mañana, antes de las nueve, les espero en mi lugar en el Hotel Meurice —dijo el señor Abel al pasar hacia el señor de Grignan donde fue a escuchar el consejo del médico sobre el estado de Roger.

XXVII
LA BODA DE SIMON Y AIMEE

A la mañana siguiente, a las ocho y media, el señor Abel volvió a casa para recibir a Simón, a Juan y a Kersac. Ellos arreglaron toda la jornada del día siguiente.

—Tú no tienes que ocuparte de nada, Simón. Un coche *berline* estará a tu puerta para el señor y la señora Amedée y tu futura esposa. Yo mismo llevé al señor Kersac. Habrá otros coches para llevar a Juan y a tu familia. Después de la ceremonia desayunaremos en casa del señor Amedée. A las cuatro de la tarde, todos los invitados se reúnen en la Estación del Ferrocarril; yo me encargo del resto. Simón, aquí tienes los presentes que se acostumbra hacer a su mujer, a su hermana y a su amigo. Tú, Juan, aquí tienes los presentes que le harás a Simón y a tu cuñada.

Le dice Juan:

—¡Gracias, gracias, señor! ¿Podemos verlos?

Le dice el señor Abel:

—¡Por supuesto, mis pequeños! ¡Mírenlos!

* * *

Los presentes de Simón a su mujer y a su cuñada eran unos relojes admirablemente hermosos, con sus cadenas.

A Juan le dio una caja. Al abrirla, los dos hermanos lanzaron un grito de alegría: Eran dos miniaturas al óleo, hechas con el talento conocido del señor Abel N. . . Una representaba a Simón, y la otra al señor Abel mismo. A propósito, Juan no pudo contenerse. Después de haber lanzado su grito de alegría, se precipitó hacia el señor Abel que le apretó con sus brazos y le abrazó afectuosamente.

Después del primer momento de gozo, Juan acudió a los presentes que él debía dar: El de Simón era el retrato conmovedor de Juan; el de Aimée era un bonito brazalete con la miniatura de Simón por cierre.

* * *

Juan no se poseía de tanto gozo. Tener con él, como su propiedad, los retratos de los dos seres que él amaba más en el mundo, eran para él el bello ideal. El no cesaba de mirarlos, de abrazarlos. Toda otra satisfacción se borraba delante de ella. Fue necesario, por tanto retirarse y dejar al señor Abel disponer de su tiempo. La hora de su desayuno ya había pasado.

—Hasta la vista, mis amigos. Mañana en casa de la novia. Tú, Juan, yo te veré todavía esta tarde en la casa de mis amigos de Grignan. Yo cenaré allí, como de costumbre.

* * *

El les dio puños de mano y salió cantando. Los tres amigos salieron también llevando consigo sus tesoros. Fue convenido que ellos irían de inmediato llevando sus presentes a Aimée. Ellos la encontraron haciendo, con su madre, los arreglos para el desayuno del siguiente día.

Primero fue Simón que ofreció sus presentes; después Juan y después Kersac. Ni Aimée ni Simón se esperaban este último regalo.

Kersac fue colmado de agradecimientos y de cumplidos por su buen gusto. La señora Amedée ensaya el efecto de la cadena en el cuello y en el corsage de Aimée.

* * *

Kersac y Juan se retiraron pocos instantes después. Ellos hicieron un recorrido inmenso que inspiró a Kersac una grande admiración por las bellezas de París.

—¿Sabes tú —le dice a Juan— mi última palabra sobre este magnífico París? Es que uno debe estar muy a gusto de partir. Hay gente por todo lado y uno está solo por todo lado. “Cada uno de por sí, y Dios por todos”, dice el proverbio. Es más cierto de París que de algún otro lugar. Si tú y Simón estuvieran ausentes, yo no encontraría nada en París. Yo me sentiría disgustado de vivir aquí. Nosotros ya hemos llegado a casa, o mejor a la casa del señor el Conde de Grignan. Yo tengo un hambre terrible, como de costumbre.

—Nosotros no desayunaremos sino después de los señores —dice Juan—. ¿Podría usted esperar todavía una media hora aproximadamente?

Le dice Kersac, riéndose:

—¿Por quién me tomas? Yo esperaré hasta la tarde si es necesario. ¡Cuántas veces me ha ocurrido de no comer nada antes del fin del día!

* * *

La jornada se pasó casi como la precedente, entre el servicio de la comida, las visitas al pequeño Roger y los grandes paseos en París.

Al día siguiente Juan y Kersac se hicieron un arreglo sobresaliente. Juan tenía, entre los objetos obsequiados por el señor Abel un vestido completo para las nupcias. Kersac tenía una chaqueta toda nueva y el resto muy conveniente. Antes de partir para la boda, pidieron mostrarse a Roger que les vio con gozo llegar con su gran atavío.

Juan le dice:

—Señor Roger, yo vengo para pedirle que piense en mi hermano Simón y que ore por su felicidad.

—Y por la mía, querido señor Roger —dice Kersac—. Pídale al buen Dios que mi mujer y yo seamos felices y que sigamos siendo buena gente y buenos cristianos.

Le dice Roger:

—Yo no les olvidaré, mi buen señor Kersac; yo pensaré en usted y en Juan. El buen Dios os bendecirá. Yo quisiera que ustedes sean muy felices.

Kersac y Juan besaron las pequeñas manitas que él les tendió, y se retiraron.

—¡Mamá —dijo Roger—, yo amo mucho al señor Kersac. Yo creo que él es tan bueno como mi querido señor Abel y Juan. Dales a ellos tres un *souvenir* de mí, uno de los libros que me gustan.

La pobre señora de Grignan juntó todo su valor para prometer ejecutar el deseo que él expresó.

Roger junto las manos con angustia; él sintió la llegada de una crisis.

* * *

Kersac y Juan fueron los primeros en llegar a la casa de Simón. Los testigos de Aimée y las damas de nupcias les siguieron de cerca.

El señor Abel llegó a la hora exacta pero a último momento. Los otros invitados debían encontrarse en la municipalidad o en la iglesia.

Un *berline* uncido a dos caballos esperaba a la novia y a sus padres. Ellos subieron en él con gozo y con orgullo.

El coche de Simón era un hermoso *coupé* uncido a un hermoso caballo. Juan se ubicó al lado de Simón. Ambos metieron la cabeza a ventana abierta para ser vistos dentro de este elegante vehículo.

* * *

El coche del señor Abel atrajo todas las miradas: Era un *coupé* de manufactura lo más a la moda, un caballo de gran precio, un cochero del más grande género. Antes de subir en él, Kernac dio una vuelta alrededor de él, admirando y acariciando al caballo.

—¡Un hermoso animal —decía él—. ¡Un bello animal!

—Suba, mi estimado, suba —dijo Abel sonriendo—. Vamos a llegar con retraso.

Le dijo Kersac:

—¿Con retraso con este animal? ¡Yo apuesto que él se anticipará a los vehículos mejor uncidos!

Le dice el señor Abel:

—¡Es posible! Pero suba de todos modos. En París un trotador no se desplaza como en el campo. Los problemas de coches os detienen a cada paso.

Kersac subió lamentándolo. A cada instante él sacaba la cabeza fuera de la puertecilla para examinar los movimientos del caballo, y no hablaba sino para repetir:

—¡Hermoso animal! ¡Pucha! ¡Cómo se estira! ¡Qué trote! ¡Déjelo ir, cochero! ¡No lo retenga! ¡Déjelo ir!

* * *

El señor Abel se reía, pero él hubiera preferido menos de admiración por su caballo y un ritmo más calmado.

No tardaron en llegar. La novia descendió del coche. El alcalde, prevenido en la víspera, conocía mucho al señor Abel. El vino a su encuentro, y comenzó inmediatamente la lectura de las actas. Cada uno se pavoneaba cuando el alcalde, al leer los nombres llegó al del señor Abel Charles N. . . Oficial de la Legión de Honor, Gran Cordón de Santa Ana de Rusia, Comandante del Aguila Negra de Prusia, Comandante de Carlos III de España, etc., etc.

Ser parte de una boda asistida por semejante testigo era un raro honor, un honor sin igual.

Cuando acabaron en la municipalidad volvieron a los coches; nueva objeto de gloria para aquellos que ocupan los coches provisto por el señor Abel.

Kersac iba a comenzar de nuevo su examen del caballo:

—¡Hermoso atuendo —comenzó él— bayo cereza. Hermoso cuello. Buena pechuga bien desarrollada!

Le dice el señor Abel:

—¡Suba! ¡Suba, mi estimado! A propósito, no necesitamos vernos con retraso. Nuestra entrada a la iglesia faltará. Tenga en cuenta que soy yo el que da el brazo a la señorita Amedée.

* * *

Kersac subió, pero no desprendió sus ojos de sobre el caballo.

La entrada fue bella y majestuosa. La novia estaba linda. El novio estaba hermoso. Los padres estaban bien conservados. Los testigos estaban resplandecientes. El señor Abel y sus condecoraciones atrajeron todas las miradas.

La ceremonia no fue demasiado larga. En la sacristía vinieron las felicitaciones, los abrazos. El señor Abel tuvo que sufrir los elogios más exaltados, los más directos; cualquier otro hubiera estado perturbado. El señor Abel se reía de todo y tenía respuestas para todo.

Kersac, un poco pesado, un poco *mastoc*, se sentía incómodo; solo en medio de esta gente que se conocía, que se sentía en familia, se hubiera querido esquivar. Varias veces buscó escabullirse fuera de la sacristía, pero siempre la multitud le cerraba el paso. Finalmente, él logró pasar y desapareció.

* * *

Cuando llegó el tiempo de partir, el señor Abel buscó en vano a Kersac. Ni la búsqueda en el interior de la iglesia, ni los llamados reiterados afuera no le trajeron cerca del señor Abel.

Los novios habían partido. Los invitados se apresuraron para llegar a la casa de los Amedées para tomar parte en el desayuno. El señor Abel, acompañado de Juan continuó buscando su coche y a Kersac.

El señor Abel dijo:

—El habrá partido sin esperarnos.

Le dice Juan:

—Yo no pienso así, señor; de otro modo vuestro cochero no hubiera consentido.

Le dice el señor Abel:

—Yo no sé qué creer, en verdad. Lo más claro del asunto es que no tenemos ni a Kersac ni al coche. Ven conmigo, nos iremos a pie, a pesar de nuestro atuendo de baile. Felizmente, no está lejos.

* * *

En el momento cuando ellos partían, vieron al coche viniendo a gran trote. Kersac estaba sobre el asiento junto al cochero.

Les dice el señor Abel:

—¿Dónde diablos estabais? ¿Por qué no me has esperado, Julián?

Le dice Julián:

—Le ruego al señor de disculparme. Yo pensé volver a tiempo para recoger al señor.

Le dice Kersac:

—No gruña, señor Abel. Es mi falta, usted verá. Mientras vosotros hacíais vuestros saludos y vuestras felicitaciones. . .

—Subamos rápidamente —dijo el señor Abel—. Me explicaréis esto en el coche.

Le dijo Kersac:

—Yo dije mientras vosotros hacíais vuestras reverencias y se abrazaban, yo, que había hecho ayer todos los cumplidos que podía hacer, me escapé para examinar a fondo vuestro hermoso animal. Más lo venía, más lo admiraba. Yo quería hacerlo trotar; yo me moría de ganas. “Si nosotros hacemos un paseo”, le dije al cochero, “allá donde pudiera trotar cómodamente. . . ‘Señor, sólo hay que salir’, me dijo vuestro cochero, ‘y al no hallarme, yo estaría en falta; él es buen señor. Yo lamento cuando le descontento.’ “¡Bah!”, le dije yo, “ellos van a estar allí una media hora antes de proseguir allá. Y en una media hora uno va lejos con un animal como el vuestro.”

* * *

Kersac prosiguió:

—El cochero estaba visiblemente halagado. El vio que su animal estaba pasando revista por un conocedor. Yo le veía aflojar y, por mi madrecita, no nos aguantamos, yo subí al asiento y partimos. Nosotros tomamos el camino de la calle de Rivoli. Había poca gente, pocos problemas. El caballo volaba que daba placer. Una vez llegados a Champs Elysées, yo le he quitado las riendas. Nosotros partimos el aire. En menos de nada nos encontramos en la parte alta de la avenida. Vuestro cochero comenzó a inquietarse. Yo torné el freno y al volver el caballo volaba, trotaba que yo estaba loco.

Kersac prosiguió:

—Lástima que no se abrazaron largo rato en la sacristía, porque nosotros no hemos tomado más de diez minutos en hacer el paseo. Y ahora que yo conozco el animal yo os digo que usted no conoce el tesoro que tiene, y que es una lástima hacerlo caminar en las calles de París, no dejarle de tomar impulso, impedir sus bríos, hacerlo esperar en las puertas. Si yo estuviera en vuestro lugar, yo lo cuidaría de otra manera. ¡Pucha! ¡Qué desperdicio!

Le dijo Abel, sonriendo:

—¡Cálmese, mi buen Kersac! En el futuro va a ser cuidado de otro modo; yo le prometo. Pero hoy, en honor de Simón, es necesario que cumpla su faena. Ya llegamos; no me molestaré en desayunar. Entre; yo voy a dar mis órdenes al cochero.

—¡Y yo, pues! —dice Kersac—. ¡Yo tengo un hambre. . . !

—¡Y yo, pues! —repite Juan interiormente—.

* * *

Ellos entraron.

El señor Abel habló algún tiempo al cochero, que tenía el aire contrariado.

Le dijo el señor Abel:

—No te aflijas, Julián. Tú no perderás nada. Es a ti que encargo la búsqueda. Y asegúrate que el animal sea bien cuidado; que vuestro hermano no la deje y lo conduzca con dulzura; que no sufra.

Le dice el cochero:

—En cuanto a eso, señor, puede estar tranquilo; pero es una verdadera lástima lo que hace el señor. . .

Le dice el señor Abel:

—El animal no se dejará llevar mejor. Yo lo aseguro.

Y el señor Abel entró a la casa de los Amedée.

XXVIII EL SHOW DE ABEL, CAIN Y SET

El desayuno transcurrió bien. Al comienzo reinó un silencio completo. Algunas palabras fueron pronunciadas después del tercer plato. Al quinto plato la conversación se hizo general y bulliciosa. Sirvieron el champagne después del octavo plato, y cada uno propuso un *toast*.

El señor Abel fue el primero. El expresó un *toast* a los recién casados. Simón respondió expresando un toast que fue aclamado a unanimidad: “¡Al señor Abel N, mi bien amado y muy honrado benefactor!”

“¡A nuestro excelente amigo Kersac!” —dijo Juan—.

“¡A la madre ausente!” —respondió Kersac—.

Cada uno continuó así. Las cabezas fuertes, bien resistentes al vino, vaciaban sus vasos a cada nuevo toast. Pero la gente sabía, como el señor Abel, Simón y Juan, se contentaban con humedecer sus labios.

Kersac, reservándose para la velada, tomó un término medio; él no tomó más que un trago por cada toast. Pero los tragos se hicieron cada vez más fuertes; los últimos no dejaron más que unas pocas gotas dentro del vaso.

El desayuno estuvo excelente. La alegría era grande; se quedaron largo rato a la mesa. Tras dos horas se dieron cuenta que era tarde y cada uno partió para sus asuntos o su arreglo personal que debía ser simple para no ser molestos a la gente. Se dijeron “hasta la vista” en la Estación del Ferrocarril a las cuatro de la tarde.

* * *

El señor Abel, Juan y Kersac subieron un instante al cuarto de Simón y encontraron a la señora Amedée y a la señora Simón ordenando y arreglando el departamento, poniendo en su lugar la ropa interior, vestidos, gorros, etc. Simón se había quitado su bello traje de bodas, se puso una bata y se puso a ayudarlas.

—¡Adiós, Juan y Kersac; hasta la vista a las cuatro en la estación, dijo el señor Abel mientras descendía.

Le dice Juan:

—¡Hasta la vista, señor; nosotros seremos exactos.

Ellos salieron juntos y se marcharon juntos.

—¿A dónde vais, pues? —dijo el señor Abel sorprendido de verse acompañado por sus dos amigos.

Le dice Juan:

—A la casa, señor, para ver al pobre pequeño señor Roger y darle una ayudadita al señor Barcuss.

El señor Abel les dice:

—Yo también voy allá. Es chistoso que hayamos tenido el mismo pensamiento. Sólo que voy a entrar a mi suite en el Hotel Meurice para cambiarme de ropa para no dar la impresión de ser un príncipe paseándose de incógnito.

* * *

Kersac y Juan continuaron sin el señor Abel y no tardaron en llegar.

El pequeño Roger se encontraba un poco mejor. Estuvo muy contento de ver a Juan y le pidió algunos detalles sobre la boda. El sonrió al escuchar lo del paseo de Kersac en el coche del señor Abel. El pidió algunos detalles sobre los arreglos personales, sobre el desayuno y sobre lo que harían más tarde.

—¿Acaso tu amigo, el señor Kersac ha vuelto contigo?

Le dice Juan:

—Sí, señor Roger; él tenía ganas de saber sus nuevas.

Le dice Roger:

—El es muy bueno. Dile que yo le agradezco y que le ruego venir a verme antes de su partida. Yo no quisiera que él dejara París sin verme.

Le dice Juan:

—¡Claro que él no se irá sin decirnos adiós, señor Roger; él os admira demasiado para hacer esto.

Le dice Roger:

—¿Por qué me admira? No es necesario que me admire. Dile esto, Juan; no te olvides. Yo quiero más que él me ame. Eso es todo.

Le dice Juan:

—Yo se lo diré, señor Roger. Pero yo no pienso que él os obedezca en esto.

Le dice Roger:

—¿Por qué, pues? ¿Por qué?

Le dice Juan:

—Porque eso no depende de él, señor Roger, de la misma manera que uno no ama por mandamiento, uno no puede impedir admirar lo que es admirable.

Le dice Roger:

—¡Oh, Dios mío! ¡Tú también, Juan! ¡Eso está mal! Mamá, yo estoy fatigado; explícale que yo no hago nada de extraordinario ni admirable; que yo no soy bueno como todos creen; que es el buen Dios que me ayuda a sufrir; que sin él, yo no podría. . . Yo estoy fatigado; habla por mí, mamá.

Le dice la señora de Grignan:

—No te atormentes, querido pequeño. Yo te prometo explicar a Juan lo que tú me pides.

Le dice Roger:

—Sí, sí, al señor Kersac también. Gracias, mamá.

* * *

Y Roger, fatigado, cierra sus ojos. El no tardó en volverlos a abrir. El sufría y luchaba mejor contra el sufrimiento cuando él miraba el crucifijo y la santa Virgen que estaban al frente de su cama.

Juan, acostumbrado a los cuidados que había que dársele en sus momentos de crisis dolorosas, le frotó dulcemente tanto la espalda como las piernas. La señora de Grignan le mojaba la frente con un agua calmante y le hacía inhalar agua alcanforada.

La crisis se calmó pero él no pudo extenderse dentro de su cama. El quedó con su cabeza sobre sus rodillas y sus piernas plegadas sobre él.

* * *

Juan quedó hasta el momento de partir. El besó las pequeñas manos de su pobre pequeño señor y le dejó sin que Roger tuviera la fuerza de levantar la cabeza para decirle alguna palabra.

Juan encontró a Kersac dormido. El le despertó, y los dos se pusieron en camino para la estación Montparnasse.

No habían llegado todavía los invitados; sólo estaban los recién casados y sus padres, y antes de ellos había venido un servidor de cámara del señor Abel, encargado de los tickets, de los compartimentos reservados y de todo lo que pudiera ser pedido de parte de los invitados a la boda.

El servidor de cámara entregó a Kersac y a Juan los tickets de sus lugares, y en pocos instantes todos los invitados a la boda estuvieron completos y los empleados les hicieron entrar en sus respectivos vagones.

Cuando llegó el señor Abel, todo el mundo estaba ya ubicado en su asiento, y ya no había compartimentos reservados. Kersac y Juan habían esperado al señor Abel sobre el andén y se encontraban como él separados de los invitados.

Les dice el señor Abel:

—No os preocupéis. Yo diviso a dos de mis amigos, y nosotros tres somos cinco. Nosotros tomaremos un compartimento; nadie entrará allí.

* * *

El señor Abel fue a buscar a sus amigos Caín y Set; estos eran sus nombres de guerra para las excursiones y las bromas. Nosotros no diremos sus verdaderos nombres, del mismo modo que no decimos el nombre del señor Abel, porque los tres viven todavía y vivirán largo tiempo. Les podría ser desagradable ver sus nombres dados a conocer al público.

Les dice el señor Abel:

—¡Por acá, por acá, amigos míos! Aquí tenéis a mi amigo Kersac; aquí está mi pequeño amigo Juan.

—Señor Kersac, yo os presento mis amigos Caín y Set; nosotros iremos juntos. Yo he sido autorizado por el señor Amedée para invitarles para ser de los nuestros y ser parte de los invitados a la boda.

—Todo el Antiguo Testamento reunido —dijo Kersac al reír de su buena manera franca—. Señor Caín, usted no va a tratarnos como a hermanos, ¿no es cierto?

Le dice Caín:

—¡Claro! ¡Claro! Sino como un Caín regenerado, un Caín del Nuevo Testamento.

* * *

Ellos habían entrado en el compartimento vacío que les estaba reservado, e iban a cerrar las puertezuelas cuando se lanzó al interior del vagón buscando un asiento una gran damita gorda y pelirroja que expresaba desdén, con maneras afectadas y ridículas, elegante, con una enagua de tres metros de envergadura y de nueve metros de vuelo.

—¡Diablo de mujer! —murmura Set. Ella va impedir que fumemos.

—¡Hay que largarla! —dijo Caín—.

Les dice el señor Abel:

—Pero, ¿cómo? ¿De qué manera?

Responde Caín:

—Vas a ver; síganme en mis movimientos los dos.

El añadió algunas palabras, pero de manera más baja aún.

El pito se hizo escuchar, y los vagones se estremecieron.

* * *

La gran damita estaba apenas encajonada al frente de Caín, y éste dio un salto extraordinario.

La dama lanzó un grito apagado.

Un segundo salto, más pronunciado, hizo que ella tuviera una expresión de miedo que se convirtió en terror cuando ella vio a Abel de un costado y a Set del otro costado intentar someterlo y calmar a Caín.

Abel gritó:

—¡Ya, ya, mi amigo! ¡Ya! ¡Cálmate! ¡Vamos! ¡Sé sabio! ¡Esta dama no te hace ningún daño! ¡Ya, ya!

La damita gritó:

—¡Dios mío! ¿Qué es pues lo que ocurre?

Le dice Abel:

—¡No os asustéis, señora! ¡No es nada! Nuestro desdichado amigo. . . ¡Ya, ya, Caín! ¡Ya! ¡Sé bueno, muchacho! Nuestro desdichado amigo se pone loco furioso cuando ve un rostro que le disgusta. ¡Vamos! ¡Set, sostenlo! ¡Se nos va a escapar!

La damita grita:

—¡Dios mío! ¡El nos va a hacer daño!

Le dice Abel:

—¡Espero que no, señora! ¡Quédese tranquila! ¡Nosotros le sostendremos! Pero en sus accesos él tiene una fuerza herculeana. Cuatro hombres vigorosos a duras penas lo pueden dominar.

La damita dice:

—¿Qué hace ahora?

Le dice Abel:

—Es terrible cuando logra escaparse. ¡Todo lo destroza! ¡Vamos, vamos! ¡Set, sostenlo! ¡El se me escapa!

Le dice Set:

—¡Ya no puedo! ¡El es más fuerte que yo!

La damita grita:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡¡¡Socorro!!!* * *

Kersac, que no formaba parte del show, se lanzó sobre Caín. El le sostuvo tan vigorosamente que éste estalló en risas. Kersac, parado delante de la damita, pisoteó su atuendo, su enagua, lo volvió añicos a su sombrero con sus riñones que apenas tenían espacio para moverse. Más apretaba Kersac a Caín, éste más se reía y buscaba deshacerse de su torno.

El tocado de la damita estaba destrozado. Su vestido estaba hecho hilachas. Su sombrero ya no podía asentarse sobre su cabeza. Su falsa cabellera, sus trenzas, su crespón, su moño, se habían deslizado sobre su cara, sobre sus espaldas, sobre su cuello.

El señor Abel, encontrándola suficientemente disgustada de este compartimento gritó:

—¡Déjalo, Kersac, déjalo! ¡La crisis ha pasado! Cuando el río no hay más peligro.

Kersac lo dejó, y al ser empujado por Caín cayó sobre la damita a quien aplastó con todo su peso sin poder levantarse. ¡Dos veces hizo el intento, y dos veces se volvió a caer encima!

* * *

—¡Socorro! ¡Me ahogo! —gritó la dama—.

El señor Abel tuvo piedad de ella y levantó a Kersac con su puño vigoroso y ayudó a la damita a arreglarse más mal que bien.

Ella apenas tuvo tiempo de meter en su sitio sus trenzas, su moño y su crespón, y de reparar su vestido con unos cuantos alfileres, cuando el tren se detuvo la dama abrió la portezuela y se precipitó fuera del vagón.

El desorden de tu tocado atrajo todas las miradas. Ella desapareció, pero pocos instantes después un empleado abrió la portezuela.

—Señores —les dijo—, ¿qué le habéis hecho a esta dama que acaba de dejar el vagón? Ella se queja de un loco que casi la reduce a pedazos. ¿Hay realmente un loco entre vosotros?

Le dice Caín:

—¡Pero en absoluto! Es ella que está loca, que se lanza sobre la gente, que grita, que cree que uno la va a masacrar.

El empleado le dice:

—Esto me parece sospechoso, como sea. Su vestido está terriblemente arrugado; su sombrero está muy deformado. Su atuendo está completamente desmontado.

Le dice Caín, riéndose:

—¡No hay nada malo, empleado! ¡No hay nada malo! Ella no se queja de nosotros, ¡vaya! ¿Quiere un cigarro? ¡Uno famoso!

Caín le presentó un par de cigarros al empleado, que vacila, mueve la cabeza, y acaba por aceptarlos. Y cerró el compartimento diciendo:

—¡Qué broma! ¡Y qué sociedad de bromistas! ¡Eso se ve de lejos!

El tren partió. Abel, Caín y Set rieron hasta desgañitarse.

Caín y Set encendieron sus cigarros, y el señor Abel tranquilizó a Kersac y a Juan explicándoles la escena que había sido inventada y llevada a las tablas por Caín y por Abel.

XXIX EL MARTILLO MAGICO

El viaje no fue muy largo. Ellos se bajaron en Saint Cloud; era la fiesta de la ciudad, y todos se paseaban por todos los rincones. Todos jugaban toda suerte de juegos. Podía verse hazañas, becerros con cinco patas, ovejas con dos cabezas, gigantes de cuatro años que parecían hombres de treinta con barba y mostachos. Finalmente, había un burro que tenía la cabeza allí donde los otros burros tienen la cola.

Esta última maravilla podía ser contemplada dentro de una carpa donde había otras bestias curiosas. El burro estaba solo en un ambiente separado de los demás animales por una lona. El fenómeno no había sido anunciado sino después de una conversación misteriosa entre el señor Abel y el propietario de los animales fenómenos.

—¡Entren, señores, señoras, entren! Se entra allí de uno en uno, señores, señoras. ¡Entren!

Kersac entró primero pagando dos céntimos. El no tardó en salir riéndose a carcajadas.

Muchos le preguntan:

—¿Qué, pues? ¿Qué hay? ¿Es verdad que el burro tiene la cabeza donde los otros burros tienen la cola?

Responde Kersac:

—¡Muy cierto! ¡Y vale la pena los dos céntimos para verlo y jurarle el secreto al bravo propietario del animal! ¡Qué broma! ¡Qué buena obra!

* * *

La alegría de Kersac excita la curiosidad de todos los invitados a la boda y de todas las personas presentes. Todo el mundo quería entrar y ver, y todos salían riendo como Kersac y discretos como él.

Finalmente, esta considerable conglomeración de gente de donde nadie se quería ir, y donde todos reían y aplaudían llamó la atención de los gendarmes. Ellos no pudieron obtener ninguna explicación de la gente, y para saber de qué se trataba, ellos tendrían que entrar en su turno.

Ellos entraron. . . sin pagar. . . en calidad de gendarmes. . . y vieron dentro de un establo un burro doblado de la cabeza a la cola, es decir, a una cola amarrada a las barras donde se dispone la hierba para que coman, delante de los espectadores.

* * *

Los gendarmes no sabían si debían reír o castigar.

El señor Abel se interpuso y les dijo que fue él que había inventado esta diversión.

Esto gustó tan bien a la causa del jefe del establecimiento, que fue autorizado a continuar con la mistificación. Esto le producía más dinero que el resto de las casas de fieras.

* * *

Continuando su paseo a lo largo de las carpas y de las tiendas vieron una barraca con un estrado sobre el cual desfilaban un hombre con la cara pálida y aspecto extenuado, una mujer con el rostro marchito que expresaba sufrimiento, y un pequeño niño con una flaqueza excesiva cuyas mejillas hundidas anunciaban la miseria.

El aspecto de esta familia golpeó penosamente al señor Abel. Después de observarles por un instante, se fue detrás del velo de fondo y habló unos instantes con el hombre. Luego volvió, tuvo una conversación con Caín y con Set.

Los tres pasaron enseguida atrás de la barraca, y la familia extenuada desapareció para dar lugar, poco después a tres salvajes con largas barbas y con tez cobriza.

Uno de ellos hizo un formidable redoble de tambor. Y un segundo gritó con una voz que se impuso al ruido del tambor y dijo: “¡Venid, señores, señoras, venid a ver el efecto maravilloso del. . . Martillo Mágico. . . que convierte los centavos en piezas de plata (en francos), y las piezas de plata en piezas de oro (de veinte francos).

* * *

La multitud no tardó en conglomerarse ante esta barraca.

“Se va a hacer un solo experimento GRATIS, señores y señoras, después del cual uno deberá dar su dinero a la persona que hará la colecta. La presentación va a comenzar. ¿Quién me da un centavo? ¡Un centavo, señores! ¡Un centavo para obtener veinte!”

Una mano se alarga y da un centavo.

El salvaje toma el centavo, lo levanta en alto para que todos lo puedan ver, lo coloca sobre la superficie de un tronco de madera y se aleja.

El segundo salvaje, que tenía un pesado martillo en la mano dio un golpe sobre el tronco.

El primer salvaje toma el centavo y se lo mostró a la multitud: El centavo se había convertido en una pieza de veinte centavos, es decir, un franco.

La multitud aplaudía. El propietario del centavo recibió la moneda de un franco, y una multitud de otras manos presentaron sus centavos. El mismo salvaje los recibía y los devolvía convertidos en francos. Pero algunas veces la operación fallaba y los propietarios de los centavos atrapados murmuraban.

* * *

Uno de los salvajes les dice: “El martillo mágico no hace nada por los avaros, por los jugadores, por los bebedores, por los malos. El lee dentro del corazón, y a cada uno le da según sus méritos.”

Los centavos de los niños se encontraban siempre convertidos en piezas de un franco. Una o dos veces el martillo mágico cambió un centavo en una pieza de dos francos.

El salvaje les dice: “¡Vamos, señores, dadle al martillo mágico monedas de veinte centavos (de un franco) para convertirlos en monedas de oro de veinte francos después de la primera vuelta de la colecta. Los que no los den en la colecta no tendrán derecho a la metamorfosis. ¡Los que den mucho serán recompensados!

La mujer hizo la colecta en la asamblea. Muchos pusieron pequeñas monedas blancas (de un franco).

* * *

En ese momento el Juancito se mezcló con la multitud y atrajo las miradas del principal de los salvajes.

En la segunda colecta, él avanzó y dio una moneda de un franco para obtener una de veinte francos.

Le dice el salvaje:

—¡Dé, señor, usted va a estar satisfecho! ¡Atención, martillo, haz tu oficio! ¡Convierte en oro la plata!

El martillo golpea, el Juancito alarga su mano ávida, y levanta. . . ¡un centavo!

Le dice el salvaje:

—Vuelva a hacerlo, señor, el martillo se ha equivocado, ¡pucha! A veces se equivoca. ¡Vamos, martillo, vuelve a golpear! ¡Recompensa o castiga!

El Juancito dio una segunda moneda de un franco.

El martillo golpea, y el Juancito recibe. . . ¡un centavo!

—¡Ustedes me roban! —gritó el Juancito, encolerizado—.

* * *

El salvaje dice: “Todo el mundo puede ver, señor, que yo no tengo nada en la mano, nada en los bolsillos —no tenía pantalón—. ¡Haga una tercera prueba, señor! ¡Ensaye! ¡Usted no pierda por esperar!

El Juancito, murmurando, extendió la mano con una tercera moneda de un franco.

El martillo golpeó, y el salvaje hizo ver una moneda envuelta en un papel.

Le dice el salvaje:

—¡Aquí tiene, señor! ¡Esto debe ser algo bueno! ¡La moneda está oculta! ¡Hay algo escrito en el exterior del papel!

El salvaje leyó: “Para el Juancito”.

El abrió el papel y leyó en voz alta: “¡Ladrón!”

Y dijo: “¡Un centavo! ¡Siempre lo mismo! ¡Damas y caballeros, este es un martillo mágico que recompensa o castiga!

El Juancito quedó atónito y furioso. Y la multitud repetía: “¡Ladrón, ladrón!”

El temor le sobrecogió, y se retiró prudentemente y desapareció.

* * *

Después del Martillo Mágico los salvajes cambiaron de melodías tyrolienses a coplas alegres y divertidas. La multitud aplaudía, el tarro se llenaba de centavos.

Después de las canciones vinieron los juegos de prestidigitación, los juegos de ingenio, etc. Finalmente, un redoble de tambor anunció que la presentación había terminado.

Los salvajes, fueron aplaudidos intensamente y abandonaron el estrado. Se desvistieron, se lavaron la cara dentro de la barraca, y volvieron a ser Caín, Abel y Set.

Ellos le dieron al pobre charlatán el producto de las colectas que ascendía a más de 50 francos. Esas pobres gentes que pedían limosna dieron testimonio de un grande reconocimiento a estos tres amigos a quienes agradecieron con lágrimas en los ojos.

* * *

El señor Abel y sus amigos buscaron juntarse con su gente, a quienes habían perdido de vista, y no tardaron en encontrarla.

Juan había estado preocupado de la larga desaparición del señor Abel, pero Kersac le dijo que sin duda él se había ido al salón de los cien cubiertos para apresurar la cena. Nadie le había reconocido en el show de los salvajes.

El señor Abel invitó al grupo a venir a tomar su cena. La proposición fue acogida con gozo. El desayuno-almuerzo estaba lejos, y se proponían dar honor a la cena.

Los invitados se ubicaron en sus asientos. La cena comenzó con el mismo silencio religioso del desayuno. E igual que en la mañana, fueron animándose después de los primeros platos, y se pusieron alegres y bulliciosos cuando se aproximó el asado.

La cena estuvo exquisita; los vinos estuvieron al pelo, y empezaron a cantar.

* * *

Cuando le tocó el turno al señor Abel, él entonó con Caín y Set una de las coplas que habían cantado sobre los caballetes del saltimbanqui. Sólo entonces fueron reconocidos, interrogados, aplaudidos.

Se reían mucho de la invención del Martillo Mágico y de la trampa en que se le hizo caer al Juancito.

Después de la comida que duró desde las siete hasta las nueve se hicieron escuchar los violines, y empezaron las danzas.

Cuando estaban bastante animados, le grita a Juan:

—¡Ahora nosotros dos, pequeño Juan, como en el Café Métis: ¡La lección de baile!

Y los dos, riéndose, se pusieron en posición, como en el Café Métis y comenzaron la danza que tanto había divertido a los curiosos de la calle, y que tuvo el mismo efecto en el salón de cien cubiertos de Saint Cloud. ¡Todo el mundo reía y aplaudía!

* * *

La velada se prolongó tan alegremente hasta la una de la mañana. Y en la estación encontraron coches estacionados por orden del señor Abel para todos los invitados. Y cada uno volvió a su casa.

Antes de separarse, el señor Abel le dijo a Juan y a Kersac que él iría a desayunar a la mañana siguiente en la casa de la señora de Grignan, y que les llevaría a la Exposición de Cuadros que debía abrir dentro de pocos días, y que por el momento sólo estaba abierta a los artistas.

XXX
EN LA SALA DE LA EXPOSICION

Kersac y Juan estaban fatigados. Ellos durmieron hasta tarde en el día siguiente. Cuando el pequeño Roger pidió que le dijeran a Juan que viniera a verle, Kersac seguía durmiendo y Juan se acababa de vestir.

El se apresuró a descender al cuarto del pobre enfermo que le recibió con una dulce y amable sonrisa.

Le dice Roger:

—Tú has vuelto ayer bien tarde, Juan, ¿Te has divertido mucho?

Le dice Juan:

—Mucho, señor Roger, lo que no impide que yo haya pensado en todo momento en usted y que me haya querido escapar para venir a pasar una hora o dos con usted.

Le dice Roger:

—Gracias, mi buen Juan. Cuéntame lo que has hecho.

* * *

Juan le contó lo de la broma en el vagón de los señores Abel, Caín y Set, y el aplastamiento de la gorda damita pelirroja por parte de Kersac, que pensaba socorrerla.

Después le contó la historia de los saltimbanquis, del martillo mágico, la desventura del Juancito que había perdido tres francos por querer ganar una moneda de oro.

Le contó sobre la cena, sobre la “lección de baile”, sobre el baile y todo lo que podía divertir a Roger y distraerle un instante en medio de sus sufrimientos.

El pobre pequeño sonreía; él no tenía fuerzas para reír. El agradeció a Juan por su atención. En los momentos cuando sufría fuertemente él le hacía señal de interrumpir.

Juan quedó así una hora con él, y volvió enseguida al lado de Kersac, que se vestía y que estaba muy avergonzado cuando supo que eran las diez de la mañana.

* * *

Le dice Kersac:

—Yo no tengo la costumbre de estas veladas, de estas fatigas extraordinarias y de estos banquetes monstros que os vuelven pesados y perezosos. En la granja yo me fatigo más y tengo menos necesidad de reposo. Allá estaré, felizmente mañana en la mañana, y después de mi llegada, arreglaré mi asunto con tu madre. Mientras más pronto será mejor. Yo le he prometido llevarte conmigo; ¿quisieras tú venir a pasar algunos días con nosotros?

Le dice Juan:

—Yo estaría muy feliz, pero no puedo dejar a mi pobre pequeño señor Roger en el estado en que está. Yo no soy gran cosa, pero él pide mi presencia a menudo, y yo tengo éxito en distraerle un poco.

Y añadió:

—El me ha hecho repetir muchas veces mi encuentro con el señor Abel, cuando él se hizo pasar por ladrón, y también nuestro viaje en carreta y la buena jornada que usted me ha hecho pasar, señor. Usted verá que me sería mal dejarle en este momento.

Le dice Kersac:

—Tú tienes razón, mi pequeño. Tú eres un muchacho bravo y bueno. El señor Abel va a llegar pronto para llevarnos a ver los cuadros. Nosotros desayunaremos antes de partir; espero. Tengo el estómago vacío, que asunta.

* * *

El señor Abel llegó y les dijo que estén listos dentro de una hora.

Ellos fueron exactos, y el señor Abel les hizo montar en su coche.

Le dice Kersac:

—Usted tiene también otro hermoso animal, señor, pero éste no se iguala al de ayer. Yo lo he soñado al otro. Si yo tuviera un caballo que se pareciera, yo pasaría horas haciéndolo trotar. ¡Qué trote! Yo lo unciría sólo para verlo correr.

El señor Abel le escuchaba sonriente. Parecía contento del entusiasmo de Kersac por su yegua.

Cuando entraron a la sala de la Exposición, el señor Abel les llevó primero ante los cuadros más hermosos. Después les hizo ver los suyos.

Un grupo de cuatro cuadros de caballete atrajo enseguida su atención. Juan miraba con una sorpresa y un gozo que se manifestaron en exclamaciones que el señor Abel buscó en vano detener.

* * *

Juan no veía la multitud que se había congregado alrededor de ellos. Cuchicheaban, nombraban en voz baja al señor Abel de N. . . Este, por su lado, había hecho vanos esfuerzos para arrancar a Juan de su entusiasmo. El no veía más que estos cuadros; él no escuchaba su propia voz. Contrariado, casi impaciente, el señor Abel hubiera querido irse, pero la multitud que se componía de artistas les había rodeado. Había que quedarse allí.

Cuando él se volvió para buscar una salida, todas las cabezas se descubrieron.

El señor Abel saludó y sonrió con su cortesía y su afabilidad acostumbradas.

La multitud empezó a emocionarse, a agitarse, y se hicieron escuchar algunas “¡vivas!”

* * *

Dijo el señor Abel sonriendo:

—Señores, de gracia yo os pido pasar. Juan, ven mi amigo.

—¡¡Juan!!! ¡el se llama Juan! —cuchichearon algunas voces—.

Juan salió por fin de su éxtasis.

—¡Oh, señor! —empezó él—.

Le dijo el señor Abel:

—¡Shhh! Tonto. ¡Silencio, yo te suplico, y sígueme!

Juan le siguió mecánicamente. La multitud quiso seguirles también.

El señor Abel se volvió, se quitó su sombrero, y dijo:

—Señores, yo os suplico. Permitid que me retire. Yo os ruego —añadió con dignidad, pero con gracia—.

La multitud, siempre con el sombrero bajo, obedeció a esta petición. Le dejaron alejarse y le siguieron con la mirada. Sólo cuando él estuvo en la puerta estallaron las vivas y los aplausos.

El señor Abel aceleró sus pasos. Por largo tiempo todavía él y sus compañeros pudieron escuchar cuando estalló el entusiasmo por el gran artista, por el hombre de bien, por el carácter honorable tan amado universalmente, tan respetado y admirado.

* * *

Cuando estuvieron en el coche dijo el señor Abel:

—¡Bonita escena que tú me has acarreado con tu entusiasmo y tus exclamaciones!

Le dice Juan:

—Perdóneme, señor. Yo estaba fuera de mí. Yo no sabía lo que decía. ¿Por qué me ha arrancado de allí, señor? ¡Yo hubiera estado allí dos horas!

Le dice el señor Abel:

—Es justo para esto, por Dios, que te he traído. Tú has escuchado sus gritos. Cinco minutos más y ellos me llevan en triunfo como los emperadores romanos. ¡Ha estado bonito! Todos los periódicos hablarán de esto; yo no habría sabido dónde dejarme ver.

Juan estaba avergonzado; Kersac reía. El señor Abel se rió con él, le dio un pequeño golpe sobre la mejilla a Juan, y la paz fue así concluida.

XXXI MUERTE DEL PEQUEÑO ROGER

Kersac debía partir la misma tarde. El aprovechó el tiempo que le quedaba para recorrer todo París con Juan. Al volver para el almuerzo, estaban rendidos de fatiga.

Le dice Kersac:

—Di, pues, Juan, yo quisiera antes de dejar París llevarme una bendición de vuestro pequeño ángel. Eso me dará felicidad. Pregunta, pues, si le puedo ver. La hora de mi partida se acerca. Yo haré mi pequeño paquete mientras tú haces la comisión.

Juan volvió antes de que el pequeño paquete fuera terminado. De su parte, Roger quería ver a Kersac antes de su partida.

Cuando entraron en su cuarto, Kersac fue golpeado de la alteración de los rasgos del niño. La palidez de su cara, la dificultad de su respiración anunciaban un agravamiento serio de su estado.

—Venga, mi buen señor Kersac —dijo Roger— con una voz entrecortada. Venga; yo no le veré más, pero yo oraré por usted. . . Adiós, adiós. . . Bien pronto. . . yo estaré cerca del buen Dios. . . Yo estoy feliz. . . de haber sufrido tanto. El buen Dios me recompensará.

Kersac se arrodilló junto a la cama y le dijo:

—Querido pequeño ángel del buen Dios, bendíceme por última vez —dijo poniendo sobre su cabeza la pequeña mano de Roger, crispada por el sufrimiento.

—¡Que el buen Dios le bendiga! Y a ti también, Juan. . . Adiós.

* * *

El pobre pequeño comenzó a tener una crisis. La señora de Grignan le rogó a Kersac que saliera.

Juan le pregunta a la señora de Kersac si podría serle útil. Tras su respuesta negativa, él acompañó a Kersac.

El almuerzo de oficio fue triste. Cada uno esperaba el próximo final de Roger. Todos le amaban, le compadecían. Todos estaban enternecidos de sus terribles sufrimientos.

Kersac debió partir al salir de la mesa. Agradeció afectuosamente al señor Barcuss por sus cuidados y por su bondad. También agradeció a la gente de la casa, pues todos habían contribuido a hacer agradable su permanencia entre ellos. El encargó a Barcuss sus respetos y agradecimientos para el señor y la señora de Grignan y partió con Juan.

* * *

Al volver del ferrocarril Juan pasó por la suite del señor Abel, fatigado de su jornada de la víspera. El estaba en casa con ropa de dormir

Le dice el señor Abel:

—¡Aquí estás, Juan! Y bueno, tú tienes el aspecto muy triste. ¿Qué pasa, amigo mío?

Le dice Juan:

—Yo temo, señor, que nuestro querido pequeño señor Roger no esté muy cerca de su fin. Su cara está tan alterada, su voz tan debilitada después de su última crisis. Yo he venido a prevenirle.

Le dice el señor Abel:

—Yo te agradezco, mi pequeño. Yo quería acostarme temprano creyéndole mejor. Pero lo que me dices me preocupa, y yo amo mucho a esta excelente familia como para abandonarla en estos momentos tan dolorosos.

El señor Abel tocó un timbre. Un servidor de cámara entró y el señor Abel le dice:

—Vé a buscarme un coche mientras me visto, Baptiste.

Baptiste le dice:

—Señor, ¿quiere que le diga a Julián de uncir el caballo?

—No. Eso tomará mucho tiempo. Un coche, el primero en venir.

El servidor de cámara salió. El señor Abel se vistió.

—Juan, ayúdame a pasar mi traje. Yo espero que Bautista vuelva.

—El coche del señor —dice Bautista al entrar—.

El señor Abel le dice a Juan:

—Ven, Juan, yo te llevo. Apresurémonos.

* * *

Diez minutos más tarde ellos estaban en el hotel del señor de Grignan.

—¿Cómo va el niño? —dijo el señor Abel al conserje entrando precipitadamente.

—Mal, señor, muy mal —respondió el conserje—. El doctor salió de aquí. Han mandado a buscarle a usted, señor, y al señor cura de la Magdalena.

Abel subió rápidamente la escalera, atravesó los salones. La puerta de Roger estaba abierta. El niño estaba inundado de sudor. Sus ojos entreabiertos, su mirada nublada por la cercanía de la muerte. Su boca estaba contraída por los sufrimientos de la agonía. Sus manos crispadas y agitadas por los movimientos convulsivos anunciaban un final cercano.

El señor y la señora de Grignan, de rodillas ante su cama, contemplaban con una dolorosa resignación la agonía de su hijo.

Suzanne, menos fuerte para luchar contra el dolor, estaba de rodillas junto a su madre, y sollozaba con su cara escondida entre sus manos.

Abel se puso entre la madre y la hija, oró con ellas y empezó a recitar las oraciones de los agonizantes.

Una ligera sonrisa apareció sobre la boca del niño. Hizo el intento de hablar, y después de algunos esfuerzos articuló débilmente:

—Abel. . . ¡gracias!

* * *

El señor y la señora de Grignan completaron el agradecimiento del niño con una mirada llena de reconocimiento.

El cura entró, se aproximó al moribundo, se apresuró a darle una última vez la bendición, le administró el sacramento de la extremaunción, y se unió al señor Abel para recitar la oración de los agonizantes.

En el momento cuando él dijo con una voz más fuerte y solemne, “Parte, alma cristiana”, un ligero estremecimiento agitó los miembros del niño. Después sobrevino una inamovilidad completa, y la respiración desde ya difícil, se detuvo.

El cura se inclinó sobre el niño, bendijo ese cuerpo sin vida, y se levantó recitando el *Laudate Dominum*.

El señor de Grignan quiso conducir a su mujer. Ella se desligó dulcemente de su brazo, apoyó su mejilla sobre la cara de su querido pequeño Roger, lloró largo rato, y luego se dejó llevar por su marido.

* * *

Suzanne siguió de rodillas, sollozando cerca del cuerpo de su hermano del cual ella tenía siempre sus sienes. El señor Abel al verla olvidada en este primer momento de tan grande dolor, la levantó, buscó consolarla diciéndole palabras llenas de corazón sobre la dicha que gozaba ciertamente su hermano y la vida cruel que él había tenido hacía tanto tiempo.

—Yo lo sé —dijo ella—, ¡pero yo le amaba tanto! Era mi hermano, mi amigo, a pesar de la diferencia de edad. ¡Cuántas veces este pequeño me ha animado, me ha ayudado, me ha consolado! Y al presente. . .

Suzanne comenzó de nuevo a sollozar con tal violencia que asustó al señor Abel. El la arrancó de la cama de Roger, y no obstante su resistencia, la llevó al salón.

Al cabo de cierto tiempo ella apareció sensible a los testimonios de afecto que él le daba.

—Mi querida niña —le dice él— yo no puedo remplazar al pequeño ángel que has perdido, pero yo soy para ti un amigo, un hermano, un confidente mismo, si tú quieres corresponder a la amistad que te ofrezco y pagar con la confianza la dedicación más absoluta.

* * *

La pena de Suzanne tomó una apariencia más dulce después de esta promesa del señor Abel. Sus lágrimas fueron menos amargas. Su ternura por sus padres tendría su complemento en el afecto de un amigo cuya edad se aproximaba a la suya. Ella pidió insistentemente al señor Abel que le dejara volver cerca de su hermano.

—No tema más por mí, querido señor Abel. La oración me hará bien. Roger ya ha orado por mí, porque él me da un amigo como usted. Déjeme agradecerle.

Abel la condujo cerca de la cama de Roger. Ella regó con sus lágrimas sus pequeñas manos ya heladas. Ante ella oraba Abel. Una hora se pasó así.

El señor Abel le pidió a Suzanne tomar algún reposo. Ella respondió negativamente por una señal de la cabeza.

—Yo os ruego, Suzanne —dice él dulcemente—.

Suzanne se levantó y le siguió al salón sin resistencia.

* * *

Le dice el señor Abel:

—Suzanne, prométeme ir a recostarte sobre tu cama. Tú estás pálida como un muerto y pareces extenuada de fatiga. Mi querida Suzanne, cuídate, créeme. Tus padres tienen más que nunca necesidad de tus cuidados y de tu ternura.

Le dice Suzanne:

—Yo os obedeceré, querido señor Abel. Pero vaya a ver a mi papá y a mi mamá; ¡el os aman tanto! Vuestra presencia les será un grande consuelo.

Le dice el señor Abel:

—Yo iré, Suzanne. Confía en mi amistad para consolarles lo mejor que pueda.

El señor Abel le apretó la mano y la dejó para entrar a donde estaba el señor de Grignan. El le encontró luchando contra el deseo expresado por su mujer de volver cerca del niño para amortajarlo.

—Déjela seguir su deseo, amigo mío —le dice el señor Abel—. Ella estará mejor allá que en cualquier otro lugar. Deje a la madre darle sus últimos deberes a su hijo.

El señor de Grignan no se opuso más a los anhelos de su mujer, que salió precipitadamente después de haberle dirigido a Abel una mirada elocuente.

XXXII
EL MATRIMONIO DE ABEL

La familia quedó sumergida en un profundo dolor, pero jamás fue pronunciada una murmuración. Abel no les dejaba casi. El mantuvo la promesa que le había hecho a Suzanne; él fue para ella el amigo más dedicado, el hermano más atento.

Los meses, los años pasaron así. La reputación de Abel había crecido aun más. Sus últimos cuadros habían hecho furor. El había recibido el título de Barón después de la Exposición en la cual había tenido un éxito tan brillante. El continuaba su vida simple y bienhechora. El había restringido cada vez más el círculo de sus relaciones íntimas y cada vez más él daba su tiempo a sus amigos de Grignan.

Suzanne había llegado a la edad cuando una joven, bonita, rica y encantadora heredera es pedida por todos aquellos que buscan una fortuna y un nombre. Las demandas eran lealmente sometidas a Suzanne, que las rechazaba todas sin mayor escrutinio.

—Querida Suzanne —le dijo un día Abel—, vuestra madre me dice que tú has rechazado al Duque de G. . . ¿Acaso quiere usted permanecer soltera? —añadió él, sonriendo—.

Le dice Suzanne:

—Yo no me casaré jamás con un hombre que yo no conozco, que no amo y que me busca por la fortuna que yo debo tener.

Le dice Abel:

—Pero, querida chica, tú conoces al Duque de G. . . Tú lo has visto muchas veces.

Le dice Suzanne:

—Lo que conozco de él no me conviene. El habla con ligereza de todo lo que me place, de todo lo que yo amo. ¿Tendría usted el valor de comprometerme a casarme con un hombre sin religión?

Le dice Abel, con intensidad:

—No, jamás, Suzanne. Yo soy demasiado vuestro amigo para darle un consejo tan peligroso.

Le dice Suzanne:

—Entonces, no me proponga más a alguien hasta que. . .

Le dice Abel:

—Acaba, Suzanne. . . ¿Hasta qué?

Ella le dice, sonriendo:

—Hasta que usted me haya encontrado un hombre que se parezca a usted.

* * *

Le dice Abel, después de un instante de silencio y muy emocionado:

—Suzanne. . . Yo sé que tú piensas demasiado alto respecto de mí. Yo conozco tu franqueza, tu sinceridad. Dime el fondo de tu pensamiento. ¿Qué quieres decir con eso?

Le dice Suzanne, sonriendo:

—Si usted no lo comprende, pídale la explicación a mi mamá; ella se la dará. Justamente, aquí viene ella. . . Yo me escapo.

Le dice la señora de Grignan:

—¿Y bien? ¿Qué pasa, pues, Abel? Suzanne se escapó y usted se ha quedado culeco. . .

Le dice Abel:

—Hay razón para ello, querida madame. Si usted supiera lo que me acaba de decir Suzanne. . .

* * *

El le repite palabra por palabra su conversación con Suzanne y le dice la señora de Grignan:

—Ella tiene perfectamente razón, amigo mío. Yo digo como ella.

Le dice Abel, intensamente emocionado:

—¡Madame! Querida madame, ¿comprende bien todo lo que significan sus palabras? No podría yo haberme figurado. . . Que si yo osara. . . pedirle a Suzanne. . . ¿usted me la daría?

Le dice la señora de Grignan:

—¡Ciertamente! ¡Usted puede creerlo! Yo se la daría y con grande dicha. Y Suzanne sería tan feliz como lo seríamos nosotros, mi marido y yo.

Le dice Abel:

—¿Será esto posible? ¡Cómo! Este voto que yo encerré en lo más profundo de mi corazón, ¿habrá sido atendido? ¿Suzanne será mi mujer? ¿De vuestro consentimiento? ¿Del suyo?

Le dice la señora de Grignan:

—¡Sí, amigo mío! ¡Usted será su marido y mi yerno! ¡El verdadero hermano de mi querido pequeño Roger, añade ella tomando las dos manos de Abel con las suyas. ¡Ese pequeño! ¡El os amaba tanto! Su última palabra ha sido vuestro nombre.

* * *

La señora de Grignan llora en los brazos de este hijo que ella venía de darse. El besó mil veces sus manos agradeciéndole del fondo de su corazón.

Le dice Abel:

—¿No puedo ver a Suzanne, querida madame?

Le dice ella:

—Es muy justo. Yo voy a enviarla a usted.

Dos minutos después entró Suzanne, sonriente pero ligeramente avergonzada.

—¡Suzanne! —dijo Abel yendo a ella y besándole las manos, Dios me recompensa muy ricamente por lo poco que yo he hecho en su servicio.

Le dice Suzanne:

—¡Y yo, mi amigo! Es a nuestro querido pequeño Roger a quien debo esta dicha que tan a menudo he pedido al buen Dios, y que usted me negaba siempre.

Le dice Abel:

—¡Yo! ¡Ah! Suzanne, ¿cómo no has comprendido que yo no me atrevía? Yo que he tenido éxito en acumular condecoraciones, en haber sido hecho Barón, yo no creía poder pretender a la joven y encantadora heredera pedida por los más grandes nombres de

Francia. Mi intimidad con tus padres, sus bondades para conmigo, e incluso la gran amistad y preferencia que tú me mostrabas en toda ocasión me impedían toda tentativa, y en consecuencia toda esperanza. ¡Pero si tú supieras cuánto he sufrido de este silencio forzado!

Le dice Suzanne, sonriendo:

—Al presente, amigo mío tú no sufrirás más de haberme hecho sufrir; yo también. A ningún otro que a ti (que eres mi confidente íntimo, tú sabes), yo jamás me hubiera atrevido a decirle lo que yo te he dicho a ti hoy día. Y sin embargo, yo pensaba bien que tú no te sentirías molesto.

* * *

A partir de este día el matrimonio de Suzanne de Grignan con el señor Baron de N. . . fue el objeto de todas las conversaciones. No sólo fue aprobado, sino aplaudido en extremo. La reputación y la celebridad de Abel lo habían puesto en el rango de los grandes partidos, y más de una madre envidiaba la dicha de la señora de Grignan.

XXXIII
EL MATRIMONIO DE KERSAC

Tres años antes de este acontecimiento Kersac había vuelto lleno de gozo a la granja de Santa Ana, y su primer cometido fue buscar a Elena a quien encontró en la cocina, ocupada en los cuidados domésticos.

—¡Elena! ¡Elena! —gritó Kersac—. ¡Aquí estoy! ¡Y muy contento de haber vuelto!

Elena le dice:

—¿Y Juan?

Le dice Kersac:

—¡A Juan le va muy bien! El vendrá un poco más adelante; yo te explicaré al respecto. Y yo vengo a pedirte algo.

Le dice Elena:

—¡Todo lo que usted quiera, señor! Usted sabe que tengo la voluntad de obedecerle en todo.

Le dice Kersac:

—¡Oh! No se trata de obedecer sino de querer.

Le dice Elena:

—Para mí da lo mismo; yo quiero todo lo que usted quiera.

Le dice Kersac:

—¿Es verdad eso? Entonces, ¡costal de papel! Yo tengo temor. . . ¡Palabra! Yo tengo temor. . .

Le dice Elena:

—¿Qué es pues, Dios mío? ¿Es que mi pequeño Juan. . .?

Le dice Kersac:

—No se trata del pequeño Juan, ¡gran muchacho, este pequeño! Yo soy tonto. . . Pero no se trata de eso; se trata de ti. . .

Le dice Elena:

—Pero hable, pues, señor, ¡usted me da miedo!

Le dice Kersac:

—Elena, Elena, ¿no lo adivinas?

* * *

Y como Elena le miraba con grandes ojos asombrados, Kersac la tomó en sus brazos, casi la ahoga, y le dice por fin:

—¡Yo quiero que tú seas mi mujer!

Después él la dejó tan súbitamente y ella fue a dar sobre un banco que se encontraba detrás de ella.

La sorpresa y la caída la inmovilizaron. Kersac creyó haberla golpeado seriamente y grita:

—¡Animal que yo soy! Elena, mi pobre Elena, ¿estás herida? ¿Tú sufres?

Le dice Elena:

—Yo no estoy herida, señor; yo no sufro. Pero estoy tan asombrada que yo no comprendo. Yo no sé nada de nada, de lo que usted quiere decir. . .

Le dice Kersac:

—¡Pucha! ¡Esto no es tan difícil de comprender. Tú eres una mujer excelente, activa, limpia respecto de la obra de una granja. Yo soy soltero; yo me aburro de estar soltero. ¡Por Dios! Es por tanto simple y natural. Y yo te digo: ¿Quieres o no quieres? Si dices SI me volverás muy contento; así me pagarás todo lo que pretendes deberme. Si dices NO, tú eres una ingrata, un mal corazón. Tú me darías tristeza en recompensa de lo que yo he hecho por ti. ¡Vamos, Elena, responde en lugar de mirarme asustada, como si yo viniese a ahorcarte.

Le dice Elena:

—Señor Kersac, ¿es posible que usted tenga esta idea?

Le dice Kersac:

—Se trata de eso: SI o NO.

Le dice Kersac:

—¡SI, mil veces SI, señor! ¿Podría usted dudar de la dicha con la cual acepto este nuevo beneficio?

Le dice Kersac:

—¡En buena hora, entonces! Este pillo de Simón me ha atormentado.

Y apretándole de nuevo en sus brazos con una fuerza que hizo gritar socorro a Elena, él corrió a anunciar a su gente la sorprendente noticia de su matrimonio.

Le dice Kersac:

—Y bien, ¿ustedes no están sorprendidos?

Le dijo uno, sonriendo:

—¡Por supuesto que no! Todos lo deseaban y esperaban desde hace mucho tiempo. Elena merece bien esta dicha que le envía en buen Dios. ¡Usted no pudo haber escogido mejor, señor!

* * *

Una vez convenida y anunciada la cosa, Kersac se apresuró a consumarla. Quince días después él estaba casado, y salvo que Elena fue la señora Kersac y que Kersac fue diez veces más dichoso que antes, la granja de Santa Ana continuó como en el pasado.

Un acontecimiento importante que no hay que olvidar es que, al día siguiente de la llegada de Kersac, Elena vino a prevenirle que un hombre y un caballo acababan de llegar.

Kersac dijo:

—¡Un hombre! ¡Un caballo! Yo no comprendo. Yo no he comprado nada.

El fue a ver, y a penas lanzó una mirada al caballo, él lanzó un grito de gozo al reconocer la magnífica yegua trotadora de Abel. El palefrenero le explica que eso era un regalo de parte del señor Abel de N. . . y le entregó una carta que él abrió apresuradamente, y leyó lo que sigue:

“Mi querido Kersac, tú tienes razón. La vida de París no conviene al animal que yo os envío. Ella será más feliz contigo. Concédeme el servicio de aceptar de tenerla para tu uso personal. Es en el campo que ella desplegará todos sus encantos.

Envíame mi palafrenero lo más pronto posible; yo lo necesito aquí.

Adiós. No te olvides de tu amigo,

Abel N. . .

* * *

Dijo Kersac al palafrenero:

—¡Excelente hombre! ¡Perla de los hombres! ¡Corazón de oro! Como dice mi pequeño Juan. ¡Que dicha el tener esta yegua! ¡Nadie la tocará aparte de mí! Entre, señor palafrenero; venga a refrescarse.

Kersac confió a Elena el cuidado de hacer beber y comer al palafrenero. El llevó a su bella yegua al establo, le hizo una cama excelente, la masajó, la escobilló, le dio avena y paja.

Cuando el palafrenero quiso partir, él le deslizó 40 francos en la mano. Eso era mucho por los dos. Y se separaron con fuertes puños de la mano.

Esta yegua fue una fuente de gozo y de placer para Kersac. Todos los días él hacía nacer la ocasión de uncirla a un coche liviano, y la hacía trotar durante una hora o dos, sin dejar jamás de observarla cuando partía el aire siendo la admiración de todos los que encontraba.

Una vez él llevó a Elena, pero ella pidió gracia por lo porvenir, asegurando que este corrida rápida le daba miedo.

* * *

Ellos recibieron la visita de Juan poco después de la muerte del pequeño Roger. El señor y la señora de Grignan se habían ido a hacer un viaje a Suiza y en el norte de Italia con su amigo Abel para distraer a Suzanne de su pena. Ellos lo lograron, en parte, pero Suzanne continuaba hablando sin cesar con el señor Abel de su hermano Roger, y para los dos este recuerdo tenía un encanto inexplicable.

Fue durante este viaje, al cual no llevaron a nadie más que a Barcuss, que Juan obtuvo sin dificultad, por mediación del señor Abel, el permiso de pasar el tiempo de su ausencia en Elven.

XXXIV EL MATRIMONIO DE JUAN

Tres años después, cuando Abel había llegado a ser del todo parte de la familia por su matrimonio con Suzanne, Juan le anunció que Kersac y Elena estaban en una grande aflicción. El propietario de la granja que cultivaba Kersac desde hacía más de veinte años había muerto recientemente. La tierra estaba en venta, y estaban el tratos con alguien que la quería explotar él mismo.

—No te aflijas, amigo mío, le dijo Abel, esta venta no ha sido hecha todavía; quizás no se hará.

En efecto, pocos días después, Juan supo de parte del señor Abel que la granja había sido vendida a alguien que haría con Kersac un contrato de arrendamiento, el cual deberá durar todo el tiempo que viva el granjero.

Juan quedó tan sorprendido de este “a propósito”, que Abel no pudo impedir la risa.

—Señor —dijo Juan—, ¿no será que el señor Ladrón y el señor Pintor no tendrán algo que ver en esto?

Le dijo Abel, riéndose:

—Es posible; yo sé que el señor Pintor buscaba comprar una tierra en Bretagne.

Le dice Juan:

—¡Oh, señor, qué dicha! ¡Vuestra bondad no se agota nunca!

Era realmente el señor Abel que había comprado la granja de Santa Ana para construir allí un castillo para que fuera su residencia de verano.

Esta adquisición significó la dicha de Kersac y de Elena, y de Juan que se encontraba cerca de su madre siete u ocho meses al año, sin contar la familia que habitaba en el castillo.

* * *

Cuando Marie tuvo 18 años, Kersac, que la amaba tiernamente y que no había tenido hijos de su matrimonio con Elena, cumplió su proyecto de otro tiempo y anunció que adoptaría a Marie como hija. Sólo faltaba la segunda parte del proyecto, de hacerla casar con Juan.

Este último tenía 27 años. El había continuado su servicio en el Hotel de Grignan, salvo un cambio ligero, es decir, había pasado al servicio particular de su benefactor, de su bien amado señor Abel. Uno pudiera, al hablar de ellos dos, decir con verdad: “¡De tal señor, tal servidor!”

Cuando la adopción de Marie fue anunciada, el señor Abel, que se entendía con Kersac para hacer que este matrimonio tuviera éxito, encontró un día que Juan estaba pensativo y menos alegre, y le hizo la observación. Entonces Juan le dice:

—¿Qué quiere, señor? Mientras se avanza en edad, uno llega a ser más sabio y más serio.

Le dice el señor Abel, sonriente:

—Pero mi amigo, tú tienes 27 años a penas. Esta todavía no es la extrema vejez.

Le dice Juan:

—Todavía no, señor; pero allí uno marcha todos los días.

Le dice el señor Abel:

—Escucha, Juan, cuando yo me casé yo tenía 34 años y yo no estaba triste, y no lo estoy todavía, aunque tengo 41 años.

Le dice Juan:

—Yo lo sé bien, señor.

Le dice el señor Abel:

—Juan, tú me escondes alguna cosa; eso no está bien. Tú, que no tenías secreto para mí, veo que tú me tienes uno, y ya hace varios meses.

Le dice Juan:

—Perdóneme, señor, esto no es un secreto; es sólo algo que me pone triste a pesar de mi.

Le dice el señor Abel:

—¿De qué se trata, Juan? Dímelo. ¿De qué tienes miedo? Tú conoces mi amistad para contigo. . .

Le dice Juan:

—¡Oh, sí, señor! Y vuestra indulgencia, y vuestra bondad, que jamás son desmentidas. Se trata de esto, señor: Yo siento por Marie una atracción que me haría verdaderamente querer desposarla. Pero me es imposible de casarme con ella porque al casarme así mi padrastro y mi mamá querrán guardarnos cerca de ellos. Y si yo os dejo, señor, yo me sentiré tan desdichado, tan ingrato, tan egoísta, que no tendré ni un minuto de reposo y me moriría de pena. Por otro lado, cuando dejo a Marie me parece que es mi alma que se va y que yo quedo solo en el mundo. Ella me ha dicho que para ella da lo mismo y que ella lloraba a menudo pensando en mí. Yo le he dicho lo que me detenía; ella ha comprendido y hemos convenido, ella de quedarse soltera, y yo de quedarme soltero. Yo me consuelo con el pensamiento de no dejar jamás a mi señor y de vivir muy feliz para mi señor y para madame.

* * *

Al decir estas palabras le falló la voz. El se dio la vuelta como para atender alguna cosa y desapareció.

El señor Abel quedó triste y pensativo: “¡Felices! ¡Pobre muchacho! Es por mí que él sacrifica su felicidad y el de la mujer que él ama. Yo no puedo aceptar eso. El se habrá casado de aquí a un mes.”

El señor Abel tocó el timbre, y Baptiste entró.

—Baptiste, vé a la granja y dile a Kersac que venga para hablar conmigo.

Kersac se apresuró a llegar, y le dijo:

—Yo tengo un asunto que tratar contigo, Kersac. Yo te pido que me apoyes, y yo os ofrezco el mío.

Ellos se encerraron para tratar de sus asuntos sin ser molestados. Una media hora después Kersac se retiró frotándose las manos.

* * *

Cuando el señor Abel volvió a ver a Juan, le dijo que Kersac le quería para comunicarle un asunto importante.

—¿Se necesita que vaya de inmediato, señor?

—Pues sí, Kersac parece tener prisa.

Juan se apresuró a ir, y le encontró solo.

—Juan —dijo Kersac extendiéndole la mano, tú eres un tonto, y Marie es una tonta. Yo voy a meter a los dos a razón.

Kersac se levantó, abrió una puerta y volvió a entrar jalando tras él a Marie, toda bañada en lágrimas.

—¡Toma! —le dice al mostrársela a él—. Tú eres la causa de esto.

Le dice Juan:

—Marie, Marie, tú me habías prometido ser razonable.

Le dice Marie:

—Lo intento, Juan, pero no puedo.

Le dice Kersac:

—Ustedes dos son unos tontos. Y esta es la manera como yo os devuelvo la razón.

* * *

El tomó la mano de Marie, y la juntó a la de Juan.

—Yo te la doy —le dice a Juan—.

—Yo te lo doy —le dice a Marie—.

Y de nuevo a Juan:

—Tú estarás con el señor Abel durante los ocho meses que él pasará aquí. Cuando él se vaya, tu podrás seguirle, o tú te quedarás, como tú quieras. Yo hubiera querido mucho tenerte a mi turno, pero el señor Abel ha tenido buen parecer. ¡Pucha! ¡El te atrae como el hierro atrae al imán!

* * *

Kersac no les dio tiempo para responder. El salió cerrando la puerta tras de sí. Cuando él volvió a entrar una hora después, él encontró a Juan rendido a la razón. Marie le había demostrado que su matrimonio no perjudicaba en nada a su servicio cerca de su benefactor, así como el señor Abel, no será mejor servido que en ello. Parecía que sus argumentos habían sido muy persuasivos, porque terminaron la conversación discutiendo sobre el día del matrimonio. Juan quería esperar; Marie quería apresurarlo:

—Porque —dijo ella— si yo te dejo el tiempo de la reflexión, tú me dejarás por el señor Abel, y yo moriré de pena.

Juan se estremecía ante este asesinato previsto y premeditado y consintió con la más leve postergación, que era de quince días. Es así que la suerte de Juan quedó decidida.

* * *

El señor Abel se mostró muy satisfecho de este arreglo. El sufrió un poco del mismo, pero lo menos posible. Juan le prometió seguirle a donde quiera que él fuera.

—Yo os aseguro, señor —le dijo— que si usted me obliga a dejarlo, yo sería realmente desdichado. La misma Marie me sería a cargo. ¡Piense, pues, señor; trece años he pasado cerca de usted, sin haberle dejado nunca! ¿Cómo podría usted querer que yo viva lejos de usted?

Le dice el señor Abel:

—¡Gracias, amigo mío! Yo acepto tu sacrificio como tú has aceptado lo que he hecho al devolverte tu libertad. Tu presencia me será tanto más agradable, cuando me sea del todo voluntaria de tu parte. Y yo te prometo que tú no me faltarás más de lo que yo no puede decirte, y que yo te amo no como un señor, sino como un padre. Después de tantos años yo te veo como a mi hijo. Me parece, como a ti, que tú eres parte de mi existencia, y que nosotros no debemos dejarnos nunca. Ahora, ocúpate de apresurar tu matrimonio; tú comprendes que todos los gastos (frais) están a mi cargo, porque soy yo el que te obligo a casarte.

Juan sonrió y agradeció con la mirada más que con palabras.

* * *

La boda fue super. Hubo dos días de banquetes, de baile y de regocijo, pero en ningún instante olvidó Juan su servicio cerca de su querido señor. Al levantarse y al acostarse, el rostro de Juan fue, como de costumbre lo primero y lo último que impresionó las miradas del señor Abel.

Todos vivieron felices y unidos. Algunos cabellos blancos se soltaron sobre la bella cabellera negra del señor Abel. El ya tiene cuatro hijos. Suzanne y Abel los crían juntos. Suzanne se ocupa especialmente de sus hijas; y Abel dirige la educación de sus dos muchachos, uno de los cuales anuncia un talento casi igual al de su padre.

Juan, casado hace seis años ya tiene tres hijos. Ellos viven en la granja con su madre.

Kersac y Elena llevan la vida más calmada y más feliz. Kersac conserva su vigor y su buena salud. Elena parece tener diez años menos de su edad. Los hijos de Juan son maravillosos. La hija es rubia y bonita como la madre. Los hijos son morenos como el padre.

Los de Abel y Suzanne atraen todas las miradas por su gracia y su belleza resplandeciente. Su bondad, su espíritu y su atractivo igualan sus ventajas físicas. El hijo mayor tiene trece años; el segundo tiene once. Las hijas son de nueve y siete años.

El señor y la señora de Grignan no abandonan a sus hijos. Jamás un descontento, un disentimiento, vienen a turbar la armonía que reina en la familia. El pequeño Roger es sin duda su ángel protector.

La bella yegua de Kersac vive todavía y sigue excitando la admiración de su dueño. Ella ha tenido catorce potrillos, todos tan hermosos y tan perfectos que Kersac hubiera querido guardarlos todos, pero él ha debido ceder ocho al señor Abel y a algunos de sus amigos que se lo pidieron insistentemente. El no quería recibir el pago, pero el señor Abel le ha forzado a aceptar tres mil francos por cada potro que él se llevaba.

* * *

¿Y Simón?

Simón vive feliz y contento. El es buen marido, buen padre, buen hijo y siempre buen cristiano.

Su suegro lo aburre a veces respecto de sus asuntos de comercio. El encuentra a Simón demasiado delicado, demasiado concienzudo. Simón asegura que él no es honesto y que él no hará ningún trato que no sea perfectamente legal y honorable.

En la tienda, los empleados aman más tener que ver con el yerno que con el suegro. Este último, habiéndose retirado del comercio y no habiendo cedido los asuntos a sus hijos, ve con sorpresa el engrandecimiento del comercio de Simón. Este ya ha adquirido una fortuna suficiente para vivir agradablemente. A veces va a Santa Ana donde encuentra reunidos a todos sus amigos y a su hermano Juan, a quien él ama siempre con ternura.

* * *

En medio de esta prosperidad él ha tenido dos penas muy intensas. Primero, él no tiene hijos. Segundo, Aimée, mal aconsejada por su madre, lleva una vida muy disipada, hace demasiados gastos para su arreglo personal, con vanidad. Ella se rebela contra Simón tratándole de severo, de avaro, de exagerado. Finalmente no hay un perfecto acuerdo en la administración del hogar. El señor Abel, que él ve algunas veces en París, le aconseja la dulzura, la paciencia y la firmeza.

—No cedas jamás respecto de lo que está mal o que conduce al mal, mi amigo. Por lo demás, deja hacer lo más que tú puedas. Con el paso de los años, Aimée será razonable, Entonces ella comprenderá y aprobará tu conducta. Ella te amará y te respetará aun más.

Simón esperaba, suspiraba. Finalmente, el buen Dios vino en su ayuda. Aimée tuvo la pequeña sífilis que la desfiguró. La gente y el arreglo personal dejaron de tener atractivo para ella. Su alma se embelleció a consecuencia del cambio de su rostro. Ella se convirtió en lo que Simón quería que fuera. El la ama fea más de lo que la había amado bonita. De su lado, Aimée comprende las cualidades y las virtudes de su marido. Y cuando ellos van a pasar algunos días en la granja de Santa Ana, ella se entiende perfectamente con todos los miembros de la excelente familia que la habita.

Simón sería perfectamente feliz si tuviera hijos. Pero, qué pena, aún no los tiene y sin duda no los tendrá jamás porque la hermosa Aimée tiene. . . Calcule usted mismo su edad. Yo prefiero no decírselo.

* * *

¿Y el pequeño Juan?

El tenía 14 años cuando se apareció a vosotros por primera vez.

¿Y Abel? El tenía 27 años.

¿Y Kersac? El tenía 35 años.

XXXV
¿Y EL JUANCITO?

Lastimosamente, el pobre Juancito está lejos de tener la vida dulce y feliz de Juan y de sus amigos.

Mis lectores recordarán de la última conversación en el café con Kersac y con Juan. El continúa su vida de bribón y de mal elemento.

Un día él cayó enfermo debido a la excesiva bebida. Sus señores se deshicieron de él como hacen los señores despreocupados, enviándole al hospital. Durante su enfermedad el señor Boissec tuvo que hacer sus asuntos él mismo. Así pudo descubrir las bribonerías del Juancito. En lugar de acusarse a sí mismo en razón del mal ejemplo, de los malos consejos que le había dado, él se dejó llevar contra él, gimió sobre las sumas considerables que el Juancito le había sustraído y decidió castigarlo severamente.

En el hospital, el Juancito, comparando su abandono con la posición feliz de Juan, hizo algunas reflexiones que hubieran dado buenos frutos si Juan hubiera tenido fe y valor. Pero cuando él salió del hospital y se arrastró pálido y débil hacia la casa de sus señores, Boissec le recibió con injurias y con amenazas.

* * *

Le dice el Juancito:

—¿Qué me reprocha pues usted, señor Boissec, que no haya hecho usted mismo?

Le dice el señor Boissec:

—Yo y tú no somos la misma cosa, ¡pícaro! Yo era el señor, y tú eras mi subordinado. Soy yo el que te ha formado. . .

Le dice el Juanito:

—¿Y en qué me ha formado, señor? ¡A robar a mi señor, como usted! ¡A no creer en nadie, como usted! A vivir para el placer, ¡como usted! ¿Qué quiere entonces de mí? ¡Si yo hubiera sido honesto, yo os habría denunciado al señor, el Conde! ¿Es eso lo que usted lamenta? ¿Es eso lo que usted quiere? ¡Tenga cuidado de empujarme a extremos!

Le dice el señor Boissec:

—¡Serpiente! ¡Víbora! ¿Te atreves a amenazar a tu benefactor?

Le dice el Juancito:

—¡Usted, mi benefactor! ¡Usted es mi corruptor, mi mal genio, mi más cruel enemigo, el más encarnizado!

Le dice el señor Boissec:

—¡Espera, cretino, yo te voy a hacer entender lo que yo soy! ¡Augusto! ¡Félix! ¡Vengan acá! ¡Pongan a la puerta a este payaso, a este ladrón! ¡Arrojadle sus cosas, y no le dejen jamás poner los pies en el hotel.

Augusto y Félix no tuvieron pena para ejecutar las órdenes del intendente, del hombre de confianza del señor. Ellos lo arrastraron al Juancito hasta media calle y le arrojaron sus cosas como lo había ordenado el señor Boissec.

* * *

Obligado a ceder a la fuerza, él junto sus cosas esparcidas y se encontró feliz de encontrar entre ellas una bolsa bien equipada en un bolsillo de uno de sus chalecos. El tomó un coche y se alojó en un hotel.

Esperando un nuevo empleo que no logró alcanzar, él comió todo su dinero, vendió sus efectos personales, se encontró sin recursos, se juntó a una banda de vagabundos, se hizo apresar y ser metido en la prisión, de donde salió más corrompido de lo que era cuando entró allí. Fue arrestado por robo simple la primera vez y condenado a un año de prisión. Fue arrestado una segunda vez por robo con fractura y amenazas y fue condenado a diez años en las galeras.

Actualmente él está en las galeras y se habla de transportarlo a Cayenne a causa de su falta de docilidad y de su temperamento intratable. Es probable que él será parte del próximo transporte de los encargados de las galeras.

FIN

EL JUAN QUE GRUÑE Y EL JUAN QUE RIE

la conversación animó a Juan (enhardt)
 Juancito triste y aburrido (VERRR ennuyé)
 él se aferró (VERRR cramponnait)
 sin aparentarlo (sans en avoir l'air),
 del tejemaneje (manege) de Juan
 sobre la suavidad (douceur) de la carreta
 Su mano, liberada (dégagée) de las riendas (rênes) se crispaba.
 Tú te empeñas (t'entêtes) en no concederle (à ne pas lui accorder) las excusas
 ¡Eso! (c'est ça).
 ¡De ninguna manera! (ma foi non).
 les había conducido un buen tramo (si bon train)
 ¿Y si empezamos (entamions) con nuestras provisiones?
 él muestra su indiferencia y su ira. (il boude et il rage)
 librate de esta carga (t'en voir débarrassé).
 Kersac no podía soportar (souffrir) a Juancito
 El optó por obedecer (il prit donc le parti d'obéir)
 ha echado coces (rué)
 cabestro (longe)
 ¡qué vas a hacer! (à quoi faire)
 me voy a empachar (m'empâter)
 ese pillo (pendard)
 radiante (radieux)
 una torcedura (foulure) en mi aldea
 de un jalón (tout d'un trait)
 deshinchado (désenflé)
 de acomodarles bien (de les bien placer)
 escardaba (sarclait) una plancha de repollo

El señalaba todo (remarquait) y se interesaba por todo.
 El Juancito bostezaba (bâillait)
 de todas maneras (tout de même)
 ruinoso (delabré)
 Fisgoneando (tout en firetant) por todos lados
 no muy contento (pas trop content)
 ciruelas secas (pruneaux)
 se tropieza (butte)
 ¡Torpe! (maladroit)
 no vayan a pagar el establecimiento (ne filent á payer la casse).
 Esto promete ser un encanto. (ça promet de l'agrément)
 compras (courses)
 su atención (prévenance) le pusieron bien pronto en la gracia
 hablar (jaser) - conversar
 buenas propinas (gros pourboires)
 estaba contento (fier) del éxito
 una lágrima humedecía (mouillait) sus ojos
 buena presencia, de sesgo (tournure) elegante
 ¡Cómo es de avispado! (déluré!)
 riéndose a carcajadas (auz éclats)
 en medio del lío (bagarre)
 asumió un aire tieso (raide) y afectado (compassé)
 se deshiciera de su gorra (depêtrer)

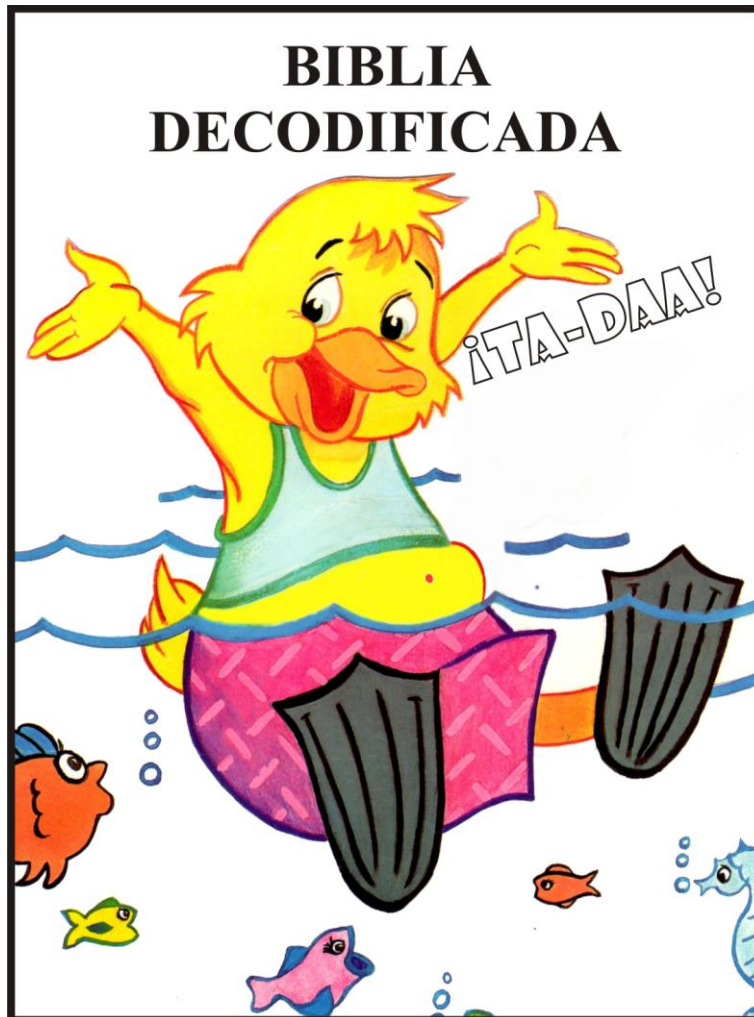
mal correspondido (partagé)
 Además (en outre), Simón y Juan gustaban
 le han atormentado (turlupiné)
 le ha reprendido (houspillé)
 y le ha pinchado (taquiné).
 no estás resentido (tu n'en veux) con ese bromista?
 el Juancito estaba bostezando (bâillait)
 Un curioso (badaud)
 pegajoso (poissé)
 y su ropa estropeados (abîmés)
 le enjugaron (l'épongeaient)
 desvestido (dépoisé)
 cuello (collet)
 más apresurado que de costumbre (plus empressé)
 su aire guasón (goguenard),
 impertinente, su sans-gêne,
 ¡Con mucho gusto! (trés volontiers)
 una incomodidad afectada (gaucherie)
 flexibilidad (souplesse)
 ustedes obstruyen (encombrent) el paso
 Yo los embrujaré (griserai)
 El necesita ahorrar (amasse) un poco de plata
 para tener cómo entrar en pareja (ménage)

tenía prisa (qu'il étaist pressé)
 qué hermosa apariencia tienes tú! (tournure)
 Sería absurdo (ce serait bête) no aprovecharlo
 Ella no es desagradable que digamos (tant s'en faut)
 el arrabal (fauburg) de San Germán
 cuchicheo (chuchotement)
 que hacían melindres (minaudaient)
 Habéis llegado oportunamente (bien à propos)
 rosa marchita (fanée)
 descoloridos (fanées)
 cortaban (tranchaient) los rostros jóvenes y frescos o viejos arrugados (ridés)
 que me agobia (m'assomme) a puñetazos
 avidez (tromperie)
 caballete (chevalet)
 llevando un parecido (ressemblance)
 Yo te compadezco (je te plains)
 ¡Descarado pícaro (effronté coquin)
 la osadía (hardiesse), del descarar y de la bribonada (fourberie)
 Cuando su desayuno había terminado y quitado (desservi)
 ¿no es cierto? (n'est-ce pas)
 las cosas que se arrastran (traînent)
 sucia (malpropre)
 yo llevo lleno de frío (transi)
 café todo tostado (brûlé)
 aceite comestible (à manger)
 se requiere que yo obedezca (m'exécute)
 bien abrochado (attaché)
 todo eso os alborota (ébouriffe)
 de inmediato (tout à l'heure)
 yo estoy a veces admirado (étonné)
 una carreta para vuestra mudanza? (déménager)
 el próximo lunes usted se muda (déménagez)
 ya no tendrá más que alquilar (loyer)
 mi mantenimiento (entretien)
 ¡Nada en absoluto! (pas la moindre)
 con un aspecto todo confuso (embarrassé)
 poder decirle todo lo que yo siento (éprouve)
 Yo no sé cómo abordarlo (comment m'y prendre)
 no se resienta contra mí (ne m'en voulez pas)
 yo le compadezco (je le plains)
 una verdadera hazaña (tour de force)
 chupando azúcar candi. (suçant)
 yo te tumbo (t'assomme)
 subió a su altillo (entresol)
 ten valor (prends courage)
 enflaquecida (amaigri)
 no me compadezca (ne me plaignez – plaindre)

el sudor que chorreaba (ruisselait)
 se derritió en lágrimas (elle fondit)
 los ojos de Juan brillaron (étincelèrent)
 Barcuss le acechaba (le guettait)
 se despidieron (prirent congé) de sus camaradas
 volúmenes encuadernados (reliés)
 Por lo que concierne a él (pour le coup), Simón sintió
 con tal (pourvu) que su hija los aprovechara
 colgar los trajes en los colgadores (portemanteaux)
 se tropezó (se heurta) con el Juancito
 Mientras que tú gimás (geindras)
 toque de campanilla (sonnette)
 tan pronto (aussitôt) como llegues
 cara se contrajo (contracta)
 él se mudó (a démenagé)
 con una sonrisa benevolente (bienveillant)
 la educación descuidada (négligée) de Juan
 buen paño (torchon) nuevo
 caer en la indigencia (defaillance)
 que se haya molestado (dérangé) a dejar vuestra granja
 Yo me halago (flatte) que ella no es desdichada,
 no te has puesto feo (enlaidi)
 me dará una manito (coup de main)
 hombre hecho y derecho (tout à fait)
 De este modo (de cet façon)
 Juan le verá a su antojo (tour à son aise)
 y usted no se fatigará (érinterez) con el trabajo
 ¿decidido? (est-ce dit)
 ¡Asunto concluido! (tope là)
 Usted les verá pronto (tantôt)
 ¡pues claro! (pardí)
 alguien formal (de rangé),
 agradable (d'avenant)
 que no repele (repousse) a la gente
 para hacerte de un destino (sort)
 Barcuss que se esfuerza (s'échine) por darme tan buen tiempo
 Yo les daría una paliza (volée) de puñetes que le dañarían (gâterait) na nariz
 cuando (lorsque) Kersac volvió la mirada
 la escobilla (brosse)
 los ojos abiertos de par en par (écarquillés)
 que se había adjudicado (adjudgé)
 Kersac me ha alterado (bouleversé)
 riqueza sin parangón (sans pareilles)
 la actitud agobiante (accablée)
 de una delgadez (maigreux)
 ella desprendió (dégagea) dulcemente
 baile animado (égayés) por el señor Abel

que lástima (quel dommage)
 hasta entumecerle (engourdir) los dedos
 ¡Nada de eso! (du tout)
 en la municipalidad primero (d'abord)
 Todo lo estropea (gâte) el sentirse incómodo
 yo me hubiera sentido todo desmoronado (démonté)
 su elegante vestimenta (mise élégante)
 con un aire suelto (dégagé) y desdeñoso
 Yo no soy un tonto (bête)
 rebaja (abat) un cuarto
 intendente se hace de una hermosa pasta (magot)
 expresar su indignación (se récrier)
 en lugar de recortar (rogner) un cuarto
 sus bribonerías que le indignan (revolvent)
 un engaño (tromperie) indigno
 eres un bobo (niais)
 Yo gasto y me repongo (refais)
 tú me toques la corneta en mis orejas (cornes aux oreilles) con tus DESPUESES
 estropeas (gâte) tu vida
 Tú siempre tienes palabras sonsas (de sottés paroles)
 me pinchan (taquent)
 ¡Toma! (tiens)
 este cretino se largaba (défilait) su rosario de canalladas
 donde Kersac no podía fatigarse (lasser)
 Juan no pudo contenerse (n'y tint pas)
 era el retrato conmovedor (frappant) de Juan
 cierre (fermoir)
 vestido (habillement) completo
 ¡Yo apuesto (gage) que él se anticipa (devancerai) a las tripulaciones mejor uncidas!
 un trotador no se desplaza (déploie) como en el campo
 ¡Cómo se estira! (allonge)
 una adherencia (tenue) más calmada
 Cada uno se pavoneaba (se rengorgea)
 pecho (poitrail)
 Kersac, un poco pesado, un poco mastoc
 estaba sobre el asiento (siège) junto al cochero
 impedir sus bríos (allures)
 que cumpla su faena (corvée)
 El animal no se dejará llevar mejor (ne s'emportera mieux)
 se puso una bata (blouse) y se puso a ayudarlas
 darle una ayudadita (coup de main)
 uno no se puede impedir (empêcher) admirar
 le mojaba (mouillait) la frente con un agua calmante
 Yo divisó (j'aperçois) a dos de mis amigos
 expresaba desdén (pincée), con maneras afectadas y ridículas (mijaurée)
 me parece sospechoso (louche)
 Su vestido está terriblemente arrugada (fripée);

Su atuendo está completamente desmontado (demantibulé)
 en un ambiente (stalle) separado
 amarrada a las barras (râtelier)
 debían reír o castigar (sévir)
 la casa de fieras (mênerie)
 cara pálida (blême) y aspecto extenuado (éreinée)
 una mujer con el rostro marchito (flétri)
 cuyas mejillas hundidas (hâves)
 redoble de tambor (roulement)
 la colecta (quête)
 un tronco de madera (billot)
 el tarro se llenaba de centavos (sébile).
 los juegos de prestidigitación (escamotages)
 juegos de ingenio (tours d'adresse)
 cena (repas du soir)
 fueron animándose (on se mit en train)
 los vinos estuvieron al pelo (premiers cru)
 los caballetes (tréteaux) del santimbanque
 los curiosos (badauds) de la calle
 y el aplastamiento (l'écrasement) de la gorda
 En la granja yo me fatigo más (davantage)
 lo unciría sólo para verla correr (filer)
 Cuchicheaban (on chuchotait)
 esfuerzos para arrancar (arracher) a Juan de su entusiasmo
 la multitud que se componía de artistas les había rodeado (cernés)
 La multitud empezó a emocionarse (s'émouvoir)
 le compadecían (plaignait)
 bondad (obligeance)
 Yo quería acostarme temprano (de bonne heure)
 El la arrancó (l'arracha) de la cama de Roger
 ligeramente avergonzada (embarrassée)
 su primer esmero (soin) fue buscar a Elena
 la sorprendente (surprenant) noticia de su matrimonio
 Abel había llegado a ser del todo (tout à fait) parte de la familia
 y estaban el tratos (pourparlers)
 un contrato de arrendamiento (bail)
 la extrema vejez (vieillesse)
 Ellos se encerraron (s'enfermèrent)
 su matrimonio no perjudicaba (nuisait) en nada
 Juan se estremecía (frémit)
 todos los gastos (frais) están a mi cargo
 Algunos cabellos blancos se soltaron (se détachent)
 los señores despreocupados (insouciantes)
 él se dejó llevar (s'emporta) contra él
 sus cosas esparcidas (épars)
 una bolsa bien equipada (garnie)
 Ella te amará y te respetará aun más (davantage)



INFORMACION IMPORTANTE

Para tener información sobre la *Biblia Decodificada* del Dr. Moisés Chávez sírvase acceder a la separata, *Biblia Decodificada*.

Para tener información sobre la Biblia Reina-Valera Actualizada (RVA) sírvase acceder a la separata, *Biblia RVA*.

Para tener información sobre el contenido de las 1.050 historias cortas, 165 separatas académicas, 150 libros, 76 tesis de grado CBUP y los volúmenes del *Indice Expurgatorius – Libros Prohibidos* que conforman la Biblioteca Inteligente MCH, sírvase acceder a la información que presenta la separata, *Biblioteca Inteligente*.

Para obtener información sobre los Estudios Universitarios del CEBCAR y de la CBUP-VIRTUAL, sírvase acceder a la separata, *Estudios Universitarios CEBCAR-CBUP*.

Para tener acceso a la bibliografía de la Biblioteca Inteligente MCH, sírvase acceder al documento, *Bibliografía WORD*.

